

PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

JOSE MARTI
JUAN MARINELLO
ANIBAL PONCE
JESUS SILVA HERZOG
FIDEL CASTRO
MARIO BENEDETTI

JOSE CARLOS MARIATEGUI
EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA
NARCISO BASSOLS
RAUL ROA
ERNESTO CHE GUEVARA
RENE DEPESTRE



EL COMPROMISO DEL INTELLECTUAL



32237



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

EL COMPROMISO DEL INTELECTUAL

ENSAYOS

Introducción y Selección
María Guerra y Ezequiel Maldonado



E D I T O R I A L
NUESTRO TIEMPO, S. A.

Colección: PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

© Editorial Nuestro Tiempo, S. A.

Ave. Copilco 300
Locales 6 y 7
México 20, D. F.

ISBN-968-427-031-3

Primera edición: 1979

Selección e Introducción de
María Guerra
Ezequiel Maldonado

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

C O N T E N I D O

INTRODUCCIÓN

| | |
|--|---|
| La lucha ideológica en América Latina. Los intelectuales cubanos y la revolución. La función del intelectual en México. El intelectual y su compromiso | 9 |
|--|---|

A MANERA DE PREFACIO

| | |
|--------------------------------------|----|
| José Martí. La lucha por la libertad | 48 |
|--------------------------------------|----|

LOS INTELLECTUALES CUBANOS Y LA REVOLUCIÓN

| | |
|--|----|
| Juan Marinello. Literatura y revolución | 51 |
| Raúl Roa. Los intelectuales y la revolución | 63 |
| Fidel Castro. Palabras a los intelectuales | 69 |
| Ernesto Che Guevara. El arte y el socialismo en Cuba | 88 |

CIENCIA SOCIAL Y EDUCACIÓN

| | |
|---|-----|
| Aníbal Ponce. Los deberes de la inteligencia | 94 |
| Narciso Bassols. Política y cultura en México | 107 |
| Ezequiel Martínez Estrada. Periodismo y lucha ideológica | 113 |
| Jesús Silva Herzog. Lealtad del intelectual | 120 |
| Enrique Cabrera. Discurso a los intelectuales mexicanos | 122 |
| Alonso Aguilar. La ciencia y los científicos sociales en América Latina | 127 |
| Fernando Carmona. La ciencia social y la lucha revolucionaria en América Latina | 139 |
| José Consuegra. El intelectual y la conciencia política | 156 |
| F. Maza Zavala. Ciencia social, dependencia y subdesarrollo | 160 |

ARTE Y LITERATURA

| | |
|--|-----|
| José Carlos Mariátegui. El artista y la época | 169 |
| Norman W. Manley. La cultura nacional y el artista | 174 |

| | |
|---|------------|
| Pedro Jorge Vera. Cultura y revolución | 177 |
| Mario Benedetti. Las prioridades del escritor | 180 |
| Haroldo Conti. El escritor y su compromiso con la lucha revolucionaria | 198 |
| René Depestre. Subdesarrollo y literatura | 203 |
| Eduardo Galeano. La función de la literatura en los países subdesarrollados | 209 |
| Roque Dalton. La responsabilidad del intelectual con su pueblo | 222 |
| BIOBIBLIOGRAFÍA | 225 |
| SELECCIÓN DE FUENTES CONSULTADAS | 241 |

PRÓLOGO

América Latina vive una época de crisis, convulsionada por las constantes luchas que encaran los pueblos en contra del imperialismo y de los grupos oligárquicos nativos. El intelectual juega un papel importante en este proceso de liberación, de su definición por una u otra clase depende su significación histórica. Ante la comprensión de este compromiso se precisa la participación de los intelectuales al lado de los oprimidos.

El tema “el compromiso del intelectual” es debatido con frecuencia en el ámbito universitario, en sindicatos y en general dentro de los sectores de izquierda y grupos progresistas; adquiere relevancia en nuestras latitudes por el proyecto que pudiese encarnar su vinculación a las masas desposeídas y su posterior participación en profundos cambios sociales.

En la elaboración del trabajo, el proceso de selección de los textos presentó varias dificultades: encontramos abundante material sobre el “quehacer” literario, en menor cantidad sobre el científico social y casi nulo en el aspecto de los científicos “puros”, físicos, químicos matemáticos. Este último vacío evidencia una marcada indiferencia en este sector hacia los problemas sociales; es expresión de la ideología de la clase dominante que pretende separar estas “ciencias puras” de la realidad social.

Definir el concepto de intelectual en estas líneas resultaría esquemático y superficial, amén de que limitaría la visión que sin duda el lector obtendrá al través de los diversos materiales. La fragmentación de algunos textos, omitiendo aspectos que no centran el problema y en cambio

desvían al lector de nuestro tema, cremos que ganan en presentación.

El objetivo que nos lleva a la idea de reunir en un libro este tipo de ensayos, es el de llenar un hueco, satisfacer una demanda de estudiantes y profesores, especialmente en las materias de Filosofía, Ética, Estética e Historia, que se imparten en los Colegios de Ciencias y Humanidades y Preparatorias.

Esperamos que esta compilación contribuya a la reflexión de un problema vital de nuestro tiempo.

INTRODUCCIÓN

La lucha ideológica en América Latina

El tigre espantado del fogonazo vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta tiene al tigre encima [...] el tigre espera detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina, morirá con las zarpas al aire echando llamas por los ojos.

José Martí.

El análisis sobre el compromiso del intelectual en América Latina debe enmarcarse en la situación actual que viven nuestros países, frente a una correlación de fuerzas favorable para la lucha revolucionaria, a partir de la contradicción capitalismo/socialismo que en el nivel internacional vive la humanidad; así como dentro de la etapa del imperialismo, el capitalismo monopolista de Estado, que con sus características propias y específicas viven los diversos países capitalistas; y frente a la Revolución Cubana, que pese a los conflictos y contradicciones que aún vive, ha liquidado problemas de hambre, desempleo, prostitución, analfabetismo, desigualdad y explotación del hombre por el hombre.

El desarrollo del capitalismo en América Latina tiene un proceso y un carácter diferente al de los países euro-

peos o de desarrollo clásico. Latinoamérica vive tres siglos de coloniaje al final de los cuales su economía está en condiciones de profundo atraso. En la segunda mitad del siglo XIX, cuando en América Latina los pueblos comienzan a recuperarse de las guerras de Independencia y una burguesía criolla naciente se organizaba en las primeras formas de república, la fase de la libre competencia del capitalismo da paso en el plano internacional a la conformación y supremacía de los monopolios y con ello a la fase imperialista que trunca o interfiere el proceso latinoamericano con modificaciones estructurales profundas. Este fenómeno que primero se pensó como benéfico para el desarrollo industrial de nuestros pueblos, pronto demostró que lo que representaba era la subordinación de los países débiles y atrasados a unas cuantas naciones poderosas; el desarrollo desigual convertía a los primeros en productores agrícolas, e impulsaba el desarrollo industrial de estos últimos. Esto no significa el estancamiento, sino un desarrollo de las fuerzas productivas deforme, precario, inestable, característico del capitalismo del subdesarrollo y la dependencia estructural que le es inherente.

Con el mercado mundial, fenómeno capitalista, se implanta una nueva división internacional del trabajo. Por ello el subdesarrollo no puede entenderse como precapitalista, sino ya capitalista dentro de la fase imperialista de éste. El capital monopolista será el eje rector, la fuerza principal de la fase del desarrollo del capitalismo en el siglo XX, cuando el imperialismo recorre su última fase: el capitalismo monopolista de Estado.

Nuestros países, por distintos caminos, viven hoy al igual que las potencias imperialistas esta fase, lo cual significa mayor concentración y centralización del poder económico y político; un Estado cada vez más fuerte, explotador del trabajo, vinculado estrechamente a las burguesías y oligarquías criollas y éstas a su vez con las extranjeras.

En este desarrollo, paralelo al proceso de acumulación de capital, el proletariado crece también, y la lucha revolucionaria cobra enorme significación. En América Latina

la lucha de clases se agudiza en las últimas décadas y con ello aumenta la represión, la manipulación, las formas de control ideológico del imperialismo. A la dependencia económica corresponde una dependencia política y cultural. El imperialismo penetra todas las formas y rincones del ámbito social, político, económico aplicando todos los recursos de que dispone para mantener su poder y seguir explotando a millones de hombres por medio de «programas de desarrollo» y nuevas formas de control.

Como dijo Fidel Castro en la *II Declaración de La Habana*: “¿Qué Alianza para el Progreso puede servir de estímulo a esos 107 millones de hombres y mujeres de nuestra América, médula de trabajo en ciudades y campos, cuya piel oscura, negra, mestiza, mulata, india— inspira desprecio a los nuevos colonizadores?”

En el mismo documento Castro señala lo que significa el imperialismo para los 200 millones de seres humanos que mueren de hambre, de vejez prematura y sumidos en la ignorancia: “Mientras tanto, de América Latina fluye hacia los Estados Unidos un torrente continuo de dinero: unos 4 000 dólares por minuto, 5 millones por día, 2 000 millones por año, 10 000 millones cada 5 años. Por cada 1 000 dólares que se nos van nos queda un muerto. ¡1 000 dólares por muerto! ese es el precio de lo que se llama imperialismo!”.

Junto a estas agresiones frontales, canalizan “programas de ayuda” no sólo al través de la Alianza para el Progreso sino de ramificaciones tipo «Cuerpos de Paz», organización que tuvo una relevante participación en el golpe chileno, recolectando todo tipo de información al través de mañosas encuestas a la clase obrera. No desmerece, en el caso de Chile, la empeñosa labor de la Fundación Internacional para el Desarrollo: “[...] su objetivo principal es la infiltración y la manipulación en el movimiento campesino”. En estas Fundaciones y Programas de Ayuda no solamente han intervenido agentes de la CIA, sino prominentes hombres de empresa y honrados funcionarios públicos, al lado de una variada gama de desinteresados ser-

vidores. Chile fue la punta de lanza para todo tipo de experimentos y programas, resultó el escenario adecuado para crear una situación en la cual, "el derrocamiento de Allende apareciese como resultado de su propia incapacidad (y, más aún, de la propia incapacidad del socialismo) para satisfacer al pueblo. Chile tenía que convertirse en el ejemplo para el resto de la América Latina de que el socialismo no sirve, de que no es una alternativa viable al capitalismo. En otras palabras: se iba a usar a Chile para neutralizar el ejemplo de Cuba."¹

Otra arma, por demás eficaz y presente en la ofensiva ideológica desplegada por el imperialismo, la constituyen los medios masivos de comunicación: unido al poderoso control y manipulación de la prensa, la radio y la televisión, están presentes en toda Latinoamérica cientos de miles de sucedáneos infantiles, adosados con tintes de «inocencia». "El King Features Syndicate es una de las tres distribuidoras más importante de tiras cómicas, arma muy importante del imperialismo cultural y la deformación ideológica"² Desempeñan un factor trascendente, en la lucha ideológica, las teorías desideologizantes, que implican una mayor sofisticación y complejidad. Libros de carácter «científico», textos educativos y demás publicaciones incrementan esta nueva modalidad. Pretenden, mediante análisis «objetivos» de la realidad, establecer un juicio sobre los aciertos y errores del socialismo, descalificando de antemano y concluyendo el total fracaso de una "ideología que promete más de lo que da". Plantean, en disparatado mapa de Latinoamérica,³ la coexistencia de diferentes sis-

¹ NACLA. "El aparato contrarrevolucionario de los Estados Unidos: la ofensiva chilena", *Casa de las Américas*, No. 92 (La Habana, Cuba, Sept.-Oct., 1975), p. 3.

² Ob. cit., p. 24.

³ Publicado en *Time*, marzo 13, 1978. "Socialism, Trials and errors". Cada nación latinoamericana tiene la libertad u opción de regirse por el sistema social que más le convenga. El problema estriba, según el citado mapita, en los índices de libertad política y de expresión que posee cada uno de nuestros países: Costa Rica, con su social democracia, tiene un 100%; Guatemala, capitalis-

temas sociales, desde el marxismo-leninismo cubano, pasando por la social democracia venezolana, el tercer mundo socialista de Guyana y las economías mixtas de México, Uruguay y Brasil, hasta el capitalismo de Chile, Argentina y, por supuesto, el inefable país de los republicanos y demócratas, los Estados Unidos. ¿Cuál es el significado, según estos objetivos cientistas, de que «coexistan» tan disímiles y suigéneris «sistemas económicos sociales»? Significa en plata que se desvanece, cual acto mágico, el carácter imperialista de los Estados Unidos, queda relegada la dependencia estructural y desaparece la explotación de los trabajadores y la depredación hacia nuestra América Latina.

En la presente década se manifiesta un indudable avance de la lucha revolucionaria mundial, provocada por un nuevo juego de interrelaciones surgidas en el marco de la actual crisis del sistema capitalista: el desarrollo desigual y la crisis general del capitalismo monopolista cada vez más internacionalizado y más interdependiente; la influencia económica y política de los Estados Socialistas expresada en la contradicción capitalismo/socialismo; y el desarrollo de las luchas de liberación nacional.⁴

Lo anterior está presente en América Latina con las diferencias históricas de cada país. Las condiciones y perspectivas de los diversos países son naturalmente desiguales. Lo que tienen en común, a excepción de Cuba hoy socialista, es la explotación creciente, la miseria, la ignorancia, el desempleo; y la respuesta de la burguesía, con variantes por supuesto, al ascenso de las luchas populares. Ésta va desde formas de gobierno aparentemente democráticas como en México, Colombia, Venezuela, lo que no indica ausencia de represión sistemática combinada con el refor-

ta, empata libertad y represión con un 50%; Chile, capitalista, con un 17%, y lo peor, Cuba, marxista-leninista, con un 8%. (¡Existen más libertades en el fascismo chileno!). El privilegio de gozar todas las libertades posibles lo tienen los norteamericanos con un 100%

⁴ Ver Fernando Carmona. *Estrategia*, No. 10, p. 24.

mismo y nacionalismo burgués, hasta los regímenes francamente dictatoriales y militares, expresión de la incapacidad de la burguesía por mantener el control del movimiento obrero en países de mayor avance y concientización de las masas. Esto se dio en Chile; está presente hoy --en Uruguay, Argentina Nicaragua, Bolivia, Guatemala y Ecuador, en donde existe una mayor subordinación al imperialismo y el fascismo cobra una magnitud insospechada; es altísimo el número de exiliados, desaparecidos, torturados y asesinados.

El comandante Fidel Castro en memorable discurso aclaró: "Hoy al imperialismo, después de estos ensayos engañosos, ridículos y utópicos, sólo le queda el fascismo. Esta verdad clara y descarnada la comprenden los pueblos. Ya no hay siquiera modelos clásicos de 'democracia representativa', como lo fueron durante mucho tiempo, para regocijo de liberales e ignorantes, Uruguay y Chile. Sólo hay dictadura fascista, tortura y crimen. ¿Y qué puede ser ésta, si no la única antesala de los cambios verdaderamente radicales y profundos que nuestros pueblos necesitan?"⁵

La contribución de intelectuales y su decidida militancia al lado de su pueblo es fundamental en esta hora crítica latinoamericana que preludia cambios y transformaciones sociales. Es necesaria la implementación, en todos los frentes, de la lucha ideológica para desterrar deformaciones e ideas que han conformado la mentalidad de nuestros pueblos y, con ello, agudizar la contradicción interna y principal de cada país: burguesía/proletariado. El sendero no es fácil, el enemigo, pese a sus estertores mortales, es "[...] como un tigre herido que está siendo derrotado, pero es aún más feroz en su fase mortal. Esta ferocidad se comprueba en la América Latina y en todo el mundo cada día. Pero los pueblos se fortalecen y lo derrotarán".⁶

⁵ "Uruguay bajo el fascismo". *Casa de las Américas*, No. 97. (La Habana, julio-agosto, 1976), p. 3.

⁶ Ob. cit. NACLA, p. 26.

“[...] y tanto y tan grande me gusta (el mar) que hasta una vez me puse a pensar que todos los cubanos nos fuésemos a la orilla de la isla, y con los remos en el agua, nos pusiéramos a remar y remar y nos lleváramos el País de paseo, navegando por los mares y rompiendo el agua por la proa de Maisí. Y luego llegar con la isla a cualquier puerto del mundo, echar el ancla y decir: ¡Qué pasa! ¡Aquí estamos los cubanos que venimos a saludar!”

Onelio Jorge Cardoso.

Cuba es ejemplo de audacia, dignidad, valor de un pueblo que, víctima de la explotación, primero bajo la dependencia colonial, después inserto en la estructura del imperialismo, se levanta, lucha y vence a la nación más poderosa del sistema capitalista y a la vez hegemónica del imperialismo: los Estados Unidos.

La hazaña cubana, como dice Nicolás Guillén, “[...] es la historia de un pueblo pequeño, en apariencia desvalido, que serios doctores certificaron difunto o al menos agonizante; la historia de un pueblo esclavizado por un enemigo brutal e insaciable y que de un salto portentoso cae sobre ese enemigo y lo vence, y se vuelve contra los cómplices de ese enemigo, traidores a su patria y a su familia y a su sangre y a sus huesos, y los vence también. Y no sólo hace eso, que es mucho, que es muchísimo, sino que comienza entonces a levantar su propia casa en el solar de sus antepasados, para ocuparla libre y vivir en paz.”⁷

⁷ Nicolás Guillén, *Prosa de prisa* (1948-1961). Tomo II, La Habana, Editorial Arte y literatura, 1975, p. 430.

Entender el proceso revolucionario cubano y el papel que desempeñan los intelectuales en él, nos ubica mejor que ningún otro argumento en el tema que nos ocupa. La Revolución Cubana, sin duda el logro histórico más importante de lo que va del siglo en este continente, no es obra de unos cuantos aventureros, como los voceros capitalistas alguna vez difundieron, ni es el resultado del espontaneísmo o voluntarismo de las masas, sino por el contrario es la culminación de un largo proceso de lucha, de la exacta comprensión de la teoría revolucionaria y la madurez de condiciones objetivas y ciertos factores subjetivos decisivos, de la vinculación y entrega de trabajadores e intelectuales a la causa del proletariado; es la fusión de la teoría con la práctica, del movimiento popular con el socialismo científico, y la aplicación creadora del marxismo leninismo a la realidad cubana.⁸

Desde el triunfo de la Revolución, Cuba sufre la agresión sistemática del imperialismo, a través del boicot comercial, y la política norteamericana de "abrir puertas" a cuantos cubanos quisieran abandonar la isla. ¿Y quiénes se van? Intelectuales, profesionistas, técnicos sin conciencia del proceso social capitalista que han vivido, domesticados totales, decía el Che, deslumbrados por el "reflejo del idealismo burgués en su conciencia".

En las palabras que dirige Fidel Castro a los intelectuales, se refiere al problema: "Uno de los objetivos fundamentales de esa política, aparte de cínicas campañas contra la revolución, disfrazada de ridículo humanitarismo y el reclutamiento de mercenarios para futuras agresiones, era privar al país de profesionales y técnicos, muchos de los cuales habían estado al servicio de la burguesía y con franca mentalidad pequeñoburguesa se asustaban de los

⁸ "Sabemos que hay poderosas razones objetivas que ahora a 'posteriori' nos permiten reparar en que Cuba era el eslabón más débil del sistema capitalista, aquel que podía ser quebrado de manera más viable". Fernández Retamar, Roberto. *Para una teoría de la Literatura Hispanoamericana*. México, Editorial Nuestro Tiempo, 1977, p. 63.

cambios revolucionarios. Por esta vía le arrancaron al país miles de médicos, numerosos ingenieros, arquitectos, profesores, maestros, laboratoristas y técnicos en general”.⁹

Este éxodo agrava la difícil situación económica y social que vive Cuba en esos años. La manipulación del imperialismo, el miedo inculcado por años en contra del comunismo, y sin duda el carácter pequeñoburgués inestable y susceptible de ser aprovechado son causas de la salida de muchos intelectuales.

La integración de los intelectuales al quehacer revolucionario era así una tarea importante. Había escritores, artistas y profesionistas que aun no siendo revolucionarios querían ayudar a la revolución; el problema consistía en que no estaba presente, excepto en algunos casos, la vinculación de la militancia con la capacidad profesional. El Che Guevara aclaraba: “No hay artista de gran autoridad que a su vez, tenga gran autoridad revolucionaria”. Esta confluencia de autoridad artística y revolucionaria o de intelectual con militante se fue dando en el proceso mismo. En un primer momento bastaba con neutralizar, después se lograría y se logró la adhesión.

La concientización y la lucha ideológica derivadas de la transformación económica y social permitiría la integración de muchos intelectuales a la revolución. La realización o materialización de ésta, sirve de base a una nueva concepción del mundo.

Fue precisamente la fusión de una vanguardia intelectual revolucionaria con el movimiento popular lo que explica la revolución triunfante, y al pueblo como protagonista. En esa larga lista de revolucionarios se encuentra la figura cumbre de José Martí. Él había comprendido desde el siglo pasado lo que significaba el imperialismo, lo que sería el destino de Cuba, ya no sometida al colonialismo español sino bajo el dominio de los Estados Unidos:

⁹ Fidel Castro. “Palabras a los intelectuales”. México, Ediciones ERA, 1972, p. 359.

“[. . .] viví en el monstruo y le conozco las entrañas: . . . y mi honda es la de David [. . .]”.¹⁰

Martí subordina su labor artística a su ser revolucionario. Encabeza el movimiento de Independencia de Cuba, organiza círculos de lectura revolucionaria y funda el Partido Revolucionario Cubano. Al lado de Antonio Maceo y Máximo Gómez, contribuye vinculándose a su pueblo y organizando la transformación de la sociedad. Los vaticinios de Martí se cumplen: la Enmienda Platt consolida el dominio de los Estados Unidos sobre la apenas liberada isla: “Así comenzó una paulatina y dramática deformación yanquizante de la cultura nacional, bajo el impacto de la política intervencionista, a partir de 1902; así comenzamos a ser otra vez esclavos en el instante mismo en que muchos ingenuos creyeron que habíamos comenzado a ser libres”.¹¹

Rubén Martínez Villena y Julio Antonio Mella participan, años más tarde, en movimientos antimperialistas. Dirigen y organizan la vanguardia que difunde el pensamiento marxista-leninista. Ambos intervienen en el movimiento estudiantil y la reforma universitaria de los años veintes. Están presentes en la famosa Protesta de los Trece,¹² y forman parte del grupo de los «minoristas», organización de intelectuales pequeñoburgueses y burgueses radicalizados que juegan un papel importante a partir de la agudización de las contradicciones y de la creciente penetración

¹⁰ “[. . .] Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mí país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con qué realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América”. Martí, José, Carta a Manuel Mercado. *Páginas Escogidas*. La Habana, Edición de Ciencias Sociales.

¹¹ Nicolás Guillén, ob. cit., p. 416.

¹² Citado por José Antonio Portuondo. *Casa de las Américas* No. 68. La Habana, Cuba. Episodio en el cual trece escritores se presentan en la Academia de Ciencias en los momentos en que se va a pronunciar un discurso por el Secretario de Justicia. Martínez Villena toma la palabra y denuncia la actitud de éste ante la venta al Imperialismo del Convento de Santa Clara.

norteamericana.¹³ Percatados Mella y Martínez Villena de las limitaciones de mantenerse aparte de las luchas populares, fundan la Universidad Popular y en 1925 al lado de Carlos Baliño, Bernal y otros intelectuales vinculados orgánicamente al proletariado crean el Partido Comunista de Cuba, el cual representa un firme avance en la lucha revolucionaria.

En esos años de intensa actividad revolucionaria e intelectual y en el marco de la revolución de Octubre, están presentes prejuicios y atavismos propios de la época. Como reflejo e intensificación de la lucha teórica e ideológica, la literatura revolucionaria juega un papel importante al lado de nuevas publicaciones con un contenido crítico y de análisis de la realidad cubana. Muestra de dicha agitación y efervescencia política son las publicaciones, *Cuba Contemporánea*, *Repertorio Americano*, *El Mundo*, *Avance*, *Mediodía* (dirigido por Nicolás Guillén y Carlos Rafael Rodríguez). La publicación del libro, *Azúcar y población Antillana*, de Ramiro Guerra; el poema "La Zafra" de Agustín Acosta.

La aportación de Mella, Martínez Villena, Baliño, Rafael Trejo, Antonio Guiteras, Pablo de la Torre, será fundamental; difundirán las ideas marxistas-leninistas y reconocerán al proletariado como única clase revolucionaria.

El ya mencionado grupo de los Minoristas, lo integraban personajes que después estarían presentes en la Revolución, Emilio Roig, Alejo Carpentier, Regino Pedroso, Juan Marinello, Andrés Núñez, Alberto Lamas, Eduardo Mañach, Félix Pita Rodríguez, Nicolás Guillén y otros.

¹³ De Mella dice Portuondo: "[...] y ésta es la lección que en definitiva nos deja a todos Julio Antonio Mella. A nosotros que en mayor o menor grado pertenecemos a la clase intelectual, nos está enseñando un deber Julio Antonio Mella, y este deber no es otro que reconocer la hegemonía proletaria en la lucha por un mundo mejor y poner al servicio de ese mundo mejor todas nuestras fuerzas grandes o chicas [...]", ob. cit., p. 33.

De ellos, varios militaron en el Partido Comunista, algunos, a pesar de participar entonces en la lucha contra Machado, expresan sus limitaciones de clase y se retiran; Lamas, por ejemplo, es expulsado de los Minoristas. Mañach sale de Cuba, y morirá años más tarde abjurando de la Revolución.¹⁴

Hacia la década de los años cincuenta, y como continuación del proceso revolucionario, un grupo de jóvenes estudiantes y trabajadores, formados en el marxismo-leninismo, con plena conciencia revolucionaria, se organizan en contra de la explotación y de la dictadura de Fulgencio Batista. Se planea y prepara el Asalto al Cuartel Moncada, en donde, a pesar de la muerte de decenas de revolucionarios, se sientan las bases de la revolución triunfante.¹⁵ El pueblo aprende de este fracaso y sus dirigentes avanzan en un programa y una estrategia que los llevará finalmente al triunfo. La muerte de Abel Santamaría, que al lado de Fidel encabezara el movimiento, el asesinato de José Antonio Echeverría y de Frank País, líderes del movimiento estudiantil, exacerban las contradicciones.

Años más tarde, en la travesía a bordo del Granma, el posterior desembarco y su internación en la Sierra Maestra, la participación del pueblo como protagonista esencial será definitiva en el triunfo del movimiento

¹⁴ Portuondo, ob. cit. Párrafo de una carta enviada por Mañach a Joaquín de Moctezuma de Carvalho, en enero de 1961. Dice así: "Como usted ve, le escribo desde Puerto Rico. En noviembre pasado se me hizo irrespirable el ambiente político de mi patria. Aquella revolución por la cual usted me vio desvelarme tanto en Madrid, ha sido defraudada y pervertida. Lo que en Cuba hay, por desgracia, es un comunismo que ni siquiera tiene madurez y organicidad suficientes para tomarlo en serio".

¹⁵ "Sin el Moncada —señalaba Fidel— no habría existido Granma, la lucha en la Sierra Maestra y la victoria extraordinaria del Primero de enero de 1959. El Moncada fue el detonante, fue la aurora, fue la demajagua de este siglo cubano. [...]". Citado por Martha Rojas en *El que debe vivir*. Premio Testimonio. Casa 1978.

guerrillero, en donde campesinos, trabajadores e intelectuales revolucionarios¹⁶ se unen en contra de la dictadura, la opresión y explotación capitalista. “A los cinco años, cinco meses y cinco días del Asalto al Moncada triunfó la Revolución en Cuba —expresó Fidel—. Un récord verdaderamente impresionante, si se tiene en cuenta que transcurrieron para sus dirigentes casi dos años de cárcel, más de dos años y medio de exilio y veinticinco meses de guerra, lapso en que la correlación de fuerzas también había cambiado lo suficiente como para que la Revolución Cubana pudiera sobrevivir”.¹⁷

En la construcción del socialismo las tareas del intelectual comienzan a cambiar, se modifica su función, al convertirse en un colaborador de la obra común al lado de su pueblo. Se inicia en Cuba, entre otras transformaciones esenciales, la integración plena del hombre como lo concebía Martí: en la mañana con un azadón, en la tarde con una pluma.

El proceso cubano no es lineal, se topa con muchas dificultades. Lisandro Otero, lo describe como una etapa primera de deslumbramiento, de expectativa; después el temor, el miedo a repetir experiencias dogmáticas, agudización de la lucha de clases; finalmente la toma de conciencia internacionalista, o internacionalismo proletario, para culminar con la “cristalización del intelectual como con-

¹⁶ Fidel Castro al referirse a las limitaciones de clase de los intelectuales planteaba “[...] nosotros decíamos y hablábamos de los gérmenes del espíritu pequeño burgués y de chovinismo que solíamos padecer los que por vías puramente intelectuales habíamos llegado a los caminos de la Revolución. Pero si nosotros no éramos proletarios; si nosotros no éramos campesinos explotados; si nuestra condición de clase no nos hacía objetivamente revolucionarios, ¿por qué caminos podíamos llegar a la revolución sino por los caminos del pensamiento, de la vocación, de la sensibilidad humana [...]”. Fidel Castro. Discurso de clausura del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba. *Casa de las Américas*, No. 95 (La Habana, marzo-abril de 1976), p. 47.

¹⁷ Martha Rojas, ob. cit., p. 28.

tribuyente de la obra colectiva y no como «conciencia crítica»¹⁸ o francotirador del sistema.

Ejemplo de las dificultades es el llamado «caso Padilla».¹⁹ En la década de los setenta se suscita un hecho que trasciende las fronteras de Cuba. Una expresión aislada de la inconformidad, del egocentrismo, de la deformación de un artista. Situación ésta que la revolución sanciona y que el propio inculpado supera. En el nivel internacional las sectas y mafias principalmente europeas y algunas latinoamericanas se preocupan por la detención de uno de su «misma clase». Se propicia la polémica y con ello la definición de muchos intelectuales que oportunamente estaban con la Revolución Cubana, y, al rumor de que se coartaba la libertad de un escritor, lanzan gritos de protesta que no esconden más que su defensa al individualismo pequeñoburgués, su temor a la revolución, su anticomunismo. A su vez los intelectuales revolucionarios reafirman su solidaridad con el pueblo cubano, su incondicionalidad a la lucha de los pueblos por su liberación.

La división del trabajo intelectual y físico, las contradicciones campo y ciudad, resultado de un largo proceso histórico y del desarrollo de las fuerzas productivas, comienzan a suavizarse. La situación de privilegio de una minoría en las sociedades divididas en clases, y su contraparte el que sobre las espaldas del pueblo recaigan las tareas más pesadas y a veces inhumanas, se modifican en el

¹⁸ Lisandro Otero. "Notas sobre la funcionalidad de la cultura". *Casa de las Américas*, La Habana, Sept.-Oct., 1971, No. 68, p. 94.

¹⁹ Heberto Padilla había destilado amargos y miserables comentarios contrarrevolucionarios a K. S. Karol y a René Dumont, éstos ni tardos ni perezosos se encargaron de propalar en sendos libros de gran éxito en toda Europa algunas de estas opiniones en formas todavía más insidiosas (insistían en señalar «méritos estalinistas y fracasos agrícolas»). Treinta y siete días que pasó en el calabozo el poeta cubano, sirvieron a sesenta y dos intelectuales, aparentemente defensores de la Revolución Cubana, para evidenciar su anticomunismo.

socialismo. La abolición de la propiedad privada de los medios de producción, la toma del poder por el pueblo, la dictadura del proletariado, son la base para una nueva estructura social, en donde la participación y el beneficio del trabajo son colectivos.

Hoy Cuba, al elevar las condiciones de vida del pueblo y su acceso a la educación y la cultura, ha creado las condiciones necesarias para nuevas formas de expresión artística y el florecimiento de la ciencia y la técnica.

Se inicia en este país la socialización de la cultura, como explica García Canclini: "La única experiencia latinoamericana de socialización del arte dentro de una socialización de la producción, la de Cuba, revela que el proceso revolucionario —lejos de amputar la imaginación y la búsqueda— puede crear condiciones sociales para ampliar su desarrollo por parte de todo el pueblo. En el socialismo no termina la creación sino el privilegio de unos pocos para crear".²⁰ Cientos de poetas, escritores, artistas, al lado de científicos y técnicos constituyen la vanguardia intelectual revolucionaria de América Latina: Osvaldo Navarro, Francisco Noa, Lisandro Otero, Fernández Retamar, Manuel Cofiño López, Sergio Chaple, Cintio Vitier, entre otros.

Al amparo de la revolución socialista la clase trabajadora cubana se convierte en el actor cardinal de las distintas manifestaciones artísticas. La cultura Latinoamericana, de raigambre netamente popular, es generada e impulsada; cobra por vez primera, la posibilidad de ser leída y asimilada por el pueblo, un pueblo al que se le dice, comenta Fernández Retamar, no creas, lee "y lee considerable e inteligentemente". Los autores clásicos de la cultura burguesa, leídos asiduamente por el pueblo, son rescatados y revalorados de acuerdo al contexto y la época en que escribieron

²⁰ García Canclini. "Hacia una Teoría de la socialización del arte en América Latina." *Casa de las Américas*, No. 89, La Habana, marzo-abril, 1975, p. 115.

esas obras. No se les etiqueta, dice Lisandro Otero, como lecturas capitalistas. La Editorial *Casa de las Américas* se constituye en la vanguardia promotora del arte protestatario y en una de las pocas opciones que aún quedan en Latinoamérica, sin mordaza de ninguna especie y con total libertad de expresión. Su principal publicación, *Revista Casa de las Américas*, denuncia cotidianamente los gobiernos militares y la sistemática represión hacia sus pueblos; dedica números monográficos a los países de Nuestra América y a personalidades que han destacado en su lucha contra el imperialismo. Señala su director, "En este sentido *Casa de las Américas*, como institución cultural, ha desempeñado un papel de cierta importancia [...] Ha auspiciado, por decirlo así, la toma de conciencia en torno a la cultura latinoamericana [...]. Por otra parte quiero expresar que una revista se hace con amor, con interés, con pasión, con deseo de hacer bien las cosas [...]"²¹

El escritor colombiano Óscar Collazos al hablar sobre una actual cultura subvertora del orden establecido en el capitalismo dice: "[...] en el momento actual, una ruptura se evidencia: la paulatina creación de una cultura de "provocación", que despojándose de la vieja antinomia de la producción literaria, se da en términos de "intolerancia".²² Intolerancia, decimos nosotros, ante el *status* de las castas y clases dominantes y su "cultura" embrutecedora, una cultura cuyos apologistas deslindan el campo artístico del político, de acuerdo a moldes y cánones aún vigentes en "su cultura". Ahí radica la importancia de Casa, de la UNEAC, de la Brigada Hermanos Saíz: desmitificar esos usos y costumbres implantados y diseminados por la burguesía y sus congé-

²¹ Roberto Fernández Retamar. "Desarrollo de la Cultura, Triunfo de la revolución" en la *Semana de Bellas Artes*, No. 10 (México, febrero de 1977), pp. 8 y 9.

²² Óscar Collazos. "Escritores, Revolución y Cultura en la América Latina", *Casa de las Américas*, No. 68 (La Habana, septiembre-octubre de 1971), p. 110.

neres, liberar y diversificar de las ataduras impuestas por la ideología burguesa en el terreno artístico; promocionar nuevas generaciones de jóvenes a través de concursos y premiaciones, como en el caso de la llamada literatura ancilar, señalaría Alfonso Reyes, los premios Casa Testimonio, obras escritas al fragor de la batalla y cuyos creadores en su gran mayoría son protagonistas de estos hechos.

Cuba, al constituirse con el triunfo de la Revolución socialista en el primer país libre de América Latina, alberga y ayuda a cientos de exiliados, en su gran mayoría intelectuales, amenazados, perseguidos, torturados por «triples A», «brigadas de la muerte», «manos blancas», «patria y libertad», grupos paramilitares promovidos por regímenes castrenses de corte puramente fascista.

La conciencia del pueblo cubano se expresa en el internacionalismo proletario. La ayuda material y la presencia en Angola, Etiopía, Vietnam, de científicos, técnicos, médicos al lado de estos pueblos sojuzgados por el imperialismo, plasma los ideales marxistas-leninistas de solidaridad y fraternidad hacia la causa del proletariado.

La Revolución Cubana, cuyo protagonista principal ha sido el pueblo, es el inicio y guía de la revolución latinoamericana; es la conciencia vigilante que cuestiona a los intelectuales que aún contemplan el espectáculo de miseria y explotación de nuestros pueblos, a los cantores que añoran el pasado y pretenden retrotraer la historia, negando el esplendoroso futuro socialista.

La función del intelectual en México

“[...] Se ha querido decir que en México no existe el monopolio político de un partido de Estado: que en México hay libertades democráticas. En suma, este dogma, pese a su irracionalidad (...) y el cretinismo político que encierra, viene a convertirse de tal modo, en uno de los pilares fundamentales en que se sustenta el régimen, y de lo que era un simple modus operandi hipócrita, chapucero, de la dictadura contra sus opositores, ha terminado por transformarse en el talón de Aquiles de la misma”.

José Revueltas.

En esta etapa latinoamericana, Revolución Cubana, ascenso de la lucha de clases en Chile, Uruguay, Brasil, Argentina y Nicaragua; definición de intelectuales latinoamericanos ante su realidad, ¿cuál es el panorama mexicano y, particularmente, qué función cumple el intelectual en México? ¿Sus intereses políticos corresponden a los de su pueblo? ¿Su vinculación con la clase trabajadora se asemeja siquiera a la del argentino Haroldo Conti, que a cambio de su entrega revolucionaria y su militancia al lado del pueblo sufre cárcel, tortura y que quizá ya fue asesinado? ¿saben valorar los intelectuales mexicanos tan reiteradamente premiados el caso de Francisco Uruondo, a quien no le otorga becas la fundación Rockefeller ni premios nacionales el gobierno Videlista, sino una esquelera mortuoria demostrativa de su vinculación con las masas? y ¿qué ocurre con el periodista Rodolfo Walsh quien denuncia en *Operación masacre* los asesinatos perpetrados por militares argentinos en 1956? Hoy su nombre figura

en una enorme lista de «desaparecidos», ¿y Roque Dalton, Javier Heraud, y Otto René Castillo, poetas combatientes, sacrificados por el imperialismo yanqui?

De entre los que sobreviven a la persecución y al exilio, Mario Benedetti, comprometido en la lucha por la liberación de la patria oriental, escribe literatura de «la zona de la urgencia»²³ que molesta y escandaliza a los «críticos» mexicanos; un colombiano Gabriel García Márquez, hace a un lado su obra recreativa y pone su oficio de escritor al servicio de la liberación chilena, de la explicitación estimulante del hacer revolucionario cubano y la muestra de internacionalismo proletario forjada por ese quehacer: ya llegará la hora, pasadas las maloras, de volver a la vena de las fantasías y las letras para coroneles que sí tendrán cartas filiales y vida apacible. Difícil una respuesta que no se limite solamente al terreno literario sino que involucre a todos los representantes del sector intelectual mexicano. Una respuesta convincente implica indagar en la historia de nuestro país, en sus contradicciones en lo que representó una revolución de tipo «social» en 1910 («anterior» a la Revolución socialista de octubre, reza la infamia inconsulta); exige la explicación del reformismo, de la utilización y pesadumbre, de la ideología burguesa, en la conciencia del pueblo trabajador y de la cual no escapan los que la imponen ni los que pretenden ser «conciencias críticas» del sistema aboliéndolo por lo “negativo” pero afirmándolo por lo “eterno” de su esencia.

Recientemente Mario Benedetti se refirió al auge fascista en Latinoamérica y a la represión desatada principalmente contra el pueblo trabajador y de la cual ni el in-

²³ “[...] a veces se le piden urgencias al escritor cuando en realidad la obra literaria, la obra artística es por lo general una creación a más largo plazo, y es cierto. ¿Pero no tendremos los escritores que sacrificar a veces la posibilidad de la obra a largo plazo para atender de algún modo esta urgencia? Si otros sacrifican la vida, y no es metáfora, ¿no podremos nosotros sacrificar ese mínimo, algo de esa apuesta a la posteridad? Mario Benedetti, “Las Prioridades del Escritor”. *Casa de las Américas*, No. 68, La Habana, septiembre-octubre de 1971, p. 76.

lectual, otrora privilegiado, becado, galardonado, escapa. De «conciencia crítica» de su sociedad, criado favorito de la burguesía, “mezcla de esclavo y mercenario”, según palabras de Aníbal Ponce, recorre, entre el desgarrar interno y su propio miedo, el tortuoso y estrecho sendero de la actividad política hasta alcanzar la militancia. El esplendoroso y dorado camino de la seguridad y el bienestar, de la neutralidad, delineado por la clase en el poder quedó atrás. Hoy en los países del cono sur el imperialismo y las burguesías nativas han modificado su táctica; combinando con criterio selectivo la represión o la promoción y adulación.

Cada vez son más escasas las fundaciones benefactoras o cátedras en los Estados Unidos e Inglaterra, las becas y canongías y el auspicio o promoción de publicaciones políticas, literarias²⁴ y científicas a intelectuales de tendencias progresistas que mantienen una posición crítica, digna e independiente en cuanto a la realidad capitalista y que simpatizan abiertamente con las corrientes revolucionarias de nuestra época. En este tenor aún se le ofreció tentadora beca al escritor Haroldo Conti por la fundación John Simon Gugenheim. Ciertamente esto implicaba una sutil penetración ideológica, o el anular las perversiones e ideas exóticas que el citado autor evidenciaba. Por supuesto Haroldo Conti rechazó la jugosa oferta. Rodolfo Walsh aclaraba: “el fenómeno más importante en los últimos años en los escritores argentinos, mejor dicho, en muchos de ellos, ha sido una gradual politización, su mayor articulación a las luchas populares [...]”²⁵

Estos premios y condecoraciones son otorgados por Pinochet a Borges; el renegado Nicanor Parra goza de los

²⁴ Como parte del proyecto fascistoide del Estado uruguayo fue clausurado el prestigiado semanario *Marcha* y apresados o exiliados sus colaboradores. Igual suerte sufrió la Revista argentina *Crisis*, cuyo director era Eduardo Galeano.

²⁵ Walsh, Rodolfo. “Al pie de la letra”. *Casa de las Américas*, No. 87, p. 4, citado por Gilberto Valdez Gutiérrez en *Casa*, No. 107.

privilegios y dádivas del régimen fascista. Los Edwards, Donosos, Fuentes, Vargas Llosa y demás fauna libresca, exiliados voluntarios, ajenos a las luchas de clase de sus respectivos países (ciertos pintores defraudados ante la incompreensión de su arte y sintiéndose profetas en tierra extraña), disfrutaban del dulce encanto de la bohemia parisina o madrileña. Algunos de estos escritores colaboraron con *Mundo Nuevo* y posteriormente con *Libre* —título paradójico como un acto de fe a su anticomunismo—,²⁶ revistas cuyo origen y financiamiento fue manchado con la sangre de obreros y campesinos latinoamericanos.

En México resulta todo un acontecimiento del subdesarrollo la entrega de los Premios Nacionales de Artes y Ciencias a los más “destacados” intelectuales, como diría el ex secretario de gobernación, Moya Palencia, “Una sociedad es más sana, en la medida que reconoce a quienes son sus mejores hombres; pero sin que en ello haya ningún espíritu de elitismo, sino por el contrario, una fuerte razón popular”.²⁷ Otro cantor y apologista del sistema, sin cancelar o restarle valor a su labor poética, Octavio Paz al recibir el Premio Nacional de Letras, 1977, señaló que esto no entraña “ningún compromiso moral e ideológico [...] siempre he pensado que el único compromiso del escritor es con la lengua que escribe y con su propia conciencia [...]”.²⁸

Varios escritores que rompieron lanzas con la Revolución Cubana “desilusionados” por lo que ellos llamaron “prácticas estalinistas” o por la “violación de los derechos humanos” en el sonado caso Padilla, actualmente son entusiastas colaboradores de la revista mexicana *Vuelta*. Entre ellos se encuentran algunos vedettes europeos y latino-

²⁶ Relativamente fácil sería para estos intelectuales buscar un patrocinador o una Fundación y fusionar las dos anteriores publicaciones en una sola: *Mundo Libre*, eso colmaría sus máximas aspiraciones, representando una alegoría a su secta de intelectuales o lo que es lo mismo a la “libertad” del sistema capitalista.

²⁷ *Cultura en la libertad*, Premios Nacionales 1973, p. 31.

²⁸ *Revista Proceso*, No. 88. Entrega de Premios Nacionales, 1977.

americanos. En la desaparecida revista *Crisis* el escritor cubano Fernández Retamar, citando al principio una frase de Charles du Bos, comentaba, “‘Cuando no se vive como se piensa, se acaba por pensar como se vive. Lo que traducido de manera desagradable equivale a recordar que cuando se vive como burgués (o aspirante a) es difícil pensar como revolucionario: observación que atañe no sólo a encrespados occidentales, sino también a algún que otro pavo real latinoamericano por izquierdista que se creyera”.²⁹

En nuestro país son pocos los intelectuales que se han interesado y apoyan las luchas populares. Fueron sectores radicalizados de la pequeña burguesía, organizaciones de izquierda, organizaciones obreras independientes que junto a estos intelectuales participaron en las peticiones de 1968 al lado del movimiento estudiantil. “A pesar de que las demandas estudiantiles se insertaban en una lucha de descontento e inconformidad, en exigencia de diálogo con el Estado, respeto a la Constitución, libertad a los presos políticos y otras por el estilo, la respuesta de la burguesía fue la matanza del 2 de Octubre en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco”,³⁰ y la posterior masacre del 10 de junio de 1971, con un nuevo gobierno que alardeaba de «apertura democrática» y de «diálogo» con el pueblo».

Desafortunadamente estas expresiones de la lucha de clases en nuestro país no han trascendido los niveles y luchas frontales de los pueblos sudamericanos frente a los Videlas, Geiseles, Pinochetes y Somozas, apadrinados y bendecidos por el imperialismo norteamericano, quienes han desatado brutales represiones contra el pueblo e intelectuales opositores. En esos países las cárceles están dispuestas a recibir al intelectual rebelde, los torturadores pres- tos a “modificar” la conciencia extraviada. “En realidad,

²⁹ Roberto Fernández Retamar. “La vuelta de Galibán”. *Revista Crisis*, No. 8, p. 66.

³⁰ “El movimiento estudiantil hoy”. *Estrategia*, No. 8, p. 55.

si las fuerzas más retrógradas cambian el Congreso por la Liberta de la Cultura por los Escuadrones de la Muerte, ello quizá signifique que vamos por el buen camino; que ya no basta con neutralizarnos a los intelectuales, que el arte latinoamericano, que la cultura latinoamericana, han tenido su parte en la concientización de vastos sectores populares; que el artista y el escritor comparten hoy los riesgos de sus pueblos".³¹

La situación en México es distinta. La suerte de nuestros intelectuales difiere notablemente de la del intelectual argentino o uruguayo, y no se diga de aquella sufrida por el chileno. En nuestro país, de una forma u otra, se presentan condiciones similares a los países del cono sur: explotación, miseria, hambre, persecución y asesinatos, en menor grado y atenuadas estas dos últimas en México. Sin embargo, pese a compartir un mismo destino en ese terreno, como explica Fernando Carmona, "[...] se observan respuestas que difieren notablemente en cuanto el grado de avance e intensidad de las luchas políticas organizadas del proletariado, menores en México que en otros países latinoamericanos, con una base social, una estructura de clases y contradicciones socioeconómicas 'semejantes' a las nuestras [...]".

A pesar de una creciente agudización de las contradicciones y de una represión sistemática, la política económica incrementada por el Fondo Monetario Internacional y la docilidad del gobernante en turno al llevarla a cabo; el sometimiento ante la oligarquía y los monopolios extranjeros, todo esto conjugado, ha paliado los distintos periodos críticos: con mano dura en un sexenio gubernamental, con «apertura democrática» en otro y consignas, en el actual sexenio, que van desde «La solución somos todos»³² hasta la «Alianza de los obreros, campesinos y em-

³¹ Mario Benedetti. "El escritor y la crítica e nel contexto del subdesarrollo". *Arte, Sociedad e Ideología*, No. 3 (México, D. F., octubre, noviembre de 1977), p. 5.

³² Frase célebre que implica la participación del más humilde recogedor de basura, pasando por los cientos de miles de

presarios en la producción» que pretenden la mediatización del movimiento obrero.

Dice Fernando Carmona: "Lo que durante décadas ha diferenciado a México es la relativa estabilidad política del desarrollo de un régimen burgués reformista, pero profundamente antidemocrático y corrompido, que ha podido sortear sus más agudas contradicciones socioeconómicas, sin necesidad de recurrir a una abierta dictadura militar del corte más reaccionario, fascistoide, o incluso fascista, para preservar la dominación burguesa, como ahora o en otros periodos —en Brasil, Argentina, Venezuela y Colombia, o Uruguay y Chile, las otroras más democráticas naciones del subcontinente latinoamericano— y casi todas las demás a lo largo de la pos-guerra—, ni siquiera los peores momentos del viraje 'anticardenista' de los años 40, el alemanismo o el diazordacismo, o en los años de mayor carestía, congelación de salarios y desempleo, si bien, como sabemos en todo este tiempo no ha dejado de usarse la represión contra el pueblo trabajador".³³

Implícitamente, en la cita anterior, se presenta un problema más de fondo, la relación existente entre las condiciones objetivas y subjetivas. Si bien en México están presentes desde hace décadas las condiciones objetivas, crisis del régimen, hambre, miseria, explotación, desempleo, represión sistemática, existe una evidente desface con las

niños subempleados que pululan en nuestra ciudad; participación patriótica y desinteresada de obreros, campesinos y empleados; encumbrados magnates y toda laya de burgueses y oligarcas, sin faltar el Sr. Presidente. En plata, la frasecita en cuestión, «la solución somos todos», envuelve conotaciones existencialistas derivadas del irracionalismo contemporáneo y de la literatura de la responsabilidad. "Sin embargo la responsabilidad absoluta se convierte en los existencialistas, de acuerdo con la ley dialéctica de la transformación en su contrario, en la irresponsabilidad absoluta. Porque la responsabilidad de las clases sociales, los grupos y los individuos se diluye en la responsabilidad general, en la responsabilidad igual 'de todos'". *Fundamentos de Filosofía Marxista-leninista*. Moscú. 1975, Editorial Progreso, p. 380.

³³ Fernando Carmona. "México arriba de Latinoamérica y... abajo de los E. U. A.". *Revista Estrategia*, No. 10, p. 25.

subjetivas, expresado en la carencia de una teoría revolucionaria, de un programa y de una organización partidaria: fusión del movimiento obrero con el socialismo científico que pudiese conducir al triunfo socialista.

Esto no implica que en las naciones del Cono Sur —su exacerbación de las luchas populares, su enfrentamiento contra el imperialismo y el posterior ascenso del fascismo— estén dadas las condiciones subjetivas y haya una situación revolucionaria, sino que existe un mayor grado de conciencia en las masas, un “proletariado más independiente —orgánica, política e ideológicamente— del Estado burgués, y más cohesionado en torno a la clase obrera [...]”³⁴

En México la lucha de clases no ha alcanzado el nivel ni la intensidad de otras latitudes. Ello obedece, en parte, a la debilidad de una izquierda que no ha sabido encauzar las demandas de un proletariado, desorganizado en cuanto a sus intereses, organizado y controlado para los requerimientos de la clase en el poder. Del lado opuesto, un hábil Estado burgués sin reprimir abiertamente, sino promoviendo toda una política reformista adecuada a distintos periodos sexenales. Dice Alonso Aguilar: “Quizá ningún país latinoamericano cuente hoy con un aparato ideológico como el de México. El parlamento no juega aquí un papel comparable al de otras naciones; pero en ciertos campos la iglesia y otros cuerpos tradicionales; y sobre todo la escuela, el libro gratuito, la prensa, los cómics, el radio, la televisión y el cine, el gobierno y sus centenares de empresas, el movimiento sindical, el PRI y sus organizaciones de masas, los consorcios nacionales y extranjeros. el Seguro Social, el INPI (hoy llamado DIF) el ISSSTE y otras instituciones de salud, integran una tupida red de propaganda, de enajenación sistemática y adoctrinamiento teórico y práctico en la diseminación y defensa de la ideología burguesa [...]”³⁵

³⁴ Ob. cit., Fernando Carmona, p. 26.

³⁵ Alonso Aguilar. *Estrategia* No. 10, México, julio 1976, p. 84.

Ante esta realidad cabría preguntarse: ¿En qué radica la diferencia entre el capitalismo mexicano y el latinoamericano? ¿qué determina una diferente expresión ideológica?

México es capitalista desde hace ya un siglo; su desarrollo, su carácter dependiente y subdesarrollado lo determina su inserción en el capitalismo a escala mundial, cuando éste recorre la etapa imperialista.

La revolución democrática burguesa de 1910, en la cual participan amplios sectores populares, significó el afianzamiento de la burguesía en el poder; y con la Constitución de 1917, el inicio y la consolidación del capitalismo de Estado. La penetración de los monopolios extranjeros en las décadas de los 20s y los 30s, van sentando las bases para la monopolización de la economía. Durante el Cardenismo, el capitalismo de Estado se consolida definitivamente, y ante una coyuntura internacional favorable, se realizan nacionalizaciones importantes. En los años de post-guerra se expanden los capitales monopolistas norteamericanos y europeos. En México aumenta la inversión extranjera en la industria, el comercio, las finanzas apoyados por el Estado, que participa cada vez más en la economía ya predominantemente monopolista. "El capitalismo monopolista de Estado afirma el carácter de clase del Estado, el que como nunca antes, estimula la socialización de la producción y la concentración del capital en poder de la oligarquía".³⁶

Unido a la actual crisis del sistema capitalista mundial, nuestro país vive una difícil situación que se acentúa por el subdesarrollo y la dependencia estructural. La clase dominante y su Estado, intentan contrarrestar la tendencia a la baja de la tasa de ganancia, haciendo recaer el peso de la crisis sobre los trabajadores, con una mayor explotación, congelación de salarios, desempleo, inflación. La inconformidad y descontento del pueblo se hace evidente en los últimos años en las numerosas luchas, huelgas, forma-

³⁶ Alonso Aguilar. "El capitalismo mexicano", *Revista Estrategia*, No. 2, México, marzo-abril de 1975, p. 19.

ción de sindicatos independientes, organizaciones de izquierda. La burguesía refuerza todos los mecanismos de control de que dispone: Reforma Política, Administrativa, Educativa, Sindical, son medidas que responden a las crecientes demandas populares, así como a las necesidades de la clase en el poder ante los efectos de la crisis. Su política se dirige a los sectores de la pequeña burguesía, a la izquierda descontenta, intentando separar la ideología proletaria del marxismo. Un ejemplo del control sistemático y manipulación de la burguesía es la promoción de la llamada Reforma política, tal como lo señala Jorge Carrión: “[. . .] el nuevo gobierno se enfrenta a la crisis económica, y a la posibilidad de que la crisis política se agudice, con una posición cuyos principales términos parecen ser: a los trabajadores más explotación; a la izquierda en cambio, más holgura y aun cierta participación legal en el sistema [. . .]”³⁷

Actualmente la imagen ficción del progreso es propagada por los panegiristas gubernamentales y por connotados sociólogos e intelectuales que se dicen inconformes con el capitalismo. Su óptica “crítica” e “inconforme” se empaña ante la visión apocalíptica de miles de individuos y pueblos enteros que, bajo el pretexto del progreso, sufren hambre y humillaciones. Su ceguera existencial les impide ver que: “El capitalismo ha alcanzado su más alto nivel en el terreno de la producción y, al mismo tiempo, ha revelado plenamente su hostilidad al individuo y a su libertad, a la democracia y a la igualdad, al desenvolvimiento de la conciencia moral y artística”.³⁸ Otras veces estos ‘críticos’, pesimistas y catastróficos, se alarman y señalan con dedo flamígero que “En las circunstancias actuales la carrera hacia el desarrollo es mera prisa por condenarse [y que sólo] una solución democrática permitirá que se planteen los más graves problemas del país”.³⁹

³⁷ Jorge Carrión. “La reforma política: necesidad del Estado”. *Estrategia*, No. 16, México, julio-agosto de 1977, p. 13.

³⁸ Materialismo Histórico. Moscú, Editorial Progreso. 1977.

³⁹ Octavio Paz. *Posdata*, México, Ed. Siglo XXI, 1970, p. 93.

Esta idea del progreso social, sin sobresaltos, sin lucha de clases, sin «dictaduras tecnoburocráticas», sin revoluciones, la basa la burguesía y su Estado en el proyecto idílico de un país «ideológicamente plural»: donde la conciliación de clases alimente alianzas para la producción y las reformas políticas y administrativas desemboquen en la ansiada Arcadia. Estas consignas, utilizadas por la clase en el poder para atenuar o desviar la lucha de clases y enfocar el potencial revolucionario hacia contradicciones secundarias o querellas interburguesas, funcionan como catalizadores que hasta el intelectual más sagaz y «conciencia crítica» acepta. No son gratuitas estas concepciones, responden a interpretaciones burguesas que predicán la transformación indolora del capitalismo a la “economía mixta”, donde se conjugan, según estas concepciones, rasgos del capitalismo y del socialismo. Estas interpretaciones cientistas, unidas a propuestas reformistas, coadyuvan a la institucionalización de otros mitos y leyendas burguesas.

Entre ellas el de la vigencia de la revolución mexicana juega un papel importante.⁴⁰ Tanto el funcionario público y privado y el intelectual crítico coinciden plenamente en que ya hubo una revolución, la de 1910, y que no hay necesidad de otra. El «horror sacralizado» ante la mención de una genuina revolución proletaria, la aprobación del «destino manifiesto» y la «fatalidad geográfica» de nuestro país, aunada a la fascinación por el orden establecido, generan propuestas y “soluciones” dignas de ser causas perdidas: “La solución, señala el intelectual, consiste en el nacimiento de un movimiento independiente y democrático que agrupe a todos los oprimidos y disidentes de Mé-

⁴⁰ Absurdo de nuestra parte sería el negar la trascendencia y sentido de la Revolución Mexicana, donde ofrendaron su vida miles de obreros y campesinos en aras de mejoras sociales; el problema estriba en la institucionalización y utilización que de ella ha hecho la burguesía y su Estado para someter aún más a nuestro pueblo, aprovechando proclamas «revolucionarias» y haciéndole creer que a base de reformas y consignas mejorará sus condiciones de vida.

xico en un programa mínimo común”.⁴¹ Un movimiento sin sangre, sin sudor y sin lágrimas, que pueda ofender la preclara sensibilidad de la conciencia crítica. Él está de acuerdo con la revolución democrática-burguesa de 1910, con sus postulados y proclamas, y rechaza indignado la revolución socialista por considerarla utópica e innecesaria. Parafraseando al intelectual, “una revolución de ese tipo nos podría conducir a ominosos extremos de burocracia socialista, al odiado imperio socialista totalitario o caer en el abominable Estado obrero estalinista”. El mito burgués sobre la revolución mexicana finiquitada, con propuestas aderezantes y renovados bríos, cobra un nuevo sentido y adquiere diversos matices en la actualidad.

Dice Alonso Aguilar: “la tesis burguesa según la cual la revolución mexicana sigue vigente y en continua renovación y de que el orden jurídico y político surgido de ella abre la posibilidad de un desenvolvimiento nacional democrático independiente, que al amparo de una economía ‘mixta’, de la unidad nacional y la conciliación de clase, conjugue los intereses sociales más diversos y garantice un desarrollo con libertad y justicia social es engañosa y falsa. La revolución mexicana se consumó al consolidarse, desde los años 20, el poder burgués, y no sólo no fue capaz de llevar al cabo muchas de las reformas prometidas sino que la clase en el poder se ha vuelto uno de los obstáculos para su realización”.

La novísima teoría de la desideologización,⁴² y sus variantes hacen el caldo gordo a la burguesía cuando plan-

⁴¹ Octavio Paz, ob. cit., p. 74.

⁴² La teoría de la desideologización o del «fin de las ideologías», es defendida abiertamente por ideólogos burgueses en respuesta al avance y a la cada vez mayor acogida del marxismo-leninismo por los pueblos explotados por el capitalismo. Estos ideólogos, agrupados en torno al «Congreso por la libertad de la cultura», Galbraith, Raymond Aron, O. Bell, Schlesinger y otros prominentes politólogos, señalan: “La vía occidental —o sea la capitalista—, se declara la más eficiente, indolora y aceptable. El futuro de la humanidad se presenta con frecuencia como un proceso de aproximación gradual de dos sistemas —capitalismo y socialismo—” (...) “El proletariado se ha incorporado a la so-

Esta idea del progreso social, sin sobresaltos, sin lucha de clases, sin «dictaduras tecnoburocráticas», sin revoluciones, la basa la burguesía y su Estado en el proyecto idílico de un país «ideológicamente plural»: donde la conciliación de clases alimente alianzas para la producción y las reformas políticas y administrativas desemboquen en la ansiada Arcadia. Estas consignas, utilizadas por la clase en el poder para atenuar o desviar la lucha de clases y enfocar el potencial revolucionario hacia contradicciones secundarias o querellas interburguesas, funcionan como catalizadores que hasta el intelectual más sagaz y «conciencia crítica» acepta. No son gratuitas estas concepciones, responden a interpretaciones burguesas que predicán la transformación indolora del capitalismo a la “economía mixta”, donde se conjugan, según estas concepciones, rasgos del capitalismo y del socialismo. Estas interpretaciones cientistas, unidas a propuestas reformistas, coadyuvan a la institucionalización de otros mitos y leyendas burguesas.

Entre ellas el de la vigencia de la revolución mexicana juega un papel importante.⁴⁰ Tanto el funcionario público y privado y el intelectual crítico coinciden plenamente en que ya hubo una revolución, la de 1910, y que no hay necesidad de otra. El «horror sacralizado» ante la mención de una genuina revolución proletaria, la aprobación del «destino manifiesto» y la «fatalidad geográfica» de nuestro país, aunada a la fascinación por el orden establecido, generan propuestas y “soluciones” dignas de ser causas perdidas: “La solución, señala el intelectual, consiste en el nacimiento de un movimiento independiente y democrático que agrupe a todos los oprimidos y disidentes de Mé-

⁴⁰ Absurdo de nuestra parte sería el negar la trascendencia y sentido de la Revolución Mexicana, donde ofrendaron su vida miles de obreros y campesinos en aras de mejoras sociales; el problema estriba en la institucionalización y utilización que de ella ha hecho la burguesía y su Estado para someter aún más a nuestro pueblo, aprovechando proclamas «revolucionarias» y haciéndole creer que a base de reformas y consignas mejorará sus condiciones de vida.

tea a través del “fin de la ideología” la imposibilidad de obtener transformaciones por vía de la revolución socialista. Esta “declinación de la ideología” significa en labios de eminentes sociólogos y científicos sociales el advenimiento de una nueva sociedad con una economía “mixta”, sin lucha de clases, un tipo de socialismo trasnochado al estilo de Kenneth Galbraith, donde se dan la mano y conviven pobres y ricos, explotados y explotadores, sin necesidad de soluciones extremas.

Frecuentemente en países como el nuestro y en Latinoamérica se hace uso del nacionalismo como punta de lanza a las negociaciones con el imperialismo norteamericano. Nacionalismo acaudillado por las distintas burguesías entreguistas en los regateos por tratos más equilibrados en las relaciones comerciales, por condiciones preferenciales en la exportación de materias primas y la defensa de los recursos nacionales. Actualmente en México el regateo comercial se establece a través de nuestras riquezas petroleras. Diversos sectores nacionalistas y una parte de la izquierda han defendido este patrimonio frente a las presiones yankis. El jefe de la nación, López Portillo, fue tajante en su espíritu nacionalista: “[. . .] entonces o lo vendemos o lo quemamos [. . .] Sabemos que la decisión correcta, la que nos conviene, es vender gas por tubería. No hacerlo porque el comprador fuera nuestro vecino sería enfermizo, significaría un sacrificio en el altar de nada que el país no tiene que hacer. . .” (Informe de Gobierno, 1977).

ciudad capitalista y logrado los derechos económicos y sociales. La clase obrera y la burguesía son ahora socios iguales en asuntos públicos” (L. Moskvichov, *Teoría de la Desideologización*, Edit. Progreso, Moscú, 1974). En México han surgido tecnócratas influidos por la ingeniería social y científicos que han aplicado a nuestro subdesarrollo las enseñanzas de sus maestros: con la ‘fusión gradual’ de estos dos sistemas desaparece la absurda idea de la revolución social, y la lucha generacional releva a la lucha de clases: ni socialismo ni capitalismo, sino todo lo contrario; es menester buscar una ‘tercera vía’, más humanitaria; “ahí está la diferencia entre una democracia social que se encuadra en la vigencia política del derecho y cualquier sistema dictatorial que admite su cancelación.” (J. L. P., I Informe a la Nación).

Este claro ejemplo del nacionalismo burgués tuvo que ceder, no ante el estira y afloja de las declaraciones periodísticas entre funcionarios mexicanos y norteamericanos, y la subsecuente dosis manipuladora hacia el pueblo mexicano y sus trabajadores, sino por las condiciones de dependencia estructural con el imperialismo, y en este caso específico, por el afianzamiento y profundización de la dependencia tecnológica; ésta ha creado nexos y vínculos muy estrechos imposibles de superar en la vía capitalista, y menos con un nacionalismo ramplón, de “dientes para afuera”.

En el sexenio pasado y en éste, la burguesía tiende a “coquetear” con países socialistas: decenas de prominentes hombres de negocios e intelectuales son transportados en “aviones de redilas”; visitan aquellos países, haciendo creer al pueblo que gozamos de independencia expresada en la diversificación comercial. De acuerdo a este hecho, ante la opinión pública, se anula por decreto burgués la dependencia económica con los Estados Unidos. En el sexenio anterior este nacionalismo se exacerbó y se proyectó al tercermundismo. Grupos de intelectuales, Fernando Benítez y Carlos Fuentes entre otros, presuntamente guiados por su buena fe, se afiliaron, colaboraron y confiaron en la política del Lic. Echeverría, “por su honda raigambre juarista y por retomar la tradición cardenista”: Echeverría era el hombre en el cual se integraban estas dos voluntades.

La “tradición y raigambre” nacionalista no llegó más allá de la guayabera, el atuendo de china poblana y el atole champurrado. Hoy el tono y el matiz es más mesurado, las furibundas prédicas a los emisarios del pasado, el tercermundismo macilento y el nacionalismo burgués cobran distintas proporciones, tenues coloraciones, sin ofensa alguna: “dejemos claramente sentada nuestra posición de dignidad, respeto mutuo y trato equilibrado ante el poderoso amigo y vecino” (J. L. P., *Informe de Gobierno*, 1977, *Excélsior*).

La burguesía mexicana en sus reiteradas consignas a la unidad nacional o ante la alianza para la producción

transmite a los trabajadores su ideología haciéndoles aceptar como revolucionario el nacionalismo burgués. Esta proclama es una de los sustentos políticos e ideológicos de su dominación. Quienes no acepten este nacionalismo burgués o atenten contra él serán satanizados como "divisionistas, subversivos y enemigos de México, amén de importadores de ideologías extrañas".

Este nacionalismo burgués, de acuerdo a su conveniencia e intereses, utiliza a vastos sectores del pueblo, los moviliza y enardece, para finalmente logrado su propósito, su "plato de lentejas", ante el imperialismo, desanimarlos y enriarlos en su cotidiana frustración.

De otra forma, la clase en el poder, a través del nacionalismo fomenta y materializa el anticomunismo que han inculcado a las masas durante decenios. Formula tesis señalando al socialismo como una amenaza peor que el mismo capitalismo y no repara en identificar al fascismo con el comunismo.

Ante estas muestras chovinistas y grotescas de que hace alarde la clase dominante-dominada de "su nacionalismo", justo es resaltar y deslindar el genuino nacionalismo proletario: la defensa y el respeto a los valores nacionales y a la cultura de nuestros antepasados; un auténtico nacionalismo revolucionario y su congénere, como dice Fernando Carmona, "el antimperialismo espontáneo y potencialmente revolucionario del proletariado mexicano". El nacionalismo proletario debe llevar como premisa la ampliación del concepto nacionalismo revolucionario,⁴³ que presupone el alcance y vinculación más allá de nuestras fronteras con el internacionalismo proletario, cuyos máximos exponentes, hoy por hoy, son la Unión Soviética y Cuba.

⁴³ Lenin señalaba al respecto: "Nacionalismo burgués e internacionalismo proletario, tales son las dos consignas antagónicas, irreconciliables, que corresponden a los dos grandes campos de clase del mundo capitalista y expresan dos políticas (es más dos concepciones) en el problema nacional."

“Nace este periódico [...] para explicar y fijar las fuerzas vivas y reales del país, y sus gérmenes de composición y descomposición, a fin de que el conocimiento de nuestras deficiencias y errores y de nuestros peligros, asegure la obra a que no bastaría la fe romántica y desordenada de nuestro patriotismo; y para fomentar y proclamar la virtud donde quiera que se le encuentre. Para juntar y amar, y para vivir en la pasión de la verdad, nace este periódico”.

José Martí.

“Cuando se piensa en otras naciones latinoamericanas se da uno cuenta de las favorables condiciones existentes en México en este sentido, pues sigue siendo un importante centro cultural [...]”. Si bien las palabras del excelente escritor cubano Fernández Retamar evidencian un hecho innegable, sobre todo referidas a la alta difusión de revistas culturales en un ‘adecuado ámbito político’, un clima de aparente paz y bienestar propio para la transmisión cultural, expresadas por funcionarios y educadores mexicanos cobran un sentido diferente. Ante iniciativas culturales de la clase dominante en México, campañas y reformas educativas para desterrar la ignorancia en el pueblo, debemos aclarar la burda mentira de que por vías culturales el pueblo reivindicará sus demandas de libertad y justicia. Estas ideas han arraigado y están presentes en diversos sectores. La vía cultural, en el pasado, era impulsada por utópicos y positivistas a lo Samuel Ramos, Justo Sierra y otros que planteaban la liberación del pueblo, de sus “atavismos e ignorancia”, a través de la llamada «cultura nacional» como le dice Eduardo Galeano a la cultura de la clase dominante. Actualmente en nuestro país se considera a la educación como factor primordial

de desarrollo: "Del alcance de nuestra acción educativa dependerá en mucho el éxito o el fracaso de cualquier programa social o económico y la redistribución equitativa del bienestar individual y colectivo". Palabras del Lic. López Portillo en su primer informe a la nación, quien añade: "...igualar a los desiguales por la educación y capacitar las habilidades para generar mediante el trabajo y con dignidad, los propios satisfactores". Pero lo cierto es que en una sociedad dividida en clases como la nuestra, la clase explotada además de la miseria, el hambre, la injusticia, sufre la ignorancia. El acceso a la educación y a la cultura sigue siendo privilegio de una minoría. Millones de analfabetos y semialfabetos, miles de jóvenes y niños interrumpen sus estudios por falta de recursos económicos. El paso a la educación se va estrechando, la selección no la determinan los "exámenes de admisión" o los criterios académicos, se da desde antes: en la estructura social. En la cúspide de la pirámide educativa están los cuadros de la burguesía.

«Cultura nacional», aclara Galeano, impartida mediante el cine, la radio, la televisión, el periódico y miles de sucedáneos que "venden ilusiones de riqueza a los pobres y de libertad a los oprimidos, sueños de triunfo para los vencidos y de poder para los débiles [...]".⁴⁴ Realmente son poco favorables esas condiciones de vida para un pueblo desinformado de su realidad, con lecturas abiertamente anticomunistas, con tirajes de doscientos mil ejemplares semanales, cuyos valores supremos son el individualismo, la ausencia de solidaridad, la condición de inferioridad y discriminación a que se somete a la mujer.⁴⁵

⁴⁴ Galeano, Eduardo. "Defensa de la Palabra", *Casa de las América*, No. 100, La Habana, Cuba.

⁴⁵ En México solamente en revistas femeninas se calcula un promedio de cerca de cuatro millones de ejemplares mensuales entre fotonovelas, revistas de modas, de consejos de belleza; y lo más grave, el imperialismo tiene un excelente mercado entre la niñez mexicana. La Editorial Novaro distribuye un promedio de doce millones de revistas de historietas mensualmente. Junto con otras editoriales se calcula un tiraje de dieciocho millones de sucedáneos mensualmente.

Por otro lado, esas condiciones a las que se refiere Fernández Retamar se basan en el real incremento y difusión no sólo de revistas culturales y científicas, sino, lo más importante, de revistas de análisis político. En relativamente corto tiempo se han propagado varias publicaciones que intentan desentrañar la realidad nacional. Son esfuerzos independientes, al margen de subsidios estatales, que si bien no han trascendido el ámbito estudiantil o profesional, su aspiración es llegar a quien más lo necesita, la clase obrera.

Es indudable la conveniencia de aprovechar ciertas condiciones de la actual coyuntura política del país, cierto margen de «libertad de prensa» para la izquierda mexicana y sectores progresistas en la proyección de sus ideas, en el ámbito de la difusión, investigación, publicación de estudios que enriquezcan y abran el camino para la interpretación científica de nuestra compleja realidad y la de los pueblos latinoamericanos.

“Un intelectual o es conciencia crítica o no es intelectual”. Curiosa disparidad en las definiciones políticas de muchos intelectuales mexicanos. En el pasado eran revolucionarios y entusiastas partidarios de la Revolución de Octubre; posteriormente empezó la frustración y el desencanto, el ideal, el falansterio foureriano que habían imaginado, no satisfacía sus anhelos. En el presente, de nueva cuenta, se afilian emotivamente a la revolución cubana y ante el sonado «caso Padilla», o protestan por lo que consideran un ataque a uno de los “suyos”, de la clase de los intelectuales por supuesto, o quedan confusos pensando que el estalinismo y su burocracia han arribado a la Isla. Últimamente los más jóvenes se muestran complacidos, “están” y defienden la revolución cubana. Lo paradójico de esta situación es su antisovietismo.⁴⁶ como un estigma

⁴⁶ “[...] el antisovietismo, cualesquiera que sean sus formas y manifestaciones, constituye un elemento importante indispensable, del dispositivo ideológico de la gran burguesía para defender sus intereses y preservar su poder [...]”. Nuestros intelectuales, en ese antisovietismo se guían por la gran difusión de la

y reflejo condicionado que les impusieron sus "mayores". Estos últimos, Paz, Fuentes, Benítez, "se siguen enfrentando como dice David Viñas, «al Stalinismo escolástico». Mejor aún: hacen pie reaccionando contra el zdanovismo más ridículo e insulso. Discutían con eso en 1950 y siguen discutiendo con lo mismo en el 70 [los mexicanos en 1978]. No advierten que sus viejos adversarios han muerto, han cambiado y que sus oponentes favoritos son figuras retóricas a las que siempre vencen [...]". En esta "simple definición" política, el estar a favor de la revolución cubana y mostrar por principio su furibundo antisovietismo les ha impedido percatarse que los cubanos, con Fidel Castro a la cabeza, dan su vida y defienden a la Unión Soviética. Como lo aclara el mismo dirigente en el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba: "la deuda de gratitud contraída con el glorioso partido de la Unión Soviética y su heroico pueblo no se borrará jamás de nuestros corazones en la solidaridad brindada a Cuba, país situado a miles de millas de distancia de la URSS, se cumplieron los sueños internacionalistas de Marx, Engels y Lenin, y la revolución inmortal de octubre se proyectó con invencible fuerza en el destino de este continente. Ocurrirán en el futuro muchos cambios, incluso días vendrán en que desaparezca el capitalismo en los Estados Unidos, pero nuestro sentimiento de amistad hacia el pueblo que nos ayudó en estos años decisivos y críticos, cuando nos amenazaba el hambre y el exterminio, será eterno. Ello se suma a nues-

prensa capitalista de las declaraciones del 'científico' Sárjob, contrarias a la distensión; o elevan a primer plano, la prensa burguesa, la filosofía oscurantista de Solzhenitsin quien "se ha convertido en un nostálgico del pasado, en un adversario del socialismo, apasionado hasta el punto de servir de abogado a los traidores que se pusieron al servicio de Hitler [...]". (hizo la apología de Vlasov, agente de Hitler y criminal de guerra). Hoy, 1978, Carter y Pinochet hermanan sus convicciones y se convierten en furibundos defensores de los "derechos humanos", protestando por los juicios en Moscú a traidores y agentes del imperialismo. M. Lebedinsky. *Irracionalismo, Negativismo y Utopía*. Editorial Cartago, B. A., 1974, pp. 49 y 50.

tro reconocimiento hacia el pueblo que abrió el camino a la revolución socialista y que al precio de millones de vidas libró al mundo del azote del fascismo". La mayoría de estos intelectuales se dicen antimperialistas, pero en el fondo evidencian una marcada servidumbre hacia el país del norte. Señalan en sus agudos comentarios ser objetivos y neutrales al emitir juicios sobre los errores y logros de los dos sistemas. Como ejemplifica el «playboy» de la literatura, cuando dijo, que ningún país como en los Estados Unidos había tanta libertad de crítica, donde los periodistas y la opinión pública habían denunciado y renunciado a un presidente —se refiere Carlos Fuentes al caso Watergate. Otro, Gustavo Sainz, no se quedó corto al señalar: "quizá el país donde los escritores tienen más posibilidad de expresión y crítica sea Estados Unidos..." Tuvo razón Mario Benedetti, "Creo que ha llegado el momento en que [. . . los intelectuales] se vayan convenciendo de algo que en Montevideo, en Buenos Aires, en Santiago de Chile, en La Habana, en Lima, en Bogotá (mis únicas dudas se refieren a México y su rampante maffia literaria), se ha hecho carne en la mayoría de los escritores: *se acabó la diversión*. El escritor por su sola condición de tal, no goza de ninguna inmunidad, de ningún derecho 'sacrosanto' ".⁴⁷ Lo criticable en estos críticos no es tanto que expresen sus opiniones siempre y cuando asuman con seriedad su posición, ser conciencia crítica hacia el capitalismo, sino lo más grave, el sembrar duda y desconfianza. "Porque quienes señalan las dificultades del socialismo para sembrar el escepticismo, y la desconfianza ante sus propias y reales posibilidades, no pueden ser otra cosa que agentes del enemigo [...] Nadie puede ignorar que una de las armas más poderosas que todavía tienen los imperialistas es el escepticismo que han logrado inculcar sobre la opción socialista [...]"⁴⁸

⁴⁷ Benedetti, Mario. *Las prioridades del escritor*, Casa de las Américas, No. 68, Sept.-Oct., 1971, p. 78.

⁴⁸ "Declaración de Cineastas Cubanos", Casa de las Américas, No 67, La Habana, julio-agosto de 1971, p. 152.

Nadie obligaría a que el intelectual dejara de ser conciencia crítica, bastaría con que mantuviera una actitud de respeto al pueblo, a su proceso de lucha, a su destino revolucionario.

Otros intelectuales son ganados a la idea de que para resolver los problemas hay que luchar integrados al aparato del Estado (algunos se afilian y colaboran en el P. R. I.), ocultando su temor o su confusión en una aparente neutralidad, comprometidos en realidad con quienes les aseguran el sustento y el éxito.

Pese a la manifiesta penetración de la ideología burguesa en los intelectuales, es evidente y alentadora la presencia de un número cada vez mayor de profesionistas indignados ante los atropellos e injusticias de que es víctima nuestro pueblo; de intelectuales revolucionarios que vislumbran la posibilidad de un cambio radical en el país, que pueda ofrecer un futuro distinto a los mexicanos, sin farsas electorales, sin mentiras políticas, sin demagogia de los funcionarios. Un futuro en donde el hambre, la miseria, el asesinato, la prostitución sean lacras del pasado e ignominia del museo capitalista.

Sectores y grupos de médicos, enfermeras, trabajadores sociales, maestros, solidarios con las luchas populares empiezan a comprender la necesidad del estudio sistemático de la realidad y de la lucha organizada.

El éxito depende de una organización que los agrupe y vincule al lado de los obreros y campesinos; de las directrices que en el terreno de la lucha teórica-ideológica desbrocen el arduo camino hacia la comprensión científica de la realidad y la consecuente teoría revolucionaria.

No es fácil, aún en momentos de crisis de todo un sistema y de su ideología (de la pérdida de fe y de ilusiones futuras de muchos de sus ideólogos, que vuelven miradas llenas de nostalgia a un pasado místico como única posibilidad de refugio) la burguesía tiende a estrechar sus lazos y mantiene su hegemonía a costa de los intereses y aspiraciones de los trabajadores. Domina todas las esferas de la comunicación, decide sobre el tipo de publicaciones,

noticias y todo género de información que se le ofrece cotidianamente al pueblo.

Es en ese terreno, el ideológico, donde la participación de los intelectuales es en este momento necesaria: en la desmitificación de la ideología dominante, la denuncia cotidiana a las falacias del régimen. Y en la educación e instrucción de las masas explotadas y desposeídas.

Es a la vanguardia intelectual revolucionaria a quien corresponde la tarea de avanzar en la forja de una teoría revolucionaria que ubique al enemigo, que analice las contradicciones y de los lineamientos de una estrategia y táctica correctas. En suma, una organización que logre la fusión del movimiento socialista con el movimiento obrero.

A MANERA DE PREFACIO

LA LUCHA POR LA LIBERTAD*

José Martí

[...] Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. En América no se podía ser honrado, ni pensar, ni hablar. Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació, los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado. El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado. El niño que no piense en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en camino de ser bribón. Hay

* Escrito publicado en 1889 en la revista para niños *La Edad de Oro* con el título: "Los tres héroes". Recogido en el Tomo II: *José Martí, Páginas escogidas*. (Selección y Prólogo Roberto Fernández Retamar), La Habana, Cuba. Instituto Cubano del Libro, 1971, pp. 61-67.

hombres que son peores que las bestias, porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas: el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso; la llama del Perú se echa en la tierra y se muere, cuando el indio le habla con rudeza, o le pone más carga de la que puede soportar. El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante, y como la llama. En América se vivía antes de la libertad como la llama que tiene mucha carga encima. Era necesario quitarse la carga, o morir.

Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres viven sin decoro a su alrededor. En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Ésos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana [..]

Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz con que calienta. El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz [..]

Un hombre solo no vale nunca más que un pueblo entero; pero hay hombres que no se cansan, cuando su pueblo se cansa, y que se deciden a la guerra antes que los pueblos, porque no tienen que consultar a nadie más que a sí mismo, y los pueblos tienen muchos hombres, y no pueden consultarse tan pronto.

Un escultor es admirable, porque saca una figura de la piedra bruta: pero esos hombres que hacen pueblos son como más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debían querer; pero, ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantescos fundadores. Ésos son héroes; los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobre-

za y desgracia por defender una gran verdad. Los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.

LOS INTELLECTUALES CUBANOS Y LA REVOLUCIÓN

LITERATURA Y REVOLUCIÓN*

Juan Marinello

Parece obligado, inevitable, el título que ponemos a esta meditación apresurada. Porque se trata, en este número de la revista *Casa*, de recoger pronunciamientos esenciales en la trayectoria americana donde dialogan el ímpetu creador y la conciencia ciudadana. Si damos algunas páginas al señalamiento de ciertas coordenadas maestras es porque ellas ofrecen el contexto de viejas y nuevas peripecias en la dilatada pugna.

El contenido de este número de *Casa*, parece evidenciar la existencia de una constante positiva —superadora—, en los pueblos de la América Latina entre revolución y literatura; pero tal evidencia supone la presencia de un bando contradictor, de un terco destacamento, al que hay que batir sin tregua ni desmayo. Pasado el tiempo, queda la resistencia reaccionaria como el telón de fondo en que se dibuja la claridad de la actitud libertadora. Y la luz ha de ser intensa, valerosa, implacable, cuando pelea con tinieblas obstinadas, afincadas en sustentos poderosos.

* Publicada inicialmente esta meditación en la *Revista Casa de las Américas*, septiembre de 1971. Recogida en: Juan Marinello, *Creación y revolución*, La Habana, Cuba. Editora UNEAC, 1973 (Colección Contemporáneos), pp. 205-216.

Pudiera decirse que el debate entre arte y política ocurre en todas partes y que cada época muestra parejas contradicciones. No siendo errado el reparo, es fuerza admitir que en este lado del mundo el pleito entre los decididos a libertar al hombre y los dispuestos a alargar su esclavitud afecta un perfil más definido, una unidad más visible, un ámbito más dilatado y una mayor vocación de deslinde. Para que así sea existe, en nuestro opinar, una gran razón dominante que, aunque de orígenes remotos, no ha perdido vigencia. Nos referimos al hecho de que haya sido América un orbe *descubierto*, es decir, un mundo subordinado en su alumbramiento, nacido para servir al descubridor. De ahí parte que a lo largo del tiempo tengan nuestros pueblos una cuestión central a ventilar: la de quebrar su dependencia a un poder exterior.

La circunstancia de haber llegado a la civilización occidental en condición subalterna marca, por siglos, nuestro camino económico, lo que quiere decir nuestro acontecer social. Es forzoso que, en esa condición, la lucha entre el opresor rapaz y el oprimido valeroso sea un *leitmotiv* in-cambiable en la esencia, lo mismo cuando se enfrenta Cuauhtémoc a Cortés, Bolívar a la Corona española y el Che al imperialismo yanqui.

Pero, dentro de tal contexto secular ocurre el acontecimiento decisivo de que la porción norteña del Continente —que peleó en su día contra el colonizador europeo—, absorba pronto las maestrías cultas de sus descubridores. Puesto a andar en tierra nueva, extensa y rica, el saber trasplantado cría fuerza para integrar una comunidad de similar desarrollo al de la nación matriz. Describiendo la parábola conocida, el avance plausible de los primeros tiempos se vuelve pronto poder concentrado, opresivo y excluyente. Todo lo que se oponga al mando de la minoría dirigente será avasallado o arrasado, ya sea el hombre de piel negra o el de piel roja. El tránsito al desbordamiento agresivo y sin límite previsible no se hace esperar. Todo el Continente será, por definición imperialista, tierra destinada al nuevo señorío.

El rechazo al invasor de turno no ha de producirse ya contra un poder vencido sino contra un impulso victorioso; no contra una nación agotada, sentenciada por la historia, sino contra una fuerza en marcha imperiosa que inicia, con su invasión gigantesca, una nueva era en la economía mundial. Lenin situó, con su visión aquilina, el comienzo del imperialismo —fenómeno de entraña universal—, en una peripecia americana que nos toca de cerca, en el momento en que los barcos inoperantes de Cervera se hundían en Santiago de Cuba por obra de una superioridad en el momento incontestable. Comienza entonces una penetración profunda, determinada por el desarrollo capitalista y empujada y regida por las técnicas más avanzadas. Se inicia una etapa continental que dura todavía, aunque sean visibles los síntomas reveladores de su cercana derrota.

No siempre se tienen en cuenta la magnitud y la consistencia de las raíces del dominio de los Estados Unidos sobre la América Latina. Posee mucho interés calibrar lo que ha sido en nuestros pueblos la influencia del caso norteamericano desde que a mediados del siglo pasado luce como ejemplo de una prosperidad irreversible. Un ensayo reciente de Noel Salomón alumbró considerablemente este tramo decisivo en la historia del Continente.

El sabio y sensible profesor de Burdeos comprueba la anchura y persistencia de la actitud de seguimiento y admiración de los Estados Unidos a mucha distancia de la etapa imperialista, precisando con fortuna, el andamiaje ideológico de tal postura. En opinión de Sarmiento y en la de los *científicos* mexicanos, los Estados Unidos ejemplifican lo que deben ser los pueblos de origen hispánico. Spencer y el positivismo son buenas trincheras para defender tal criterio. El culto al progreso material y el deslumbramiento ante el impetuoso desarrollo de la industria fueron, para los guadores de aquel tiempo, preciosas metas a conquistar. La América Latina debía reproducir puntualmente la hazaña nortea.

La devoción por Norteamérica ponía en lugar secundario el destino del hombre y su condición de integrante

de una comunidad aquejada por todos los retrasos. Por ello se trenzaron en lo íntimo de la actitud, el complejo de inferioridad y el prejuicio racial. Los Estados Unidos habían logrado un nivel de civilización sustentado en el predominio de un núcleo blanco, negador y agresor de las «razas inferiores». La imitación del Norte suponía, en lo profundo, la supeditación de las razas autóctonas y de las masas negras. La civilización, en el pensamiento de Sarmiento como en el de Justo Sierra, descansaba en la dirigencia de los criollos hijos de europeos y en su preponderancia sobre las gentes de piel oscura. Los pueblos latinoamericanos debían europeizarse, blanquearse, a imagen y semejanza de los Estados Unidos.

La imitación del Norte dejó tan honda marca en los intelectuales de la época y aun en los de días posteriores, que algunos de costados tan plausibles como Rodó e Ingenieros fueron penetrados por el veneno racista y ganados al bando europeizante. Lo más triste estuvo en que la malicia reaccionaria y el seguimiento precipitado o inconsciente (que de todo hubo), echaban leña al fuego que encendía el imperialismo naciente. Los casos de Rodó e Ingenieros comprueban, por otra parte, las contradicciones a que conduce la ausencia de criterios científicos sobre el desarrollo de las fuerzas sociales.

Lo extenso del periodo de equivocado progresismo y la circunstancia de que fuese proclamado por voces ponderables y hasta eminentes, alarga sus efectos y sirve de basamento a nuevas sumisiones. Y como los Estados Unidos multiplican su poder económico y deslumbran con las hazañas de su técnica, los voceros de la fatalidad geográfica se apoyan en las huellas de la vieja corriente, ya con plena conciencia del entreguismo ventajista.

Una de las señales más hondas de la genialidad de José Martí reside en el hecho de haber sido el único guiador magistral que combate de frente y sin descanso las concepciones *civilizadas*, traidoras al futuro de su América. Sin vacilación ni tregua, proclamó que la liberación real de los pueblos latinoamericanos había de llegar por el cum-

plimiento de dos presupuestos capitales: la igualdad plena entre los pobladores de cada país y el rechazo de lo que, desde afuera estorbase la voluntad popular y nacional. El ensayo del profesor Salomón destaca certeramente este servicio invaluable.

Influyó sin duda en las concepciones de Martí el conocimiento de las entrañas del monstruo por haber vivido en ellas durante los años de la radiante madurez; pero parece innegable que fueron criterios matrices, consustanciados con su vida misma, los que determinaron su claro juicio solitario.

El culto de Martí a la libertad plena de la criatura humana y su militante devoción por la igualdad inviolable de los hombres sustentan e impulsan su temprano entendimiento de las relaciones entre el Norte y el Sur del Continente. Si el hombre fue para él una entidad de superación ilimitada —sin atención de la raza a que pertenezca y del lugar en que habite—, ha de entrar con armas iguales en la convivencia social. Su atención apasionada por la cuestión racial lo hace transitar en breve término, ese camino de perfección que nos ha ofrecido ahora cumplidamente la profesora Juliette Oullión. El diario testimonio de la opresión que sufren en los Estados Unidos el negro, el indio y el chino, fortalece su juicio sobre el destino de los indios y negros en Latinoamérica. En 1887 escribe: «... ¡nosotros allá en nuestra América, la tenemos (a la raza india) sofocada torpemente, pero no la hemos matado...» ¿Podría, quien se ha levantado mil veces contra la *sofocación* de los indígenas de sus tierras y el menosprecio del negro de las Antillas, sumarse a la imitación de un país que extermina al indio y acorrala al negro y al chino con respaldo oficial?

Al defender la igualdad, la libertad y la dignidad de todos los latinoamericanos, ataca Martí no sólo a los adoctrinadores malévolos o ciegos sino a la organización potente y agresora que se les venía encima con armas relucientes. Sorprendente caso el de nuestro grande hombre en el que la fiera honestidad, la comunicación con el latido de

cada semejante y la anchura del sentido libertador de su doctrina, lo hacen denunciador y combatiente ejemplar de un fenómeno de tamaño universal, cuya entraña determinante no llega a descubrir. Por caminos propios, esclarecidos por el fuego de su pasión benéfica y por su amor clarividente al hombre de sus pueblos, señala Martí en sus batientes primordiales, los peligros que otros debían combatir con clara conciencia de su origen.

Lo que fue en Martí temprana previsión, siempre encendida de fuego apostólico, tarda algún tiempo para encontrar penetración cabal y encarnación activa. No faltan, a su muerte, meditadores que señalen la acción desintegradora de la invasión yanqui, pero no es hasta la década del 20 que asoma una conciencia capaz de regir acciones inmediatas. Cuando el conocimiento del marxismo ordena y precisa el pensamiento de los más poderosos meditadores latinoamericanos surge una nueva y profunda interpretación de la realidad que ha de transformarse. Es a partir de Julio Antonio Mella, de José Carlos Mariátegui, de Aníbal Ponce y de Rubén Martínez Villena cuando se evidencia la necesidad de la derrota del invasor imperialista para que los pueblos latinoamericanos alcancen el mando de su futuro. Los cuatro adelantados del marxismo americano postularon que sólo con el vencimiento del gran enemigo podrían advenir cambios estructurales determinantes de una convivencia justa, original y creadora.

Debe quedar establecido que no regateamos el nivel singular de tareas colectivas e individuales —lo mismo la fundación de los partidos marxistas que la acción heroica de un Sandino—, fuera de la tarea intelectual. Si destacamos el rol de escritores ejemplares es porque acontecimientos recientes, a los que en seguida aludimos, nos piden discurrir de nuevo sobre la misión y responsabilidad de los hombres de sensibilidad y pensamiento en el difícil acontecer continental. Casi no hay que decir que serán las masas populares —los trabajadores de la ciudad y del campo, a través de sus organizaciones políticas y sindicales—, las encargadas de realizar el mandato de los que,

por fidelidad a su función y a su época, supieron traducir, como auténticos pensadores revolucionarios, la voluntad combatiente de un costado decisivo del mundo.

Nadie pondría en duda que la realización primera de la obra señalada por los pensadores fieles fue la revolución cubana encabezada por Fidel Castro. Ella ha probado, con la palabra, con las realizaciones y con las armas, lo que anunciaron y propugnaron Martí, Mariátegui, Ponce, Martínez Villena y Julio Antonio Mella; es decir, que la derrota del imperialismo abre los caminos de la liberación popular y nacional. Por esta circunstancia, nuestra revolución es la piedra de toque y la prueba decisoria para descubrir la lealtad o la traición a los pueblos de la América Latina. Tal prueba, válida para todo hombre o mujer de nuestro tiempo, ha de serlo más para los informadores y creadores nacidos en nuestra América o que miren hacia ella.

La revolución cubana es el inicio de la revolución latinoamericana. Su ejemplaridad no parte de un dicho caprichoso, ni menos de una vana suficiencia. Para confirmarlo basta con enumerar sus enemigos, definir su naturaleza y descubrir sus maniobras. Intentarlo nos conduce al segundo tiempo de esta meditación presurosa.

Si hemos dado algún espacio a recordar la actitud de los intelectuales en el camino de la América Latina ha sido para destacar mejor la naturaleza y el significado de los ataques hechos recientemente a la revolución cubana por un grupo de escritores de América y de Europa. No será difícil comprobar que se trata de una ofensiva desatada por los seguidores de los que, hace más de un siglo, trabajaron con sus pronunciamientos contra la liberación y el avance de los pueblos latinoamericanos.

Lo primero que debe establecerse es la intención real de los responsables de la campaña difamatoria. Como en toda acción de este linaje, andan revueltos aquí los promotores, los cómplices maliciosos y una reducida porción de confundidos y desorientados.

Sería ingenuo poner en duda que el impulso determinante del barrage deleznable no parte de las agencias del

imperialismo. Los opresores de pueblos y enemigos de nuestra revolución no podían desaprovechar la coyuntura derivada del caso Padilla. Si no existieran otras pruebas, sería concluyente el hecho de la amplia y espectacular divulgación de los documentos acusadores en la «gran prensa», cosa que sólo puede lograrse poseyendo los canales y los caudales con que cuentan tales agencias. Debe añadirse otro elemento denunciador: un grupo de los firmantes anuncia la salida de una revista financiada por una familia enriquecida con el sudor y la sangre de obreros y campesinos bolivianos. La complicidad de esa familia con los capataces de Washington queda definida con sólo advertir que poseen los mismos intereses y enfrentan los mismos combatientes.

Pero, existen factores coincidentes que no deben olvidarse. Buena parte de los atrevidos fiscales integran un destacamento muy conocido, el de los escritores que todo lo sitúan en la vía del lucimiento personal, sin atención a las circunstancias que se lo propician. Los integrantes de ese bando no son militantes de causa alguna, ni han asumido jamás una noble responsabilidad. Vigilan, con mirada muy experta, por donde apunta una ocasión de notoriedad ruidosa, sabiendo que los círculos reaccionarios se encargarán de ofrecerles alas —hechas de papel periódico—, para el vuelo de su mísero propósito.

Los firmantes latinoamericanos actúan con un objetivo ostensible: pretenden aparecer como preocupados por el destino de sus tierras de origen, mientras desconocen sus realidades y se mantienen de espaldas y a distancia de sus problemas, apetencias y dolores. Sus vidas explican su actitud.

No sería descaminado suponer que en la adhesión de los escritores que viven de este lado del Atlántico ha actuado un complejo de culpa, unido a una defraudación vergonzante y aun al remordimiento de no haber ofrecido su esfuerzo a las transformaciones que reclaman sus pueblos.

Apuntemos también que toda peripecia latinoamericana ofrece la oportunidad de asumir —¡todavía!— un ran-

cio magisterio protector. Para tales jueces seguimos siendo aldeanos sedientos de orientación metropolitana, aprendices entusiastas que viven prendidos de la norma europea. Nuestro largo colonialismo es el cauce oportuno de este lado del mar. En muchos de los latinoamericanos el gesto protector es como la señal de que se han salvado de la marca de su mundo originario y entrado a formar parte, según su creencia, de la *élite* intelectual europea.

Aunque coinciden en varia medida de los elementos señalados, existe una cuestión primordial, básica, en lo hondo de tan deleznable ataques. Nos referimos a una concepción absurda del papel del intelectual en la sociedad en que vive. La suficiencia orgullosa y despectiva del mayor número de los firmantes los lleva a sostener que el intelectual pertenece a un grupo aparte, que es una lanza libre que vive en un orbe exclusivo, desde donde dispara bendiciones y reparos. Sorprendidos en tal pecado, han asegurado los firmantes —en un segundo documento—, que hubieran organizado pareja protesta si se tratara no de un escritor sino de un campesino trabajador herido en sus derechos. Tal excusa tendría alguna validez si en otra oportunidad los exigentes censores hubieran levantado su indignación por la injusticia que padecen, en las mismas patrias de los firmantes, las grandes mayorías, hundidas en condiciones infrahumanas.

Hace algún tiempo, leyendo la polémica entre Cortázar y Vargas Llosa de una parte y Collazos de la otra, apuntamos la monstruosa superficialidad de los pronunciamientos del novelista peruano. Sostiene allí Vargas Llosa que el escritor debe ser un rebelde vitalicio, y que, frente a todo movimiento o situación, ha de agitar el gallardete contradictorio. El narrador de Lima traduce el criterio y la intención de la mayoría de sus cómplices en los ataques a la revolución cubana.

Sostener que debe ser el escritor un inconforme de todos los tiempos es de una inmoralidad rampante, además de ser la negación violenta de las más nobles tradiciones americanas. Tal cosa supone proclamar al hombre de arte y

ciencia como entidad ajena al conflicto que todo tiempo supone, incapaz de sumarse al costado positivo, libertador, que cada época ofrece. Si se critica por igual todo intento por regir la convivencia humana, el que lo haga queda de inmediato amputado del acontecer social en su más trascendente expresión. Los verdugos de nuestras tierras aplaudirán a toda mano el dicho de Vargas Llosa, que les aseguraría, para hoy y para mañana, de tener mucha clientela, ancho campo a sus depredaciones. Por fortuna, este número de *Casa* lo comprueba, los más firmes valores de nuestro Continente han estado trenzados con los sucesos de su cercanía, tomando partido junto a las soluciones de más claro sentido libertador y denunciando, con el poder del talento honesto y militante, todo respaldo a los opresores de turno.

No es inoportuno aludir a un hecho que tiene valor de síntoma y expresa una comunicación subterránea con la actividad que comentamos. Nos referimos al predominio de los más recientes modelos europeos y norteamericanos en la literatura de nuestras tierras. Nada sería tan equivocado como levantar barreras al conocimiento y examen de modos y procedimientos puestos en circulación por creadores eminentes de otras latitudes; pero la universalidad de la tarea creadora se niega a sí misma cuando convierte el hallazgo a la moda en aislador de los problemas profundos que el escritor debe sentir, penetrar y expresar. Sin negarles maestría y brillantez en la adaptación de logros lejanos, es evidente que los narradores latinoamericanos de los últimos tiempos han dejado de cumplir la función esencial de ofrecer la América más honda. Cuando el escritor trabaja por ganarse la atención de los otros escritores y de un grupo de enterados y no la de la masa lectora expectante, que quiere encontrar en el libro su angustia y su esperanza, el desarraigo se hace consustancial e irreversible. Si muchos de los firmantes contra Cuba vivieran hundidos en la tragedia y en la lucha de sus pueblos y no en la espera de la última novedad de París o de New York, habrían penetrado la naturaleza y el calado de la revolución

cubana, negando su nombre a una maniobra que, afincada en informaciones ligeras, falsas y tendenciosas, ha dado armas a los opresores de sus patrias.

Apurando el examen de la protesta, se descubre la abismal distancia entre sus personeros y los escritores que, en aplastante mayoría, han unido su vida a la de nuestra revolución. Los censores desaprensivos o maliciosos pretenden dividir en campos distantes la personalidad humana: de un lado, el mundo del creador, sin responsabilidades solidarias y del otro, el territorio del hombre común, encargado de conducir lo colectivo. Ello explica el desenfoque y la culpa de la crítica falaz. El escritor que se siente parte de su convivencia y de su tiempo posee los elementos que condicionan el entendimiento exacto de los problemas sociales y no se equivocará jamás al enjuiciar un hecho histórico que es razón de su propio destino.

Aunque es difícil que lo comprendan, debe decirse a los críticos irresponsables de nuestra revolución que lo primero, para externar una opinión política, es conocer en la entraña la situación sobre la que ha de proyectarse. ¿No se habrán dado cuenta todavía de que levantaron injusticia y calumnia sobre un pueblo abnegado y heroico que es una plaza sitiada por el imperialismo y sobre el que se precipitan todas las provocaciones, agresiones e insidias del peor enemigo de la libertad y la dignidad humana? ¿No habrán sospechado que al tratar de restar prestigio al movimiento libertador más profundo del Continente, trabajaban contra el porvenir de sus propios países y robustecían las manos de los que mantienen y ahondan la miseria y la esclavitud en tres Continentes.

Como era de esperarse, algunos firmantes han rectificado a tiempo, reconociendo el grave error. Por otro lado, figuras cardinales de la literatura, la plástica y la música americanas han reiterado, con clara firmeza, su confianza en la revolución cubana. Son los que traen a nuestro tiempo el perfil de grandezas trazado por los testimonios maestros que se recogen en este número de *Casa*. Son los escritores que honran el magisterio y la maestría de José Martí,

que enseñó para siempre que la singularidad, la originalidad sorprendente de la obra viene de la lealtad a las grandes causas contemporáneas y de traducir en cada instante la voluntad libertadora de los pueblos.

No es negativo, a fin de cuentas, el balance del ataque repudiable. Más que nunca, se hace urgente la delimitación de los campos y el recuento infalible. La revolución cubana debe conocer hasta el tondo a los que la aman y defienden y también a los que, enarbolando pretextos míseros, dan la mano a su gran enemigo. Junto a ella están los creadores enteros y verdaderos, dignos de la lucha que, por todos los medios, está librando la América Latina contra el imperialismo. Esa lucha vencerá sobre todos los obstáculos, y si los escritores infieles insisten en estorbarla, irá también sobre ellos el poder invencible. Están a tiempo de sumarse a una de las grandes tareas históricas de nuestra época, engrandeciéndose con su grandeza. Si persisten en hacer armas contra ella, serán sombra infeliz en la hora de la victoria. Están a tiempo de impedirlo.

No es ocioso decir a los calumniadores engréidos que la revolución cubana con Fidel Castro en el mando, seguirá, sin vacilaciones ni debilidades, su difícil camino libertador y su solidaridad eficaz a todos los pueblos que luchan por su liberación. Con nuestra revolución marchan los creadores dignos de formar en las filas militantes de la *segunda guerra de independencia americana*. Con ellos vencerá. Como en ocasión alguna, tiene vigencia la frase decisiva de Martí: ¡Los flojos respeten: los grandes, adelante! ¡Ésta es tarea de grandes!

LOS INTELLECTUALES Y LA REVOLUCIÓN*

Raúl Roa

Importa puntualizar que nunca figuré entre los cultivadores de la escritura aséptica y, por ende, evadida o desarraigada. Los criterios que sustentó hoy al respecto son los mismos que sostuve antes. La única válida ayer, ahora y siempre es la escritura comprometida con el cuerpo de ideas transformadoras de la estructura y del contenido de la vida de su época, en beneficio de las clases sociales explotadas y oprimidas. Un cuerpo de ideas, en suma, que ataque la raíz de la injusticia, la opresión, la miseria, el privilegio y la tiniebla. La clase obrera, aliada al campesinado y al pueblo trabajador, es hoy la depositaria de ese ingente quehacer y su guía es el marxismo-leninismo.

No se salva ni perdura la literatura y el arte que sean mera espuma de virtuosismo profesional, por acendrado que parezca. Sálvase y perdura sólo la literatura y el arte que, a la par de los valores específicos que genera, es testimonio vivo o profesión de fe. El aserto tiene valor apodíctico lo mismo en las épocas de plenitud que en las de decadencia o de revolución. La palabra, cuando se objetiva, se trueca en acto, y entraña, por tanto, una responsabilidad.

A la época que vivimos puede caracterizarse como la más revolucionaria de todas las épocas. No en balde en vastas zonas del planeta se ha clausurado ya la prehistoria

* Ensayo publicado en el vol. II: Raúl Roa, *Retorno a la Alborada*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, Cuba, 1975.

de la sociedad humana y no tardará en acontecer lo propio donde aún perdura, en desesperada e inexorable agonía. Cuba —primera protagonista en América de ese matinal proceso— vivió en trance de parto revolucionario durante los treinta años anteriores al épico amanecer de 1959. Pero el aporte de nuestra escritura a acelerarlo fue, en rigor, bastante exiguo y, por lo demás, discontinuo. Aunque Julio Antonio Mella constituyó ejemplo en su momento, el arquetipo del intelectual en ese periodo fue Rubén Martínez Villena, como lo fue y es José Martí para todos los tiempos. No escatimó esfuerzos Rubén para incorporar a escritores y artistas, como militantes de la cultura, a la empresa revolucionaria de rescatar y redimir la nación, sustento y savia de aquélla. Tuvo, en verdad, muy escasos adictos y seguidores.

El primer deber del intelectual fue entonces interpretar y difundir los dolores y afanes del pueblo cubano y, en caso de sobrarle coraje y encontrar la ruta, asumir un puesto de vanguardia en su heroica y abnegada lucha por la liberación nacional, social y cultural de la patria. La concepción erasmista del intelectual —prefigurada ya en Platón— conduce, en el mejor de los trances, a apuntalar por omisión el mundo en derrota, o como en el artífice de *La República* o en el autor del *Elogio de la locura*, a defender y legitimar los intereses de la clase social dominante. Fungió, así, aquél, de portavoz sibilino de la oligarquía ateniense y, éste, de anfibológico heraldo del capitalismo naciente. No discuto la genuina calidad literaria de esas obras ni orillo la situación histórica en que se escribieron. Es la actitud que transparentan la que objeto. Ambas forman parte del patrimonio cultural de la humanidad.

A despecho de que este polémico tema ha promovido agudas y definitorias cogitaciones, estimo sobremanera oportuno insistir ahora en los deberes y en las responsabilidades también insoslayables de los intelectuales y artistas con la Revolución Cubana. No voy a adentrarme en cuestiones que, de puro sabidas, resultan ociosas. Ya Fidel Castro, Primer Ministro del Gobierno Revolucionario y

Primer Secretario del Partido Comunista de Cuba, fijó con nitidez y precisión los límites de la creación literaria y artística en esta coyuntura. Todos los derechos de la imaginación, de la forma y de la sustancia dentro de la revolución. Ningún derecho de la imaginación, de la forma y de la sustancia contra la revolución.¹ Esos deberes y responsabilidades se traducen, en última instancia, en un deber y en una responsabilidad: contribuir con la capacidad creadora al conocimiento, la defensa, la consolidación y el auge de la edificación de la primera sociedad socialista que emerge en América.

Pero es igualmente deber y responsabilidad de los escritores y artistas revolucionarios desenmascarar y repeler la burda y corruptora campaña de propaganda y proselitismo de los aparatos culturales propios o subvencionados del imperialismo, que trata de disminuir, desacreditar o silenciar la obra verdadera de la revolución y el socialismo en el campo de la literatura y el arte. Es una variante de su política de bloqueo, subversión, hostigamiento, intervención y agresión.

El reclutamiento de escritores y artistas latinoamericanos para ese baldío empeño cuenta ya con algunos nombres más o menos consagrados en el mercado que controlan los editores capitalistas. Varios de ellos hasta hace poco difusores y defensores convictos y confesos de la Revolución Cubana, empiezan ya a enseñar las uñas con burda sutileza. Son gente que retorna, indefectiblemente, a su camino original de servidumbre, vida muelle y bombo mutuo y es inaplazable batirlos sin misericordia.

Más temprano que tarde, esos hijos pródigos del tramo capitalista mostrarán sus garras pulidas y alevos untadas de resentimientos y odios. El imperialismo los compró por una beca, un viaje, una traducción o una visa e intentarán compensar su desertión apelando a la calumnia y la mentira. Ya veremos a más de uno, lustrándole,

¹ Véanse las palabras de Fidel Castro a los intelectuales y artistas y su discurso de clausura del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura.

con babeante gozo, las botas al Tío Sam. Y a más de dos, echando al fuego furtivamente sus encomios y adhesiones a la Revolución Cubana. Quizás, a más de tres, fungiendo de bufones en las tenidas palaciegas o de amanuenses de lacayos rameados. El plato de alubias es una cajita de sorpresas.²

Los escritores y artistas revolucionarios deben, además de presentarles batalla, replicar a la letra arrodillada de esas inteligencias de alquiler con su conciencia socialista erguida en el poema, la novela, el cuento, el ensayo, la paleta y el cincel. La lucha ideológica de clase forma parte del frente de combate contra el imperialismo y la reacción. Y, en ese frente, los escritores y artistas revolucionarios tienen una tarea específica que cumplir. Muchos la están ya cumpliendo.

Me parece inadmisibles e intolerables que haya escritores y artistas que desperdicien su inteligencia y su sensibilidad en tópicos y temas de bajo fondo, en vez de habérselas con la múltiple riqueza que brinda el impar empeño revolucionario del pueblo cubano.

Innecesario es añadir que no se trata de confeccionar pasquines o carteles carentes de valor literario o estético. El cartel o el pasquín tienen una función política importante que desempeñar en los procesos revolucionarios. Pero la literatura y el arte que se reduzcan a cartel o a pasquín no es literatura ni es arte. El primor de la forma debe fundirse con la entraña del contenido. Mientras más valiosa intrínsecamente sea una obra literaria o artística, más eficacia revolucionaria poseerá. Sobre esta cuestión proyectó viva luz el Presidente de la República, Osvaldo Dorticós, en su penetrante discurso a los escritores y artistas.

Suele acaecer, a veces, que los escritores y artistas de

² El asendereado "caso Padilla" serviría de pretexto a esos tarfufos para pasarse escandalosamente al enemigo, entre manifiestos difamatorios y gesticulaciones afeminadas. Bueno es añadir que los intelectuales y artistas honrados y viriles de nuestro continente se apresuraron a reafirmar su solidaridad militante con la Revolución Cubana.

óptica epicena o que andan agachados intentando hurtar la conciencia, lo confundan y trastruequen todo. Sus apelaciones a la libertad formal y sus complacencias con los detritos literarios o estéticos de la vieja sociedad derribada en Cuba o por derribar en otras partes del mundo, los denuncian a simple vista. A esa cofradía hay que ponerla en línea.

Unánimemente, los escritores y artistas revolucionarios han de salirle al paso, sin melindres ni contemplaciones. Hay que ayudar, en cambio, a los que quieren ser revolucionarios y todavía no pueden, y a los que, pudiendo, se lo impiden trabas inconscientes. O a los que, sinceramente adheridos a un credo religioso, lo son o quieren serlo con su conducta y su pensamiento, no obstante partir de presupuestos al margen o en contradicción filosófica con la cosmovisión marxista-leninista. Sobre esto y, a propósito del sacerdote guerrillero Camilo Torres, también Fidel Castro ha planteado la cuestión en sus verdaderos términos, asignándoles incluso a los cristianos revolucionarios un papel político estratégico.

En una revolución socialista efectuada a noventa millas del imperio capitalista más insolente y agresivo de nuestra época, no hay ni puede haber lugar para zapadores ni discrepantes, por muy subidos que sean sus méritos como escritores y artistas.

Ñangueados de la mente, de la voluntad y de la conciencia están de más en la trinchera y taller que debe ser hoy toda Cuba.

Ocurren, a veces, en los procesos revolucionarios proliferaciones de escritores y artistas que creen que la vida comienza con ellos y, por consiguiente, que el pasado histórico es tabla rasa y la tradición propia un tabor herrumbrado. La herencia cultural no cuenta. De ahí que su expresión sin raíces sea, paradójicamente, anacrónica y extemporánea. No faltan tampoco los que distorsionan ese pasado, omitiendo la fase histórica de desarrollo y la función concreta de los factores e ideas operantes desde el punto de vista progresista y despistan también los escrito-

res y artistas que, disparando a diestra y siniestra en nombre de una "concepción revolucionaria" al margen de la lucha ideológica de clase, rinden culto esotérico a las cariatídes de la burguesía en derrota, que contemplan la tragedia social con mirada apolínea desde los balcones o detrás de las celosías.

Sabido es, asimismo, la frecuencia con que despuntan constelaciones satélites y pretensos o reales monstruos sagrados. Su horizonte espiritual empieza y concluye en sus hipogrifos. No pasan por la revolución, ni la revolución pasa por ellos.

Ofrecen las anteriores consideraciones un carácter elemental y, por eso, parecerían innecesarias. Pero aún habrá que machacar sobre el tema, con la debida hondura y acervo, durante varios años.

Ñames de la literatura y del arte se dan silvestres en todos los tiempos y en todas las latitudes. Las revoluciones no son excepción. Acostumbran algunos a andar con corbata. Pero no se despintan. A esos debía reubicárseles en una granja del pueblo y dedicarlos a la noble tarea de sembrar viandas auténticas.

Abundo en todo esto porque tenía ganas incoercibles de decirlo, y dicho está.

Estos apuntes, desprovistos de afeites y perifollos, pueden ser provechosos en alguna medida.

Óyense ya voces nuevas y otras renovadas, repletas de semillas y jugos. Saludémoslas con legítimo alborozo. La literatura y el arte de la Revolución Cubana no tardarán en alumbrar.

De su entrada hirviente surgirán escritores y artistas que le infundirán expresión y esencia intransferibles. Las condiciones de su aparición irán madurando con ritmo creciente.

El aire está cuajado de gérmenes fecundantes. Las hazañas impares acaso estén ya bullendo en el camino.

PALABRAS A LOS INTELLECTUALES*

Fidel Castro

[...] El problema que aquí se ha estado discutiendo y vamos a abordar, es el problema de la libertad de los escritores y de los artistas para expresarse.

El temor que aquí ha inquietado es si la revolución va a ahogar esa libertad; es si la revolución va a sofocar el espíritu creador de los escritores y de los artistas.

Se habló aquí de la libertad formal. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que se respete la libertad formal. Creo que no hay duda acerca de este problema.

La cuestión se hace más sutil y se convierte verdaderamente en el punto esencial de la discusión cuando se trata de la libertad de contenido. Es el punto más sutil porque es el que está expuesto a las más diversas interpretaciones. El punto más polémico de esta cuestión es: si debe haber o no una absoluta libertad de contenido en la expresión artística. Nos parece que algunos compañeros defienden ese punto de vista. Quizás por temor a eso que estimaron prohibiciones, regulaciones, limitaciones, reglas, autoridades, para decidir sobre la cuestión.

* Palabras que Fidel Castro pronunció en junio de 1961 ante la intelectualidad cubana, las cuales definieron el rumbo de la joven Revolución ante los problemas del arte: "...dentro de la revolución, todo; contra la revolución nada." Recogido en: Fidel Castro, *La revolución cubana, 1953-1962*. (Selección y notas de Adolfo Sánchez Rebolledo.) México, Ediciones Era, 1972, pp. 356-379.

Permítanme decirles en primer lugar que la revolución defiende la libertad; que la revolución ha traído al país una suma muy grande de libertades; que la revolución no puede ser por esencia enemiga de las libertades; que si la preocupación de alguno es que la revolución vaya a asfixiar su espíritu creador, que esa preocupación es innecesaria, que esa preocupación no tiene razón de ser.

¿Dónde puede estar la razón de ser de esa preocupación? Sólo puede preocuparse verdaderamente por este problema quien no esté seguro de sus convicciones revolucionarias. Puede preocuparse por este problema quien tenga desconfianza acerca de su propio arte; quien tenga desconfianza acerca de su verdadera capacidad para crear. Y cabe preguntar si un revolucionario verdadero, si un artista o intelectual que sienta la revolución y que esté seguro de que es capaz de servir a la revolución, puede plantearse este problema; es decir, si la duda cabe para los escritores y artistas verdaderamente revolucionarios. Yo considero que no; que el campo de la duda queda para los escritores y artistas que sin ser contrarrevolucionarios no se sienten tampoco revolucionarios.

Y es correcto que un escritor y artista que no sienta verdaderamente como revolucionario se plantee ese problema; es decir, que un escritor y artista honesto, que sea capaz de comprender toda la razón de ser y la justicia de la revolución sin incorporarse a ella se plantee este problema. Porque el revolucionario pone algo por encima de todas las demás cuestiones; el revolucionario pone algo por encima aun de su propio espíritu creador: pone la revolución por encima de todo lo demás y el artista más revolucionario sería aquel que estuviera dispuesto a sacrificar hasta su propia vocación artística por la revolución.

Nadie ha supuesto nunca que todos los hombres, o todos los escritores, o todos los artistas tengan que ser revolucionarios, como nadie puede suponer que todos los hombres o todos los revolucionarios tengan que ser artistas, ni tampoco que todo hombre honesto, por el hecho de ser honesto, tenga que ser revolucionario. Ser revolucionario

es también una actitud ante la vida, ser revolucionario es también una actitud ante la realidad existente, y hay hombres que se resignan a esa realidad, hay hombres que se adaptan a esa realidad y hay hombres que no se pueden resignar ni adaptar a esa realidad y tratan de cambiarla, por eso son revolucionarios. Pero puede haber hombres que se adapten a esa realidad y ser hombres honestos, sólo que su espíritu no es espíritu revolucionario; sólo que su actitud ante la realidad no es una actitud revolucionaria. Y puede haber, por supuesto, artistas y buenos artistas, que no tengan ante la vida una actitud revolucionaria y es precisamente para ese grupo de artistas e intelectuales para quienes la revolución en sí constituye un hecho imprevisto, un hecho nuevo, un hecho que incluso puede afectar su ánimo profundamente. Es precisamente para ese grupo de artistas y de intelectuales que la revolución puede constituir un problema.

Para un artista o intelectual mercenario, para un artista o intelectual deshonesto, no sería nunca un problema; ese sabe lo que tiene que hacer, ese sabe lo que le interesa, ese sabe hacia dónde tiene que marchar. El problema existe verdaderamente para el artista o el intelectual que no tiene una actitud revolucionaria ante la vida y que, sin embargo, es una persona honesta. Claro está que quien tiene esa actitud ante la vida, sea o no sea revolucionario, sea o no sea artista, tiene sus fines, tiene sus objetivos y todos nosotros podemos preguntarnos sobre esos fines y esos objetivos. Para el revolucionario esos fines y objetivos se dirigen hacia la redención del hombre. Es precisamente el hombre, el semejante, la redención de sus semejantes, lo que constituye el objetivo de los revolucionarios. Si a los revolucionarios nos preguntan qué es lo que más nos importa, nosotros diremos: el pueblo, y siempre diremos el pueblo. El pueblo en su sentido real, es decir, esa mayoría del pueblo que ha tenido que vivir en la explotación y en el olvido más cruel. Nuestra preocupación fundamental siempre serán las grandes mayorías del pueblo, es decir, las clases oprimidas y explotadas del pueblo. El prisma a tra-

vés del cual nosotros lo miramos todo, es ese: para nosotros será bueno lo que sea bueno para ellas; para nosotros será noble, será bello y será útil, todo lo que sea noble, sea útil y sea bello para ellas. Si no se piensa así, si no se piensa por el pueblo y para el pueblo, es decir, si no se piensa y no se actúa para esa gran masa explotada del pueblo, para esa gran masa a la que se desea redimir, entonces, sencillamente, no se tiene una actitud revolucionaria.

Al menos ese es el cristal a través del cual nosotros analizamos lo bueno, lo útil y lo bello de cada acción.

Comprendemos que debe ser una tragedia cuando alguien entienda esto y sin embargo tenga que reconocerse incapaz de luchar por ello.

Nosotros somos o creemos ser hombres revolucionarios. Quien sea más artista que revolucionario, no puede pensar exactamente igual que nosotros. Nosotros luchamos por el pueblo y no padecemos ningún conflicto porque luchamos por el pueblo y sabemos que podemos lograr los propósitos de nuestras luchas. El pueblo es la meta principal. En el pueblo hay que pensar primero que en nosotros mismos y esa es la única actitud que puede definirse como una actitud verdaderamente revolucionaria. Y para aquellos que no puedan tener o no tengan esa actitud, pero que son personas honradas, es para quienes existe el problema a que hacíamos referencia, y de la misma manera que para ellos la revolución constituye un problema, ellos constituyen también para la revolución un problema del cual la revolución debe preocuparse.

Aquí se señaló, con acierto, el caso de muchos escritores y artistas que no eran revolucionarios, pero que sin embargo eran escritores y artistas honestos, que además querían ayudar a la revolución, que además a la revolución le interesaba su ayuda; que querían trabajar para la revolución y que a su vez a la revolución le interesaba que ellos aportaran sus conocimientos y su esfuerzo en beneficio de la misma.

Es más fácil apreciar esto cuando se analizan los casos

peculiares y entre esos casos peculiares hay muchos que no es fácil analizar. Pero aquí habló un escritor católico. Planteó lo que a él le preocupaba y lo dijo con toda claridad. Él preguntó si podía hacer una interpretación desde su punto de vista idealista de un problema determinado o si él podía escribir una obra defendiendo esos puntos de vista. Él preguntó con toda franqueza si dentro de un régimen revolucionario él podía expresarse de acuerdo con esos sentimientos. Planteó el problema en una forma que puede verse como simbólica.

A él lo que le preocupaba era saber si podía escribir de acuerdo con esos sentimientos o de acuerdo con esa ideología que no era precisamente la ideología de la revolución. Que él estaba de acuerdo con la revolución en las cuestiones económicas o sociales, pero que tenía una posición filosófica distinta de la filosofía de la revolución. Y ese es un caso digno de tenerse muy en cuenta, porque es precisamente un caso representativo del género de escritores y de artistas que muestran una disposición favorable hacia la revolución y desean saber qué grado de libertad tienen dentro de las condiciones revolucionarias, para expresarse de acuerdo con sus sentimientos. Ese es el sector que constituye para la revolución un problema, de la misma manera que la revolución constituye para ellos un problema y es deber de la revolución preocuparse por esos casos; es deber de la revolución preocuparse por la situación de esos artistas y de esos escritores, porque la revolución debe tener la aspiración de que no sólo marchen junto a ella todos los revolucionarios, todos los artistas e intelectuales revolucionarios. Es posible que los hombres y las mujeres que tengan una actitud realmente revolucionaria ante la realidad no constituyan el sector mayoritario de la población; los revolucionarios son la vanguardia del pueblo, pero los revolucionarios deben aspirar a que marche junto a ellos todo el pueblo: la revolución no puede renunciar a que todos los hombres y mujeres honestos, sean o no escritores o artistas, marchen junto a ella; la revolución debe aspirar a que todo el que tenga dudas se

convierta en revolucionario. La revolución debe tratar de ganar para sus ideas la mayor parte del pueblo; la revolución nunca debe renunciar a contar con la mayoría del pueblo; a contar, no sólo con los revolucionarios, sino con todos los ciudadanos honestos que aunque no sean revolucionarios, es decir, que aunque no tengan una actitud revolucionaria ante la vida, estén con ella. La revolución sólo debe renunciar a aquellos que sean incorregiblemente reaccionarios, que sean incorregiblemente contrarrevolucionarios. Y la revolución tiene que tener una política para esa parte del pueblo; la revolución tiene que tener una actitud para esa parte de los intelectuales y de los escritores. La revolución tiene que comprender esa realidad y, por lo tanto, debe actuar de manera que todo ese sector de artistas y de intelectuales que no sean genuinamente revolucionarios, encuentre dentro de la revolución un campo donde trabajar y crear y que su espíritu creador, aun cuando no sean escritores o artistas revolucionarios, tenga oportunidad y libertad para expresarse, dentro de la revolución. Esto significa que dentro de la revolución, todo; contra la revolución nada. Contra la revolución nada, porque la revolución tiene también sus derechos y el primer derecho de la revolución es el derecho a existir y frente al derecho de la revolución de ser y de existir, nadie. Por cuanto la revolución comprende los intereses del pueblo, por cuanto la revolución significa los intereses de la nación entera, nadie puede alegar con razón un derecho contra ella.

Creo que esto es bien claro. ¿Cuáles son los derechos de los escritores y de los artistas revolucionarios o no revolucionarios? Dentro de la revolución: todo; contra la revolución ningún derecho.

Y esto no sería ninguna ley de excepción para los artistas y para los escritores. Éste es un principio general para todos los ciudadanos. Es un principio fundamental de la revolución. Los contrarrevolucionarios, es decir, los enemigos de la revolución, no tienen ningún derecho contra la revolución, porque la revolución tiene un derecho: el de-

LOS INTELLECTUALES CUBANOS

recho de existir, el derecho a desarrollarse y el derecho de vencer y, ¿quién pudiera poner en duda ese derecho de un pueblo que ha dicho: "Patria o muerte", es decir, *la revolución o la muerte?*

La existencia de la revolución o nada; de una revolución que ha dicho: "venceremos", es decir, que se ha planteado muy seriamente un propósito y por respetables que sean los razonamientos personales de un enemigo de la revolución, mucho más respetables son los derechos y las razones de una revolución tanto más cuanto una revolución es un proceso histórico, cuanto una revolución no es ni puede ser obra del capricho o de la voluntad de ningún hombre, cuanto una revolución sólo puede ser obra de la necesidad y de la voluntad de un pueblo, y frente a los derechos de todo un pueblo, los derechos de los enemigos de ese pueblo no cuentan.

Cuando hablábamos de los casos extremos, nosotros lo hacíamos sencillamente para expresar con más claridad nuestras ideas. Yo dije que entre esos casos extremos hay una gran variedad de actitudes mentales y hay también una gran variedad de preocupaciones. No significa necesariamente que albergar alguna preocupación signifique no ser revolucionario. Nosotros hemos tratado de definir actitudes esenciales.

La revolución no puede pretender asfixiar el arte o la cultura cuando una de las metas y uno de los propósitos fundamentales de la revolución es desarrollar el arte y la cultura, precisamente para que el arte y la cultura lleguen a ser un real patrimonio del pueblo. Y al igual que nosotros hemos querido para el pueblo una vida mejor en el orden material, queremos para el pueblo una vida mejor también en todos los órdenes espirituales; queremos para el pueblo una vida mejor en el orden cultural. Y lo mismo que la revolución se preocupa por el desarrollo de las condiciones y de las fuerzas que permitan al pueblo la satisfacción de todas sus necesidades materiales, nosotros queremos desarrollar también las condiciones que permitan al pueblo la satisfacción de todas sus necesidades culturales.

¿Que el pueblo tiene un nivel bajo de cultura? ¿Que un alto porcentaje del pueblo no sabe leer ni escribir? También un porcentaje alto del pueblo pasa hambre o al menos vive o vivía en condiciones duras. Vivía en condiciones de miseria. Una parte del pueblo carece de un gran número de bienes materiales que le son indispensables y nosotros tratamos de propiciar las condiciones necesarias para que todos esos bienes materiales lleguen al pueblo.

De la misma manera debemos propiciar las condiciones necesarias para que todos esos bienes culturales lleguen al pueblo. No quiere decir eso que el artista tenga que sacrificar el valor de sus creaciones, y que necesariamente tenga que sacrificar su calidad. Quiere decir que tenemos que luchar en todos los sentidos para que el creador produzca para el pueblo y el pueblo a su vez eleve su nivel cultural a fin de acercarse también a los creadores. No se puede señalar una regla de carácter general: todas las manifestaciones artísticas no son exactamente de la misma naturaleza, y a veces hemos planteado aquí las cosas como si todas las manifestaciones artísticas fuesen exactamente de la misma naturaleza. Hay expresiones del espíritu creador que por su propia naturaleza pueden ser mucho más asequibles al pueblo que otras manifestaciones del espíritu creador. Por eso no se puede señalar una regla general, porque, ¿en qué expresión artística es que el artista tiene que ir al pueblo y en cuál el pueblo tiene que ir al artista?, ¿se puede hacer una afirmación de carácter general en ese sentido? No. Sería una regla demasiado simple. Hay que esforzarse en todas las manifestaciones por llegar al pueblo, pero a su vez hay que hacer todo lo que esté al alcance de nuestras manos para que el pueblo pueda comprender cada vez más y mejor. Creo que ese principio no contradice las aspiraciones de ningún artista: y mucho menos si se tiene en cuenta que los hombres deben crear para sus contemporáneos.

No se diga que hay artistas que viven pensando en la posteridad, porque, desde luego, sin el propósito de considerar nuestro juicio infalible ni mucho menos, creo que quien así proceda se está autosgestionando.

Y eso no quiere decir que quien trabaje para sus contemporáneos tenga que renunciar a la posteridad de su obra porque, precisamente creando para sus contemporáneos, independientemente incluso de que sus contemporáneos lo hayan comprendido o no, es como las obras han adquirido un valor histórico y un valor universal. Nosotros no estamos haciendo una revolución para las generaciones venideras, nosotros estamos haciendo una revolución con esta generación y por esta generación, independientemente de que los beneficios de esta obra beneficien a las generaciones venideras y se convierta en un acontecimiento histórico. Nosotros no estamos haciendo una revolución para la posteridad; esta revolución pasará a la posteridad porque es una revolución para ahora y para los hombres y las mujeres de ahora.

¿Quién nos seguiría a nosotros si estuviésemos haciendo una revolución para las generaciones venideras?

Trabajamos y creamos para nuestros contemporáneos sin que eso le quite a ninguna creación artística el mérito de aspirar a la eternidad.

Éstas son verdades que todos debemos analizar con honradez. Y creo que hay que partir de ciertas verdades fundamentales para no sacar conclusiones erróneas. Y no vemos nosotros que haya motivo de preocupaciones para ningún artista o escritor honrado. Nosotros no somos enemigos de la libertad. Nadie aquí es enemigo de la libertad. ¿A quién tememos?, ¿qué autoridad es la que tememos que vaya a asfixiar nuestro espíritu creador? ¿O es que tememos a los compañeros del Consejo Nacional de Cultura? En las conversaciones tenidas con los compañeros del Consejo Nacional de Cultura, hemos observado puntos de vista y sentimientos que son muy ajenos a las preocupaciones que aquí se plantearon acerca de limitaciones, dogmas, y cosas por el estilo, impuestos al espíritu creador.

Nuestra conclusión es que los compañeros del Consejo Nacional están tan preocupados como todos ustedes porque se logren las mejores condiciones para que el espíritu creador de los artistas y de los intelectuales se desarrolle.

Es un deber de la revolución y del gobierno revolucionario contar con un órgano altamente calificado que estimule, fomente, desarrolle y oriente, sí, oriente ese espíritu creador; lo consideramos un deber y esto ¿acaso puede constituir un atentado al derecho de los escritores y de los artistas? ¿Esto puede constituir una amenaza al derecho de los escritores y de los artistas por el temor de que se cometa una arbitrariedad o un exceso de autoridad? De la misma manera podemos albergar el temor que al pasar por un semáforo el policía nos agrede. De la misma manera podemos albergar el temor a que el juez nos condene. De la misma manera podemos albergar el temor de que la fuerza existente en el poder revolucionario cometa un acto de violencia contra nosotros [...].

El Consejo Nacional de Cultura debe tener también otro órgano de divulgación. Creo que eso va situando las cosas en su lugar. Y eso no se puede llamar cultura dirigida, ni asfixia al espíritu creador artístico. ¿Quién que tenga los cinco sentidos y además sea artista de verdad puede pensar que esto constituya asfixia del espíritu creador? La revolución quiere que los artistas pongan el máximo esfuerzo en favor del pueblo. Quiere que pongan el máximo de interés y de esfuerzo en la obra revolucionaria. Y creemos que es una aspiración justa de la revolución.

¿Quiere decir que vamos a decir aquí a la gente lo que tiene que escribir? No. Que cada cual escriba lo que quiera, y si lo que escribe no sirve, allá él. Si lo que pinta no sirve, allá él. Nosotros no le prohibimos a nadie que escriba sobre el tema que prefiera. Al contrario. Y que cada cual se exprese en la forma que estime pertinente y que exprese libremente la idea que desea expresar. Nosotros apreciaremos siempre su creación a través del prisma del cristal revolucionario. Ese también es un derecho del gobierno revolucionario, tan respetable como el derecho de cada cual a expresar lo que quiere expresar [...].

Hay todavía una serie de cuestiones por resolver que interesan a los escritores y artistas. Hay problemas de orden material, es decir, hay problemas de orden económico.

No existen actualmente las condiciones de antes. Hoy no existe aquel pequeño sector privilegiado que adquiría las obras de los artistas, aunque a precios de miseria, por cierto, ya que más de un artista terminó en la indigencia y en el olvido. Quedan por encarar y resolver esos problemas, que debe resolver el gobierno revolucionario y que deben ser preocupaciones del Consejo Nacional de Cultura, así como también el problema de los artistas que ya no producen y están completamente desamparados, garantizándole al artista no sólo las condiciones materiales adecuadas, al presente, sino también la seguridad para el futuro. En cierto sentido ya con la reorganización que se le dio al Instituto de los Derechos Autorales se ha logrado mejorar considerablemente las condiciones de vida de una serie de autores que eran miserablemente explotados y cuyos derechos eran burlados. Éstos cuentan hoy con ingresos que han permitido a muchos salir de la situación de pobreza extrema en que se encontraban.

Son pasos que ha dado la revolución; pero que no significan sino algunos pasos que deben preceder a otros pasos que habrán de crear mejores condiciones aún.

[. . .] Nosotros hemos estado aquí preocupados por la situación actual de los escritores y artistas. Nos hemos olvidado un poco de las perspectivas del futuro. Y nosotros, que no tenemos por qué quejarnos de ustedes, también hemos dedicado un instante a pensar en los artistas y en los escritores del futuro y pensamos lo que será si se vuelven a reunir, como deben volverse a reunir los hombres del gobierno en el futuro, dentro de cinco, dentro de diez años —no quiere decir esto que tengamos que ser nosotros exactamente— con los escritores y los artistas, cuando haya adquirido la cultura el extraordinario desarrollo que aspiramos a que alcance cuando salgan los primeros frutos del plan de academias y de escuelas que hay actualmente.

Mucho antes de que se plantearan estas cuestiones, ya venía el gobierno revolucionario preocupándose por la extensión de la cultura al pueblo. Nosotros hemos sido siempre muy optimistas. Creo que sin ser optimistas no se pue-

de ser revolucionario, porque las dificultades que una revolución tiene que vencer son muy serias y hay que ser optimista. Un pesimista nunca podría ser revolucionario.

La revolución ha tenido sus etapas. La revolución tuvo una etapa en que una serie de iniciativas dimanaban de distintos organismos. Hasta el INRA estaba realizando actividades de extensión cultural. No dejamos de chocar con el Teatro Nacional incluso, porque allí se estaba haciendo un trabajo y nosotros de repente estábamos haciendo otro por nuestra cuenta. Ya todo eso va encuadrándose dentro de una organización, y así, en nuestros planes con respecto a los campesinos de las cooperativas y de las granjas, surgió la idea de llevar la cultura al campo, a las granjas y a las cooperativas. ¿Cómo? Pues trayendo compañeros para convertirlos en instructores de música, de baile, de teatro. Los optimistas solamente podemos lanzar iniciativas de ese tipo. Pues ¿cómo despertar en el campesino la afición por el teatro, por ejemplo? ¿Dónde estaban los instructores? ¿De dónde los sacábamos, para enviarlos más tarde por ejemplo a 3 000 granjas del pueblo y a 600 cooperativas? Todo esto ofrece dificultades en que si se logra es positivo sobre todo para comenzar a descubrir en el pueblo los talentos y convertir al pueblo actor en creador, porque en definitiva el pueblo es el gran creador. No debemos olvidar esto y no debemos olvidarnos tampoco de los miles y miles de talentos que se habrán perdido en nuestros campos y en nuestras ciudades por falta de condiciones y de oportunidades para desarrollarse. En nuestros campos, de eso estamos todos seguros, a menos que nosotros presumamos de ser los más inteligentes que hayan nacido en este país y empiezo por decir que no presumo de tal cosa, se han perdido muchos talentos. Muchas veces he puesto como ejemplo el hecho de que en el lugar donde yo nací entre unos mil niños fui el único que pudo estudiar una carrera universitaria, mal estudiada por cierto, sin librarme de atravesar por una serie de colegios de curas, etc., etc. Yo no quiero lanzar ningún anatema contra nadie, aunque sí digo que tengo el mismo derecho que tuvo alguien aquí a decir

lo que quería. A quejarse. Yo tengo derecho a quejarme; alguien habló de que fui formado por la sociedad burguesa y yo puedo decir que fui formado por algo peor todavía; que fui formado por lo peor de la reacción, y que una buena parte de los años de mi vida se perdieron en el oscurantismo, en la superstición y en la mentira.

Era la época aquella en que no lo enseñaban a uno a pensar sino que lo obligaban a creer. Creo que cuando al hombre se le pretende truncar la capacidad de pensar y razonar se le convierte de un ser humano en un animal domesticado... No me sublevo contra los sentimientos religiosos del hombre: respetamos esos sentimientos, respetamos el derecho del hombre a la libertad de creencia y de culto. Pero eso no quiere decir que el mío me lo hayan respetado. Yo no tuve ninguna libertad de creencia ni de culto sino que me impusieron una creencia y un culto y me estuvieron domesticando durante doce años.

Naturalmente que tengo que hablar con un poco de queja de los años que yo pude haber empleado, en esa época en que en los jóvenes existe la mayor dosis de interés y de curiosidad por las cosas, en el estudio sistemático que me hubiera permitido adquirir esa cultura que los niños, hoy, de Cuba, van a tener ampliamente la oportunidad de adquirir.

Es decir, que a pesar de todo eso el único que pudo entre mil, sacar un título universitario tuvo que pasar por ese molino de piedra donde de milagro no lo trituraron a uno mentalmente para siempre. Así que el único entre mil tuvo que pasar por todo eso.

¿Por qué? Ah, porque era el único entre mil a quien le podían pagar el colegio privado para que estudiara. Ahora ¿por eso me voy a creer que yo era el más apto y el más inteligente entre los mil? Yo creo que somos un producto de selección, pero no tanto natural como social. Socialmente fui seleccionado para ir a la Universidad y socialmente estoy hablando aquí ahora por un proceso de selección social, no natural. La selección natural dejó en la ignorancia a quién sabe cuántas decenas de mi-

les de jóvenes superiores a todos nosotros. Esa es una verdad. Y el que se crea artista tiene que pensar que por ahí se pueden haber quedado sin ser artistas muchos mejores que él. Si no admitimos esto estaremos fuera de la realidad. Nosotros somos privilegiados entre otras cosas porque no nacimos hijos del carretero. Lo antes expuesto demuestra la cantidad enorme de inteligencias que se han perdido sencillamente por falta de oportunidad. Vamos a llevar la oportunidad a todas esas inteligencias: vamos a crear las condiciones que permitan que todo talento artístico o literario o científico o de cualquier orden, pueda desarrollarse. Y piensen lo que significa la revolución que tal cosa permita y que ya desde ahora mismo, desde el próximo curso, habrá alfabetizado a todo el pueblo, y con escuelas en todos los lugares de Cuba, con campañas de superación y con la formación de los instructores podrá conocer y descubrir todos los talentos y esto nada más que para empezar. Es que todos esos instructores, en el campo, sabrán qué niño tiene vocación e indicarán a qué niño hay que becar para llevarlo a la Academia Nacional de Arte, pero al mismo tiempo van a despertar el gusto artístico y la afición cultural en los adultos, y algunos ensayos que se han hecho demuestran la capacidad que tiene el campesino y el hombre de pueblo para asimilar las cuestiones artísticas, asimilar la cultura y ponerse inmediatamente a producir. Hay compañeros que han estado en algunas cooperativas que han logrado ya que las cooperativas tengan su grupo teatral. Además ha quedado demostrado recientemente con las representaciones dadas en distintos lugares de la república y los trabajos artísticos que realizaron los hombres y las mujeres del pueblo el interés del campesino por todas estas cosas. Calculen, pues, lo que significará cuando tengamos instructores, de teatro, de música, de danza en cada cooperativa y en cada granja del pueblo.

En el curso sólo de dos años podremos enviar mil instructores, de cada uno de esos; más de mil, para teatro, para danza y para música.

Se han organizado las escuelas. Ya están funcionando e imagínense cuando hayan mil grupos de baile, de música y de teatro en toda la isla, en el campo —no estamos hablando de la ciudad, en la ciudad resulta un poco más fácil— lo que eso significará en extensión cultural, porque han hablado aquí algunos de que es necesario elevar el nivel del pueblo, pero ¿cómo? El gobierno revolucionario se ha preocupado de eso y el gobierno revolucionario está creando esas condiciones para que dentro de algunos años la cultura, el nivel de preparación cultural del pueblo, se haya elevado extraordinariamente.

Hemos escogido esas tres ramas, pero se pueden seguir escogiendo otras ramas y se puede seguir trabajando para desarrollar la cultura en todos sus aspectos [...].

Aquí se habló de pintores que sólo vivían de café con leche. Imagínense qué condiciones tan distintas habrá ahora, y digamos si el espíritu creador encontrará ahora las condiciones ideales para desarrollarse. Instrucción, vivienda, alimentación, cultura general... Habrá niños que comenzarán a estudiar en esas escuelas desde la edad de ocho años, y recibirán, junto con la preparación artística una cultura general... ¿No podrán desarrollar plenamente, allí, sus talentos y sus personalidades?...

Esas son más que ideas o sueños: son ya realidades de la revolución. Los instructores que se están preparando, las escuelas nacionales que se están preparando, las escuelas para aficionados que también se fundarán. Esto es lo que significa la revolución... por eso es importante la revolución para la cultura. ¿Cómo pudiéramos hacer esto sin revolución? Vamos a suponer que nosotros tenemos el temor que "se nos marchite nuestro espíritu creador estrujado por las manos despóticas de la revolución staliniana"... señores ¿no sería mejor pensar en el futuro? ¿Vamos a pensar en que nuestras flores se marchiten cuando estamos sembrando flores en todas partes? ¿Cuando estamos forjando esos espíritus creadores del futuro? ¿Y quién no cambiaría el presente, quién no cambiaría incluso su propio presente por ese futuro? ¿Quién no cambiaría lo

suyo, quién no sacrificaría lo suyo por ese futuro? y, ¿quién que tenga sensibilidad artística no tiene la disposición del combatiente que muere en una batalla, sabiendo que él muere, que él deja de existir físicamente para abonar con su sangre el camino del triunfo de sus semejantes, de su pueblo? Piensen en el combatiente que muere peleando, sacrifica todo lo que tiene; sacrifica su vida, sacrifica su familia, sacrifica su esposa, sacrifica sus hijos, ¿para qué? Para que podamos hacer todas estas cosas. Y ¿quién que tenga sensibilidad humana, sensibilidad artística, no piensa que por hacer eso vale la pena hacer los sacrificios que sean necesarios? Mas la revolución no pide sacrificios de genios creadores; al contrario, la revolución dice: pongan ese espíritu creador al servicio de esta obra, sin temor de que su obra salga trunca. Pero si algún día usted piensa que su obra pueda salir trunca, diga: bien vale la pena que mi obra personal quede trunca para hacer una obra como ésta que tenemos delante.

Pedimos al artista que desarrolle hasta el máximo su esfuerzo creador; queremos crearle al artista y al intelectual las condiciones ideales para su creación porque si estamos creando para el futuro ¿cómo no vamos a querer lo mejor para los actuales artistas e intelectuales? Estamos pidiendo el máximo desarrollo en favor de la cultura y muy precisamente en función de la revolución, porque la revolución significa, precisamente, más cultura y más arte.

Pedimos que los intelectuales y artistas pongan su granito de arena en esa obra que al fin y al cabo será una obra de esta generación. La generación venidera será mejor que la nuestra, pero nosotros seremos los que habremos hecho posible esa generación mejor. Nosotros seremos forjadores de esa generación futura. Nosotros, los de esta generación sin edades en la que cabemos todos: tanto los barbudos como los lampiños, los que tienen abundante cabellera o no tienen ninguna o la tienen blanca. Ésta es la obra de todos nosotros. Vamos a librar una guerra contra la incultura. Vamos a librar una batalla contra la incultura. Vamos a desatar una irreconciliable querrela contra

la incultura y vamos a batirnos contra ella y vamos a ensayar nuestras armas. ¿Que alguno no quiera colaborar? Y ¿qué mayor castigo que privarse de la satisfacción de lo que están haciendo otros? Nosotros hablábamos de que éramos privilegiados. ¡Ah!, porque habíamos aprendido a leer y a escribir en una escuela, a ir a un instituto, a ir a una universidad, o por lo menos a adquirir los rudimentos de instrucción suficiente para poder hacer algo, y ¿no podemos llamarnos privilegiados por estar viviendo en medio de una revolución? ¿Es que acaso no nos dedicábamos con extraordinario interés a leer acerca de las revoluciones? Y ¿quién no leyó con verdadera sed las historias de la Revolución Francesa o las historias de la Revolución Rusa? ¿Quién no soñó alguna vez en haber sido testigo presencial de aquellas revoluciones? A mí por ejemplo me pasaba algo: cuando leía algo acerca de la Guerra de Independencia sentía no haber nacido en aquella época y me sentía apenado de no haber sido un luchador por la independencia y no haber vivido aquella gesta, porque todos nosotros hemos leído las crónicas de nuestra guerra de independencia con verdadera pasión. Y envidiábamos a los intelectuales y a los artistas y a los guerreros y a los luchadores y a los jefes de aquella época. Sin embargo nos ha tocado el privilegio de vivir y ser testigos presenciales de una auténtica revolución, de una revolución cuya fuerza es ya una fuerza que se desarrolla, fuera de las fronteras de nuestro país, cuya influencia política y moral está haciendo estremecerse y tambalearse el imperialismo en este continente, por lo que la Revolución Cubana se convierte en el acontecimiento más importante de este siglo para la América Latina, en el acontecimiento más importante después de las guerras de independencia del siglo XIX; verdadera era nueva de redención del hombre porque, ¿qué fueron aquellas guerras de Independencia sino la sustitución del dominio colonial por el dominio de las clases dominantes y explotadoras en todos esos países?

Y nos ha tocado vivir un gran acontecimiento histórico. Se puede decir que el segundo gran acontecimiento histó-

rico ocurrido en los últimos tres siglos en la América Latina, del cual los cubanos hemos sido actores sabiendo que mientras más trabajemos más será la revolución como una llama inapagable y más estará llamada a desempeñar un papel histórico trascendental. Y ustedes, escritores y artistas, han tenido el privilegio de ser testigos presenciales de esta revolución, cuando una revolución es un acontecimiento tan importante en la historia humana que bien vale la pena vivir una revolución aunque sea sólo para ser testigo de ella.

Ese también es un privilegio. Por ello, los que no son capaces de comprender estas cosas, los que se dejan engañar, los que se dejan confundir, los que se dejan atondrar por la mentira, son quienes renuncian a la revolución. ¿Qué decir de los que han renunciado a ella y cómo pensar de ellos, sino con pena? ¿Abandonar este país, en plena efervescencia revolucionaria para ir a sumergirse en las entrañas del monstruo imperialista donde no puede tener vida ninguna expresión del espíritu? Y han abandonado la revolución para ir allá. Han preferido ser prófugos y desertores de su patria a ser aunque no fuera más que espectadores, de ser actores de esa revolución, de escribir sobre ella, de expresarse sobre ella. Y las generaciones venideras, ¿qué les pedirán a ustedes? Podrán realizar magníficas formas artísticas desde el punto de vista técnico, pero si a un hombre de la generación venidera, a un hombre de dentro de 100 años le dicen que un escritor, un intelectual de esta época vivió en la época de la revolución fuera de ella y no expresó la revolución y no fue parte de la revolución, será difícil que lo comprenda, cuando en los años venideros habrá tantos y tantos que quieran pintar la revolución y quieran escribir sobre la revolución y quieran expresarse sobre la revolución, recopilando datos e informaciones para saber cómo fue, qué pasó, cómo vivíamos... En días recientes nosotros tuvimos la experiencia de encontrarnos con una anciana de 106 años que había acabado de aprender a leer y a escribir y nosotros le propusimos que escribiera un libro. Había sido esclava y

nosotros queríamos saber cómo un esclavo vio el mundo cuando era un esclavo, cuáles fueron sus primeras impresiones de la vida, de sus amos, de sus compañeros. Creo que esta vieja puede escribir una cosa tan interesante como ninguno de nosotros podríamos escribirla sobre su época y es posible que en un año se alfabetice y además escriba un libro a los 106 años. ¡Esas son las cosas de las revoluciones! ¿Quién puede escribir mejor que ella lo que vivió el esclavo y quién puede escribir mejor que ustedes el presente? y ¿cuánta gente empezará a escribir en el futuro sin vivir esto, a distancia, recogiendo escritos? Por otra parte no nos apresuremos a juzgar la obra nuestra que ya tendremos jueces de sobra. A lo que hay que temerle no es a ese supuesto juez autoritario, verdugo de la cultura, imaginario, que hemos elaborado aquí. ¡Teman a otros jueces mucho más terribles, teman a los jueces de la posteridad, teman a las generaciones futuras que serán, al fin y al cabo, las encargadas de decir la última palabra!

EL ARTE Y EL SOCIALISMO EN CUBA*

Ernesto Che Guevara

[...] El hombre, en el socialismo, a pesar de su aparente estandarización, es más completo; a pesar de la falta del mecanismo perfecto para ello, su posibilidad de expresarse y hacerse sentir en el aparato social es infinitamente mayor.

Todavía es preciso acentuar su participación consciente, individual y colectiva, en todos los mecanismos de dirección y de producción y ligarla a la idea de la necesidad de la educación técnica e ideológica, de manera que sienta cómo estos procesos son tan estrechamente interdependientes y sus avances son paralelos. Así logrará la total conciencia de su ser social, lo que equivale a su realización plena como criatura humana, rotas las cadenas de la enajenación.

Esto se traducirá concretamente en la reapropiación de su naturaleza a través del trabajo liberado y la expresión de su propia condición humana a través de la cultura y el arte.

Para que se desarrolle en la primera, el trabajo debe adquirir una condición nueva; la mercancía hombre cesa de existir y se instala un sistema que otorga una cuota por el cumplimiento del deber social. Los medios de producción

* De: *El socialismo y el hombre en Cuba*. Carta dirigida a Carlos Quijano, en 1965. Semanario Marcha, Montevideo. Reproducido en el Volumen II: Ernesto Guevara, *Obras*, 1957-67. La Habana, Cuba, Editora Casa de las Américas, 1970, pp. 367-384.

pertenecen a la sociedad y la máquina es sólo la trinchera donde se cumple el deber. El hombre comienza a liberar su pensamiento del hecho enojoso que suponía la necesidad de satisfacer sus necesidades animales mediante el trabajo. Empieza a verse retratado en su obra y a comprender su magnitud humana a través del objeto creado, del trabajo realizado. Esto ya no entraña dejar una parte de su ser en forma de fuerza de trabajo vendida, que no le pertenece más sino que significa una emanación de sí mismo, un aporte a la vida común en que se refleja; el cumplimiento de su deber social.

Hacemos todo lo posible por darle al trabajo esta nueva categoría de deber social y unirlo al desarrollo de la técnica, por un lado, lo que dará condiciones para una mayor libertad, y al trabajo voluntario por otro, basados en la apreciación marxista de que el hombre realmente alcanza su plena condición humana cuando produce sin la compulsión de la necesidad física de venderse como mercancía.

Claro que todavía hay aspectos coactivos en el trabajo, aun cuando sea voluntario; el hombre no ha transformado toda la coerción que lo rodea en reflejo condicionado de naturaleza social y todavía produce, en muchos casos, bajo la presión del medio (compulsión moral, la llama Fidel). Todavía le falta el lograr la completa recreación espiritual ante su propia obra, sin la presión directa del medio social, pero ligado a él por los nuevos hábitos. Esto será el comunismo.

El cambio no se produce automáticamente en la conciencia, como no se produce tampoco en la economía. Las variaciones son lentas y no son rítmicas; hay periodos de aceleración, otros pausados e, incluso, de retroceso.

Debemos considerar, además, como apuntáramos antes, que no estamos frente al periodo de transición puro, tal como lo viera Marx en la *Crítica del Programa de Gotha*, sino a una nueva fase no prevista por él; primer periodo de transición del comunismo o de la construcción del socialismo.

Este transcurre en medio de violentas luchas de clase y

con elementos de capitalismo en su seno que oscurecen la comprensión cabal de su esencia.

Si a esto se agrega el escolasticismo que ha frenado el desarrollo de la filosofía marxista e impedido el tratamiento sistemático del periodo, cuya economía política no se ha desarrollado, debemos convenir en que todavía estamos en pañales y es preciso dedicarse a investigar todas las características primordiales del mismo antes de elaborar una teoría económica y política de mayor alcance.

La teoría que resulte dará indefectiblemente preeminencia a los dos pilares de la construcción: la formación del hombre nuevo y el desarrollo de la técnica. En ambos aspectos nos falta mucho por hacer, pero es menos excusable el atraso en cuanto a la concepción de la técnica como base fundamental, ya que aquí no se trata de avanzar a ciegas sino de seguir durante un buen tramo el camino abierto por los países más adelantados del mundo. Por ello Fidel machaca con tanta insistencia sobre la necesidad de la formación tecnológica y científica de todo nuestro pueblo y, más aún, de su vanguardia.

En el campo de las ideas que conducen a actividades no productivas, es más fácil ver la división entre necesidad material y espiritual. Desde hace mucho tiempo el hombre trata de liberarse de la enajenación mediante la cultura y el arte. Muere diariamente las ocho y más horas en que actúa como mercancía para resucitar en su creación espiritual. Pero este remedio porta los gérmenes de la misma enfermedad: es un ser solitario el que busca comunión con la naturaleza. Defiende su individualidad oprimida por el medio y reacciona ante las ideas estéticas como un ser único cuya aspiración es permanecer immaculado.

Se trata sólo de un intento de fuga. La ley del valor no es ya un mero reflejo de las relaciones de producción; los capitalistas monopolistas la rodean de un complicado andamiaje que la convierte en una sierva dócil, aun cuando los métodos que emplean sean puramente empíricos. La superestructura impone un tipo de arte en el cual hay que educar a los artistas. Los rebeldes son dominados por la

maquinaria y sólo los talentos excepcionales podrán crear su propia obra. Los restantes devienen asalariados vergonzantes o son triturados.

Se inventa la investigación artística a la que se da como definitoria de la libertad, pero esta "investigación" tiene sus límites, imperceptibles hasta el momento de chocar con ellos, vale decir, de plantearse los reales problemas del hombre y su enajenación. La angustia sin sentido o el pasatiempo vulgar constituyen válvulas cómodas a la inquietud humana; se combate la idea de hacer del arte una arma de denuncia.

Si se respetan las leyes del juego se consiguen todos los honores; los que podría tener un mono al inventar piruetas. La condición es no tratar de escapar de la jaula invisible.

Cuando la revolución tomó el poder se produjo el éxodo de los domesticados totales; los demás, revolucionarios o no, vieron un camino nuevo. La investigación artística cobró nuevo impulso. Sin embargo, las rutas estaban más o menos trazadas y el sentido del concepto fuga se escondió tras la palabra libertad. En los propios revolucionarios se mantuvo muchas veces esta actitud, reflejo del idealismo burgués en la conciencia.

En países que pasaron por un proceso similar se pretendió combatir estas tendencias con un dogmatismo exagerado. La cultura general se convirtió casi en un tabú y se proclamó el *súmmum* de la aspiración cultural, una representación formalmente exacta de la naturaleza, convirtiéndose ésta, luego, en una representación mecánica de la realidad social que se quería ver; la sociedad ideal, casi sin conflicto ni contradicciones, que se buscaba crear.

El socialismo es joven y tiene errores. Los revolucionarios carecemos, muchas veces, de los conocimientos y la audacia intelectual necesarias para encarar la tarea del desarrollo de un hombre nuevo por métodos distintos a los convencionales y los métodos convencionales sufren de la influencia de la sociedad que los creó. (Otra vez se plantea el tema de la relación entre forma y contenido.) La

desorientación es grande y los problemas de la construcción material nos absorben. No hay artistas de gran autoridad que, a su vez, tengan gran autoridad revolucionaria.

Los hombres del partido deben tomar esa tarea entre las manos y buscar el logro del objetivo principal: educar al pueblo.

Se busca entonces la simplificación, lo que entiende todo el mundo, que es lo que entienden los funcionarios. Se anula la auténtica investigación artística y se reduce el problema de la cultura general a una apropiación del presente socialista y del pasado muerto (por tanto, no peligroso). Así nace el realismo socialista sobre las bases del arte del siglo pasado.

Pero el arte realista del siglo XIX, también es de clase, más puramente capitalista, quizá, que este arte decadente del siglo XX, donde se transparenta la angustia del hombre enajenado. El capitalismo en cultura ha dado todo de sí y no queda de él sino el anuncio de un cadáver maloliente; en arte, su decadencia de hoy. Pero, ¿por qué pretender buscar en las formas congeladas del realismo socialista la única receta válida? No se puede oponer al realismo socialista "la libertad", porque ésta no existe todavía, no existirá hasta el completo desarrollo de la sociedad nueva; pero no se pretenda condenar a todas las formas de arte posteriores a la primera mitad del siglo XIX desde el trono pontificio del realismo a ultranza, pues se caería en un error proudhoniano de retorno al pasado, poniéndole camisa de fuerza a la expresión artística del hombre que nace y se construye hoy.

Falta el desarrollo de un mecanismo ideológico-cultural que permita la investigación y desbroce la mala hierba, tan fácilmente multiplicable en el terreno abonado de la subvención estatal.

En nuestro país, el error del mecanismo realista no se ha dado, pero sí otro de signo contrario. Y si ha sido por no comprender la necesidad de la creación del hombre nuevo, que no sea el que represente las ideas del siglo XIX, pero tampoco las de nuestro siglo decadente y morboso. El hom-

bre del siglo XXI es el que debemos crear, aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada. Precisamente éste es uno de los puntos fundamentales de nuestro estudio y de nuestro trabajo y en la medida en que logremos éxitos concretos sobre una base teórica o, viceversa, extraigamos conclusiones teóricas de carácter amplio sobre la base de nuestra investigación concreta, habremos hecho un aporte valioso al marxismo-leninismo, a la causa de la humanidad.

La reacción contra el hombre del siglo XIX, nos ha traído la reincidencia en el decadentismo del siglo XX; no es un error demasiado grave, pero debemos superarlo, so pena de abrir un ancho cauce al revisionismo.

Las grandes multitudes se van desarrollando, las nuevas ideas van alcanzando adecuado ímpetu en el seno de la sociedad, las posibilidades materiales de desarrollo integral de absolutamente todos sus miembros, hacen mucho más fructífera la labor. El presente es de lucha; el futuro es nuestro.

Resumiendo, la culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original; no son auténticamente revolucionarios. Podemos intentar injertar el olmo para que dé peras, pero simultáneamente hay que sembrar perales. Las nuevas generaciones vendrán libres del pecado original. Las probabilidades de que surjan artistas excepcionales serán tanto mayores cuanto más se haya ensanchado el campo de la cultura y la posibilidad de expresión. Nuestra tarea consiste en impedir que la generación actual, dislocada por sus conflictos, se pervierta y pervierta a las nuevas. No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial ni "becarios" que vivan al amparo del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas. Ya vendrán los revolucionarios que entonen el canto del hombre nuevo con la auténtica voz del pueblo. Es un proceso que requiere tiempo [. . .].

LOS DEBERES DE LA INTELIGENCIA*

Aníbal Ponce

I. DE LOS DEBERES PARA CONSIGO MISMO

Quando el Renacimiento quitó al hombre moderno la tutela del dogma, le dejó casi a ciegas con el instrumento maravilloso de su propia inteligencia. Había sido hasta entonces una partícula casi indiferenciada de una realidad más vasta y más compleja: el alma colectiva que se reflejaba en él y lo creaba. Sus opiniones y sus creencias, sus sentimientos y sus gustos, veníanle impuestos desde afuera, con una coerción tan violenta que a veces le iba en ello la vida.

El espíritu moderno hallaba, así, en sus comienzos, obstáculos sociales en cierto modo insalvables. La robusta alma feudal se prolongaba de tal modo en la entraña misma de la Edad Moderna, que aún sentimos a veces, en nuestros mismos días, su obstinada fiereza. Para ella la inteligencia no pasaba de ser un siervo más; y si le dejaba de vez en cuando una displicente libertad de niño, no se hacía esperar muy largo rato cuántas veces debía atajarla o reprimirla. El pensamiento se fue desarrollando así con una timidez que lo inhibía, y bajo la mirada vigilante de una

* Conferencia recogida en: Volumen II: Aníbal Ponce, *Obras Completas* (coordinación y supervisión de estas obras, Carlos A. Agosti). Buenos Aires, Argentina. Editorial Cartago, 1974, pp. 167-176.

sociedad temible, ensayaba aquí o allá sus inquietos balbuceos.¹

Durante siglos, elevó en sus flancos la crueldad de un drama: El drama de quien habiéndose acercado a la verdad, no tiene el coraje de decirla o imponerla. Una carta de Buffon pone al desnudo ese dolor con un cinismo que aún hoy nos avergüenza. “Es necesaria una religión para el pueblo —dice—. En las ciudades chicas, todo el mundo nos observa y es mejor no contrariar a nadie. En todos mis libros he puesto siempre el nombre del Creador; pero para entenderlos con exactitud, no hay más que quitar esa palabra y poner en su reemplazo *la potencia de la Naturaleza*. Cuando la Sorbona me llamó al orden, no tuve ninguna dificultad en darle todas las satisfacciones que pretendía. Por la misma razón, cuando caiga enfermo y sienta aproximar mi fin, no tendré inconveniente en pedir los sacramentos. Nos debemos al culto público, y aquellos que proceden de otro modo no pasan de ser unos atolondrados. No se debe chocar con las creencias populares, como lo hacían Voltaire, Diderot, Helvecio. Este último era mi amigo; le recomendé muchas veces que se moderara, y si me hubiera escuchado, habría sido más feliz”.²

Acaban ustedes de escucharlo: para ser “feliz” la inteligencia comprendía que era necesario moderarse. Rehuyó desde entonces la verdad peligrosa, envolvió en nieblas la expresión arriesgada, cortó de raíces las inquietudes más altas. Cuando Cuvier le hablaba de sus *Revoluciones del Globo*, Napoleón le dijo: “Ocupaos de eso, pero no toquéis la Biblia.” No tocar la Biblia seguía siendo a comienzos del siglo XIX la primera prohibición de la Inteligencia; la Biblia, no entendida en el sentido literal del libro santo, sino en la significación más amplia que comprende por

¹ Erasmo, nada menos que Erasmo, escribía por entonces: “En cuanto a mí, no tengo inclinación a arriesgar mi vida por la verdad. No todos tenemos energía para el martirio, y si el temor me invade, imitaré a San Pedro.” Citado por Painter, *Historia de la pedagogía*, trad. de Barnés, edit. Jorro, Madrid, 1911, p. 178.

² A Labbè, *Le conflit transformiste*, edit. Alcan, París, 1929, p. 21.

igual a la Iglesia poderosa que la respalda y a la sociedad conservadora que ya apoya. En la advertencia terminante del Emperador, ¿no asoma acaso el mismo espíritu prudente y cínico que dicta al naturalista sus consejos a Helvecio? Evitar complicaciones, replegarse en límites modestos, no entrar en conflicto con la autoridad: he aquí la gran "sabiduría".

Sabiduría tímida y mezquina, a buen seguro, pero difícil de mantener no obstante la docilidad y la mansedumbre. La verdad más modesta, ¿no adquiere a veces proporciones enormes? El botánico simple que colecciona yerbas y el astrónomo despreocupado que colecciona astros, no sospechan la repercusión probable del descubrimiento humilde o del hallazgo feliz. Aun en la obediencia y el respeto la inteligencia resulta siempre un arma de dos filos: cuando Colenso descubrió que la liebre no es rumiante, ¿sospecharía ni por asomo que se le impondría en castigo la pérdida de su salario?³

¿Cómo aspirar, entonces, a la limpidez de alma del investigador sincero cuando se recela a cada rato las consecuencias sociales de sus opiniones?

La inteligencia de hoy, justo es decirlo, no siente como antes la brutal tutela de quien manda. Pero no ha perdido del todo su vieja servidumbre. Muchas ligaduras le quedan todavía por romper, y mientras el intelectual aguarde una dádiva, aspire a un favor, cuide una prebenda, seguirá revelando todavía en la marcha insegura y en la voz cortesana el rastro profundo de la antigua humillación.⁴ La sociedad tiene hoy otras maneras, menos duras pero no menos eficaces de constreñirlo a su servicio, y bien lo saben por cierto los que tuvieron el coraje de decir la verdad sin antes haber asegurado el pan de toda su vida.

³ Citado por B. Russell, *La educación y el orden social*, trad. de Jiménez, edit. El Ombú, Buenos Aires, p. 144.

⁴ Sainte-Beuve, que conoció de cerca a muchos grandes hombres, afirmaba que la mayoría muere "en un verdadero estado de prostitución". Citado por Pierre Laserre, *Des romantiques à nous*, edic. de la Nouvelle Revue Critique, París, p. 57.

¿No surge de ahí, imperioso y preciso, el primero de los deberes? ¿No salta a los ojos como una condición vital para la inteligencia la de arrancarla a la miseria que sólo enseña a mentir y adular, afianzando su independencia con el propio trabajo, en vez de andar mendigando del Estado la soldada despreciable que le ayude a vivir? La inteligencia, en efecto, no podrá alcanzar la posesión completa sino después de haber conseguido su absoluta autonomía. La obediencia del hombre a sí mismo, que es el fundamento de la razón sin trabas, exige a su vez la única virtud que puede darle vida: *el culto de la dignidad personal como norma directriz de la conducta*. Nada que pueda merecer un reproche, nada que pueda significar una obsecuencia. Ahogar para eso las ambiciones mezquinas, los anhelos pequeños, el apetito de tantas cosas sin corazón ni belleza. Vigilarse por eso sin piedad, hacha en mano como quien cruza una selva. Si el camino es largo, más larga es la dicha de marchar por él.

No se aspira a vivir bajo el signo de la inteligencia sin contraer al mismo tiempo obligaciones estrictas, y porque Spinoza era un espíritu libre se creyó obligado a llevar la vida de un santo. Un pensador que sea al mismo tiempo un santo: ¿es posible concebir de otra manera los deberes de la inteligencia para consigo mismo?

II. DE LOS DEBERES PARA CON LOS DEMÁS

Cuando la inteligencia ha servido lealmente la verdad, sin una inconsecuencia, sin una cobardía, ¿ha cumplido por eso con todos sus deberes? La vida que la rodea y que la impregna, ¿no tendrá exigencias que ella no pueda silenciar? Ignorarlas o desdeñarlas, ¿no será desconocer su verdadero destino, mutilando a sabiendas lo mejor de su espíritu? ¿Somos seres únicamente de comprensión y reflexión teórica? Junto al pensador que fundamenta sus conceptos en la frialdad y en la crítica, ¿no vive acaso otro ser de voluntad y de acción práctica capaz de inclinarse

cordialmente sobre el drama humano y compartir sus inquietudes y sus dolores?

Tanto es el empeño en separar la inteligencia de la vida que se dijera hay en ésta algún temor oculto, alguna usurpación que defender, algún crimen que disimular. Las sociedades, a decir verdad, no han estimado jamás al pensador. Lo han considerado, y con razón, como un hereje. No le perdonan sobre todo su originalidad, porque la originalidad es una de las formas de la indisciplina. Frente a un pensador que surge, la sociedad ha seguido dos caminos: o atraerlo para domesticarlo, o perseguirlo para concluir con él. Al pensador que se somete le llegan, sin duda, los agasajos y los honores, pero la sociedad no le confía otra misión que la de aquel sacerdote a quien los hurones llevaban cada vez que salían a la pesca: predicar a los peces para que se decidan a morder...⁵

Respecto al pensador que no olvida sus deberes y los defiende virilmente, las sociedades modernas han variado un poco en su conducta: si en un principio pareció lo mejor hacerle la vida insostenible, se resolvió después comportarse con más habilidad. Los "herejes" tenían a veces hallazgos asombrosos: el que pasaba sus días borroneando signos sobre una pizarra encontraba una estrella al final de sus cálculos; el que se manchaba los dedos con reactivos yapestaba el aire con vapores descubría, sin saberlo, una nueva tintura para las telas. Peligrosos, sin duda, no eran, sin embargo, inútiles; y bien podía perdonárseles de buena gana el descubrimiento inservible de la estrella, por el proficuo hallazgo del teñido. La sociedad empezó a valorar así el rendimiento práctico de la inteligencia. Le creó bibliotecas, le instaló laboratorios, le regaló premios, le erigió estatuas. Pero se apresuró, naturalmente, a no dejarla salir de lo que dio en llamarle "sus dominios". Individuos capaces de demostrar que los gusanos no nacen de la materia corrompida o que el hombre no es el rey de la naturaleza, sino la expresión más evolucionada de un largo

⁵ Lévy-Bruhl, *Les fonctions mentales dans les sociétés inférieures*, edit. Alcan, París, p. 278.

proceso, ¿qué consecuencias irían a extraer si en vez de consagrarse a los minerales o los fósiles les diera por volver los ojos a la organización de la ciudad y aseguraran después que la sociedad está fundada en la injusticia y la rapiña? “Un orden social que permite el examen de sus principios —ha dicho el general Cavaignac— es un orden social que está perdido.” Y así nació el sofisma del intelectual como un ser aislado y sin partido, extraño por completo a las luchas de la política, ajeno en absoluto a la vida de su mundo. Mezcla de generosidad aparente y de logrería efectiva, la soledad del intelectual no podía beneficiar sino a la burguesía. Por lo que tiene de cálculo y por lo que tiene de miedo, la teoría del intelectual ajeno a los partidos muestra, apenas se la estruja, la mezquindad inherente a la media alma burguesa. Aprovechar de él cuanto pueda representar un adelanto en la técnica, impedir en él las amenazas posibles de su mentalidad disciplinada y de su crítica sin velos.

Por pereza unos, por sequedad otros, muchos intelectuales acogieron la teoría. Les halagaba tal vez reconocer en ella un homenaje de los “hombres prácticos”. Creían quizá aumentar así las proporciones de su propio *decorum*, y al no participar sino desde lejos en los tumultos de la plaza pública, no servir tampoco y en ninguna forma los intereses de nadie. Mas no faltó una catástrofe, uno de esos acontecimientos que estremecen el edificio social, para que el pensador solitario y el estudioso aislado descubrieran con sorpresa que no habían sido, a pesar del aislamiento y de las ínfulas, más que un episodio en la táctica de la burguesía. Colaboradores sin saberlo, de ella iban ahora a recibir las órdenes; y Gentile remata con la camisa del fascismo su filosofía del espíritu como acto puro,⁶ y Bergson va a repetir con voz escasa las disposiciones que le entrega el estado mayor de su país.⁷

⁶ Pocos libros que dejen una impresión más penosa que *Fascismo e cultura*, de Giovanni Gentile.

⁷ Véase en especial: François Arouet, *La fin d'une parade philosophique: le bergsonisme*, pp. 97 y ss. [“François Arouet” fue el

En la trabazón de la vida moderna es inconcebible el aislamiento. Pero si no nos es dado segregarnos de los hombres y contemplarlos en un silencio altivo, no nos es posible tampoco acercarnos hasta ellos sin pasiones. Hay una hipocresía no menos interesada que la tesis del intelectual aislado, en la teoría que lo quiere tolerante e imparcial. ¿Cómo concebir la tolerancia cuando se tiene ideales? ¿Cómo desentendernos de su suerte hasta admitir en el ideal de los otros un valor por lo menos igual al de los nuestros? ¿Quién diría que ha sido capaz de trepar tan alto que ha llegado a dominar el bien y el mal, hasta verlos mezclar el curso de sus aguas? El que siente las propias ideas como siente latir la sangre en las arterias tiene de antemano dictada su actitud frente a los hombres. No puede concebir la tolerancia sino en los conflictos que le son indiferentes. Ante la terrible realidad social, ¿quién tendría el valor de declararse indiferente? Y aun en ese caso, ¿confesar tal actitud no equivaldría más o menos a tomar una postura? En su prosa transparente —transparente a fuerza de ceñirse al cuerpo de la idea— así lo afirmó Lenin. “La indiferencia, dice, es la saciedad política. Es necesario estar repleto para mostrarse «indiferente» frente a un trozo de pan. Confesar la indiferencia es confesar al mismo tiempo que se pertenece al partido de los saciados”...⁸

La inteligencia no podría adherirse a ese partido. Su estructura misma se lo niega. *Inteligencia* es, sin duda, comprender, pero es también crear. La inteligencia no vive sino por el asombro. Allí donde nadie ve un problema ella conserva intacta su excitante capacidad de sorprenderse. Cada sorpresa es un acicate de su propio dinamismo, un motivo de investigaciones infinitas. Cada solución que atisba le lleva a su vez a otros problemas; muchas hipótesis

seudónimo utilizado por Georges Politzer para publicar su panfleto en las ediciones Les Revues, París, 1929; fue reeditado, con el título *Le bergsonisme, une mystification philosophique*, por las Éditions Sociales, París, 1947.— H. P. A.]

⁸ Citado por Valerio Marcu, *Lenin*, edit. Payot, París, p. 168.

se le deshacen muy pronto entre las manos, y así, de esa manera, devorándose a sí misma, asistiendo trágicamente a su propio trabajo, la inteligencia busca las soluciones que persigue. Cuando las encuentra, y las encuentra siempre —*ignoramus, no ignorabimus*— el alborozo legítimo de la reacción triunfal señala en la marcha del mundo el nacimiento de algo nuevo, tan original y tan inédito que la inteligencia adquiere en este aspecto los caracteres verdaderos de la invención.

Y ahora, digo yo, ¿un mecanismo tan sutil podría abrazar el partido de los que niegan el derecho de asombrarse? Acaso un proceso que marcha paso a paso hacia lo desconocido, criticándose a sí mismo con crueldad implacable, ¿iría a sancionar la quietud del dogma, la rutina de las tradiciones, el gozo panglosiano de los que nada esperan? ¿Cómo al encontrarse de pronto con el drama del mundo no habría de sorprenderse ante tanta miseria, ante tanta iniquidad, ante tanta injusticia? ¿No sería más bien para enrojecer de cólera por haber creído en cuantos le engañaban, en los que le alejaron alguna vez de esos dolores diciéndole que eran mentiras, en los que le distrajeron también diciéndole que no debía preocuparle? Buscar la solución honradamente, ¿no equivale a poner la inteligencia sobre el camino de la Revolución? ¿Quién habría de encontrarla, conformista y resignada, cuando se trata de hallar precisamente un nuevo ritmo en la historia, una nueva patética conciencia humana?

Tiene de un lado la legión siempre poderosa de sus viejos amos: la autoridad, la jerarquía, el orden; tiene del otro los aliados de siempre: la rebelión, la inquietud, la negación. El conflicto de la inteligencia y de la sociedad, ¿no es por ventura la antinomia de la negación y el orden? El orden es lo fijo, lo aceptado, lo reverenciado; la negación es la reacción contra ese orden en la esperanza de construir uno mejor. Preocupación incesante, superación continua, perfeccionamiento infinito. Mirar todo lo hecho con ojos nuevos, empujarse para ver más lejos y más alto, apoyarse sobre hoy para alcanzar mañana. Junto al

pensador y al santo, el profeta y el predicador. Ya no más la inteligencia que encuentra en sí el propio gozo: ¿de qué modo comparar su placer egoísta con el estremecimiento generoso del profeta que alza una esperanza nueva, del predicador que la desparrama y la vivifica, la multiplica en las almas, la enciende en los corazones?

III. LA REVOLUCIÓN Y LA INTELIGENCIA

La inteligencia puesta al servicio de la revolución ¿qué papel podrá tener en ella? ¿Consejera, inspiradora, guía?

Las revoluciones que transforman la sociedad y desplazan la propiedad, tienen un proceso laborioso y obscuro que exige la marcha de los siglos. Pero han nacido siempre de un desacuerdo entre las instituciones y las costumbres, entre un mundo que nace y un mundo que no quiere morir. Los años y las circunstancias han ido ensanchando el desacuerdo, afirmando los contrastes, poniendo en conflicto la letra y el espíritu. Los signos de la desarmonía no son igualmente visibles para todos. Pero aquí y allá se imponen a veces con una evidencia tal que no es posible el error: la historia prepara entre el juego ciego de sus fuerzas el advenimiento inminente de una nueva realidad. A sabiendas los menos, ignorándolo los más, todos van arrastrados por aquel empuje irresistible. Nadie puede impedirlo, contenerlo, desviarlo. Los mismos que intentan remontar su curso son pasajeros que caminan para atrás en el interior de un tren en marcha.

Agentes ignorados se incorporan sin cesar de todas partes, y poco a poco entre resistencias y crujidos empieza a asomar una conciencia obscura. El destino nos hace vivir hoy una de esas horas de la historia que no se escuchan sino muy de siglo en siglo. En las confusas manifestaciones del vivir contemporáneo asoma ya un alma nueva. Elevarla a plena luz, traducirla en doctrina, encenderla en ideales, esa es la obra de la inteligencia: bajo su aliento, lo que no era hasta entonces sino sorda rebeldía, asciende

ahora a Revolución. La inquietud y el descontento pueden engendrar motines; las revoluciones, en cambio, sólo estallan cuando la clase que aspira a conformar sus intereses ha ido adquiriendo en escaramuzas previas la exactitud de su rumbo y el conocimiento de sus fuerzas. El rumor de las masas que hoy despiertan en el mundo no es, por eso, el gesto de los desesperados y de los ofendidos: es la ascensión de una clase vigorosa que impone con su acción su ideología: ayer la Enciclopedia y el Contrato Social; hoy, el caudal de las ciencias y el pensamiento de Marx. Inspiradora, consejera y guía, la inteligencia encierra así la posibilidad de las realizaciones que sugiere o de las realizaciones que pronostica, y es bien sabido que son las notas de Marx sobre la Comuna de París, las que habrían de dirigir, medio siglo después, las grandes líneas de la organización de los soviets.

La inteligencia no se incorpora, pues, a la Revolución como quien adhiere precipitadamente a un movimiento que supone generoso. “No se es revolucionario —decía Lázaro Carnot—, se llega a serlo.” Aunque la historia se va haciendo en la conciencia de los hombres, obedecemos en el fondo a corrientes poderosas que nos mueven. Sin el estudio profundo de la realidad social, sin el conocimiento acabado de sus pensadores y de sus teóricos, sin la reflexión crítica que suprime o suple las deficiencias de una ideología, sin la madurez que sólo dan las meditaciones precozmente comenzadas, toda invocación a la revolución, por resonante que sea, no pasará más allá de un gesto o de un saludo. Barnave se incorporó a la revolución el día en que la madre fue expulsada por un noble de su palco en el teatro de Grenoble.⁹ Pero no habían pasado muchos años cuando los ojos tristes de una reina en desgracia le entibiaron la fe. Un impulso lo había llevado a la revolución, otro impulso lo alejaba.

Las desconfianzas del proletariado hacia los intelectuales —más exageradas que injustas— no tienen otro origen.

⁹ A. Mathiez, *La Révolution française*, edit. Colín, París, t. I, p. 13.

¿Cómo aceptar por aliados a esos estetas a lo Ruskin que sólo ven en la miseria un obstáculo a la belleza? ¿Qué pensar de esos poetas que a la manera de Baudelaire en el 48 no rehuyen el fuego de la barricada pero dirigen después y casi al mismo tiempo un periódico socialista y un periódico católico? Tantas veces engañado, tantas veces mentido, el proletariado aspira a construir con sus propias fuerzas la empresa gigantesca de su emancipación. ¿Mirará por eso con más benevolencia a los “técnicos” salidos de sus filas, dispuestos a realizar la Revolución como quien construye un puente?

Ni “impulsiva” ni “técnica”, la inteligencia es la levadura indispensable de la revolución. Su apóstol más entusiasmado ¿no fue acaso un filósofo? El método con el cual renovó la economía ¿no era acaso el mismo que Feuerbach y Strauss llevaban a la historia de las religiones? La misma facilidad con que el marxismo se adapta a otras disciplinas ¿no indicará que a pesar de las diferencias de los medios el intelectual encuentra en ese método la atmósfera indispensable a su inteligencia? La causa del proletariado es por eso su causa, y si para destruir puede bastar la pica, para construir es necesario la escuadra y el compás.

* * *

No ignoro la responsabilidad de lo que digo, pero sería traicionar la confianza que me trajo hasta aquí si no os dijera derechamente lo que constituye para mí el deber más urgente de la hora. La cuestión social no existe sino para los que la sufren y para los que la estudian. Os he invitado a estudiarla cordialmente, con sinceridad y con amor. Si la nobleza instintiva de la juventud os ha acercado a ella no creáis que la servís con vuestro solo entusiasmo. Adentraos sin temor en el estudio de la economía y de la historia, iniciaos sin recelo en la lectura de sus clásicos, seguid paso a paso, a través de los siglos, la marea creciente del proletariado. Si a veces la letra es árida os reconfortará saber que cada línea tiene ya en la historia una

repercusión prolongada. Sólo así, por la meditación y por el estudio, podréis incorporar a vuestra personalidad la preocupación social que la anime y que la oriente. No abandonéis por eso el sector de la naturaleza o de la vida que había despertado vuestra curiosidad primera. En el encontraréis gozos intelectuales de otro orden, pero no más puros ni más hondos. Trabajadlo intensamente hasta sentir en él la alegría de haber encontrado algo nuevo; pero que el laboratorio, la biblioteca o el bufete tengan amplias ventanas siempre abiertas. Que nada de lo que ocurra afuera pueda seros extraño; que ningún tumulto pueda llegar a importunaros. Al especialista fragmentario que fue el ideal de otro tiempo, oponed el *gesamt-mensch* del ideal contemporáneo, el "hombre-todo" de Goethe, capaz de sufrir y comprender la compleja diversidad del mundo. Sin esa sed que eleva y universaliza, que las glorias más puras os parezcan disminuidas. Ninguna vida más alta que la de Pasteur, ninguna inspiración más noble. Pero cuando le escuchamos opinar en política y en religión con las mismas opiniones de su cocinera, sentimos que aquella vida ejemplar no fue sin embargo completa, y a pesar del cariño y de la admiración un rubor nos confunde y nos humilla.

No desdeñéis tampoco el arte y la belleza, ni os deslicéis a la exigencia absurda de querer socializarlos. Son la expresión de lo que hay en nosotros de más individual y merecen sin duda la devoción apasionada. Por eso también, cuando sabemos que Emerson paseaba bajo el cielo de Italia y arrastraba penosamente su fastidio por la Florencia incomparable, sentimos de igual modo una profunda pena, porque fuerza nos es reconocer que le faltaba al apóstol una cuerda en su alma. La vida sin duda no es sueño ni nostalgia, pero a pesar de su aparente despego, los poetas ayudan también al Universo a realizar sus fines.¹⁰

¹⁰ Marx, que admiró a Heine con entusiasmo de artista, y que había escrito en la juventud sus buenos tres cuadernos de poesías, "entendía que a los poetas había que dejarlos marchar libremente por la vida y que no se los podía medir por el rasero de los

La vida es acción, la vida es batalla, pero no toda es lucha y vigilia. Allá en los subsuelos del alma siempre hay un sordo rumor de voces que nos alejarían de la acción si les prestáramos oídos. Escuchémoslo sin embargo algunas veces, y aunque seamos sensibles a su engañosa armonía, que sea para nosotros como el descanso de un remero que pone el barco a vela.

Los días que vivimos son de prueba. No os engañen las calmas aparentes. Hay una guerra de todos los días, de todas las horas. No es posible una paz duradera mientras subsista el capitalismo. El menor de los actos tiene así un significado preciso. Sepamos siempre para quién trabajamos. Cada desfallecimiento es un triunfo de los otros, cada inconsecuencia una traición. Seréis, pues, responsables de vuestros gestos, de vuestras actitudes, de vuestra vida. Pero si la tarea es dura, las horas no perderán por eso su alegría. No estaréis acaso compensados de sobra al saberos solidarios con un algo más vasto que vuestro propio pueblo? A la visión estrecha de las doctrinas del pasado, ¿no oponéis acaso la vasta alma moderna?

Renunciaréis sin duda a muchas vanidades; chocaréis muchas veces con muchas incomprendiones; las vanidades que dan los éxitos de la figuración y la "carrera"; las incomprendiones de todos los egoístas que se instalaron en la vida como en un buen sillón. ¿Pero qué pueden significar los sacrificios a la edad en que se tiene el orgullo de vivir la propia vida con las solas inspiraciones del porvenir y del ideal? ¿Qué pueden significar los sacrificios si al mezclarlos a la vida de la época y al batallar en ella, vaís sintiendo al mismo tiempo que os aumenta en tamaño el corazón?

otros hombres; no había más remedio que mimarlos un poco, si se quería que cantasen; con ellos no valían las críticas severas". Ver: F. Mehring, *Carlos Marx, Historia de su vida*, trad. de W. Roces, edit. Cenit, Madrid, 1932, p. 94.

POLÍTICA Y CULTURA EN MÉXICO*

Narciso Bassols

[. . .] Un discurso, rigurosamente hablando, más que unidad ideológica, es unidad retórica, unidad estética quizás que hiere la imaginación, exalta el sentimiento, entusiasmo y conmueve, por la morbidez de sus periodos y la felicidad literaria de la expresión. Es, al cabo, el producto natural de la elocuencia y tiene, o un valor exclusivo de recreación espiritual, de musicalidad verbal, de forma pura, de armonía que vale por sí sola, o finca su interés y logra valimiento cuando es en la lucha, en la contienda humana, arma valiente y prodigiosa que ase las conciencias, despierta hondos estímulos vitales, polariza energías dispersas y las funde en apretado haz que lanza hacia la acción.

[. . .] Los últimos años de nuestra vida nacional significan —todos lo saben bien— junto al desprestigio de métodos políticos, la ruina de todo un sistema filosófico y de una modalidad general de la cultura. Es por un lado una rectificación en cuanto al valor de la ciencia y a sus finalidades últimas, que desecha las pretensiones exageradas del conocimiento de los fenómenos; es la nueva mentalidad que ni admite con el positivismo la supresión de las tendencias metafísicas de la humanidad, ni puede aceptar que a la ciencia se le dé más valor del que tiene y que es éste,

* Bajo el título de: "Sobre el momento actual de la cultura". En: Narciso Bassols, *Obras*. México, Fondo de Cultura Económica, 1964, pp. 12-15

en suma: elaboración contingente que permite hacernos dueños de los hechos de la naturaleza por la formulación de leyes —lo fijo inteligible—; de tal suerte que la ciencia valdrá en cuanto sirva —como quería Bacon— para domesticar fuerzas naturales, al modo que la mano vale en cuanto logra apoderarse de un objeto. Pero ya no se consagrarán los mejores entusiasmos para un conocimiento que al fin no logra desentrañar el misterio del mundo, tan cerrado y apasionante como nunca en la historia del pensamiento. La ciencia deja de ser fetiche, para convertirse en modesto auxiliar —no con verdad trascendental, sino útil no más—, auxiliar del dolor de los hombres.

Por otro lado, el momento de hoy corresponde, frente a los problemas culturales como en política internacional, en pintura y en música, a una ponderación más honda y cabal de lo nuestro, de lo medularmente propio, a un nacionalismo cultural. Ni estamos dispuestos a seguir pensando en la inferioridad de nuestra raza, ni admitiremos la elaboración cultural de México, por el procedimiento humillante y funesto, de la reproducción de modelos —prestigiosos por extranjeros— que ahoguen nuestra originalidad y nuestro valer. México se vuelve sobre sí mismo, se contempla las propias entrañas y sonrío de quienes lo pensaron un pueblo inferior.

En síntesis, la actividad contemporánea es radicalmente opuesta, porque en vez de colocar la cultura sobre la vida, hace de aquella simplemente un auxiliar de ésta; no se vivirá ya para la cultura, se hará cultura para vivir mejor. No es el viejo canto hipócrita de la ciencia por la ciencia, sino la afirmación terminante de: "la ciencia por la vida." Para la ventaja de los hombres tan sólo.

El hombre culto moderno ha de corresponder, pues, si se quiere salvar, a una forma humana, activa, vital del saber. En íntimo contacto con los hombres, en diaria ayuda para ellos, encontrará su sostén moral y su fin.

Y no quiere decirse con esto que se rebaje la alteza de las miras, que se envilezca el mundo y, sobre las más puras aspiraciones del espíritu humano, prevalezca un sensualismo

degradante y brutal. Proclamar la subordinación de la cultura a la vida es simplemente plantear el problema en sus términos naturales, pero tantas veces invertidos; es aceptar que no pudiendo el hombre, por la esencia carnal de su ser, traspasar la solución de sus ansias a otro mundo —la solución exactamente cristiana— ha de buscarse territorialmente la más justa y amplia manera de vivir.

Tales urgencias de la cultura contemporánea implican para la juventud las responsabilidades más serias. Nunca como hoy se requerirá esfuerzo, santa voluntad, para ser culto: el desarrollo de la ciencia, su complejidad abrumadora, la sutileza de sus partes mejores, su madurez rica, desconciertan y hacen imposible un dominio ligero. Y al lado tenemos la prisa en el vivir, lucha más apretada y tenaz para comer, existencia agitada que ahoga la calma medieval del sabio que hurgaba años largos el punto más llano, el problema más claro.

Habrà de probarse a los espíritus que temen un decaimiento cultural por esta rapidez del vivir, que sus temores son idénticos a los de quienes pensaron, al llegar la Edad Moderna en la historia europea que la ciencia, cuidada afanosamente en los conventos medievales, perecería al regarse por todos los ámbitos de Europa. Aparecerá la forma nueva del sabio, agitada, violenta, eléctrica, sintética, fina a la vez. Y el nuevo sabio salvará la riqueza común como ayer.

En México, especialmente, los jóvenes han de vencer mayores resistencias, sin estímulos del ambiente que los impulsen a consumir la vida en el estudio, es menester un temple asombroso para empeñarse en lides del espíritu. Además, la propia imperfección de nuestro desarrollo intelectual hace que no sólo se resten ayudas, sino que aun se acumulen obstáculos. Las formas poco adecuadas que la educación ha asumido en nuestro país han provocado una animosidad inconsciente y oscura hacia los hombres cultos. Hemos presenciado los más rudos ataques a la Universidad y a las formas superiores de la actividad inteligente, que se han traducido en desconfianza y desencanto.

Sin embargo, ha de decirse que nuestra educación superior sufre ruda crisis; los elementos productores de la sociedad y las clases humildes le niegan a nuestro único instituto la utilidad que tiene. El Estado mismo, en sus gobiernos revolucionarios, mira con recelo a la Universidad. Y como dicho está que hay hondos motivos que justifican la prevención, no puede venir el remedio sino de las nuevas juventudes. Éstas se encargarán de acreditar a los ojos de nuestro pueblo entero que si hubo en el pasado orientaciones desdeñables, hoy se rectifican los propósitos y se salvan viejos modos de ser.

Porque supeditada la cultura a la vida, su valor crece y su necesidad se hace mayor; una de las finalidades inmediatas radica justamente en convencer a todo mundo de que los problemas de México, sin el auxilio insustituible de la cultura suprema, jamás alcanzarán solución.

Mate la desconfianza el intelectual; afine sus medios de expresión y de contacto con la realidad; vaya a la plaza pública como el griego salía de la academia al ágora y salvará su desprestigio.

Ame y respete a la incultura que lleva en sí su propio mal; vénzala, hágala suya con la ternura y con la fe.

Abandone su rancia actitud de temor y cobardía ante la lucha; sea fuerte, valiente, audaz; aprenda a pegar cuando la vida lo reclame.

Uno de los más serios males de que adolece nuestra Universidad a estas horas consiste en la desvinculación que se produce entre ella y sus hijos, apenas son graduados éstos en alguna Facultad. Los elementos de valía desdeñan seguir sosteniendo muchas veces vínculos con la escuela y estiman mal negocio su actuación educacional; consideran, si acaso, un modesto *modus vivendi* el que ella ofrece.

Y se fosiliza el profesorado, se determina por selección regresiva en ocasiones; le falta vida porque le falta lucha en su interior. Háganse vigorosos del espíritu los jóvenes, desde la Escuela Preparatoria; acumulen arrestos; al mal profesor demuéstrenle su incompetencia; estén seguros de que el problema individual de hacer una vida más buena

no se resolverá para quien se ha atormentado una vez con los dolores del pensamiento, fuera del campo intelectual.

Y graduados ya, apodérense de la Universidad por sus conocimientos, su energía y sus personales capacidades para la educación. A los ancianos, vénzalos por el saber.

Eleven la animación de la vida universitaria con pujante acción, con acumulado estudio, con renovada actividad mental.

Han de saber que las resistencias del ambiente, la falta de tradición educativa y cultural que respetar y sobre todo esa actitud nacionalista, reflexiva, de introspección, que nos pone en el trance dramático de hallarnos —espiritualmente— a nosotros mismos, acarrea duros deberes. La fuga de la personalidad que significa la actitud espiritual centrífuga, es al cabo un modo de aligerar la carga; nada mejor que hallar en la cultura occidental una explicación y un descargo para nuestras torpezas. Pero el ahondar dentro de sí, el hacer más propia la derrota y más personal la victoria, es grave empresa, es responderse a sí mismo de lo que se haga de esta vida. Sobre todo, se peligra por el lado de la estrechez del alma, se da casi fatalmente con el provincianismo espiritual, con la torpe ceguera del topo, con la mezquindad ridícula y trivial.

Ignoro si todas mis palabras hasta aquí, se consideren inoportunas y fuera de ocasión; pero he de confesar que corresponden al deseo de obtener la interpretación del sentido profundo [...] y a la seguridad íntima, que abrigo, de que una manifestación de vida espiritual sólo es fructuosa si se acompaña, estrechamente, de apreciaciones reflexivas sobre el deber que ha de cumplirse en la hora siguiente. La actitud del pensamiento es la más urgente y apremiante porque siempre está pidiendo saber su condición total; vive más para el futuro y casi no conoce el descanso gozoso de la inacción. Se me ofrece, pues, como la más cumplida apología de este concurso, el que cada uno de los espíritus presentes se inquiete con un ansia de ascenso y de renovación.

Y dos palabras al fin, sobre la postura moral que los jóvenes han de adoptar para vivir.

Si se determina la conducta del hombre por fines exteriores cuyo estímulo radique en la posibilidad de alcanzarlos; es decir, si la más valiosa conducta —para sí mismo— es la que objetivamente es más capaz de obtener algo, acontece que, como el mundo y la vida son de por fuerza realidades incompletas, frustráneas, ante el fracaso de un empeño no logrado, ante una limitación por lo demás inevitable, desfallece el hombre, se desalienta y abandona el esfuerzo. Todo causado por una romántica intuición de la vida que ni es cierta, ni vale nada; que el problema de la conducta no es cuestión de lograr, sino de querer; es asunto de dar al mundo lo nuestro y nada pedir de él. Hacer de nuestra propia conciencia, la fuente de los estímulos y el abrevadero todo del ser.

Multiplicidad, pues, jóvenes alumnos, actividades del espíritu y trabajos de la inteligencia; plantead a los estudiantes todos los problemas de mayor interés: es provechoso incitar el pensamiento hacia cada uno de los rincones del saber y así saldrá una generación apasionada, fuerte, sabia, de la que podrá decirse como quiso el poeta:

*Desenterró palabras prodigiosas
de la raza y al viento las ha suelto,
y las palabras en lo azul lo han vuelto
águilas, rosas, mariposas...*

PERIODISMO Y LUCHA IDEOLÓGICA*

Ezequiel Martínez Estrada

[...] Hay un síntoma, en lo que Spranger llama “enfermedad de la cultura”, que podríamos denominar de propagación infecciosa; el periodismo. El periodismo no es ya el que nace con la Revolución Francesa y se corrompe en el Segundo Imperio, sino el que hoy forma parte de una de las más poderosas organizaciones monopolísticas al servicio del capitalismo imperialista. Me refiero al periodismo de empresa mercantil, que opera en vastas cadenas que abarcan literalmente dos terceras partes del orbe civilizado. Sobre sus métodos y tácticas, aprovechados científicamente por los gobiernos totalitarios, existe abundante literatura informativa y crítica. Debo limitarme a juzgar las influencias que la prensa ejerce sobre inmensas masas de lectores, configurando lo que se reconoce como un nuevo, formidable poder, el de la Opinión Pública. Se conocen los procedimientos por los cuales la prensa acciona sin antídotos eficaces sobre los lectores, determinando su conducta en asuntos que son de capital importancia en la vida pública y hasta en los domésticos y de conciencia. Es el arma, casi incontrarrestable y casi única, de la novísima industria de la guerra fría. Y es el lenguaje, como medio de comunicación del individuo con la sociedad, el

* En: *Análisis funcional de la cultura*. México, Editorial Diógenes, S. A., 1971, pp. 60-68.

elemento psíquico más propenso a descomponerse: de ello resultan problemas distintos para el psiquiatra y para el crítico literario. En tanto el lenguaje es vehículo de comunicación en una sola dirección, del autor a innumerables lectores, posee un poder incontrolable y, de estar viciado por alguna de las anomalías de aquel género, se puede hablar correctamente de contagio e infección epidémica o en gran escala.

El profesional del periodismo, el periodista asalariado, obedece a dos consignas: la que le impone el carácter del periódico en que trabaja, y la masa anónima de los suscriptores modelados por influjo de los intereses en juego, que sufre de rebote la influencia de la orientación de la empresa. En este concepto se convierte en instrumento mecánico, pero pensante, de la "ideología" del mayor número de ciudadanos, en cuanto significan coeficientes determinantes de la vida nacional. Lo que el periodista enajena no es su trabajo mecánico, tal como el obrero, sino su pensamiento, lo que constituye el don más precioso del hombre. Mucho más directa y sumisamente entrega su saber a la sociedad, y esto puede ser indistintamente para el bien o para el mal. Lo que se entiende en frase baladí por "ética profesional" es en él más valiosa que en nadie, pues opera sobre bienes que no son inferiores a la salud y a la conducta públicas. Como todas las profesiones, de sacerdocio puede degradar a oficio venal, de apostolado a prostitución. Pues en este orden de ideas las anomalías patológicas no se limitan a una perversión institucional, como en el juez y el funcionario prevaricadores, sino a una corrupción moral que el lenguaje corriente, con intuitiva exactitud, califica de prostitución. La palabra es fuerte, y el hecho también. Bernard Shaw, con su punzante honradez de puritano, o de fabiano si lo otro es mucho, lo declara refiriéndose a la profesión del escritor y el dramaturgo, que era la suya, con estas palabras: "Creo que toda sociedad que desee basarse en un alto nivel de integridad de carácter de sus unidades, debería organizarse de manera que haga posible que todos los hombres y todas

las mujeres pudieran vivir de su trabajo con una razonable comodidad sin vender sus efectos y sus convicciones. Actualmente no sólo condenamos a las mujeres como sexo a ligarse lícita o ilícitamente a quienes “ganan el pan”, sino que tenemos una extensa clase prostituta de hombres, por ejemplo los autores dramáticos y los periodistas, de los cuales yo soy uno, para no mencionar las legiones de médicos, clérigos y políticos de tribuna que diariamente ejercitan sus más altas facultades para dar un mentís a sus verdaderos sentimientos, pecados comparado con el cual el de la mujer que vende el uso de su persona por unas cuantas horas es tan venial que no vale la pena mencionarlo; porque los hombres ricos sin convicciones son en la sociedad moderna mucho más peligrosos que las pobres mujeres que se venden sin castidad”.

Considerado desde este ángulo, el fenómeno de perversión afecta al individuo, agente corruptor de la opinión pública, pero en cuanto maneja un instrumento espiritual o de cultura aplicado directamente a la sociedad, el fenómeno debe ser enmarcado en el cuadro de las fuerzas sociales que modelan la personalidad de la ciudadanía y establecen pautas generales o códigos de comunidad. Actúan directamente sobre el ámbito cultural y lo hacen, para usar una expresión de Marc Bloch, en calidad de “toxinas de la mentira” sobre esas formas patológicas de la psique colectiva en su estrato inferior, como bacterias infecciosas. La mentira elaborada concienzudamente forma parte del repertorio de testimonios que el periodismo manipula, ya no en concepto de fraude sino de conveniencia para la conservación del orden, el prestigio de las instituciones y la seguridad del Estado. La astucia insidiosa con que una noticia verídica puede transformarse en una impostura suele ser exquisita. Benedetto Croce y Marc Bloch han escrito sobre la “pia fraus” de los historiadores, y para el periodismo, sobre todo el norteamericano que no es peor que otros, existen incriminaciones más incisivas. El periodismo es la forma de la historiografía en el momento actual. Su misión es la misma que la del historia-

dor con respecto al pasado, y su obra será, andando el tiempo, uno de los documentos fehacientes sobre los hechos registrados casi en el instante de producirse y por un testigo visual o que recibe del testigo visual los datos. Su deber es, de consiguiente, la veracidad. Este deber moral de la veracidad, falseado también por el historiador y muy común referente a asuntos y épocas capitales, mantiene un índice satisfactorio en cuanto a noticias sin trascendencia, pero es alterado cuando lo exigen los intereses de la empresa editorial, si no tanto en lo referente a la vida nacional, sí en cuanto a los intereses del consorcio a que las agencias de información internacionales están vinculadas. Pero en este aspecto del 'fraude profesional', los matices son innumerables y no es mi propósito hacer un tratado de la patología moral del periodismo. Cualquier concesión o indulgencia en tópico tan delicado de la salud moral e intelectual de los pueblos significaría complicidad en uno de los crímenes más nocivos e impunes de los que se cometen contra la buena fe y la falta de recursos de defensa de la sociedad. "Al pueblo no se lo puede engañar sin cometer un crimen —dice Simone Weil— porque no posee tiempo ni medios para verificar el error ni distinguirlo de la verdad".

En efecto, como se lo ha empleado lícitamente en carácter de técnica esotérica para ciertas profesiones, existe la prostitución del alma, que es genéricamente masculina. Puedo mencionar, además de las comunes, las del espionaje, las variedades de la policía secreta, el oficio, aun considerado sano, del verdugo y el tráfico de esclavos negros o blancos. La infamia tiene también sus gremios. Incurrir en delito de prostituir al hombre quien trafica con lo sagrado, que debiera ser objeto de culto; así se dice que una profesión se ha prostituido cuando toma la otra forma alotrópica del comercio infamante. Categóricamente cuando se ejerce, honoríficamente o no, contra la causa del progreso, la justicia y la verdad. Y como la organización social de los países capitalistas está montada para imponer por todos los medios imaginables, hasta los casi inconcebibles, un orden de barbarie moral, de injusticia y de

mentira provechosas, muchas de las profesiones reglamentadas por los poderes públicos se han convertido lisa y llanamente en órganos deshumanizados de poder. Vale decir, de dominio; vale decir, de cancelación de los valores morales. Tal el orden de "nihilismo nietzscheano", que examina precisamente la degradación de los valores éticos de la inteligencia. Acaso sea natural que pueda admitirse una gradación o diferencia de matiz entre la prostitución forzosa y la vocacional; pero una vez que el hecho se institucionaliza, o que se convierte en profesional y se somete al código que rige su ejercicio, desaparece también ese matiz. Es el matiz que existe entre la cortesana que elige su camino y la pupila que no tiene opción. Por razones de simetría y sinonimia, todas las profesiones presentan fases de degradación igual. En la profesión de las letras —que fue en la Antigüedad un sacerdocio y cuya decadencia podemos seguir a lo largo de la historia—, la diferencia de grado entre el escritor y el periodista son hoy proporcionales. Tenemos un hecho histórico paladino en nuestro continente, de la deformación que han sufrido otras profesiones en su metamorfosis de lo sagrado a lo profano y sacrílego. Desde que, acabada la empresa de la independencia y la reorganización jurídica de las naciones hispanoamericanas, el periodismo deja de ser un instrumento de expresión libre de ideas e ideales, pasó a ser una forma comprometida de la producción intelectual. E inmediatamente se subordinó a los dictámenes de quienes ejercían el poder político imbricado con el económico, regularmente despótico. Por coacción gradual ha llegado a ponerse al servicio de empresas mercantiles de noticias que son hoy el óbice mayor para la liberación de los pueblos en su condición de monitores de la Opinión Pública. Todo periodista que enajena y después adopta como propia una línea de pensar "enragé", es por naturaleza y hasta prueba en contrario un asalariado que vende su específica clase de trabajo como el obrero la suya, y que es la intelectual o literaria. Vende a la vez una clase de trabajo y de pensamiento y de conducta. De donde no le basta a la empresa que edita el diario que el periodista renuncie a los

dictámenes de conciencia; es menester —se le exige— que el diario y él estén dirigidos en tal forma como si procedieran por dictamen del bien público. El hecho está universalmente admitido, y Balzac y Benda lo han denunciado con acritud. Esto es así en razón de que tratándose de empresas periodísticas de gran importancia, y teniendo fijada una orientación política en defensa de determinados intereses, los escritores que colaboran en ellas no tienen libertad de opinión, ni la tienen los editores, ni los accionistas, ni, lo que es más curioso, los lectores. Su libertad ha sido enajenada de hecho al haberlo sido la de la empresa; y unos y otros se influyen recíprocamente en un círculo vicioso, exactamente del tipo que Gunnar Myrdal llama “proceso circular acumulativo”. En el caso en que el servidor se identifica con el término medio de los intereses y la mentalidad de los avisadores y suscriptores, la enajenación es total, como en el de las ramerías profesionales con conciencia de clase, las cuales defienden cierta forma de honor que tiene sus códigos, como el de los delincuentes juramentados.

Estas reflexiones, que son penosas e inexorables tratándose de las formas patológicas de la cultura, nos conducen a un punto en que debemos detenernos para diferenciar dos ramas de la producción literaria, y sin duda de la producción intelectual *in toto*. Es el aspecto profesionalista de la obra literaria, el trabajo del escritor asalariado, o sea, del periodista, cuya situación, empero, no puede ser juzgada y fallada en forma sumaria. También en este caso lo que está pervertido es la profesión, el género de actividades que como miembro de un grupo social practica; y ésta es la verdad profunda del real sentido moral o responsabilidad social de toda profesión. Es lo que lleva a Julien Benda a considerar como traición (la trahison des clercs) a los deberes sagrados del pensamiento cualquier enajenación, cualquier profanación y cualquier sacrilegio de lesa libertad de conciencia. El profesional no es responsable de su acción como persona; lo es la profesión a la que pertenece, y en cuanto tal, en cuanto miembros de una clase organizada para la acción social. Cuando se da el

caso, como en la sociedad burguesa y capitalista, en que las profesiones y oficios, en general y casi en términos absolutos, han pasado a ser instrumentos de perversión o de enajenación del individuo, como se dice en el lenguaje técnico, entonces en efecto la sociedad está prostituida aunque el individuo pueda no estarlo (y lo crea, por su extrañamiento de sí). O lo estaría, en el caso de que pudiendo optar por el ejercicio de dos profesiones u oficios, uno infamante y el otro no, optará por aquél. Pero no hay tal opción, sino en casos muy singulares, ni hay profesiones lucrativas que no lo sean en algún grado. Y precisamente ésta es una de las idiosincrasias más brutales y repulsivas del sistema capitalista, [...] No hay exageración ni malevolencia, entonces, en decir que ese sistema venal de corromper al grupo antes que al individuo, a la profesión, más que a su servidor, es propio del lupanar; y esta similitud o simetría ha servido a muchos críticos para el dictamen de un nihilismo o degeneración en masa de los altos valores de la cultura. Que ciertas profesiones viles se hayan convertido en honorables e inversamente, es asunto de investigación especial. Una verdad es que todo grupo profesional tiene su código de honor (Jorge Simmel: *Sociología*; Scipio Sighele: *Psicología de las sectas*; Roger Caillois: *Fisiología de Leviatán*), lo que equivale a decir en muchos casos que ha realizado una transvaluación de valores, y que ha hecho sagrado lo que era impuro, o profanado lo que era sacro [...].

LEALTAD DEL INTELLECTUAL*

Jesús Silva Herzog

El mundo sufre la crisis humana más profunda de la historia. Esta crisis abarca a los hombres de todos los continentes sin distinción de oficio, profesión o clase social. El intelectual, como todos, ha sido también arrollado por el torbellino de la catástrofe; ha sufrido de igual manera que los demás, o acaso más que todos por su mayor sensibilidad y su mayor conciencia de la tragedia.

Pero es necesario confesarlo: muchos, desgraciadamente muchos intelectuales han embotado su sensibilidad, han cerrado los ojos a la tragedia o, simplemente, han olvidado su grave responsabilidad. Tal vez pudiera hacerse de ellos esta clasificación esquemática: primero, los que se han puesto al servicio de los regímenes totalitarios, unas veces traicionando sus ideas y otras siendo consecuentes con ellas, pero adaptándolas o modificándolas en consonancia con las exigencias políticas; segundo, los que en países totalitarios o democráticos se han puesto al servicio de la propaganda con abandono de sus propias convicciones; tercero, los que ante el espectáculo de una sociedad descoyuntada y sin rumbo, se han tornado cínicos o escépticos, o ambas cosas, y dedican su esfuerzo a la posesión y al goce de bienes materiales; cuarto, los que desilusionados de sus

* Publicado en *Cuadernos Americanos*, México, Año III, mayo-junio, 1944.

ilusiones de ayer se refugian en la religión de sus mayores que abandonaron en sus años de optimismo, de lucha y de juventud; y quinto, los pocos que han permanecido fieles a sus principios y que, a pesar de todas las vicisitudes y todos los fracasos, no han perdido la fe en la construcción de una nueva morada para el hombre, morada noble, decorosa y limpia.

Los más están perdidos para la obra constructiva y fecunda. Sólo unos pocos fieles a su ideal, movidos por el impulso de su anhelo fulgurante, serán capaces de cooperar en la creación del hombre y del mundo de mañana.

¿Y cuál ha de ser, hablando en términos un poco menos generales, la labor intelectual en el inmediato futuro?

Aquí está el problema.

El intelectual debe ante todo ser un hombre en el más amplio y auténtico sentido del vocablo; debe ser un hombre angustiado por la sed de alcanzar su superación; debe tener una acerada estructura moral, un hondo desinterés y un amor inagotable por la Justicia y la Verdad.

El intelectual debe ser el diseñador de la vida nueva que asoma temblorosa en el horizonte ensangrentado.

El intelectual debe ser leal y honesto, honesto consigo mismo y leal con sus semejantes; debe poner sus conocimientos, su amor y su afán íntegra y generosamente al servicio del hombre, del hombre en plural, en sentido colectivo; y no debe olvidar, ni por un momento siquiera, que para el logro de tan altos fines es preciso destruir el imperio del mercader, es preciso rebasar la etapa de las desigualdades artificiales, irritantes y antihumanas.

Este pequeño planeta en que habitamos jamás será tierra de paz y concordia, mientras unos cuantos gocen de todos los bienes, en tanto que el sufrimiento, hijo de la miseria, sea el triste patrimonio de las masas explotadas y hambrientas.

DISCURSO A LOS INTELLECTUALES MEXICANOS*

Enrique Cabrera

Hoy que nace a la luz el Círculo de Estudios Mexicanos, se me encomienda el trabajo de exponer por qué y para qué se ha creado esta organización. En forma muy lacónica, podría yo responder: porque creemos llegado el momento de que los intelectuales mexicanos, organizadamente, se avoquen al estudio de la realidad nacional, para que ellos mismos u otros grupos nacionales contribuyan a transformar esa realidad en beneficio de la Patria.

Ante todo aclaramos la extensión que damos al término "intelectual". Lejos, como estamos, de una época y una mentalidad culteranistas, no queremos sólo comprender al hombre de ciencia o de letras, sino a todo aquel que se esfuerza honestamente en ejercitar, robustecer y desplegar su acción pensante, su intelecto. Deseamos abarcar por igual al investigador abstracto y al laboratorista, al buceador de las disciplinas humanistas y al simple profesionalista, al cincelador de las letras y al poeta de las formas o los sonidos, al indagador de los problemas industriales, agrícolas o comerciales y el sereno expositor de las situaciones políticas, gremiales o sindicales.

* Discurso publicado en: Enrique Cabrera, *De la medicina social al socialismo*. México, Editorial Nuestro Tiempo, S. A., 1971, pp. 49-53.

Pero no se piense que tenemos presuntuoso afán de instituir al intelectual mexicano en supremo juez y ejecutor frente al panorama nacional. No, uno y otro deberán ser los dos polos de un sistema cuyo funcionamiento requerirá la adecuada articulación entre ambos; uno y otro quedarán frente a frente, para estudiarse de modo recíproco, para aconsejarse, criticarse y transformarse mutuamente.

Si en la realidad nacional el hecho dominante es la pobreza material, cuya consecuencia obligada es la corteidad en el radio de acción de sus potencialidades económicas, en el intelectual mexicano, con raras excepciones, la nota fundamental es la poquedad de sus conocimientos objetivos y bases ideológicas, cuya consecuencia obligada es una pequeñez en el perímetro de la actuación y de las miras.

Así, en el profesional, si abunda el afán de lucro, es en cambio la regla que falte el "hambre" de conocimientos y la "sed" de superación. Y no se piense que es por haber saciado ya esos anhelos. Todo lo contrario, el poco alimento espiritual les ha enjutado el pensamiento, les ha atrofiado las justas ambiciones, les ha hecho languidecer el coraje. La lectura de unos pocos resúmenes, confeccionados muchas veces por casas comerciales extranjeras, basta para hacerles creer que cultivan sus disciplinas o que siguen con atención el progreso científico del mundo entero. Tal vez la arrebatada cólera contra un colega les haga autoconvencerse de que anida en ellos un puro anhelo de moralidad, un incorruptible afán de probidad.

En cuanto al investigador científico, las más de las veces armado de resignación y desnudo de medios materiales, alimentado de encomiable curiosidad y ayuno de conocimientos básicos, sabedor a medias de la Matemática o la Filosofía de la investigación, ignorante con frecuencia del verdadero sentido estadístico que encierran los fenómenos y sus leyes, alejado en fin, por voluntad o contra ella, de la literatura científica, se destroza los dedos para arrancar briznas de descubrimientos que en otros medios

se benefician por toneladas o que ya están archisabidos y publicados.

Por lo que toca al escritor y al humanista, no pocas veces convencido de la inutilidad de sus empeños personales pero indeciso para unir sus fuerzas a las de un grupo, descorazonado por las mordazas publicitarias pero aun no cabalmente imbuido de un espíritu de lucha, opta quizá por refugiarse lánguidamente en las bellezas del pasado, persiguiendo la quimera de un eterno ideal estético, o bien alquila sus talentos a prepotentes minorías, ya nativas, ya exóticas, pensando ingenuamente que ha conservado su independencia y su personalidad, tal vez imaginando que en verdad defiende los intereses patrios.

Finalmente, del artista, diremos que descontadas algunas excepciones en las artes plásticas, se encuentra más preocupado con su éxito personal que con el de su grupo: la turbulenta lucha por la vida y su habitual individualismo le orillan a actuar bajo la fórmula de "sálvese quien pueda". Otras veces, con meritorio afán de mexicanismo, con encomiable deseo de afianzar sus raíces en una universalidad o de extraer su inspiración del remoto pasado, se esfuerza por incrustar, cual piezas de prótesis, elementos tan disparatados como exóticos a nuestra realidad actual. Resulta así que en vez de crear organismos viables por su congruente belleza, engendra armatostes, muñecos de ventrílocuo, que tan sólo simulan la vida durante los breves instantes en que se escucha la voz "ilustrativa" del autor. No pocas veces el artista —y más especialmente el intérprete— acepta extirpar de sí mismo todo vestigio de originalidad, en aras del muy dudoso gusto de la plutocracia, como antaño los "castrati" aceptaban ofrendar su biología al gusto italianizante de las óperas.

Tan arduo es el combate que el intelectual libra por la subsistencia diaria, de tal modo inexorables las fuerzas que le arrastran a la miseria si afloja un ápice en su empeño, tan artificialmente abigarrado y esotérico se ha vuelto el lenguaje y manejo de las disciplinas, tan frenética la competencia individualista de las ultraespecialidades, que el hombre de nuestra época no aventura su tiempo, ni sus

talentos, ni su riqueza, en lo que aflora fuera del cercado propio. Y la intelectualidad mexicana difícilmente podría haberse sustraído a esta característica contemporánea, a la que bien haríamos en llamar "infatuado circunscriptivismo", para designar con una absurda contradicción aquella otra que anida en semejante actitud.

Pero hablar de la intelectualidad mexicana describiendo tan sólo su promedio estadístico, la altura de su media integral, no traduciría el detalle de su forma, no señalaría las solitarias cúspides que emergen verticales en medio de la planicie y, sobre todo, no revelaría el crecimiento de las pequeñas colinas que mañana podrán erguirse en volcanes al influjo de su fuego interno.

En las artes plásticas, la larga cordillera de los valores mexicanos se adivina ya desde la alborada precortesiana y, acercándose al presente, toma matices cada vez más oscuros, textura más sólida, contornos más vigorosos y alturas más imponentes. A esta cordillera debemos en buena parte nuestra fe en el mexicano y en lo mexicano, en el indio, que es a la par autor y tema de las obras. Ella nos acoge en los pliegues de sus amponas faldas de mestiza; ella nos acompaña a visitar los sitios en que nuestros héroes dejaron su aliento y su recuerdo; ella nos inspira y da fuerzas desde su sitio, replegada a los murales, en un templo de las artes o en un edificio público, tal vez en un hospital o en un recinto universitario.

Por lo que hace a la investigación, algunos mexicanos alcanzan ya a verse desde otras partes del continente y, con tiempo despejado, desde la otra orilla de nuestros océanos. La penetración de su talento, el rigorismo de su marcha, la probidad de sus conclusiones, es magnetismo suficiente para adherir a su alrededor moléculas que, cristalizando de modo armonioso y geométrico, harán mañana verdaderas escuelas. El impacto de su pensamiento hace mella en las llamadas Ciencias Abstractas como en las Concretas; explora nuevos mundos en el campo cósmico como en el biológico; deja hincadas sus banderas de descubrimientos en la Historia y en la Sociología, como en la Economía, la Literatura y la Plástica.

En cuanto a los escritores, hay ya unos cuantos cuya palabra no podrá silenciarse: por una fuente cegada, hay tres surtidores que brotan incontenibles y que ya corren humedeciendo campos otrora secos. Tan sólo voces de tinta en cuerpos de papel, se dirá, pero que han hablado de tal modo directas, irrefutables y convincentes, que la huella de su argumento no podrá ser borrada. Es inútil que se intente lavar el tatuaje: lo más que se podrá hacer, será ocultarlo cobardemente bajo la ropa.

¡Sin embargo, es tanto lo que aún queda por hacer; tantos los colores y contornos que deberán cambiarse, no sólo en el paisaje de nuestro México, sino en el espíritu de sus hombres! La intelectualidad mexicana deberá empezar por estudiarse a sí misma, al tiempo que estudia el ambiente que le rodea: aún quedan muchos lagos subterráneos inexplorados; deberá hacer sonar el clarín de sus hallazgos; aún quedan muchas verdades por pregonar; deberá plegar y disciplinar sus filas, a la vez que robustecer las del pueblo; aún quedan muchos lazos que enlazar; deberá superarse, mientras transforma para bien el suelo patrio; aún quedan alhóndigas por derribar, aulas y hospitales por erigir.

La magnitud de la obra es de tal modo abrumadora que muchos serán los que, tendidos en su lecho, ocultarán la cara entre las mantas, intentando recobrar el sueño mientras se gritan a sí mismos: ¡no existe tal mundo externo, la verdad soy yo y mi pensamiento! Pocos, en cambio, serán aquellos que saltarán de la cama, que lavarán su cara y su cabeza y, aprestando los puños dirán: ¡Tú eres la verdad, Pueblo mío deshilvanado y pobre: aquí están mis manos a tu servicio!

Atraer a estos pocos, agruparlos, organizarlos, robustecerlos y dirigirlos, ese es el mayor anhelo y única finalidad del Círculo que hoy ve la luz.

LA CIENCIA Y LOS CIENTÍFICOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA*

Alonso Aguilar M.

Las contribuciones hechas hasta ahora por quienes trabajan en el campo de las ciencias sociales en América Latina son importantes, y aún abren toda una nueva y prometedora perspectiva a la investigación científica. Nuestros centros académicos y culturales han vivido tradicionalmente, como por lo demás es comprensible en países dependientes y atrasados, a la zaga de las modas y de los cambios más o menos caprichosos que éstas sufrían en los círculos intelectuales de la metrópoli. En vez de crear, de reivindicar y enaltecer lo mejor de cada uno de nuestros pueblos, de poner los pies sobre la tierra y volver una y otra vez a nuestras raíces en busca de la savia que nos permita forjar una cultura auténtica, nos hemos limitado con frecuencia a copiar, a traducir del inglés y del francés, a importar conocimientos ajenos que, sin prejuicio de aprovecharlos en todo aquello que pudiera sernos útil, debimos haber construido nosotros mismo. Hemos olvidado torpemente, a menudo, la adverbencia de Martí:

Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de li-

* Entrevista publicada en la Revista *Problemas del Desarrollo*, No. 16 (Instituto de Investigaciones Económicas), UNAM. México, 1973, enero 1974, pp. 131-142.

brarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. (Entiéndase bien: "a la universidad americana", no a la *norteamericana*.) La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. . .

Por fortuna, empieza a comprenderse que no es trasladando mecánicamente lo que se dice y hace en las universidades extranjeras como podremos conocer y resolver nuestros más graves problemas. Comienza a recorrerse el largo y difícil camino que va de una ciencia social acartonada, formalista, eminentemente subjetiva, acrítica y aun apologética, a una ciencia social que, a través del estudio sistemático y serio de la realidad, intenta descubrir tanto las causas históricas del atraso como el camino de la liberación definitiva.

El haber roto con ciertas posiciones teóricas falsas es un gran paso adelante que no debiéramos menospreciar. La ciencia social de vanguardia es ya un baluarte en la lucha contra el funcionamiento mecanicista, contra el historicismo superficial, contra el subjetivismo arbitrario y voluntarista, el tecnocratismo y la tendencia a construir, a partir de esquemas y modelos cada vez más alejados de la realidad, una teoría general de la sociedad y de su desarrollo, que, haciendo caso omiso del tiempo y el espacio en que se desenvuelve el proceso social, pretende sustituir los avances concretos, si se quiere todavía modestos pero fundamentales de la verdadera ciencia social, por principios inviolables rígidos, supuestamente universales y eternos, que a la postre resultan inaplicables e irrelevantes tanto para cualquier país, en particular, como para el mundo abstracto e inexistente al que intentan referirse.

Pero tan importante como reconocer los avances es tener conciencia de las fallas y limitaciones de los esfuerzos renovadores. El rechazo de los convencionalismos, de las tergiversaciones y verdades a medias de la ciencia social burguesa, si bien indispensable, no basta para abrir una

nueva alternativa teórica, y menos aún para trazar una estrategia revolucionaria.

El haber trabajado en los últimos años en busca de una explicación global del subdesarrollo latinoamericano ha sido, sin duda, importante. Nos ha permitido ver a nuestros países en una perspectiva de conjunto, conocer lo que tienen de común y comprender mejor los factores históricos que determinaron su atraso. Parecería que, por fin, empezamos a entender el papel que han jugado el capitalismo y el imperialismo en la generación del subdesarrollo, y las razones por las cuales el sistema nunca pudo desenvolverse, en Latinoamérica, con el vigor y a la manera en que lo hizo en otros países y otras épocas. La convicción de que el capitalismo no es capaz de librar a nuestros pueblos de la explotación y la miseria no es suficiente, sin embargo, para abrir el camino de la emancipación definitiva.

Para transformar la realidad social hay que conocerla a fondo. Para conocerla hay que pasar —como en un proceso de aproximaciones sucesivas— de lo general a lo particular, de la apreciación del todo y su dinámica global al estudio concreto de sus partes y sus interrelaciones. El rebasar las fronteras nacionales de cada uno de nuestros países fue necesario y útil; mas ahora, provistos de mejor instrumental analítico y de la visión totalizadora de que antes carecíamos, hay que volver al fenómeno nacional y ahondar en él hasta conocer sus entrañas, pues sólo así podrán surgir planteamientos teóricos capaces de promover con éxito el cambio estructural. Sin una teoría o con una teoría social subjetiva no llegaremos lejos. Y la verdad es que en nuestro trabajo hay todavía bastante subjetivismo, falta a menudo un conocimiento más preciso de hechos fundamentales, se tiende a caer en el esquematismo y aun en el dogmatismo; se advierte la influencia negativa de las teorías burguesas, las que en vez de ser sometidas a una crítica sistemática se siguen utilizando en múltiples estudios, y a consecuencia de todo ello resulta imposible comprender la forma en que operan las leyes que rigen el proceso social latinoamericano, y muy difícil actuar sobre las

contradicciones en que se expresa, y a la vez, engendra el subdesarrollo.

El genio de Lenin y del movimiento revolucionario por él encabezado consistió en saber aplicar el marxismo a las condiciones rusas, no a las de toda la Europa de su tiempo; del mismo modo que Mao contribuyó decisivamente a forjar una estrategia revolucionaria para China y no para el Japón, la India u otras naciones de Asia. El trazo de una estrategia sólo es posible a partir de, y frente a una realidad específica cuyo desarrollo sólo puede ser situado correctamente con base en una teoría, y no en apreciaciones fragmentarias y empíricas, o en vagas generalizaciones que sustituyan a la verdadera abstracción científica. Lo que ahora debe hacerse para formular esa teoría es ahondar en el estudio del proceso capitalista en cada país, conocer los factores que han condicionado la acumulación de capital, integrar el estudio de la dependencia a la dinámica central del imperialismo, por un lado, y por el otro del capitalismo del subdesarrollo, y entender cómo y por qué el modo de producción dominante funciona como lo hace actualmente y cómo se expresa en la estructura social, en las contradicciones fundamentales del sistema y en la lucha de clases. Hemos dicho que para transformar la realidad hay que conocerla. Pues bien, para conocerla hay que entregarse a la tarea de transformarla, pues sólo en la lucha, en el cotejo y la acción cotidianos para modificar las relaciones de fuerzas en favor de quienes buscan el cambio, en el intento de superar los más serios obstáculos y las más graves contradicciones, se puede conocer a fondo la realidad y actuar con éxito frente a los intereses sociales y políticos empeñados en preservar el actual orden de cosas.

La imperiosa necesidad de reforzar el trabajo teórico no significa, pues, que primero debamos redondear una teoría y luego enfrentarnos a los problemas prácticos. La teoría y la práctica no son dos fases sucesivas de un proceso que se desenvuelve linealmente; son dos elementos inseparables que se entrelazan e influyen recíprocamente y que sirven, uno al otro, de punto de apoyo. La ciencia

social, cuyo objeto de estudio es siempre una realidad multiforme y cambiante, nunca será una ciencia completa, acabada, sino un cuerpo teórico, en continuo proceso de cambio y de adaptación a nuevas condiciones históricas. Mas aun teniendo plena conciencia de ello, acaso los tropiezos recientes en la lucha revolucionaria latinoamericana han obedecido en parte a la falta de planteos teóricos rigurosos, que una ciencia social militante puede y debe formular.

La pregunta de si es posible trazar una estrategia de desarrollo nacional independiente bajo el capitalismo, admite, en mi opinión, dos tipos de respuestas ligadas, a su vez, a las dos principales clases en que se descompone la sociedad en que vivimos. Si lo que se plantea es sí podemos aspirar a que nuestros países se libren del atraso y del uso irracional de sus recursos bajo el actual sistema socioeconómico, la respuesta obligada por la razón, por el sentido común y por la experiencia histórica tiene que ser negativa. Si queremos, en cambio, saber si es o no necesario forjar sin demora una estrategia de lucha por la plena independencia, precisamente a partir de las condiciones de atraso y explotación que padecemos, la respuesta tendría que ser afirmativa, pues el advenimiento de una economía nacional independiente no implica cruzar una línea o barrera arbitraria o siquiera recorrer un proceso evolutivo y gradual de crecimiento, sino que es el resultado de una fase que culmina en la conquista del poder por el proletariado.

En otras palabras, si bien la burguesía sólo puede ofrecernos una retórica seudonacionalista, que frente al capitalismo anárquico de carne y hueso que conocemos, caprichosa y demagógicamente inventa la alternativa de un capitalismo independiente, racional y justo, ello no significa que las masas populares sean también incapaces de abrir el camino del progreso.

La plena utilización de los recursos productivos en Latinoamérica sólo podrá lograrse bajo el socialismo, cuando, naturalmente, el pueblo esté en el poder. Pero el pueblo no accederá al poder por herencia, por azares de la for-

tuna o por la acción inexorable de alguna ley natural. Las masas conquistarán el poder en la lucha política cuando tengan una estrategia justa, basada en una teoría revolucionaria que sea capaz de descubrir las contradicciones más graves sobre las que es necesario actuar. Y es a estas horas, precisamente a partir de hoy y no en un futuro lejano e incierto cuando los trabajadores y sus organizaciones políticas de vanguardia deben, en la lucha diaria y no en el gabinete, empezar a forjar esa estrategia.

Ante el científico social latinoamericano se abren dos caminos que se separan cada vez más uno del otro: el de quienes se empeñan en preservar el capitalismo del subdesarrollo y el de quienes, convencidos de que este sistema no puede resolver los problemas fundamentales de nuestros pueblos, luchan por una transformación radical. Hasta ahora la mayoría de los economistas, sociólogos e historiadores, antropólogos y estudiosos de la ciencia política han tomado el primero de esos caminos, independientemente de que sus posiciones sean a veces abiertamente reaccionarias y, más a menudo, habilidosamente reformistas. Pero comienzan a surgir pequeños núcleos de investigadores heterodoxos cuyas contribuciones gozan ya de prestigio dentro y fuera de Latinoamérica.

¿Cuál debiera ser el papel de estos científicos? Aunque parezca ocioso subrayarlo, acaso la primera tarea a cumplir debiera ser la de empezar a crear una tradición científica propia, una escuela latinoamericana de trabajo intenso, estudio sistemático, rechazo de la improvisación, la pedantería, el diletantismo y la rutina; elevación de los niveles académicos y formación de disciplinas que ayuden a preparar investigadores jóvenes conscientes de que la verdadera ciencia social no es un trampolín ni una escalera para asegurar éxitos fáciles, casi mezquinos, sino una palanca que puede contribuir grandemente a que nuestros pueblos vivan mejor.

Una segunda tarea que reclama la atención de los científicos de izquierda es la crítica a la teoría social burguesa. "Las ideas de la clase dominante son, en todas las épocas —escribían Marx y Engels hace más de un siglo—, las

ideas dominantes." En efecto, las ideas que más circulan en nuestras universidades, en la mayor parte de los centros de estudio, en los partidos reformistas, en vastas porciones del movimiento obrero, y desde luego, en el gobierno, se basan en teorías y dogmas burguesas que los voceros de la clase en el poder tratan de convertir en supuestos ideales del pueblo.

Probablemente tendemos a menospreciar la significación de la crítica a las posiciones teóricas burguesas porque no hemos llegado a adquirir plena conciencia de su arraigo en nuestros círculos académicos. En muchas escuelas de Economía se sigue enseñando acríticamente a Keynes, a Samuelson e incluso a Marshall y los exponentes de la "economía del bienestar", como si se diera a los estudiantes a leer y aprender de memoria un catecismo. El gusto por las fórmulas ha llegado a tales extremos que, a sabiendas de que poco o nada sirven para explicar los problemas básicos del subdesarrollo, no faltan los "expertos" que reducen la teoría del desarrollo a la presentación, casi siempre elemental y apologética, de una sucesión de modelos matemáticos divorciados de la realidad de la dependencia y el atraso. En cambio no se trabaja sobre Rosa Luxemburgo, Bujarin o Dobb, y aún se desconocen las principales aportaciones económicas de Lenin. Y lo mismo ocurre en otras áreas de la ciencia social, en las que se presta más atención a Talcott Parsons, a Rostow, a Merton, Lipset o el profesor Toynbee, e incluso a otros autores extranjeros de tercera y cuarta fila, que a los más serios científicos latinoamericanos.

Entre los sociólogos, en particular, se olvida con frecuencia que "la anatomía de la sociedad burguesa hay que buscarla en la Economía Política" y aún se advierte la contradicción reveladora de que, investigadores interesados en la problemática del cambio social, en vez de estudiar a fondo las relaciones de producción mismas o al menos de descansar en quienes reparan en problemas económicos propiamente estructurales, sustentan sus análisis en los esquemas superficiales, estáticos y fundamentalmente neoclásicos de los economistas más comprometidos con la bur-

guesía, y que generalmente se limitan a importar, ya elaboradas —y a veces hasta invocadas—, las teorías en boga en los círculos académicos metropolitanos.

La ciencia política burguesa se vuelve cada vez más complaciente, y en lugar de preocuparse por los problemas que plantea la toma del poder y el tránsito del capitalismo al socialismo, despoja al estado de su contenido de clase, lo convierte en árbitro “imparcial”, deviene una “ciencia de la conducta” que cae en un neutralismo convencional y escapista e inventa terceros caminos cuya inexistencia se encarga la historia, a cada momento, de comprobar.

La crítica sistemática de las teorías burguesas, el abierto rechazo de quienes hacen de la ciencia social un mero ejercicio gimnástico o una disciplina especulativa y supuestamente “pura”, inaplicable a realidades históricas concretas y que incluso no debe ser contaminada por éstas; la denuncia de quienes intentan convertir la ciencia social en un oficio de dóciles remendones preocupados únicamente por parchar un viejo sistema; el repudio, en fin, de quienes piensan que el papel del científico social no es comprender ciertos fenómenos sino soslayarlos, son responsabilidades fundamentales que no puede evadir ningún intelectual honrado. Pero la crítica sería supone además, la autocrítica: la revisión continua, la modificación y aún el abandono de las tesis e hipótesis propias que no encuentren apoyo en la realidad, así como el estudio metódico de problemas fundamentales que desborda el marco de la teoría convencional y que apenas empiezan a ser considerados por la nueva ciencia social.

La crítica científica no es una actividad puramente académica ni algo que sólo tenga que ver con las ideas: es también una forma de acción política que supone la fusión de la teoría y la práctica, el contacto estrecho con la realidad y con quienes se esfuerzan por transformarla. La ciencia social no puede divorciarse de la lucha social. Por eso tiene razón el profesor Bernal cuando señala que lo que hoy se requiere “. . . es menos técnicas elaboradas y más valor para atacar, antes que evadir, los problemas centrales.”

En resumen, podría decirse que el papel más importante del científico social latinoamericano de vanguardia es estudiar y conocer a fondo la realidad del subdesarrollo, y contribuir a aplicar creadoramente a ella, como palanca de su transformación revolucionaria, los principios del marxismo-leninismo.

Esta tarea, que a alguien podría parecer modesta, es en realidad compleja, ambiciosa y no exenta de riesgos. El curso que están tomando las cosas en Latinoamérica, el auge del militarismo y los recientes golpes fascistas asestados por las fuerzas más reaccionarias de la burguesía local y extranjera en Bolivia, Uruguay y, hace apenas unos días, en Chile, son hechos que dramáticamente revelan que la decisión de contribuir, a través de la ciencia y la lucha, a transformar profundamente la sociedad en que vivimos, en el código del pentágono y los gorilatos latinoamericanos es ya un grave delito que se paga con la libertad y aun con la vida.

No es fácil resumir y menos todavía evaluar, en unas cuantas líneas, la contribución de los científicos mexicanos al estudio específico del subdesarrollo del país. A partir de los años veinte y, sobre todo, de los treinta se han escrito numerosos ensayos económicos, sociales y políticos que ayudan a comprender el fenómeno del subdesarrollo y algunos de sus problemas más importantes. Hasta ahora, sin embargo, las investigaciones más comunes han sido aquellas que no rebasan el plano de la monografía o el nivel de la tesis de licenciatura. Dada la ausencia de una vida genuinamente democrática y la falta de interés en ventilar públicamente los problemas nacionales, la mayor parte de los estudios hechos en el sector gubernamental y con mayor razón, al amparo de la empresa privada nacional y extranjera, ha consistido en trabajos de corto alcance, desprovistos de enfoques propiamente teórico-históricos, a menudo esencialmente coyunturales y aun fruto de exigencias momentáneas, teñidos fuertemente de ideología burguesa y en los que el capitalismo, lejos de ser estudiado como una formación socioeconómica concreta y cambiante, es visto como algo eterno e intocable y convencionalmente

identificado con una economía "moderna" que desplaza, rápidamente, a la "tradicional."

En años más recientes —digamos los dos últimos decenios— se ha multiplicado el interés por los problemas del subdesarrollo, y aunque seguramente muchos aportes son todavía fragmentarios y no han cuajado en explicaciones teóricas definitivas, hay sin duda avances alentadores, especialmente entre los intelectuales de izquierda y, en general, progresistas, que de hecho son casi los únicos que trabajan en forma sistemática en tal vertiente y tratan de abrir nuevas brechas en la investigación socioeconómica. Aun en las corrientes más avanzadas, no obstante, se advierte a menudo la influencia de posiciones burguesas que, encubiertas en ropajes reformistas de diversa índole, pretenden hacerse pasar por posturas materialistas. Incluso hay pequeños grupos que se ubican en un ambiguo "neomarxismo" y aun caen en un extraño "marxologismo", desde la cual afianzan sus carreras profesionales, sirven al *establishment* y sospechosamente, se muestran más críticos de la izquierda militante que de la propia burguesía y el capitalismo.

Aún así, repito, hay progresos innegables en la investigación, que en general descansan en el estudio del marxismo, en el conocimiento cada vez más directo de la realidad nacional y en el aprovechamiento del valioso legado que representa el esfuerzo de muchos mexicanos que a través de ensayos, artículos, discursos y otras formas de expresión y acción política han participado en las mejores luchas del pueblo mexicano.

Sin el ánimo de menospreciar los intentos, por muchos conceptos encomiables y a veces realmente ejemplares y dignos de emulación, que en los últimos años se han puesto en marcha para crear publicaciones y mecanismos de intercambio que permitan a los científicos sociales latinoamericanos comunicarse entre sí y con auditorios cada vez más amplios dentro y fuera del subcontinente, tengo la impresión de que los medios de que se dispone son todavía muy modestos e insuficientes, sobre todo si no se incluyen ciertas publicaciones que, más que tribunas abiertas al diálo-

go y el debate propiamente científico, parecen ser fortalezas casi impenetrables, que exclusivamente se dedican a propagar posiciones burguesas.

O en otras palabras, abundan, o al menos son ya importantes las formas de publicidad al alcance de instituciones gubernamentales y de unos cuantos centros de investigación, a menudo patrocinados por grandes empresas nacionales y, sobre todo, transnacionales. Seguramente muchos de esos centros e instituciones cuentan con revistas especializadas que aparecen con regularidad, y aún tienen fácil acceso a la radio, la televisión y la prensa comercial. Pero la misión de tales organismos no es formular nuevas teorías ni usar la ciencia social como un instrumento de análisis crítico de la sociedad en que vivimos, sino, antes al contrario, defender las viejas posiciones teóricas y contribuir a preservar el *status*. Por esto, precisamente, los medios de que disponen son cada vez mayores y mejores.

En cambio, los grupos, todavía muy pocos y pequeños en los que se trabaja empeñosamente en la búsqueda de nuevas y más rigurosas explicaciones del proceso socioeconómico latinoamericano, viven casi siempre en condiciones precarias, carecen de recursos financieros para sostener y mejorar sus propios órganos de difusión y no tienen fácil acceso a los ajenos, lo que de hecho resulta en publicaciones de escasa circulación, que a menudo aparecen sin la regularidad con que deberían hacerlo, y en mecanismos de intercambio también modestos e ineficaces, que ni siquiera permiten el contacto estrecho entre investigadores de países vecinos, mucho menos con los del otro extremo de la región, o los de otros continentes.

Las universidades y los centros de investigación no son, como algunos parecen creerlo y aún quererlo, compartimentos estancos ni torres de marfil que puedan vivir al margen de las luchas de nuestros pueblos. Son entidades abiertas, a veces incluso desgarradas por esas luchas, y en las que en planos científicos e ideológicos se debaten esencialmente las mismas cuestiones que en la calle, en el gobierno, los sindicatos y los partidos políticos. La Universidad, en nuestros países, tiene la misión fundamental de

formar los cuadros técnicos e intelectuales que la clase en el poder requiere para impulsar el desarrollo capitalista y obtener, de este proceso, los mayores beneficios posibles. En ella predomina, por tal razón, una ideología burguesa que informa los métodos de enseñanza y los sistemas de investigación, las concepciones de la sociedad y de la ciencia, los programas de estudio, el carácter de la mayor parte de sus medios de difusión, las formas de gobierno universitario, los planes de becas y los mecanismos de intercambio académico, y las relaciones con el estado y la empresa privada. Pero aunque esa ideología es la dominante incluso en los campos supuestamente neutros en que no caben los "juicios de valor", a medida que sectores cada vez más amplios del pueblo cobran conciencia de la necesidad y del derecho que tienen a educarse, a medida que millares de jóvenes procedentes de la pequeña burguesía y aún del proletariado se politizan y comprenden mejor lo que realmente puede y no puede ofrecer a nuestros pueblos un capitalismo deforme y dependiente, a medida, en fin, que ciertas universidades se vuelven el reducto de intelectuales progresistas que no encuentran cabida en otras instituciones públicas ni privadas, el frente universitario, en donde las formas de control, coacción y represión habituales suelen no ser tan rígidas o al menos no operan con la misma eficacia que en otros organismos, se convierte en uno de los principales escenarios de la lucha ideológica, y dada la ausencia de mejores instrumentos, aun de lucha política.

Sería un erro desdeñar y aún subestimar lo que en tales condiciones puede hacerse en la Universidad para fortalecer, sobre todo en el terreno ideológico, la lucha revolucionaria. Pero también lo sería —y acaso más grave— no comprender que, incluso en ese terreno, las batallas decisivas habrán de librarse y tendrán que ganarse fuera de la Universidad.

LA CIENCIA SOCIAL Y LA LUCHA REVOLUCIONARIA EN AMÉRICA LATINA*

Fernando Carmona

[...] En la realidad contemporánea de la América Latina, de la América nuestra, hay un hecho muy significativo relacionado con la investigación económica. Puede afirmarse que desde hace más de una década la más importante teoría del subdesarrollo y el desarrollo que se produce quizás en el planeta entero, incluyendo tanto a los países del primero y del segundo como a los del tercer "Mundos", es la que va surgiendo como fruto del esfuerzo de decenas y centenares de economistas latinoamericanos, entre ellos no pocos nacidos en este otro girón de la gran patria latinoamericana con la que soñaran Bolívar y otros de nuestros próceres, que es Venezuela. Pienso en la obra de Salvador de la Plaza, Domingo Maza Zavala, Héctor Malavé Mata, Armando Córdova, Héctor Silva Micheleña, Francisco Mieres y otros que van multiplicando discípulos y cuyos trabajos espero que sean leídos y estudiados por ustedes con avidez, "de pasta a pasta" y no es simples

* Versión ampliada de la intervención en el Panel sobre "Problemas de Formación de Investigadores en Ciencias Sociales" efectuado el 27 de marzo de 1974 en la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela. Publicado bajo el título de "La investigación universitaria debe ser científica", en *Cuadernos de Ciencias Sociales*, No. 2, de dicha universidad, en 1975.

fragmentos o resúmenes como decía Vasconi, porque constituyen una guía segura y de primera importancia para su formación de economistas con una preocupación científica.

No es casual que los economistas que menciono, como sus colegas de México, Chile, Argentina o Colombia hayan construido sus principales aportaciones vinculadas a Universidades públicas como profesores e investigadores. La exhortación de Vasconi hacía momentos antes responde, ella misma, a su prolongada e intensa experiencia de profesor e investigador en varios países latinoamericanos. Se refería a la necesidad de leer a nuestros clásicos.

La universidad, al amparo de su autonomía y en tanto por lo menos no tropiece con algún Pinochet —y todos esos séquito vesánicos del pasado que en su irracionalidad tratan y a veces logran frenar el avance de los pueblos— de un tiempo a esta parte en algunos de nuestros países, casi siempre como fruto de duras luchas y sacrificios, permite condiciones para una investigación de la realidad social desde posiciones independientes y críticas. Sin embargo, sólo, los intelectuales más probos, laboriosos, comprometidos con su pueblo y con su época y al mismo tiempo con madurez académica y experiencia profesional suficientes, convierten su labor académica en un verdadero trabajo científico que exige tenacidad, paciencia, entusiasmo, pasión y un “hondo interés desinteresado” por el estudio de los grandes problemas nacionales, como ha escrito el viejo maestro mexicano Jesús Silva Herzog, para hacer frente a la precaridad de los medios a su disposición. Por supuesto no todos los investigadores universitarios, por capaces que sean, llegarán a ser nuevos clásicos, pero no es necesario esperar a que mueran para beneficiarse de las obras creadoras, inspiradoras en la convicción de que debe conocerse e interpretarse con probidad y objetividad una realidad social injusta cuya transformación es imposterable.

Gastón Parra mencionó que hasta hace unos días fui director de un centro académico mexicano, el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM. En los años que duró ese cargo investigué realmente poco en lo per-

sonal. Si, acaso, traté de investigar y desentrañar los vericuetos de la burocracia universitaria y los factores que complotan contra la actividad científica en el campo social, datos cuya presencia son otros tantos caracteres del atraso que urge vencer y que es de dudarse que en México existan sólo como una desafortunada excepción en el marco de las universidades latinoamericanas, si bien no es éste el problema más grave a enfrentar, puesto que los aspectos de organización se dan en un contexto más amplio, económico y político, del cual forman parte.

Pero puede aprender que mientras la investigación que he llamado técnico-pragmática organizada en centros burocráticos y menos burocráticos, públicos y privados, cuenta, relativamente, con recursos amplios y sobre todo con un número mucho mayor de especialistas y ayudantes bien pagados, la investigación académico-científica que pueda realizarse en algunas de nuestras universidades tiene que afrontar serios problemas por la gran penuria de recursos financieros y humanos para bibliotecas y hemerotecas, elaboración, recabación y procesamiento de informaciones estadísticas, creación y operación de centros de documentación modernos, realización de encuestas y estudios de campo.

A menudo este tipo de investigación tiene vedado el acceso oportuno a fuentes de información "confidenciales" que en cambio siempre se abren, de par en par, no sólo a los investigadores nacionales del *establishment* sino también a los extranjeros con credencial de "asistencia técnica y financiera" y que "hablan el inglés"; y casi siempre deben sufrir la cotidiana y abierta o encubierta hostilidad de quienes defienden el *status quo* desde los sectores público y privado, e incluso en el seno de las propias universidades. Además, paga el precio de la falta de una verdadera tradición científica que se manifiesta en una inadecuada disciplina de trabajo, desperdicio de energías en tareas inconducentes, interrupciones constantes por causas circunstanciales con frecuencia de escasa monta, incompreensión sobre el papel del científico social y ausencia de un ambiente general propicio a estas tareas.

¿Cómo entonces, si en el conjunto de nuestra América a lo más hay unos cuantos cientos de investigadores que trabajan en estas vertientes académico-científicas, han podido producir una obra trascendente? Aludí ya a las condiciones que en algunas universidades de México, Venezuela, Chile hasta el 11 de septiembre de 1973, Uruguay, con crecientes dificultades, hasta el 27 de junio de 1973, y de otros países, permiten o han permitido durante un periodo relativamente larga una investigación objetiva, crítica. También dejé implícito al aludir a las aportaciones de los economistas venezolanos dos cosas, de un lado, que han centrado su esfuerzo en la explicación en planos teóricos globales o sectoriales de los problemas del crecimiento y el cambio estructural desde una perspectiva histórica, esto es, de los problemas del desarrollo socioeconómico. De otro lado, que se trata de profesores e investigadores con suficiente experiencia (dicho a la mexicana: que por desgracia "*no se cuecen al primer hervor*").

En resumen, son principalmente intelectuales que investigan en centros universitarios desde posiciones críticas y con independencia de criterio, apoyados en una amplia práctica docente y en su madurez profesional, en su mayoría alcanzada al trabajar en instituciones gubernamentales, organismos internacionales o incluso en empresas privadas durante largos años previos en que todos los que están en este caso tuvieron un variado contacto con la realidad nacional e internacional, y algunos tuvieron la oportunidad de hacer estudios en el extranjero. En México y otros países pueden observarse características semejantes en los investigadores más maduros.

Debemos tener claro que algunos economistas que trabajan en lo que he llamado el nivel técnico-pragmático suelen publicar libros, y sobre todo artículos técnicos o de teorización con un valor informativo o incluso analítico, que en el caso de ciertos de estos investigadores se desprenden de su conexión con centros académicos de diverso carácter, o bien, quizá con frecuencia mayor, como expresión de una directa motivación profesional o política —o politiquera— personal (la de "*hacerse presentes*"), sin

que en esta variante falte el género testimonial en los casos de obras escritas una vez que sus autores han dejado de ocupar determinados cargos oficiales, generalmente dedicados a los aspectos de la política económica con la cual estuvieron más vinculados. Por lo demás, ha quedado implícito que un corto número de estos investigadores llegan a incorporarse de lleno a la vida académica y científica.

Inversamente, también es cierto que una buena porción de los trabajos escritos como parte del bregar académico de quienes se dedican a la investigación universitaria latinoamericana no llega a significar una verdadera aportación científica, bien porque se apoyan en las mismas concepciones teóricas superficiales de la *Economics*, bien porque aún apoyados en otras concepciones son hasta generales y esquemáticas o bien porque se trata de estudios cuyos propósitos políticos reformistas llevan a deformar el análisis, a soslayar hechos esenciales y a no profundizar en la dinámica del proceso económico. Debemos recordar, además, que abundan las simples monografías descriptivas, los estudios micro o macroeconómicos estáticos o de un alcance limitado y un valor preponderantemente informativo, y los trabajos auxiliares de la docencia o de divulgación de distinta calidad y grado de elaboración. También debemos recordar que algunos de tales investigadores, sobre todo de los más jóvenes, suelen abandonar la Universidad para dedicarse a la mejor cotizada investigación pragmática de instituciones estatales y privadas.

Los hechos anteriores permiten afirmar que los mejores trabajos publicados (que como dijimos son fruto principalmente de la investigación académico-científico que se practica en algunas universidades públicas) son los estudios realizados con los enfoques metodológicos y las categorías científicas de la Economía Política. Con independencia de que, como también quedó implícito, no basta adoptar tales enfoques y categorías para lograr, como por arte de magia, verdaderos aportes científicos, hay un hecho que distingue a los principales trabajos apoyado en la Economía Política: estudian la sociedad en su conjunto y más específicamente los fenómenos económicos globales y sec-

toriales, a partir del conocimiento de que las leyes económicas son más importantes y variadas que las leyes más simples que habitualmente conforman la investigación técnico-pragmática (del corte de las leyes de la oferta y la demanda, los rendimientos no proporcionales, las que se hacen derivar lógicamente de los esquemas de un pretendido equilibrio o las que corresponden a circunstancias sumamente ceñidas del proceso de producción, pero irreal en el contexto dinámico del todo social). Y los investigadores que explotan esta vertiente saben, por supuesto, que las leyes económicas tienen un carácter histórico y que en consecuencia deben estudiarse en contextos concretamente ubicados en el tiempo y el espacio.

Cuando además investigan en el campo de la Economía Política pertrechados con el método creado por Marx y Engels saben que, cualquiera que sea el alcance de su indagación específica, no pueden perder de vista la interrelación dialéctica de la estructura y la superestructura sociales —de las relaciones sociales de producción dentro de modos de producción determinados y el correspondiente andamiaje institucional, político e ideológico—, lo mismo que la interrelación de las partes y el todo que es la sociedad, de lo nacional y lo internacional; de lo pasado, lo presente y lo futuro, etcétera. En la investigación científica es indispensable, en consecuencia, un enfoque totalizador y dinámico en el cual tengan cabida tales interrelaciones, y por ello en este nivel no se consideran ni pueden considerarse como meros datos “extraeconómicos” las fuerzas sociales que son determinantes o condicionantes principales del proceso económico en su conjunto.

Sin desdeñar las categorías más simples relacionadas con los costos, precios, ingresos y demás, los economistas que en nuestra América han logrado hacer verdaderas contribuciones científicas, ponen en el centro de su análisis las categorías que mejor permiten entender la compleja realidad de nuestras sociedades subdesarrolladas, las formaciones sociales y en particular el capitalismo, el imperialismo y el capitalismo del subdesarrollo mismo; la organización social de la propiedad y la estructura de clases; la explota-

ción del trabajo asalariado y las luchas de clases; la población, el empleo, el desempleo y el subempleo; el excedente económico y la plusvalía; el proceso de acumulación, concentración y centralización del capital; el monopolio nacional y transnacional; el mercado interno y su creciente internacionalización; la composición y distribución de la riqueza, el capital y el ingreso nacionales; el crecimiento desigual y los desequilibrios regionales, sectoriales y sociales; el Estado, el capitalismo de Estado y el capitalismo monopolista de Estado; el proceso de corporativización y fascistización de la economía y la sociedad capitalistas, etcétera.

Los investigadores latinoamericanos que cultivan la Economía Política deben asimismo considerar, enfrentarse y desentrañar, teórica y empíricamente, los vericuetos de la dependencia estructural del exterior en sus imbricaciones indisolubles con la estructura nacional de clases y de poder político; en el proceso de monopolización de las economías y los problemas de la selección e incorporación de técnicas de producción; con los movimientos nacionales e internacionales de capital, mercancías, servicios y hombres; con el sistema nacional de producción, distribución, circulación, consumo y ocupación; con el mercado interno y externo; con el sistema de educación y los patrones culturales, etcétera. Y tienen que afanarse por aprehender y desnudar las contradicciones principales y secundarias que emanan del proceso socioeconómico todo, en sus expresiones nacionales e internacionales.

—IV—

Sin duda, quienes en las universidades (y con mayor razón fuera de ellas) utilizan categorías de la Economía Política como las antes mencionadas, deben realizar un trabajo mucho más difícil que los investigadores técnico-pragmáticos. Además de la necesidad de superar las limitaciones existentes en la práctica de la investigación universitaria latinoamericana por la falta de recursos, las de-

ficiencias organizativas, la frecuente sobrecarga docente y los factores de la constante dispersión de su esfuerzo, se enfrenta a una tarea compleja que exige de ellos una sólida base teórica, una comprensión coherente del proceso histórico concreto, una suficiente familiaridad con algunas disciplinas sociales conexas, un manejo eficaz de la información cuantitativa y documental disponible, capacidad de abstracción, análisis y síntesis, e incluso una dosis no pequeña de lo que comúnmente se entiende por cultura general. Es obvio que tienen que estar siempre abiertos a la colaboración interdisciplinaria y tener condiciones para comunicarse con sus interlocutores de otras especialidades.

De otra parte, en una medida mayor que otros científicos, el investigador de la ciencia económica y las demás ciencias sociales está directa e inescapablemente inmerso en las procelosas aguas del conflicto social, el choque de intereses antagónicos, las luchas de clases y la influencia de las ideologías dominantes (incluso, por supuesto, las que expresan colonialismo intelectual), impuestas por una burguesía hegemónica que en nuestros países es al mismo tiempo —lo sabemos demasiado bien— una clase dominada, sí, pero con poder para emplear y despedir, cooptar y proscribir, controlar y reprimir, corromper y destruir, de lo cual dan fe la historia política toda y la realidad contemporánea de nuestra América. En consecuencia, debe estar dispuesto a enfrentar estos embates y aún a sufrir persecuciones por ejercer su razón crítica y, a pesar de todo, descubrir y denunciar la verdad, verdad que en las ciencias sociales está preñada de contenidos de clase y es, como decía Lenin, revolucionaria.

Como en todas las ciencias, en la Economía Política no es posible avanzar sin una permanente actitud crítica, de cuestionamiento incesante de la "verdad establecida" apoyado en el conocimiento cabal de la teoría y de los hechos que se estudian, los cuales en el caso de las ciencias en que la sociedad —el hombre organizado socialmente— es el objeto de estudio, como decíamos la teoría no es ni puede ser única y responde a los intereses de la clase dominante o de sus antagonistas (aunque con matices diversos), y

los hechos son especialmente complejos, contradictorios y cambiantes dado su carácter de hechos históricos y, por lo tanto de hechos irrepetibles y no sujetos a la experimentación de laboratorio o de campo como en otras disciplinas científicas.

Por ello y porque aún más que en otras ciencias, hay un ancho margen para acudir a enfoques parciales, caprichosos o sofisticados —matemáticos o no—, a veces sugestivos pero siempre engañosos, debemos subrayar que realmente no es posible avanzar si el investigador no hace el más serio esfuerzo por encuadrar su análisis a partir de las determinantes de la dinámica histórica real y depurar el uso de categorías, hipótesis y tesis —sin caer en el diletantismo—; y si en él no hay una congruente actitud de *radicalismo científico* —digamos teleológica—, por cuanto a su decisión de conocer las causas y las consecuencias últimas de los fenómenos económicos pertrechado con una teoría capaz de penetrar en esa realidad compleja, causa y consecuencias que en los procesos de la economía y la sociedad siempre están teñidas, en un grado mayor o menor, de implicaciones políticas comprometedoras, según el tema de estudio que se trate y la congruencia ciudadana del investigador.

En otras palabras, la Economía Política y las demás ciencias sociales no sólo reclaman las mismas exigencias científicas elementales de otras disciplinas. Con mayor razón que en las ciencias elementales de otras disciplinas. Con mayor razón en las ciencias que estudian la naturaleza o el hombre biológico, las cuales, como se sabe, de ningún modo escapan a las implicaciones múltiples de la sociedad de clases en su devenir histórico —ni en sus concepciones teóricas ni, menos aún, en sus aplicaciones prácticas—, inevitablemente también reclaman de quien busca la verdad desde planos científicos una posición política consecuente.

Lo anterior es necesariamente así porque la teoría económica burguesa, es decir, la teoría de la clase dominante, preocupada y ocupada fundamentalmente de apuntalar el sistema de explotación capitalista, hace mucho que aban-

donó sus propios cauces clásicos y algunas de las principales categorías de su nacimiento como ciencia, para sustituirlos por la apologética del orden social de la burguesía, el psicologismo y el subjetivismo, las irrealidades funcionalistas del equilibrio estático o dinámico y los principios de una pretendida validez universal y eterna que la han desposeído de su carácter científico original, si bien todavía puede aportar y aporta explicaciones parcializadas de hechos parciales, y técnicas diversas de maximización, optimización y control económicos en favor del capital monopolista de nuestros días. Y adoptar estas concepciones no sólo entraña una posición intelectual sino también una posición política, por más que casi siempre se disfraza de “apoliticismo” y “neutralidad científica” (o “técnica”).

El radicalismo científico indispensable para explicar los desequilibrios, aberraciones aparentes y desigualdades estructurales económicas y sociales —al nivel internacional y nacional— del capitalismo concreto, por necesidad choca con la teoría burguesa y con los capitalistas. Y por esto, la posición política consecuente con la científica verdadera tiene que ser, necesariamente, también una postura de impugnación a fondo del sistema y de lucha por erradicar las causas esenciales de la dependencia, el atraso y la miseria que en nuestra América son los resultados tangibles del capitalismo del subdesarrollo; es decir, sólo puede ser una posición política radical.

Pero no es posible ser un radical científico y llegar —diría Pero Grullo— a la raíz a los hechos socioeconómicos de la realidad propia, armado sólo y pobremente de esquemas historicistas, y menos aún si por añadidura son esquemas correspondientes a otras realidades históricas; superar el dogmatismo de la *Economics* (e incluso de la Economía Política burguesa, que también tiene sus exponentes) con otros dogmatismos; explicar la realidad económica y social en su concreción y especificidad históricas, quedándose en el mundo de la abstracción y la generalidad anti o ahistóricas; abstraer el todo económico y social con validez científica, esto, es con una suficiente correspon-

dencia a la realidad histórica compleja y dinámica sin conocer suficiente y concretamente las partes: aislar a éstas de aquél de un modo caprichoso o vago; aplicar con certeza una teoría, incluso la más justa, sin una genuina verificación de la misma en y por la práctica concreta, etcétera.

Por lo demás, también en la acción política una teoría inadecuada por su esquematismo, generalidad, dogmatismo o vaguedad conduce a una práctica errónea, aberrante, viciosa, que no permitirá mejorar la teoría y, lo que es más grave, no permitirá avanzar en la lucha por transformar la realidad injusta e irracional de la América Latina. Por ello podríamos recordar ahora la advertencia del indio mexicano: "*no puedes andar y quieres correr*": es necesario primero aprender a caminar con seguridad para poder después correr.

Puede entenderse sin dificultad entonces que la maduración del investigador exige más tiempo en las ciencias sociales que en las ciencias de otra índole. De ahí que las más importantes investigaciones de Economía Política por cuanto a su seriedad, congruencia lógica y aportaciones científicas sean realizadas por investigadores, como ya lo señalé, que "no se cuecen al primer hervor". Éstos tienen una obligación ineludible: allanar el camino de los más jóvenes, facilitar su formación sobre bases teóricas, académicas y metodológicamente mejores, más rigurosas, tanto indirectamente con sus libros y ensayos, como directamente en el aula y sobre todo en la práctica misma de la indagación científica, con formas de participación concretas, viables, y formas organizativas adecuadas que permitan el ascenso seguro por la empinada cuesta de la investigación económica a partir de los primeros peldaños, siempre de abajo hacia arriba y de menos a más, con simpatía y comprensión pero sin complacencias ni simulaciones inadmisibles. Ésta es una tarea de enorme trascendencia para los planteles docentes y los centros universitarios dedicados a la investigación económica en nuestra América.

Por su parte, los jóvenes que de acuerdo con los valores que inculca la sociedad clasista competitiva, en las aulas

o incluso en los centros académicos de investigación andan en pos del éxito fácil o de su seguridad personal, deben saber que, no importa cuán brillantes puedan ser, no encontrarán su sitio en la investigación científica en el campo de la Economía Política sino acaso en la técnica o simplemente pragmática (si es que no directamente fuera de la investigación: en los negocios, la politiquería, la especulación, el peculado).

Los jóvenes con honradez, pasión social y aptitud científica, y dispuestos a andar el fascinante camino del encuentro con la verdad social, a ser consecuentes con sus hallazgos, a comprometerse con los explotados y no con los explotadores —y a correr los riesgos que indudablemente hay en este camino—, no deben desesperarse por las dificultades de la empresa sino prepararse a fondo: estudiar intensa y sistemáticamente y aprender de quienes tienen una mayor experiencia; incorporarse a la realidad viva; ejercitar la crítica y sobre todo la autocritica en un marco de pobre tradición científica y atraso político como el de México y otros países, la capacidad autocritica es aún más importante), adquirir mediante la práctica un dominio creciente en el manejo de los instrumentos auxiliares, la información empírica y la aplicación de las categorías científicas de la Economía Política; trabajar con seriedad y verdadera disciplina, individualmente y en equipo. Y escribir y escribir; tomar notas y apuntes; redactar comentarios y artículos; preparar monografías, ensayos y folletos; elaborar libros (el proceso de escribir, decía Baran, es un proceso de aprendizaje), sabiendo que publicar sus trabajos entraña una seria responsabilidad.

Unos y otros, los investigadores más maduros y los más jóvenes, con verdadera visión autocritica tienen que ser conscientes de las limitaciones de su trabajo para poder superarlas. Según la experiencia de México y otros países, en algunas de las obras que surgen del esfuerzo científico en Economía Política y otras ciencias sociales, aun de aquellas que ejemplifican la llamada *ciencia nueva*, puede apreciarse un insuficiente tratamiento de la realidad nacional, quizás sobre todo de la historia, mecanismos e instituciones

del proceso económico; y en otras, como una expresión extrema de esta misma falla, incluso un examen demasiado libresco o dosis excesivas de esquematismo, generalización y lucubración de gabinete. En muchos hay incomprensión de los cambios operados en el funcionamiento del imperialismo contemporáneo y en las relaciones de producción internas, la estructura y las luchas de clases, y las bases económicas y políticas en que reposa la acción del Estado burgués. Y por desgracia no faltan elementos de intelectualismo y pedantería; si a menudo puede tratarse de expresiones reversibles de inmadurez y de taras pequeñoburguesas —o aún de ardor juvenil—, siempre exhiben aislamientos, ignorancia o desdén por las luchas del pueblo.

Lo anterior no significa que no haya importantes y alentadores avances en la investigación latinoamericana, como ya dijimos, particularmente en relación con la teoría del subdesarrollo y el desarrollo. Pero cuando se tienen presentes las limitaciones de nuestro trabajo es más fácil advertir la modestia de lo logrado hasta hoy en la investigación económica científica de Latinoamérica. Modestia por cuanto a los numerosos e importantes hechos de la realidad histórica de nuestros países que todavía esperan una explicación científica. Modestia, sobre todo, por cuanto a la inmensidad de la tarea pendiente para contribuir como científicos y participar como ciudadanos, con verdadera entrega, al gigantesco esfuerzo necesario para la definitiva superación del subdesarrollo.

El ímpetu que deberá cobrar esa lucha es tanto mayor que su objetivo final no puede ser otro sino el de la instauración del socialismo, el derrocamiento, de una vez y para siempre, de las poderosas burguesías nacionales dominadas y de las imperialistas dominantes que impiden la emancipación definitiva y liberar las fuerzas creadoras de los pueblos y naciones de nuestra América. Ésta es una tarea en la cual quienes investigan el proceso socioeconómico desde planos verdaderamente científicos podrán hacer un valioso aporte, si a partir de los progresos alcanzados profundizan en el estudio de la realidad propia con auténtico espíritu creador y voluntad de superar sus limi-

taciones. No cabe duda de que hay un sitio en este empeño para centenares de jóvenes economistas.

La investigación científica en Economía y otras ciencias sociales no es ni puede ser una simple tarea de gabinete y menos aún de torres de marfil. No basta comprender que la teoría necesita de la práctica para germinar, y que desde luego reclama la práctica de la investigación misma. Por lo que se refiere a ésta, en las escuelas y centros de investigación universitarios es preciso encontrar formas más adecuadas de organización, entre otras cosas, echando mano a los instrumentos del Siglo Veinte, así sea en el último cuarto de esta centuria revolucionaria, para trascender no tanto al trabajo individual que siempre será imprescindible, cuanto los métodos más individualistas y artesanales (sin olvidar que en la labor de investigación en las ciencias sociales, de todos modos es inevitable una dosis de artesanía) y lograr mejores resultados conforme el principio económico más elemental, esto es, con un menor esfuerzo, para facilitar la más eficiente formación de nuevos investigadores científicos mediante una mejor división de responsabilidades individuales y una mayor disciplina en el trabajo en equipo, la discusión colegiada, la indagación sistemática en seminarios; para acercar el quehacer científico a la realidad concreta por múltiples vías y en contacto vivo con el pueblo trabajador.

La teoría social también requiere la práctica social, ciudadana y política, sin la cual el esfuerzo de investigación científica no llega a trascender los estrechos círculos de la academia, la oficina burocrática o el gabinete individual, ni a levantar sus miras. Pero lo diré abruptamente, al estilo de los rancheros norteños de México: *"Pa' qué tantos brincos si el suelo está tan parejo"*: en última instancia —o en primera, segunda instancia— si por acción o por omisión la práctica política del investigador sirve objetivamente a la burguesía, con independencia de que aporte o no elementos útiles para la comprensión científica del proceso económico e incluso para la lucha revolucionaria, realmente la teoría también será, o tenderá a ser, total o parcialmente, burguesa; no sólo la investigación que se

lleva al cabo bajo el palio de la *Economics* o de la Economía Política burguesa —tipo Galbraith, Myrdal o Prebisch—, sino incluso la envuelva en ropajes “progresistas”, “socialistas” y aún “marxistas”, sin que desde este ángulo importe tanto que dicho esfuerzo sea del tipo “académico-científico” (aunque, por supuesto, entre los investigadores que para distinguir una extensa gama de motivaciones, madurez y capacidades técnicas, así como matices políticos que no es posible ignorar por cuanto a su posición frente al imperialismo y los más importantes problemas nacionales).

Frente a las variantes clásicas, neoclásicas, keynesianas, o de “Economía Política” de la teoría burguesa, de hecho sólo hay una alternativa: la Economía Política marxista-leninista que postula y exige del investigador la fusión de la teoría y la práctica, y que por lo tanto sólo puede asumirse congruentemente cuando ésta —que sustenta y permite verificar a aquélla—, tanto en la brega científica como en la política es consecuentemente antiburguesa, proletaria, socialista.

Por supuesto, la práctica individual puede admitir múltiples formas y niveles, bien en la investigación, bien en la lucha social, en un proceso que sólo se agota con la vida, como parte infinitesimal que es del proceso histórico. La praxis de la investigación puede ser la más modesta o la más trascendente, pero lo que le conferirá congruencia teórica será la precisión y creatividad en el manejo de las categorías correspondientes; la seriedad y el rigor del análisis dialéctico; la actitud científica radical teleológica, que ya mencioné; la decisión personal para no vacilar y no detenerse en la consideración objetiva de los hechos más comprometedores por sus implicaciones políticas. Y también su pertinencia para fortalecer la conciencia socialista de los trabajadores, así como su vinculación con las luchas de los obreros y los proletarios subempleados y desocupados de la ciudad y del campo que sufren las peores consecuencias de la explotación capitalistas, cuya relación a su vez permitirá ajustar las lentes de la investigación teórica.

La disyuntiva es inescapable para todo investigador latinoamericano en Economía y otras ciencias sociales, una teoría burguesa y una práctica en favor del capitalismo del subdesarrollo, o la teoría y la práctica antagónicas. El eclecticismo y las "terceras vías" son tan ilusorios como la pretensión de hacer ciencia económica a partir de las teorías creadas por y para los explotadores, que ignoran, soslayan o niegan las realidades de la explotación, el crecimiento inexorablemente desigual y anárquico, y la irracionalidad toda de un régimen socioeconómico sujeto al imperio del capital, en el que además, la explotación, la desigualdad, la anarquía y la irracionalidad se ven multiplicadas por la dominación exterior. La alternativa es independiente de las formas profesionales existentes para ganarse la vida. Lo que se modifica con éstas es la posibilidad de una mayor dedicación a la tarea propiamente científica, no las bases metodológicas esenciales de interpretación de la realidad, ni el propósito y el sentido de un esfuerzo personal que no tiene por qué circunscribirse sólo al simple y estricto cumplimiento de las cláusulas de un contrato de servicios profesionales —dentro y fuera de las universidades—, sin ninguna participación ciudadana.

No cabe duda: la Universidad, la actividad académica en México y otros países brinda todavía una posibilidad mayor para esa dedicación científica que la actividad meramente profesional, técnico-pragmática, por más que desde ésta —y más allá de la jornada normal al trabajo contratada, como parte de un esfuerzo adicional pleno de estimulantes compensaciones— pueden hacerse contribuciones valiosas al conocimiento de la realidad y a la lucha por su transformación radical. Con más razón, pues, que otros economistas, los investigadores universitarios tienen una mayor responsabilidad —la que les otorga su mejor oportunidad— de superar sus limitaciones y avanzar con firmeza y decisión en el estudio objetivo, tesonero, sistemático de la realidad propia, desde las perspectivas metodológicas y teóricas de la Economía científica, de la Economía Política, seguros de que si además son capaces en un solo y unívoco esfuerzo la teoría y la práctica científica

y social, con genuina honradez, seriedad y entrega, podrán hacer aportes estimables a la lucha secular de nuestros pueblos por su libertad y disfrutar el privilegio de la creación intelectual.

En este empeño no hay fórmulas hechas. Los mejores investigadores latinoamericanos han desbrozado algunos caminos, pero muchos continúan inéditos y sólo podrán abrirse con nuevos e intensos esfuerzos. La tarea no es de pocos ni puede llevarse a término sólo por inercia, aislados de otros, de un país al siguiente y con frecuencia de una especialidad a la próxima en cada nación e incluso en cada universidad. La tarea de explicar científicamente la compleja realidad latinoamericana tiene que ser interdisciplinaria. Por esto, la conclusión no podría ser más sencilla: la investigación universitaria en Economía y ciencias sociales en nuestra América tiene que ser verdaderamente científica, si ha de estar a la altura de su compromiso en la presente coyuntura histórica.

EL INTELLECTUAL Y LA CONCIENCIA POLÍTICA*

José Consuegra

En estos momentos de tanta significación en el proceso de la historia de nuestros pueblos, le corresponde al intelectual manifestarse en su verdadero papel. Naturalmente que es bueno recordar que en este caso el concepto de intelectual se toma en su auténtica acepción de compromiso crítico y creador. No queremos referirnos a los doctos y eruditos que pretenden ser imparciales; a los artistas y escritores cobijados en la sospechosa idealidad del arte por el arte; ni mucho menos, a los profesionales y técnicos que utilizan sus conocimientos exclusivamente para el usufructo provechoso individual o para perpetuar el predominio del *status* que resguarda sus intereses.

En realidad, aunque la denominación intelectual es muy amplia, sin embargo debe suponerse como tal —más allá del hombre culturizado o del rebelde sin causa— al investigador y estudioso de la realidad, al científico analizador de las leyes naturales y sociales, al inconforme social que denuncia y además facilita situaciones diferentes, creando conciencia en las masas y en la clase social que aparece como agente de los cambios.

En este sentido la posición del intelectual es prioritaria

* Apareció publicado en "Lecturas Dominicales" de *El Tiempo*, de Bogotá, noviembre de 1973. Recopilada en: José Consuegra, *Siempre en la trinchera*. Bogotá, Colombia. Ediciones Tercer Mundo, 1977, pp. 11-15.

y su misión de máxima responsabilidad. Y no es ésta una apreciación gratuita para buscar honores elitistas, sino más bien para acrecentar compromisos y clarificar responsabilidades.

Precisamente algunas veces ciertos grupos activistas de estudiantes intentan esquivar sus obligaciones desvirtuando una de las muchas oportunidades y deberes que corresponden a la Universidad, al negarle toda trascendencia en la tarea revolucionaria, por considerarla una institución al servicio del sistema.

Y se olvidan ellos que la Universidad, como vivo laboratorio de análisis y de diálogo, divulgadora de conocimientos y facilitadora de formación cultural crítica, está brindando atractivas ocasiones a los estudiantes que toman el camino del compromiso. Tarde o temprano, pese a sus limitaciones y periódicas represiones, la Universidad en su conjunto, en el transcurso de la historia contribuye al avance de la humanidad en sus periodos críticos.

Las revoluciones no son el fruto de la espontaneidad. Es cierto que el proceso dialéctico va creando las condiciones adecuadas. Pero en los instantes claves sólo la conciencia del cambio facilita y asegura el cambio. Y esta aptitud conciencial no puede estar restringida a unos pocos sino que debe abarcar el mayor número de los afectados por las condiciones prevalecientes.

Ya se ha dicho, con mucha razón, que las revoluciones no las hacen los que más la necesitan, sino los que tienen conciencia de ella. Los desclasados, mendigos o sirvientes, siguen dando gracias a Dios por la bondad caritativa del señor que les da la limosna.

Y aquel universitario que en realidad quisiese responder a su delegación histórica, encontraría en el camino de la divulgación del ideario consciente, su papel de intelectual y su principal encargo de revolucionario.

La conciencia política en el hombre permanece adscrita a su conducta. Ella es más importante que la conciencia de clase. Porque ésta naturalmente se pierde al pasarse de un estrato social a otro. La conciencia política se adquiere con el conocimiento de las leyes del desarrollo social

y supone el convencimiento intelectual de los preceptos dialécticos que esclarecen, en el campo económico-sociológico, la mutabilidad de los sistemas, y fundamentan las luchas de los hombres en la búsqueda del predominio, a través de las clases sociales a las cuales pertenecen.

La conciencia política constituye un peldaño superior en la escala de valores que condicionan la conducta humana. Al sentido de clases —etapa primaria de promisoría captación que refleja situaciones anímicas sobre los estamentos morales de lo establecido— sigue la definida conciencia de clases de los que aparecen como sujetos de una situación particular en el desenvolvimiento de las relaciones sociales de producción. Pero la conciencia política, con su respaldo científico del conocimiento de la realidad social y de su proceso, define el compromiso en la lucha, para el logro de situaciones deducidas e inevitablemente venideras.

De ahí la importancia de la tarea del intelectual en su gestión concientizadora: al realizar la doble labor de divulgación de los enunciados universales de la filosofía dialéctica, y estudiar, a su vez, los problemas concretos que afectan a cada realidad, para poder deducir la teoría de la estrategia de la acción.

¿Y, por qué, me preguntarán ustedes, vengo yo aquí esta noche, en la Sesión Solemne del prestigioso Colegio Fernández Baena, a dilucidar sobre estos temas?

Simplemente, porque me interesa, como educador y patriota, el destino de la juventud promisoría.

Cuentan ustedes ya con un mínimo de conocimientos y de oportunidades para escoger caminos. O podréis ser mañana los satisfechos, los egoístas despreocupados, los algebristas de lo establecido o, por el contrario, al lado del ejercicio de sus quehaceres laborales y profesionales, habrán de cumplir el destino del intelectual.

Y, en verdad, puedo asegurarles, les espera un amplio terreno para actuar porque sea cual sea la profesión que ejerzan, el oficio que hagan o el cargo que desempeñen, la miseria de las masas explotadas, la tragedia de los niños que agonizan por inanición, la expoliación extranjera de

la riqueza nacional, la dependencia cultural, el alto porcentaje de los analfabetos, etc., los circundará por todas partes, porque todo esto constituye el patrimonio de los problemas presentes propios del sistema capitalista.

Son todos estos, hechos objetivos que ustedes bien conocen, porque nos rodean, los vemos y los sentimos. Pero es necesario tomar conciencia de la razón de sus causas. No basta con saber que el nuestro es un país subdesarrollado, y como tal, aparece en una situación de dependencia tributaria, explotada por intereses extranjeros; o que se mantiene con estructuras en las formas de tenencias de la propiedad que impiden que factores de la producción, como la tierra y el capital, estén plenamente al servicio del hombre en sus funciones productivas. Además de todo esto, están ustedes en las condiciones adecuadas para enterarse que lo anterior responde a una etapa histórica que ya en otras partes, ha cedido el turno a formas superiores de organización social. Tal vez entonces, cuando lo indaguen y comprendan, ustedes, esperanzas del mañana, adquirirán la conciencia política que les colocará en el compromiso de trabajar en favor del advenimiento de esa Colombia justa, generosa, independiente e igualitaria, que todos anhelamos.

Barranquilla, 27 de noviembre de 1973.

CIENCIA SOCIAL, DEPENDENCIA Y SUBDESARROLLO*

F. Maza Zavala

Es renovada tradición universitaria la de dictar la lección magistral en la iniciación de los cursos académicos. Probablemente debe ser la única vez que se dicte una lección magistral. Es ésta la oportunidad extraordinaria de tener un auditorio compuesto por cursantes de diferentes periodos curriculares, ubicados en sucesivos peldaños de la formación profesional, en estados distintos de la disciplina escolar universitaria; pero, al mismo tiempo, es un auditorio identificado en la preocupación por la marcha de la Universidad, por la responsabilidad que entraña el ser universitario, que es más que adquirir una licenciatura para el ejercicio profesional, más que la vana ostentación de un título de educación superior; que es el estado de conciencia ante la tragedia social, la lucidez para la interpretación de la profunda trama de la cual emergen los fenómenos que agobian la vida del pueblo, que forman la pequeña y la grande historia, la del sumiso y la del rebelde, la del resignado y la del luchador, la del encadenado y la del liberado, la del subyugado y la del creador de su propio camino.

* De: 'El reino de la utopía'. En: Zavala F. Maza, *Los mecanismos de la dependencia*. Caracas, Venezuela, 1973. Fondo Editorial Salvador de la Plaza (Colección Rocinante), pp. 7-21.

Es, repito, la única vez que deba dictarse una lección magistral, si entendemos por tal la concurrencia del plenario estudiantil para escuchar al profesor hilvanar un discurso de cátedra, un ensayo de reproducción del conocimiento científico o de cualquier otro elemento transmisible de la cultura humana, frente a la curiosidad, o la ingenuidad, o la sorpresa, o la indiferencia o acaso el fastidio de los oyentes, para quienes el profesor es apenas un nombre en la cartelera de clases, o quizás sobre la cubierta de un libro de texto, o una sombra rápida en los pasillos que conducen a las aulas; o menos que eso, un hombre indescifrable e inexpugnable, que guarda celosamente su imagen adocenada, que sobrelleva dignamente la carga secular del magisterio con su orden establecido, sus liturgias, sus archivos mentales, su colección de silogismos, sin recordar que los grandes maestros vivían entre sus discípulos, que enseñaban caminando junto con sus discípulos y que escuchaban a sus discípulos ansiosos de saber, de conocer, de aprehender la savia vital de la juventud bajo los árboles, sobre la tierra, en las fuentes del diario acontecer donde la realidad toma las dimensiones de la fantasía y el hombre comienza a levantarse hasta el reino de la utopía. Pero si entendemos por lección magistral la que surja de la interrelación dinámica de profesor y alumno, para examinar con rigor metodológico pero sin fronteras dogmáticas los problemas que son la razón de la ciencia, no por mero ejercicio intelectual sino con la motivación imperativa de encontrar salidas al acoso del hombre, a la dominación del hombre, a la esclavitud del hombre, a la ignorancia del hombre, al miedo del hombre, habrá que propiciar muchas lecciones de éstas, muchas oportunidades para el aprendizaje de la vida, muchos encuentros con la verdad, que tiene cara de necesidad, de protesta, de inconformidad, de violencia, porque el proceso dialéctico que rige la historia humana es de destrucción y construcción, de liquidación y creación, de desintegración e integración. Y la búsqueda de la verdad, misión esencial de la Universidad, es un proceso antagónico en ese sentido: una lucha entre lo establecido y lo revolucionario,

entre lo consagrado y lo profano, entre lo ortodoxo y lo heterodoxo, entre lo convencional y lo irreverente, entre el pasado y el futuro que coexisten indisolublemente en cada presente.

La verdad, objetivo del quehacer universitario, en los rangos interdependientes de la docencia y la investigación, tiene que pasar por el estado de utopía para hacerse necesariamente realidad concreta. Utopía es la aventura del pensamiento en todas las épocas; utopía es la audacia de la imaginación que conduce a veces a descubrir la estructura atómica de la materia y la energía, y a veces, a subvertir el orden social para que el hombre disfrute de una tregua en su carga de penuria y pueda romper con su grito la muralla de silencio que el viejo orden levantó para oprimirlo; utopía es el proyecto de futuro que se va formando en las entrañas de la insatisfacción acumulada, que emerge en las crisis, que sobrevive en las agonías de cada coyuntura histórica y termina por imponerse a lo que se creía perdurable e intocable. La ciencia nace de la utopía y muere con la resignación, nace de la lucha y muere con la inanición, nace con la crítica y muere con el dogma. La Universidad, forja de la ciencia y de la conciencia, es el campo de siembra y germinación de las utopías, que es antítesis de la realidad en cuanto pretende destruirla y superarla, pero que se nutre de la realidad en cuanto ésta tiene de positivo y de negativo, de dinámico y de estático, de propicio para la transformación o de resistente al cambio. Aunque parezca agudamente paradójico, no hay modo de interpretar la realidad sino a través de la formación de utopías; no hay posibilidad de avanzar en el conocimiento sin el apoyo de una creación utópica. La ciencia no puede ser una reproducción de la realidad—sea ésta física o social— sino la imaginación de la realidad, la creación de la realidad, en cuya esencia hay algo del deber ser, del modelar, del querer que sea como modelo, o como abstracción, o como característica, o como probabilidad, que es algo colindante con el reino de la utopía. Reproducir simplemente la realidad, además de tarea imposible, es científicamente estéril. En lugar de reproducir

hay que interpretar y transformar, hay que recrear, hay que hacer el mundo cada día, y de esto se trata en la Universidad.

Es por ello que la norma de conducta universitaria que consiste en estudiar y luchar debe interpretarse como significativa de una actitud única, sin posibilidad de ruptura. El estudio es lucha y la lucha es estudio. Se lucha por la verdad, para la verdad, con la verdad, y el estudio es el camino a la verdad. Estudiar y luchar son expresiones del quehacer universitario en los planos superiores de la formación de conciencia y de ciencia. La lucha es actividad creadora, no gritería inútil, ni desplante estéril. La Universidad es un campo de lucha, donde continuamente se libra combate por la verdad, entre cuyas dimensiones más cabales están la libertad y la justicia. La posesión de la verdad hace al hombre sentirse libre, o le da la fuerza moral para serlo. La posesión de la verdad lo hace justo y le da fuerza para luchar por la justicia. No se alcanza aceptando pasivamente las lecciones, los conceptos establecidos, los principios aparentemente incommovibles, las leyes implantadas como universales y permanentes. Se alcanza por el ejercicio de la crítica, por la duda razonada y razonable, por el cuestionamiento creador, por la discusión, por el análisis, por la confrontación de las posiciones y la observación de la realidad. La negación por sí sola no conduce a la verdad; es necesario negar la negación para llegar a una nueva afirmación, que a su vez será negada en el proceso del conocer y reconocer y desconocer que nos lleva, nos debe llevar, a la verdad.

Éstas son palabras para universitarios, pero específicamente para economistas en formación. Nuestra ciencia, nuestro modo de conocer una realidad que es única e indivisible en los hechos, es esencialmente crítica, inevitablemente crítica, venturosamente crítica. Por ello es ciencia comprometida y comprometedora, combatida y combativa, sumergida en la raíz de los conflictos sociales y por tanto conflictiva ella misma. Es acaso la ciencia económica la representación más exacta de la conciencia social, siendo ésta, como debe ser, imaginación de la realidad. Y como

la conciencia cambia, se transforma, se recrea, en función de la propia realidad, en razón de los imperativos de la realidad, la ciencia económica es naturalmente histórica, opera con variables, es ella misma una variable, en cuanto sus leyes más significativas tienen validez relativa a restricciones estructurales. El economista trabaja, pues, con realidades históricas, con procesos, algunas veces con mutaciones y saltos que parecen revelar soluciones de continuidad, con desfases y contingencias aleatorias, con elementos heterogéneos y desniveles abruptos, que pueden hacer vacilar su formación científica y sembrarle dudas sobre la validez o la utilidad de su ciencia.

Por ello es que la Ciencia Económica es un aprendizaje permanente. Si los conocimientos científicos en general, según se dice, se duplican cada diez años, mayor es la dinámica de la Economía como ciencia y como proceso, no sólo en el sentido de la acumulación de conocimientos, sino principalmente en el de la velocidad de cambio de los conocimientos. Al egresar de la Universidad con una licenciatura, el economista debe poseer un entrenamiento metodológico para el diagnóstico, el pronóstico y el tratamiento de problemas de la producción, la circulación, la distribución y la asignación de riquezas, al nivel de las unidades elementales del complejo económico —como la empresa y el consumidor— y a nivel de los agregados sectoriales, regionales, nacionales, sociales e internacionales; y debe, por la misma razón, manejar con relativo dominio las técnicas procedimentales e instrumentales, cuantitativas y cualitativas, aportadas mediante la lucha por el conocimiento de un objeto tan impregnado de los intereses de los hombres como las condiciones y bases materiales de la sociedad. Pero el economista no egresa de la Universidad con una ciencia aprendida, sino con un modo y un medio de conocer, con una aptitud para interpretar y orientarse y un bagaje operativo que le permite emprender con alguna confianza el camino de la experiencia. En este camino no encontrará respuestas consagradas, ni automáticas, a las cuestiones que se le planteen particularmente en un país como el nuestro, el venezolano, que es un

caso singular de subdesarrollo, una realidad concreta y específica, un problema de múltiples incógnitas que se va complicando con el transcurso del tiempo. Más confundido se encontrará nuestro economista si ha sido formado en los conocimientos recibidos de otras latitudes, de otras experiencias, de otros mundos constituyentes del sistema planetario de la economía internacional, y ha estimado sencillamente que esos conocimientos pueden aplicarse a todas las realidades como las leyes del universo físico, y aun habría que tener en cuenta que éstas sufren alteraciones más o menos acentuadas en diferentes dimensiones. No se puede dejar de pertenecer a un esquema económico internacional; la economía se internacionaliza cada vez más y en algunos casos tiende a transnacionalizarse, es decir, a prescindir de las fronteras nacionales, a saltarlas, para mundializar el poder, para multiplicar las posibilidades de acumulación y de movilización y con ellas las posibilidades de poder. Pero cada país puede reorganizarse con respecto a ese esquema, puede cambiar su estructura, su modo de funcionamiento, sus relaciones con el sistema económico mundial, y esto es una revolución, una mutación del simple proceso de crecimiento, un salto al camino del desarrollo.

Debemos prevenimos, sin embargo, contra la mutación servil del desarrollo de los centros dominantes. No seremos menos subdesarrollados porque podamos disponer de mayor cantidad de automóviles, de televisores, de aparatos de sonido, de trajes a la medida y de whisky u otros medios de consumo superfluo. Debemos crear y aplicar nuestro propio esquema de consumo conforme a un orden de relaciones sociales, para que todos podamos satisfacer las necesidades básicas de la vida en forma estable y suficiente y avanzar con seguridad a niveles superiores de bienestar colectivo. Ello equivale a señalar la necesidad de implantar nuestro propio esquema de producción, con independencia de los patrones vigentes en los países industrializados, pero sin ignorar ni desaprovechar los factores y medios positivos de esa industrialización. No es la autar-

quía lo que se preconiza, sino la autonomía compatible con una política de relaciones internacionales sobre la base de igualdad, reciprocidad, cooperación, intercambio compensado y emulación pacífica. No es el aislamiento del cartujo, ni su drástico modelo de abstinencia lo que se pretende, sino el ejercicio real de la soberanía en un sistema de interdependencia y la racionalidad de la producción y el consumo con la supresión del desperdicio y la superfluidad constituida en privilegio de minorías.

La acción desorganizada y extractiva del hombre bajo el imperio del lucro está colocando a la población del mundo, particularmente en las áreas inmediatas de ejercicio del capitalismo, frente al fantasma aterrador de la destrucción de las fuentes vitales y por tanto frente a una crisis de sobrevivencia. La contaminación ambiental creciente, la de mares, lagos y ríos, la liquidación de las reservas forestales, el establecimiento anárquico e irracional de fábricas y explotaciones, la congestión de las ciudades, las múltiples formas de alienación en masa, por no citar más que los fenómenos críticos y alarmantes, están mostrando dramáticamente los frutos negativos de una falsa civilización sustentada en una tecnología de la explotación, de la aniquilación, del desperdicio, de la antinaturalidad. No podemos ni debemos formarnos una imagen ideal, deseable, utópica, del desarrollo fundado en esa acción destructiva, autoliquidadora. El desarrollo es la liberación del hombre, no su alienación, no su servidumbre con respecto a los bienes, no su unción al carro de la técnica. El desarrollo es la posibilidad concreta de todos los hombres de alcanzar su plenitud, tanto en el dominio de los medios materiales como en los intangibles de la cultura superior. En la lucha contra el antidesarrollo hay que crear nuevos valores de la vida social e individual, más allá de la obsesión del "alto consumo en masa". En el futuro habrá que automatizar la producción, pero no permitamos entre nosotros la automatización del hombre.

El economista no puede, no debe estar solo en el estudio de la dinámica social. Otras disciplinas concurren al diagnóstico de la sociedad: la sociología, la antropología,

la estadística, la psicología, la politología, la administración, entre varias. La gran fuente de la historia ofrece ricas vertientes de interpretación al permitir el descubrimiento de las grandes leyes del desenvolvimiento de la humanidad bajo el imperativo de la creación de riqueza. Las posibilidades de la investigación interdisciplinaria, especialmente en el campo de las ciencias sociales, son verdaderamente considerables y entre nosotros apenas acometidas. El fenómeno social es en realidad indivisible, integral, y obliga a un estudio igualmente integral. Para ello hay que romper las barreras falsamente institucionales que separan entre sí a las disciplinas sociales, sin que deba cada una renunciar a su propia diferenciación. El mantenernos en compartimientos estancos dentro de nuestra propia Facultad y dentro de la Universidad es una de las situaciones que favorecen el antidesarrollo. La feudalización de las ciencias sociales impide su progreso. Debemos proponernos demoler esas barreras, integrarnos en la Facultad y en la Universidad, realizar la unidad dinámica de la ciencia, sin suprimir la especialización. Hay que establecer en este sentido zonas de comunidad científica, en base de un lenguaje de entendimiento, de un fondo conceptual básico, de un entrenamiento en el trabajo en equipos interdisciplinarios, en el manejo de un instrumental común, en la búsqueda común de la verdad sobre fenómenos determinados de la realidad y sobre la entera realidad. Por este camino de la integración universitaria estaremos más próximos a llegar a metas de independencia en la adquisición y elaboración de conocimientos, que en el afán aislado, individualista, monodisciplinario que nos ha caracterizado hasta ahora.

Desde luego, la Universidad está sometida a toda clase de limitaciones y adversidades. Mientras en el país se despilfarran los recursos la Universidad sufre penuria de ellos y la crisis de financiamiento es permanente y progresiva, con amenaza de parálisis. Mientras se derrochan los dineros públicos en autopistas de consumo para recreo de automovilistas, la Facultad de Economía carece de edificio para sus actividades y tiene que dispersarse pre-

ariamente en toda la Ciudad Universitaria e improvisar galpones. La población estudiantil llama a las puertas de la Universidad en oleadas crecientes y no deben ser cerradas estas puertas, porque tanto como el derecho al trabajo se impone el derecho al estudio. Trabajo y estudio deben ser factores fundamentales de una nueva Venezuela liberada. Luchemos dentro de la Universidad y fuera de la Universidad por transformarla, por hacerla capaz para el gran salto a un mundo joven, fresco, vital, justo, equilibrado. Luchemos por resolver los problemas de la Universidad, no nos limitemos a la protesta vacía, al gesto airado, a la rebeldía sin organización. Los estudiantes, la gran fuerza de la comunidad universitaria, la fuerza de la juventud, deben organizarse para esta lucha universitaria. Las virtudes de la organización han demostrado su poder a través de los grandes combates que han dejado como saldo los jalones fundamentales del acontecer humano. Hagamos de la Universidad una fuerza fundamental para vencer al antidesarrollo, para alcanzar la independencia, para liberar a nuestro pueblo, para hacer de este país un bastión de la libertad, un centro de la paz y de la dignidad del hombre.

Caracas, Ciudad Universitaria, 6-11-72.

EL ARTISTA Y LA ÉPOCA*

José Carlos Mariátegui

I

El artista contemporáneo se queja, frecuentemente, de que esta sociedad o esta civilización, no le hace justicia. Su queja no es arbitraria. La conquista del bienestar y de la fama resulta en verdad muy dura en estos tiempos. La burguesía quiere del artista un arte que corteje y adule su gusto mediocre. Quiere, en todo caso, un arte consagrado por sus peritos y tasadores. La obra de arte no tiene, en el mercado burgués, un valor intrínseco sino un valor fiduciario. Los artistas más puros no son casi nunca los mejor cotizados. El éxito de un pintor depende, más o menos, de las mismas condiciones que el éxito de un negocio. Su pintura necesita uno o varios empresarios que la administren diestra y sagazmente. El renombre se fabrica a base de publicidad. Tiene un precio inasequible para el peculio del artista pobre. A veces el artista no demanda siquiera que se le permita hacer fortuna. Modestamente se contenta de que se le permita hacer su obra. No ambiciona sino realizar su personalidad. Pero también esta lícita ambición se siente contrariada. El artista debe sacrificar su personalidad, su temperamento, su estilo, si no quiere, heroicamente, morir de hambre.

* Ensayo publicado por la Empresa Editora Amauta. Lima, Perú, 1959, pp. 13-17.

De este trato injusto se venga el artista detractando genéricamente a la burguesía. En oposición a su escualidez, o por una limitación de su fantasía, el artista se representa al burgués invariablemente gordo, sensual, porcino. En la grasa real o imaginaria de este ser, el artista busca los rabiosos aguijones de sus sátiras y sus ironías.

Entre los descontentos del orden capitalista, el pintor, el escultor, el literato, no son los más activos y ostensibles: pero sí, íntimamente, los más acérrimos y enconados. El obrero siente explotado su trabajo. El artista siente oprimido su genio, coactada su creación, sofocado su derecho a la gloria y a la felicidad. La injusticia que sufre le parece triple, cuádruple, múltiple. Su protesta es proporcionada a su vanidad generalmente desmesurada, a su orgullo casi siempre exorbitante.

II

Pero, en muchos casos, esta protesta es, en sus conclusiones, o en sus consecuencias, una protesta reaccionaria. Disgustado del orden burgués, el artista se declara, en tales casos, escéptico o desconfiado respecto al esfuerzo proletario por crear un orden nuevo. Prefiere adoptar la opinión romántica de los que repudian el presente en el nombre de su nostalgia del pasado. Descalifica a la burguesía para reivindicar a la aristocracia. Reniega de los mitos de la democracia para aceptar los mitos de la feudalidad. Piensa que el artista de la Edad Media, del Renacimiento, etc., encontraba en la clase dominante de entonces una clase más inteligente, más comprensiva, más generosa. Confronta el tipo del Papa, del cardenal o del príncipe con el tipo del *nuevo rico*. De esta comparación, el *nuevo rico sale*, naturalmente, muy mal parado. El artista arriba, así, a la conclusión de que los tiempos de la aristocracia y de la Iglesia eran mejores que estos tiempos de la Democracia y la Burguesía.

III

¿Los artistas de la sociedad feudal eran, realmente, más libres y más felices que los artistas de la sociedad capitalista? Revisemos las razones de los factores de esta tesis.

Primera. La élite¹ de la sociedad aristocrática tenía más educación artística y más aptitud estética que la élite de la sociedad burguesa. Su función, sus hábitos, sus gustos, la acercaban mucho más al arte. Los Papas y los príncipes se complacían en rodearse de pintores, escultores y literatos. En su tertulia se escuchaban elegantes discursos sobre el arte y las letras. La creación artística constituía uno de los fundamentales fines humanos, en la teoría y en la práctica de la época. Ante un cuadro de Rafael, un señor del Renacimiento no se comportaba como un burgués de nuestros días, ante una estatua de Archipenko o un cuadro de Franz Marc. La élite aristocrática se componía de finos gustadores y amantes del arte y las letras. La élite burguesa se compone de banqueros, de industriales, de técnicos. La actividad práctica excluye de la vida de esta gente toda actividad estética.

Segunda. La crítica no era, en ese tiempo, como en el nuestro, una profesión o un oficio. La ejercía digna y eruditamente la propia clase dominante. El señor feudal que contratava al Tiziano sabía muy bien, por sí mismo, lo que valía el Tiziano. Entre el arte y sus compradores o mecenas no había intermediarios, no había corredores.

Tercera. No existía, sobre todo, la prensa. El plinto de la fama de un artista era, exclusivamente, grande o modesto, su propia obra. No se asentaba, como ahora, sobre un bloque de papel impreso. Las rotativas no fallaban sobre el mérito de un cuadro, de una estatua o de un poema.

¹ Élite es para unos escritores "aristocracia"; para otros, «clase dirigente». Sobre su significación social y espiritual, véase el penetrante ensayo de José Carlos Mariátegui titulado *El problema de las élites: en el Alma Matinal y Otras Estaciones del Hombre de Hoy*.

IV

La prensa es particularmente acusada. La mayoría de los artistas se siente contrastada y oprimida por su poder. Un romántico, Teófilo Gauthier, escribía hace muchos años: «Los periódicos son especies de corredores que se interponen entre los artistas y el público. La lectura de los periódicos impide que haya verdaderos sabios y verdaderos artistas». Todos los románticos de nuestros días suscriben, sin reservas y sin atenuaciones, este juicio.

Sobre la suerte de los artistas contemporáneos pesa, excesivamente, la dictadura de la prensa. Los periódicos pueden exaltar al primer puesto a un artista mediocre y pueden relegar al último a un artista altísimo. La crítica periodística sabe su influencia. Y la usa arbitrariamente. Consagra todos los éxitos mundanos. Inciensa todas las reputaciones oficiales. Tiene siempre muy en cuenta el gusto de su alta clientela.

Pero la prensa no es sino uno de los instrumentos de la industria de la celebridad. La prensa no es responsable sino de ejecutar lo que los grandes intereses de esta industria decretan. Los *managers*² del arte y de la literatura tienen en sus manos todos los resortes de la fama. En una época en que la celebridad es una cuestión de *réclame*, una cuestión de propaganda, no se puede pretender, además, que sea equitativa e imparcialmente concedida.

La publicidad, el *réclame*, en general, son en nuestro tiempo omnipotentes. La fortuna de un artista depende, por consiguiente, muchas veces, sólo de un buen empresario. Los comerciantes en libros y los comerciantes en cuadros y estatuas deciden el destino de la mayoría de los artistas. Se lanza a un artista más o menos por los mismos medios que un producto o un negocio cualquiera. Y este sistema que, de un lado, otorga renombre y bienestar

² Empresarios.

a un Beltrán Masses, de otro lado condena a la miseria y al suicidio a un Modigliani. El barrio de Montmartre y el barrio de Montparnase conocen en París muchas de estas historias.

V

La civilización capitalista ha sido definida como la civilización de la Potencia. Es natural por tanto que no esté organizada, espiritual y materialmente, para la actividad estética sino para la actividad práctica. Los hombres representativos de esta civilización son sus Hugo Stinnes y sus Pierpont Morgan.

Mas estas cosas de la realidad presente no deben ser constatadas por el artista moderno con romántica nostalgia de la realidad pretérita. La posición justa, en este tema, es la de Oscar Wilde quien, en su ensayo sobre *El alma humana bajo el socialismo*, en la liberación del trabajo veía la liberación del arte. La imagen de una aristocracia pródiga y magnífica con los artistas constituye un miraje, una ilusión. No es cierto absolutamente que la sociedad aristocrática fuese una sociedad de dulces mecenas. Basta recordar la vida atormentada de tantas nobles figuras del arte de ese tiempo. Tampoco es verdad que el mérito de los grandes artistas fuese entonces reconocido y recompensado mucho mejor que ahora. También entonces prosperaron exorbitantemente artistas ramplones. (Ejemplo: el mediocrísimo Cavalier d'Arpino gozó de honores y favores que su tiempo rehusó o escatimó a Caravaggio.) El arte depende hoy del dinero; pero ayer dependió de una casta. El artista de hoy es un cortesano de la burguesía; pero el de ayer fue un cortesano de la aristocracia. Y, en todo caso, una servidumbre vale lo que la otra.

LA CULTURA NACIONAL Y EL ARTISTA*

Norman W. Manley

La cultura nacional es una conciencia nacional reflejada en la pintura de cuadros de nuestras propias montañas y de nuestras propias mujeres, en la construcción de aquellas casas más apropiadas para vivir nosotros, en las escrituras de obras teatrales sobre nuestras aventuras y en la poesía de nuestra sabiduría, encontrándonos a nosotros mismos en la lucha con nuestros propios problemas.

El mayor bien último está en convertirnos en un solo pueblo a través de nuestro esfuerzo por resolver estos problemas; absorbiendo todas las influencias externas y permaneciendo firmemente nosotros mismos; abrogando las normas educacionales y los ideales de nuestros gobernantes impuestos superficialmente, a través de un conocimiento más profundo de nuestras propias necesidades y aspiraciones; rechazando la vía fatalmente fácil de la imitación, y en vez de ello abriéndonos con coraje y astucia nuestro camino propio en la maleza.

El pasado inmediato ha tratado de destruir la influencia de la gloria que es África, tratado de hacernos condenar y desconfiar de la vitalidad, el vigor, la emotividad

* "La cultura nacional y el artista". Publicado inicialmente en *Manley and the new Jamaica Selected Speeches and writings, 1938-1968*. Recogido de la Revista *Casa de las Américas*, No. 91. La Habana, julio-agosto, 1975, pp. 56-57.

rítmica que recibimos de nuestros antepasados africanos. Nos ha arrojado a un conflicto con las tradiciones inglesas de las escuelas públicas, y, lo que es aún peor, nos ha impuesto el ideal griego de belleza equilibrada.

Era imposible perdiéramos del todo en ese conflicto, pero se nos ha hecho mucho daño y hemos sufrido muchas pérdidas. En Jamaica tenemos nuestro propio tipo de belleza, una mezcla maravillosa de africano y europeo, y corresponde a nuestros artistas y escritores descubrir y establecer las normas de la belleza nacional en los dones nacionales del pensamiento y la expresión.

Podemos tomar todo lo que la educación inglesa pueda ofrecernos, pero finalmente debemos rechazar el predominio de su influencia, porque no somos ingleses y nunca debemos querer serlo.

En lugar de ello debemos buscar en lo hondo de nuestras conciencias y aceptar y rechazar sólo aquellas cosas sobre las cuales, por tener un mayor conocimiento de nuestras necesidades culturales, seremos los mejores jueces.

Se requiere acción política para incitar en un país un estado de conciencia nacional, y los trastornos laborales del año pasado han hecho nacer una vida política nacional organizada.

Este despertar político tiene que ir, y va siempre, mano a mano con el crecimiento cultural, y éste es el cambio que vemos operarse. Alrededor nuestro y ante nuestros propios ojos se avivan las primeras llamas de una vida intelectual y artística sentida como profundamente "nacional".

Como es natural, la mayor parte de nuestros artistas jóvenes agitados por esta emoción nueva y poderosa están luchando para crear una obra cuya inspiración fundamental es que sea pura y enteramente jamaicana. Esto es bueno mientras dure, pero tan pronto como se logre un fondo de trabajo exitoso en esta dirección, marcharán hacia un enfoque menos forzado, a medida que tomen conciencia de que son ya parte de algo que se ha convertido en una nación, con toda la solidez y el apoyo que esto implica. Y

su trabajo, de forma simple y natural, reflejará la vida, el pensamiento, las luchas, los problemas de su propio pueblo y de su propio país, y además no trabajarán como nosotros en el pasado, para la apreciación de un público remoto, sino con un sentido de responsabilidad siempre creciente hacia el público que está aquí, nuestro propio público, nuestro propio pueblo.

20 de enero de 1939.

CULTURA Y REVOLUCIÓN*

Pedro Jorge Vera

La América Latina se construye como ente sociológico e histórico, a través de la Colonia y de la Independencia. Sólo en esta última etapa es cuando adquiere conciencia de sí y por tanto elabora su propia cultura, en medio de las veleidades europeizantes que con frecuencia la desvirtúan convirtiéndola en un oropel multicolor y vacío, sin raíces en la tierra ni en el hombre.

Los cronistas de Indias son testigos del drama de la incursión hispana con la consecuente destrucción de la cultura aborigen. Ellos relatan con mayor o menor certeza la epopeya de los conquistadores y la de los conquistados, pero sin captar el alumbramiento de una nueva realidad: el mundo latinoamericano.

Producido el mestizaje, la cultura colonial empero está marcada por el signo del dominio español, que abarca todos los aspectos de la vida social. Las universidades imparten una enseñanza escolástica de inspiración metropolitana. Los poetas cantan de acuerdo con la retórica predominante en España y elaboran una poesía postiza de corte culterano.

Mas, soterradamente, el mestizaje comienza a crear su propia cultura, que se nutre de la metropolitana, pero tam-

* En: *Revista Casa de las Américas*, No. 68. La Habana, Cuba, septiembre-octubre, 1971, pp. 82-83.

bién de la savia terrígena y de la inquietud revolucionaria que recorre el subcontinente.

Casi sin excepciones, la cultura mestiza —que es la auténtica cultura latinoamericana— aparece estrechamente ligada a la acción insurgente y emancipadora. Nariño en Bogotá, Espejo en Quito, Moreno en Buenos Aires, son ejemplos patéticos de *intelligentsia* militante: cultura y emancipación compenetradas totalmente.

Lo mismo ocurre en la Independencia, cuya figura máxima es un hombre de pensamiento y de espada. Bolívar “árbitro de la paz y de la guerra”, recorre los Andes, gana y pierde batallas, decreta la guerra a muerte, funda estados, teoriza sobre la América futura, y también poetiza diáfananamente en “Mi delirio sobre el Chimborazo”.

Luchando por la primera independencia de la patria suya —que medio siglo después iniciaría la segunda independencia del continente—, José Martí es el paradigma del intelectual revolucionario. Poeta, ensayista, apóstol, ninguno de estos títulos lo configura plenamente, porque Martí es igualmente el soldado que cae en Dos Ríos para dejarnos junto a la herencia magnífica de su obra escrita, la enseñanza fecunda de su trayectoria de luchador.

Inciada en Cuba la lucha por la segunda independencia latinoamericana, quien integra de manera perfecta la cultura y la revolución, es ese varón tierno y férreo, el *Che de América*, el comandante Ernesto Guevara. Inspirados en su alta y noble faena, ofrendan su sangre por la liberación del continente poetas como Javier Heraud, periodistas como Ricardo Masetti, escritores como Fabricio Ojeda.

Mas no se trata sólo de intelectuales que se convierten en héroes al impulso de su sensibilidad atenaceada por el espectáculo de una América humillada y ofendida. Es que a esta altura de nuestra historia desvirtuada por las oligarquías y profanada por el imperialismo, la cultura está identificada con la revolución, la salvaguardia de la cultura está a cargo de la revolución, sólo la revolución podrá encarnar y exaltar la cultura.

Porque en la América Latina, además del carácter alie-

nado de una cultura para minorías privilegiadas, tenemos el absurdo de un hacer cultural en medio de inmensas masas de analfabetos y semialfabetos, y de vastos sectores de intelectuales colonizados que babea ante las recetas europeas, empeñados en escamotear con hábiles juegos de rayuela, la verdad concreta y sangrante del continente oscuro.

Sin la revolución liberadora del hombre, la cultura latinoamericana está condenada a limitarse al colonialismo enajenador, y a vegetar en un ámbito restringido, a causa del abismo que la separa de las grandes mayorías abandonadas.

Para salvar y vitalizar nuestra cultura, es preciso superar la antinomia entre las *élites* y las masas. Tarea que sólo puede realizar la revolución que destruya el oprobioso sistema oligáquico imperialista.

Si —como decía Larisa Reissner— “los analfabetos dan su vida por la cultura”, los intelectuales no colonizados están más obligados aún a consagrar su vida y su obra a la liberación de sus pueblos para ser leales y consecuentes con la cultura.

LAS PRIORIDADES DEL ESCRITOR*

Mario Benedetti

Por fin explotó la bomba. Durante años, el asunto fue postergado, esquivado, pasado por alto. Pero estaba ahí. Si algo hay que agradecerle al episodio Padilla, es que de algún modo haya sido el detonante de un problema al que era urgente meterle mano: las relaciones entre cultura y revolución, u otros candentes subtemas como libertad, etc. De esa postergación todos somos de cierta manera responsables, desde los políticos revolucionarios hasta los intelectuales autotitulados (con razón o sin ella) de izquierda, pero la mayor responsabilidad cabe sin duda a los intelectuales, ya que si bien su profesión es, para decirlo algo esquemáticamente, *pensar*, ese pensamiento no debe ser un quiste mental, sino una capacidad en desarrollo, una forma de vitalidad, que siga, comprenda e interprete la quemante realidad contemporánea, y no se instale cómodamente en un estrado de pureza, sobre todo verbal, desde el cual dicte normas, formule exigencias, juzgue conductas y dictamine cómo deben ser las revoluciones y hacia dónde deben dirigirse.

Es claro que esa capacidad en desarrollo, para ser tal, debe sufrir constantes ajustes, algunos de los cuales pueden originar comprensibles rechinamientos en la formación

* Ensayo publicado en la *Revista Casa de las Américas*, No. 68. La Habana, Cuba, septiembre-octubre, 1971, pp. 70-79.

burguesa del intelectual. No hay que olvidar que, unos más, otros menos, todos nos hemos educado en un contexto social y pedagógico absolutamente dominado por la burguesía. Aun aquellos técnicos, profesionales o artistas provenientes de las clases populares, han pasado por esa criba, y a la vista está que en el tránsito son inevitables las adherencias y los prejuicios que manufactura y promociona la burguesía. Pero es en ese rechinamiento provocado por sus aprensiones en este instante difícil, cuando el intelectual progresista se define. A partir de ese arduo trance, asumirá una condición definidamente revolucionaria o simplemente se inscribirá en el ala más o menos liberal de la burguesía. Tengo la impresión de que en este momento estamos asistiendo a coyunturas de ese tipo, y que esta vez se trata de una instancia verdaderamente decisiva.

Yo no diría que la nueva frontera ha de pasar entre los intelectuales revolucionarios, y los simplemente liberales (los definidamente contrarrevolucionarios hace rato que se decidieron, aunque algunos de ellos simulen haberse pronunciado sólo ahora, frente al caso Padilla); más bien estimo que esa línea divisoria pasará entre los intelectuales que se atengan estrictamente a los esquemas que heredaron, y aquellos otros que decidan repensar la situación, repensarse a sí mismos y sin abdicar su condición de intelectuales o de artistas, otorgar prioridad a la revolución. En *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, escribió Marx:

No hay que compartir la limitada concepción de que la pequeña burguesía tiene por principio hacer triunfar su interés egoísta de clase. Ella cree, por el contrario, que las condiciones particulares de su liberación son las condiciones generales fuera de las cuales la sociedad moderna no puede salvarse ni evitarse la lucha de clases. No hay, pues, que imaginarse que los representantes demócratas son todos tenderos o que se entusiasman por éstos. Pueden, por su cultura y su situación personal, estar separados de ellos por un abismo. Lo que los hace representantes de la pequeña burguesía es que su cerebro no puede sobre-

pasar los límites que el pequeño burgués no sobrepasa en su vida y que, por consecuencia, se ven teóricamente impulsados a los mismos problemas y a las mismas soluciones a los que su interés material y su situación material impulsan prácticamente a los pequeños burgueses. Tal es, de una manera general, la relación que existe entre los representantes políticos y literarios de una clase y la clase que representan.¹

Frente a los recientes y estruendosos manifiestos de los intelectuales europeos, y latinoamericanos en Europa, parece muy claro que unos y otros no pueden "sobrepasar los límites que el pequeño burgués no sobrepasa en su vida". Estos intelectuales de la izquierda europea (tanto los que provienen de los agrupamientos tradicionales como los que hoy se afilian a esa nueva impugnación que tanto seduce a Sartre) no han conseguido hasta ahora un solo triunfo en su propio solar geográfico. Pero eso mismo parece provocar en ellos una inconfesa fruición, ya que, de acuerdo con su formación y con sus esquemas, la derrota es artísticamente mucho más aprovechable que la victoria. Quizá por esa razón (y en esto los siguen fervorosamente los latinoamericanos de París o Barcelona) se muestran tan entusiasmados con la Revolución de Mayo, la de París, que fue una revolución frustrada, y tan agraviados con la Revolución cubana, que es una revolución triunfante.

No hay que olvidar que la revolución de mayo, si bien tuvo un solo muerto (una persona que cayó al Sena), provocó en cambio doscientos cincuenta libros. Para el intelectual europeo, o para el latinoamericano que secretamente aspira a serlo, las revoluciones frustradas tienen la ventaja innegable de que no originan los desagradables, incómodos, trabajosos problemas que enfrente una revolución en el poder. Y en cambio, qué buenos temas significan para el escritor. Goytisoló, Semprún, Fuentes y otros

¹ Carlos Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas*, Tomo I, Moscú, Ediciones en lenguas extranjeras, s. f., p. 279.

firmantes, lo saben mejor que nadie, con toda su secuela de frustraciones, amarguras, complejos de inferioridad, discusiones hasta la madrugada, equitativa distribución de culpas y etcéteras no menos aprovechables desde el punto de vista estético. Lástima que, por lo común, las revoluciones no se emprendan por motivos estéticos sino por razones de justicia social. Los intentos de liberación en la América Latina cuentan también con muchas derrotas (y por supuesto con muchos más muertos que la gesta de mayo), pero si bien no suelen originar centenares de libros, en cambio provocan nuevos intentos de liberación, cada vez más tenaces. La derrota del Moncada se transforma, años después en la victoria sobre la dictadura; los sucesivos reveses del FRAP en Chile se convierten luego en el contundente triunfo de la Unidad popular. Y los fracasos sufridos en Guatemala, Santo Domingo, Brasil, Bolivia, Argentina, Venezuela, más que temas adecuados para libros o artículos o manifiestos elucubrados desde Europa, son incanjeables lecciones para alcanzar las victorias que inexorablemente aguardan en el futuro a los actuales derrotados.

Curiosamente, no fue un europeo, sino un latinoamericano, el peruano José Carlos Mariátegui, quien en 1925 formuló opiniones tan lúcidas que podrían aplicarse sin más trámite a la situación actual:

Entre los descontentos del orden capitalista, el pintor, el escultor, el literato no son los más activos y ostensibles: pero sí, íntimamente, los más acérrimos y enconados. El obrero siente explotado su trabajo. El artista siente oprimido su genio, coartada su creación, sofocado su derecho a la gloria y a la felicidad. La injusticia que sufre le parece triple, cuádruple, múltiple, su protesta es proporcionada a su vanidad generalmente desmesurada, a su orgullo casi siempre exorbitante. Pero, en muchos casos, esta protesta es, en sus conclusiones o en sus consecuencias una protesta reaccionaria.

Disgustado del orden burgués el artista se declara, en tales casos, escéptico o desconfiado respecto al esfuerzo proletario por crear un orden nuevo. Prefiere adoptar la opinión romántica de los que repudian el presente en nombre de su nostalgia del pasado. Descalifica a la burguesía para reivindicar a la aristocracia. Reniega de los mitos de la democracia para aceptar los mitos de la feudalidad.²

Los manifiestos europeos, sobre todo el de los sesenta y dos, tiene evidentemente un aire feudal, Sartre, los Goytisoló, Enzensberger, Moravia, Carlos Fuentes, Vargas Llosa y los demás, le comunican a Fidel Castro "su cólera y su vergüenza" por haber invadido su feudo. Padilla es escritor, ergo Padilla es inocente, y si él mismo admite sus culpas, seguramente ha sido torturado. Al parecer, los sesenta y dos opinan que sólo con torturas es posible que un escritor admita sus culpas, porque un escritor, claro está, no puede ser culpable. ¿Saben los firmantes si en Cuba se cometieron injusticias contra algún tornero, algún estudiante, algún enfermero, algún biólogo, algún tractorista? Seguramente se habrán cometido, porque una revolución está hecha por hombres, y los hombres son tremendamente falibles. Pero ni a las agencias capitalistas ni a los intelectuales de *La Coupole*, les interesa averiguar posibles situaciones que no afecten al clan literario. Es cierto que en su manifiesto le tiran un eventual cabo a obreros y técnicos ("no nos alarma por tratarse de un escritor, sino porque cualquier compañero cubano-obrero, técnico o intelectual puede ser también víctima de una violencia y una humillación parecidas"). Pero la verdad es que ignoran todo lo que no sea Padilla; la verdad es que nunca se han preocupado colectivamente por otros temas. "Yo pienso", dice el escritor argentino Rodolfo Walsh (en artículo publicado en *La Opinión*, 26 de mayo de 1971), "que si en diez años de relación con la revolución no han descu-

² José Carlos Mariátegui, "El artista y la época" (1925), en: *El artista y la época*. Lima, 1959, p. 14.

bierto a cualquier otro cubano humillado, es, o bien porque no existe, o bien porque en efecto les preocupa con preferencia la suerte de los escritores”.

La Revolución cubana podrá mantener una lucha titánica contra el cerco capitalista, contra la desigualdad social, contra las plagas, contra las bandas mercenarias, contra el subdesarrollo, contra el bajo nivel de cultura: pero en los últimos años esa brega no despierta adhesiones en el pudoroso equipo. Sólo el caso Padilla pone a prueba sus reflejos y enciende su dignidad. El resto: que se pudra. Uno tiene la impresión de que los sesenta y dos: (¡qué modelo para armar!) estaban esperando, con visible ansiedad, el primer pretexto para desafiliarse. Tenían tan minuciosamente preparado el arsenal de acusaciones sobre torturas y estalinismo, que no perdieron tiempo en indagaciones, no corrieron el riesgo de averiguar que sus sospechas no tenían fundamento. Aquí mismo, en este Uruguay donde la policía viola diariamente la vida privada y familiar; donde los ciudadanos son confinados después que el juez decreta su libertad; donde se copia directamente del nazismo el liberticida y despótico registro de vecindad; donde el Ministro del Interior alienta a las bandas fascistas y estimula la delación; donde la censura no sólo prohíbe determinadas palabras sino comentarios y hasta indirectas referencias a las mismas; donde la tortura policial ha sido denunciada y comprobada en investigaciones parlamentarias; aquí, en este Uruguay 1971, la prensa latifundista, banquera, entreguista, autocolonizada, tiene el descaro de mencionar la palabra miedo, en relación con el caso Padilla. Podría traer aquí mi testimonio de los años durante los cuales tuve estrecho contacto con la vida cultural de la Isla, y hasta podría decir que seguí de muy cerca el inicio de la actual situación. (Necesariamente, debo remitir al lector a mi artículo “Situación actual de la cultura cubana” aparecido en *Marcha*, 27 de diciembre de 1968, y posteriormente incluido en el volumen *Cuaderno cubano*, Montevideo, Arca, 1969. Allí hice una detallada referencia a la primera fase del caso Padilla, cuando su libro *Fuera del juego* obtuvo el premio de poesía de la

Unión de Escritores y Artistas de Cuba, y su actitud fue acerbamente criticada en la revista *Verde Olivo*, bajo la firma de Leopoldo Ávila); podría dejar expresa constancia de que el miedo no es ingrediente de la Cuba actual: ni el sector de la cultura ni en ningún otro campo; podría testimoniar que los sucesos políticos y las medidas que propicia el gobierno son ampliamente discutidas por las bases, sin ninguna inhibición ni de parte de los dirigentes ni de parte de los ciudadanos; que la autocrítica es allí un hecho cotidiano, ejercido y asumido con toda espontaneidad, y sin que medie otro estímulo que no sea la muy lógica presión social en un país que diariamente está jugando su destino y su supervivencia. Esa naturalidad en el ejercicio de la autocrítica empieza por supuesto en la máxima dirigencia. ¿Quién habrá torturado a Fidel Castro para que éste, ante un millón de cubanos, asumiera la responsabilidad mayor del revés sufrido en la zafra del 70? Podría traer estos testimonios y mucho más. Pero sospecho que quienes no le otorgan al gobierno revolucionario cubano (que siempre ha sido extraordinariamente respetuoso del ser humano y de sus derechos dentro de la revolución) un aval de confianza, mucho menos me lo van a otorgar a mí, como simple e individual testigo de ese proceso. Hay quienes no se conforman con la fe, y creo que hacen bien. Pero tampoco hay que descartarla, tampoco hay que minimizar la confianza en una revolución, ya que en términos políticos la fe no se construye sobre la base de milagros, sino sobre la base de realizaciones concretas; no se levanta con ciega beatificación, sino con historia. Y la fe, la confianza (de ojos bien abiertos) que la Revolución cubana puede merecer a quienes creemos en el destino revolucionario de nuestra América, está basada en el arduo, espinoso camino que en doce años lleva recorrido. Con el pretexto de descartar la fe, y exigir irrefutables pruebas, y poner sobre el tapete la palabra miedo, se está demostrando de algún modo que la verdadera fe (todo lo amarga que se quiera) la reserva estos objetores para la supervivencia del estalinismo. Aunque explícitamente no lo digan, es evidente que el equipo europeo considera que el estali-

nismo es un camino por el que fatalmente ha de transitar el socialismo, ya que no vislumbra ninguna forma de evitarlo. Si un escritor ejerce su autocrítica, tiene que haber sido por miedo, o debido a torturas. Si en el pasado (europeo, no faltaba más) la autocrítica fue un resultado de torturas y miedo, en el presente cubano debe ser obligatoriamente el resultado de los mismos factores. Más que a dialéctica marxista este traslado automático se asemeja a perezosa retórica, a esquema inflexible y, en el fondo, reaccionario. Más que una falta de fe en la Revolución cubana, revela una falta de confianza en el ser humano, en la capacidad de cambio del ser humano.

Sartre, el más notorio de los firmantes europeos, decía, pocas semanas después del mayo parisién: "Lo que hay de admirable en el caso de Castro, es que la teoría nació en la experiencia en lugar de precederla". Sin embargo, en pleno 1971, la teoría del equipo europeo sobre el carácter "estalinista" de la actual política cubana, no nace precisamente de una experiencia en Cuba, sino de todas las prevenciones y todos los prejuicios que ha dejado en ellos una experiencia europea. Por eso no es admisible: porque el trasplante es indudablemente apresurado, tendencioso, liviano, y falaz. También los agresivos epítetos del discurso de Fidel suenan a estalinismo en los oídos europeizados. Cito otra vez a Walsh:

Este lenguaje causa consternación en Europa, parece estalinista. En realidad es cubano casi una paráfrasis de la sentencia lapidaria de Martí en una coyuntura parecida: "Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol."

Pero esto es comprensible: los de Europa saben su Stalin de memoria, pero de Martí no conocen ni las tapas. Y hacen mal. Si lo conocieran se ahorrarían algunos lapidarios

pronósticos y además aprenderían una lección, esa sí de dignidad, proveniente de un escritor que, setenta años antes que el Che, estableció claramente su escala de prioridades, y, a pesar de escribir decenas de libros que lo colocan en el mejor nivel literario de este continente mestizo, optó (y dio su vida) por la revolución. El procedimiento en sí de la autocrítica implica una dosis de modestia que (caso Padilla aparte) fastidia a muchos intelectuales, a quienes sobre todo alarma un eventual contagio de ese prurito. Qué problema sería para muchos de los sesenta y dos, si tuvieran que autoflagelarse por su denodada participación en la revista *Mundo Nuevo*, editada en París, no faltaba más, y sostenida por el Congreso por la Libertad de la Cultura, a su vez reconocidamente financiado por la benemérita CIA. Qué problema si tuviera que autodemostrarse por su menos esforzada participación en otra empresa tan meritoria como aquella, la anunciada revista *Libre*, financiada esta vez con fondos provenientes de la tan honorable como explotadora familia Patiño. Es posible asimismo que la violenta reacción frente a una autocrítica de un escritor, sea de alguna manera la tácita confesión, por parte de los firmantes, de que sólo en un cepo podrían autocriticarse. A veces el escritor traspapela libertad con vanidad. Y justamente esta última palabra quizá sea una adecuada clave para entender el episodio, ya que en el caso de ese intelectual-tipo que firma el ruidoso documento, "su protesta" (como decía Mariátegui) es proporcionada a su vanidad generalmente desmesurada a su orgullo casi siempre exorbitante". Después de todo, ¿por qué un escritor no puede autocriticarse? En este instante, y desde Montevideo, no puede saber si Padilla es sincero o insincero. Su trayectoria posterior dirá la última palabra ya que la última palabra es siempre la actitud. Sin embargo, pienso que en la trayectoria de un escritor que avanza, que se mueve, que no se convierte en una ordenada estantería de libros, cada nueva obra es de algún modo una autocrítica con respecto a la anterior, ya que siempre hay algo que uno aprende del mundo y de sí mismo, siempre hay algo que de pronto nos hace ver claro en un error ya impreso. Así

que no jeringuen más con el estalinismo habanero. Ustedes, los sesenta y dos son creadores, tienen imaginación: déjenle esa fósil terminología a la UPI, a la SIP, al Congreso por la Libertad de la Cultura.

Y bien, aunque al lector pueda parecerle un poco tarde, sólo ahora llegamos al título: las prioridades del escritor. Por supuesto, me refiero al escritor de izquierda. Las prioridades no pueden ser las mismas para Jorge Luis Borges que para David Viñas; para Germán Arciniegas que para García Márquez. Pero en el caso, ya más definido, del escritor revolucionario, las prioridades tienen que ser las mismas que para cualquier otro militante de la revolución, sea éste intelectual, albañil o bombero. O sea, que el trato prioritario siempre será para la revolución; sin que ello signifique que se elimine como obrero, como intelectual, como campesino, como militar, como lo que efectivamente sea en su vida ciudadana. ¿Estarán de acuerdo los sesenta y dos en esta prioridad? Sería bueno que lo dijeran, porque a lo mejor ahí empieza el deslinde y no exactamente en el caso Padilla.

El Che, en uno de los *Pasajes de la guerra revolucionaria*, concretamente el referido a "Alegría de Pío", relata un dilema entre su dedicación a la medicina y su deber de soldado revolucionario: "Tenía delante una mochila llena de medicamentos y una caja de balas, las dos eran mucho para transportarlas juntas: tomé la caja de balas, dejando la mochila para cruzar el claro que me separaba de las cuñas". En esa coyuntura, el Che, médico y revolucionario, rápidamente se decidió por este último carácter; sin embargo no dejó de ser médico. Y en toda la etapa insurreccional, y muchos años después, en la sacrificada campaña de Bolivia, además de revolucionario siguió siendo médico y actuando como tal cuando era necesario. Pero su prioridad estuvo decidida desde el 5 de diciembre de 1956, en el combate de Alegría de Pío. Es un caso ejemplar, y por lo tanto extremo. No estoy proponiendo que cada escritor deje el bolígrafo por la metralleta, aunque a veces se haya dado y pueda darse el caso. La prioridad se

refiere aquí a actitudes, a perspectivas, a puntos de vista, pero también a riesgos. Salvadas las distancias, cada escritor tiene seguramente en su itinerario (pasado o futuro) una modesta Alegría de Pío, un instante en que debió decidirse frente a un hecho concreto, una alternativa ante la cual debió determinar su escala de prioridades. Los escritores (¿revolucionarios?) de París y Barcelona, en esa disyuntiva parecen haberse decidido por la literatura. No reaccionaron como revolucionarios legítimamente preocupados por una instancia difícil de la revolución, sino sencillamente como literatos ofendidos, como celosos guardianes de un feudo que consideraron invadido. De ahí la cólera y la vergüenza (aunque es posible que, a medida que pase el tiempo, vayan sintiendo cada vez menos cólera y más vergüenza). De ahí el ruidoso portazo, a fin de que no quede salida ni ocasión para autocritica como la de Luigi Nono, para bajas como las de García Márquez, Bareiro y Barral (que firmaron el primer documento, pero no el segundo) o para poemas como *Policríticas en la hora de los chacales*, donde Julio Cortázar dice cosas como: "tienes razón Fidel, sólo en la brega hay derecho al descontento", o: "me separo para siempre del liberal a la violeta, de los que firman los virtuosos textos, porque Cuba no es eso que exigen sus esquemas de bufetes". ¡Pensar que entre los sesenta y dos está Carlos Franqui, periodista cubano que el 29 de diciembre de 1962, cuando dirigía el periódico *Revolución*, recibió una carta del Che, con este consejo premonitorio: "Considero que la verdad histórica debe respetarse, fabricarla a capricho no conduce a ningún resultado bueno"!

Cuando el escritor revolucionario tiene claro ante sí mismo que lo primero es la revolución, curiosamente no se siente disminuido como escritor, sino más realizado quizá como consecuencia natural de que se siente más realizado como humano. Creo que era también Mariátegui quien recordaba que Oscar Wilde, en su ensayo "El alma humana bajo el socialismo", en la liberación del trabajo veía la liberación del arte, del trabajo como alineación, claro. Pues bien, el escritor revolucionario que otorga prio-

ridad (en sus escritos y en sus actos) a la revolución, trabaja de algún modo por esa desalienación del hombre, y en consecuencia por la liberación del arte. Pero tampoco en este aspecto los de Europa consiguen salir de sus esquemas, de sus moldes inflexibles: si se sugiere que un escritor ha de otorgar prioridad a la revolución, inmediatamente piensan en el realismo socialista. Es automático. Son así, qué se va a hacer. Con el cómodo pretexto de que están (¿quién no?) contra el realismo socialista arremeten contra la realidad y contra el socialismo. Pero eso sólo muestra una increíble falta de imaginación (más grave cuando se trata de creadores de arte), ya que aparentemente no conciben que haya, para un escritor, otra manera de inscribirse artísticamente en la revolución. En última instancia, lo que el realismo socialista tuvo de malo, fue que no era realista ni socialista, ya que proponía un cuadro esquemático, maniqueo, cuando la realidad es mucho más compleja, más rica, más nutricia, que aquella instantánea en blanco y negro y, por otra parte, el socialismo es una concepción profundamente humana, que poco o nada tiene que ver con aquel juego de marionetas. Eso no significa que no haya, fuera del llamado realismo socialista, una y mil formas de tratar artísticamente el contexto social.

Vargas Llosa, otro de los firmantes, se ha pronunciado varias veces sobre estos temas, sosteniendo, por ejemplo, que la función de la literatura ha de ser siempre subversiva y, por otra parte, que el escritor debe ser una suerte de buitre que esté siempre dando vueltas sobre la carroña. Cada uno por su lado, tanto Juan Marinello como Óscar Collazos ya han refutado el carácter subversivo del escritor en una sociedad socialista. Quienes escriben literatura subversiva dentro del mundo capitalista, en mayoría dan por sentado que, una vez subvertido ese orden y reemplazado por el revolucionario, su misión de subversión estará cumplida. Continuar tratando de subvertir un orden que entonces sería socialista significaría sencillamente pasar a militar en la contrarrevolución. Es una regla de mínima coherencia; sólo los negadores profesionales pueden no entenderlo. Dentro de la revolución cabe perfectamente

la literatura crítica, y sobre todo una actitud crítica, pero siempre dentro de la revolución y no fuera de ella, como ya lo advirtió Fidel, no ahora, sino en 1961, en sus "palabras a los intelectuales". Ni la libertad es siempre la misma (decía el Che) ni se puede oponer al realismo socialista "la libertad", porque ésta no existe todavía (ni existirá hasta el completo desarrollo de la sociedad nueva), ni el escritor siempre puede ser un buitre. Lucha porque se establezca un régimen de justicia social. Una vez logrado éste, ya no es cuestión de seguir siendo buitre sobre esa justicia social, porque ésta no es carroña sino campo feraz. Probablemente, el intelectual deba volver a la fórmula sokrática de convertirse en tábano, a fin de contribuir a que la sociedad siga siempre despierta. Pero aparentemente, para algunos escritores, es demasiado arduo esto de pasar de amenazante buitre a modesto tábano. En cuanto a los sobados temas de la libertad y el individualismo, creo que todos, escritores, lectores y el mundo en general, tenemos mucho que aprender, ya que las cosas están cambiando a impresionante velocidad, y esa urgencia exige a veces insospechables sacrificios.

Recuerdo que Carlos Maggi señaló hace un tiempo en el paraninfo de la Universidad de Montevideo que a veces se le piden urgencias al escritor cuando en realidad la obra literaria, la obra artística es por lo general una creación a más largo plazo. Y es cierto. Pero ¿no tendremos los escritores que sacrificar a veces la posibilidad de la obra a largo plazo para atender de algún modo esta urgencia? Si otros sacrifican la vida, y no es metáfora ¿no podremos nosotros sacrificar ese mínimo, algo de esa apuesta a la posteridad? Esto no significa que, contemporáneamente con la literatura urgente, no hagamos otro tipo de literatura, una literatura más calmada, en el rumbo de nuestro propio gusto y capaz de satisfacer, a lo mejor, el gusto de las generaciones que vendrán. No postulo que el escritor se coloque una mordaza en relación con los temas y los rubros no urgentes, sino que haga algo en la zona de la urgencia, simplemente eso. Hace algunos meses, un escritor amigo, compañero y militante, me confesaba: "hay

días en que no puedo ni quiero escuchar a Bach, a Beethoven, a Mozart, porque me ablandan, y lo que yo necesito es cada vez más ánimo". Quizás a otros, en días como esos, nos pase algo semejante con Proust o con Kafka. Si los sesenta y dos se enteran de estas imprudentes confesiones, dirán que postulamos una lista negra para esos genios. De modo que quizá convenga aclarar ahora que no somos tan estúpidos. Por el contrario, inscribimos hoy en una militancia antioligárquica y antimperialista, con sus riesgos adjuntos, también incluye la aspiración y el derecho a sentarnos un día, en pleno sosiego y sin mala conciencia, a escuchar a Mozart y a leer a Proust.

Desde esa misma militancia, la preocupación del escritor no puede ni debe ser la del creador aislado, ensimismado, incontaminado, ese clásico oficiante de la desgarradura, para quien la promiscuidad ideológica suele ser un síntoma de independencia, una acentuación del carácter individualista, y, en última instancia, una afirmación de su bien atendida vanidad. Y así como el célebre *boom* y su lubricado mecanismo publicitario (que, excede, pero no descarta, la responsabilidad del escritor) tienen principalmente en cuenta un tratamiento intensivo de esa misma vanidad, la instancia que con urgencia necesita el escritor revolucionario es una cura de modestia; saber a conciencia, y saberlo entrañablemente, que no es justo que la literatura, que el arte todo, sean meras islas de pureza, islas de ensueño, islas de sexo, ni tampoco islas de simple valor decorativo. Dentro de la mentalidad todavía burguesa del escritor profesional la gran audacia consiste en evadirse por la fantasía o por la crueldad, por el hermetismo o por el juego, por la frivolidad erótica (no por lo erótico profundo, que siempre será un tema cardinal) o por la estructura compleja, para iniciados. Reconozcámoslo de una vez por todas: son los diversos y talentosos modos de darle, quizás no la espalda, pero sí el flanco, al pueblo. Para el escritor revolucionario, la gran audacia debe ser mirar de frente a ese mismo pueblo, pero no para subestimarle y contarle y cantarle boberías, sino para aprender de él, y también para enseñarle, pero todo ello en un dinámico in-

tercambio, en un diálogo fértil, en una educación recíproca. Sólo entonces cabe entender algo que en 1930 pudo parecer una utopía de Gramsci: "Todos los hombres son intelectuales, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales." La más urgente tarea de los intelectuales revolucionarios es quizá la de disolverse como casta intocable, integrándose en el pueblo a que pertenecen, y hacerlo mediante el esfuerzo, modesto pero invaluable, de ayudar a que todo hombre recupere esa función de intelectual de que hablaba Gramsci, de hacerlo saber si puede desempeñarla, ya que la función de intelectual no es un privilegio sino un derecho, no es una regalía sino un compromiso.

"¿Cómo ser un intelectual en una estructura social que me cuestiona como tal?", se pregunta Ernest Fischer, pero se lo pregunta dentro de un contexto socialista, y ahí reside quizás su más grave desenfoque; porque si la estructura social de un mundo socialista cuestiona a un intelectual, es porque éste se siente ajeno a ella, si el intelectual se inserta en la estructura social, sólo podrá ser cuestionado cuando esa estructura se cuestione a sí misma, pero en ese caso el intelectual ya no será cuestionado como un producto exterior sino como una de sus células, como uno de sus componentes. Acaso sea éste el método más natural para evolucionar hacia un cambio fundamental en la escala de prioridades, ya que inscribiéndose en el pueblo, sintiéndose pueblo, es mucho más fácil que la prioridad pase a ser, efectiva y normalmente, la revolución. Por el contrario, inscribiéndose en una élite del intelecto, sintiéndose clan sacrosanto e inmaculado, es casi obligatorio que la prioridad sea el individualismo, o, en otros casos, la libertad en su acepción bruguesa, la libertad que no tienen inconveniente en defender los oligarcas criollos, el *Reader's Digest*, Germán Arciniegas y los Cuerpos de paz.

¿Le interesa a la revolución latinoamericana ese concepto de la libertad? ¿Le interesa jugar al partido en un terreno donde el imperio tiene las ventajas del locatario y donde sus bien remuneradas claques funcionan a la per-

fección? ¿Le interesa ir pasivamente al encuentro de las leyes, liberales o conservadoras, que la clase dominante creó y articuló como instrumento y aparato de sus intereses cuantiosos? La libertad. Nos han colonizado también en ese rubro, pero su libertad no coincide con la nuestra. Más aún: su libertad existe a partir de nuestra dependencia. ¿Podemos frente a esta malversación, caer en la trampa de la objetividad? ¿Objetividad para quién, para qué? ¿Podemos imponernos la objetividad, cuando mientras tanto el enemigo prohíbe, encarcela, confisca, castiga, nada más que por ejercer ya ni siquiera el derecho de opinión, sino el de la mera información? Gran receta la objetividad, insuperable fórmula, para cuando se reinicie el juego limpio. Mientras tanto, reclamo mi derecho a ser subjetivo, a poner no sólo la verdad sino también mi pasión, en defensa de lo justo, en defensa de mi país en defensa de mi próximo prójimo. Demasiado desequilibrio de fuerzas ocasiona de por sí la ética revolucionaria, pero éste sí es un principio del que no podemos abdicar. La revolución acusa pero no calumnia; la revolución puede incluso llegar a ejecutar, pero nunca a torturar; la revolución pone tremendo énfasis en sus verdades, pero no mente. Éstas son desventajas que inexorablemente la historia convierte luego en ventajas, pero mientras tanto, qué amargura no ha de sentir el revolucionario que se ve diariamente avasallado por la mentira; y una mentira que, en manos especialistas, toma el aspecto de la verdad.

Por eso, cuando se reclaman pruebas, pruebas y más pruebas, y se las reclama después que Padilla está en libertad y trabajando como traductor y sin el menor indicio de haber sido torturado ni presionado, no puedo dejar de pensar que semejante reclamo no tiene en cuenta el desequilibrio de fuerzas. Porque, ¿qué pruebas dio la reacción a escala internacional, cuando difundió profusamente la noticia de que Fidel Castro había matado al Che? ¿A cuántos simpatizantes de la revolución cubana no confundió esa calumnia abyecta? Ahora sí tenemos pruebas, pruebas y más pruebas, de quiénes mataron al Che y por supuesto, ya nadie las niega, seguramente no las niega ni

siquiera el periodista argentino Adolfo Gilly, que tanto contribuyó a difundir la infamia, y que hace años está preso, no en la Cuba revolucionaria que en treinta y siete días soltó a Padilla sin un rasguño, sino en México democrático, el de la matanza de Tlatelolco (una de las más monstruosas masacres que puede exhibir la sufrida historia de la América Latina), que, dicho sea de paso, no provocó en su momento ningún manifiesto colectivo de los sesenta y dos de Europa. Ahora sí sabemos qué asesinos ultimaron al Che prisionero, herido e indefenso. Ahora sí tenemos las pruebas, pero qué tarde. Entonces, ¿pruebas de qué? hasta ahora lo único que se puede probar es que Padilla no fue torturado. Frente a las histéricas declaraciones del notorio gusano Juan Arcocha, residente en Europa desde hace varios años, y por tanto geográficamente inhabilitado para dar testimonio de algo que ahora mismo sucede en Cuba; frente a sus acusaciones de que Padilla fue torturado, está el testimonio del corresponsal francés que (no desde París sino en La Habana) revisó físicamente a Padilla y no halló huellas de torturas ni de violencia en el recién liberado.

Creo que ha llegado el momento en que los sesenta y dos se vayan de a poco convenciendo de algo que en Montevideo, en Buenos Aires, en Santiago de Chile, en La Habana, en Lima, en Bogotá (mis únicas dudas se refieren a México y su rampante *maffia literaria*), se ha hecho carne en la gran mayoría de los escritores: se acabó la diversión. El escritor, por su sola condición de tal, no goza de ninguna inmunidad, de ningún derecho sacrosanto, dentro de la revolución. Su derecho debe ser ganado como el de cualquier revolucionario, o sea: corriendo su riesgo, comprometiendo su destino.

En 1968 presenté una ponencia en el Congreso Cultural de La Habana sobre las relaciones entre el hombre de acción y el intelectual, y allí mencioné que la misión natural del intelectual dentro de la revolución era "ser algo así como su conciencia vigilante, su imaginativo intérprete, su crítico proveedor".

Bueno, espero que nadie imagine que he sido torturado cuando me hago esta autocrítica: aquel párrafo, tal como lo escribí hace tres años, ya no tiene mi aval. El escritor revolucionario puede ser indudablemente la conciencia vigilante de la revolución, pero no como escritor, sino como revolucionario. En realidad, todo revolucionario (desde el campesino hasta el dirigente político, desde el intelectual hasta el obrero) debe ejercer esa conciencia vigilante. Este pequeño matiz, esta modesta autocrítica, es tan sólo un detalle de lo que me ha pasado de lo que nos ha pasado a muchos escritores latinoamericanos desde 1968 a la fecha. Sencillamente, nos ha sucedido que en el trance de elegir entre revolución y literatura, hemos optado por la primera. La elegimos, es claro, sin abandonar ni renunciar a la literatura. La elegimos como razón de vida, como impulso, como motor creador de esa misma literatura. Y en 1971, cuando hacemos esta elección, ya no consideramos (como parecen haberlo creído los sesenta y dos en pasados idilios) que la revolución es un edén político, con dirigentes perfectos, pueblos ímpolutos, jueces infalibles. De ningún modo. Admitimos que la revolución conlleva errores, desajustes, desvíos, esquematismos. Pero la asumimos con su haz y con su envés, con su luz y con su sombra, con sus victorias y con sus derrotas, con su limitación y con su amplitud. Porque, aun con todos sus malogros, con todas sus carencias, la revolución sigue siendo para nosotros la única posibilidad que tiene el ser humano de recuperar su dignidad y realizarse a sí mismo; la única posibilidad (mediata o inmediata, según los casos) de rescatarse de la alienación en que diariamente lo sume el orden capitalista, la presión colonial. Y esa prioridad es decisiva no para juzgar estilos, estructuras, escuelas, ni por supuesto para medir talentos. Esa prioridad es simplemente decisiva para saber quién está con nosotros, y quién con el enemigo. Y esto no es maniqueísmo, sino deslinde en plena batalla,

EL ESCRITOR Y SU COMPROMISO CON LA LUCHA REVOLUCIONARIA*

Haroldo Conti

Sobre escritura y compromiso

Para quienes buscan una literatura objetivamente revolucionaria y realmente operativa, funcional, en favor de los intereses mediatos e inmediatos de las clases revolucionarias —para usar la caracterización que hace de ella Roque Dalton— mi obra literaria, para llamarla de algún modo, insuflada de individualismo, resulta por fuerza una expresión de la pequeña burguesía. No me llamo a engaño con respecto a eso y yo mismo me he denunciado varias veces. No es para curarme en salud sino porque ante todo descubro en mí mismo las contradicciones del escritor argentino. A que inventarlas o buscarlas en otro, sobre todo yo que leo tan poco. Por supuesto quisiera ser un escritor comprometido en su totalidad. Que mi obra fuese un firme puño, un claro fusil. Pero decididamente no lo es. Es que mi obra me toma relativamente en cuenta, se hace un poco a mi pesar, se me escapa de las manos, casi diría que se escribe sola y llegado el caso lo único que siento como una verdadera obligación es hacer las cosas cada vez mejor, que mi obra, nuestra obra, como dice Galeano, tenga más belleza que la de los otros, los enemigos. Como

* En: "Compartir las luchas del pueblo", Revista *Crisis*, No. 16 (Buenos Aires, Argentina, agosto 1974), pp. 40-43.

intelectual (y prefiero este término al de escritor, pues alude con mayor precisión a la conciencia y gobierno del acto) me siento obligado (no sólo inclinado) a asumir responsabilidades, a señalar éste o aquel camino. De todas maneras es lo que la gente espera de nosotros. Nuestro coraje o nuestra debilidad es el coraje o la debilidad de un pueblo. Personalmente, tengo una posición tomada no sólo en el terreno político (algunos limitan el compromiso a eso y se olvidan del resto del hombre), sino en todo lo que importa una decisión de tipo moral. Con todo, considero que el arte, que es el dominio de la pura libertad, no puede recibir imposiciones ajenas al arte mismo. Tiene sus propias reglas, su mecánica, para que sea arte y no otra cosa. Esto, por supuesto, no quiere decir que, por espléndido que sea, no existan valores a los cuales estemos obligados por encima de él.

Bien, de este tema se ha hablado en exceso, siendo así que el compromiso se demuestra en los hechos. Como bien dice Vanasco "la ideología pasa por los actos... no interesa lo que un individuo piensa o dice pensar, sino los hechos que produce". Sólo quisiera añadir dos cosas a propósito. En primer lugar la exploración de tipo filosófico a que me inclina cierto tomismo que todavía llevo en la sangre y que trata de fundamentar en términos racionales (lo cual no es enteramente necesario) el porqué de esta actitud en el fondo moral. Qué nos lleva a ser, a partir de escritores, profetas, apóstoles y aun mártires.

Es una pregunta a responder que no cambia en nada la forzosidad de esta actitud, que definiendo, comparto y trato de asumir en todos mis actos, cuanto menos como un imperativo categórico, en términos kantianos. En segundo lugar, quiero señalar que, por suerte, superada la etapa discursiva, los escritores argentinos y en general, para ser enteramente justos, porque el "continentalismo" funciona a distintos y aun opuestos niveles, el escritor latinoamericano ha ido más allá de las palabras y ha reafirmado esta actitud en los hechos. Es ya larga la lista de escritores perseguidos, encarcelados, torturados y aun asesinados por compartir las luchas del pueblo. Escritores que incluso

han sacrificado su obra por ese compromiso. Ya no es una excepción encontrar un escritor que empuña las armas, arenga desde una tribuna política o posterga sus ambiciones personales, absolutamente lícitas, para poner su pluma al servicio de una causa. Por supuesto, está un Onetti quien, como también dice Vanasco, no sintiendo la necesidad de luchar o de dar testimonio, como Benedetti (léase *El Cumpleaños de Juan Ángel*, por ejemplo, dedicado a Raúl Sendic, para más datos) con todo comparte dramáticamente el destino de su país padeciendo varios meses de cárcel, o Neruda cuyo cadáver es enarbolado en medio del terror como una bandera de libertad.

Para terminar con esto, sin dejar por otra parte de ser consecuente con lo que llevo dicho, quiero dejar establecido, porque son pocas las oportunidades de proclamar lo que uno piensa, que apoyo al FAS, a cuyo VI Congreso en el barrio Ludueña, de Rosario, acabo de asistir, junto con mi compañera y los escritores Costantini y Santoro, que he ofrecido en Córdoba mi colaboración para lo que mande el compañero Agustín Tosco y que creo decididamente en la patria socialista. Más claro. Imposible.

Sobre escritura y revolución

Ser revolucionario es una forma de vida, no una manera de escribir. No sé si un escritor por el hecho de que se lo proponga pueda ser además un escritor revolucionario, es decir, puede producir una literatura revolucionaria. Ante todo pongámonos de acuerdo: ¿Qué clase de escritor o, en otras palabras, qué genero de literatura? Una cosa es el ensayo, por ejemplo, y otra la ficción, que es a la que en general se alude, me parece, dentro de toda esta vaguedad. No sé qué sentido tiene que yo me proponga escribir una novela revolucionaria si ante todo no soy un revolucionario. Y aun cuando lo sea bien puede suceder que la novela, en definitiva, resulte otra cosa. Hay una manera de ver el mundo y una manera de entenderlo que no siempre coinciden. Es probable y lo siento así que a medida que me politice se politice mi obra, como afirma Be-

nedetti, lo cual no quiere decir que necesariamente sea mejor en términos literarios. Además una novela puede ser políticamente indiferente y literariamente revolucionaria. Es el caso de Guimaraes, que en política era más bien un reaccionario. He oído a toda clase de predicadores y he leído las declaraciones más rotundas pero he visto al propio tiempo que los resultados distan mucho de los propósitos. Decía Carpentier que una literatura revolucionaria es aquella que escribe sobre una revolución concreta, Es una afirmación que se orienta hacia el contenidismo, pero que en medio de tanta palabrería trata de establecer un sólido punto de partida. Esto es, que hay que comenzar por hacer la revolución. En nuestro caso y dentro de nuestros modestos alcances, quiero decir dentro de las limitaciones del acto literario al cual, me parece, le concedemos una capacidad excesiva, se me ocurre como más razonable y más concreto proponernos una literatura estilística e imaginativamente argentina. Volviendo a la pregunta, no sé si basta con la decisión para lograr una literatura revolucionaria. En todo caso, si no lo consigue, al escritor le queda la oportunidad de ser un revolucionario a secas. Y esto, insisto, supone una conducta que implique toda su vida. Una conducta que en determinado momento incluso lo puede llevar a renunciar a la literatura, por lo menos como expresión individual. Entre nosotros hay compañeros que están en eso, lo cual redime nuestra tradición de teóricos y oportunistas. Compañeros que hacen y padecen la revolución, no que la utilizan.

Sobre complicidad y marginación: los relegados

En la Argentina el escritor o bien es un lujo de la burguesía o bien un desterrado político, dentro de una sociedad que, en el fondo, todavía comparte el espíritu del Larousse de comienzos de siglo que para ejemplificar la palabra famélico utilizaba justamente la figura del escritor. Los primeros sirven y se sirven del sistema en aparente oposición a él, apuntan al éxito (un podrido valor burgués) por encima de cualquier cosa y a menudo terminan

en París o Barcelona, dentro de esa pequeña aristocracia de las letras por las que se chiflan los Ewards y los Donoso. Y conste que no me refiero a Cortázar, a quien respeto. En nuestro país, ese insaciable afán de notoriedad ha terminado por convertir a algunos de nosotros en celebridades del espectáculo más que en escritores y del mismo modo que la gente está acostumbrada a oír que nueve de cada diez estrellas usan jabón Lux de tocador, hoy está obligada a creer que el escritor es una especie de "Mister Éxito" porque la prestigiosa autora Fulanita de Tal transporta su genialidad en el nuevo Fiat 128 o se soba su arrugado pellejo con la crema humectante "Large bird". A los otros, los que no sirven ni se sirven se los condena al silencio, o a las revistas literarias, que es casi lo mismo porque aparecen y desaparecen con tanta velocidad que uno, a lo sumo, es nada más que eso: un aparecido.

¿Cuáles escritores considero relegados? A escala americana, por ejemplo, a Arguedas, a Guimaraes, al propio Rulfo. Entre nosotros, a Moyano, a Di Benedetto, a Blaisstein. Añadiría a Gelman si no fuera que lo tiene merecido por ser tan buen poeta. Pero prefiero no empeñarme en una lista porque al olvido de los otros sumaré el mío propio y así la injusticia que tratamos de reparar será todavía más grande. Sólo deseo destacar que en esta Feria de Vanidades he encontrado a menudo compañeros que por su humildad, coherencia y lealtad me han servido de alto ejemplo. Y me permito mencionar una vez más a Mario Benedetti, cuyo bien ganado prestigio no necesita de mi bombo, Mario que nunca tiene a mano un librito para dedicarnos, atormentado por el destino de su patria y de sus compatriotas, especie de ministro sin cartera y aun sin país, el cual siempre encuentra un poco de tiempo para un inédito y para un desesperado y esa limpia sonrisa para el amigo.

Esta vez no hablo de Daniel Moyano, escritor, albañil, violinista y para colmo riojano, porque van a terminar por pensar que exagero tanto como él.

SUBDESARROLLO Y LITERATURA*

René Depestre

En el marco de estos debates quebequenses sobre *la novela de las Américas*, me gustaría abordar muy brevemente algunas de las cuestiones que relacionamos a la *Novela de la revolución* y a la *revolución en la novela*.

Más viejo tal vez que el fuego, el arte narrativo es de todos los tiempos y de todas las sociedades. Desde la horda primitiva, cuando el lenguaje emergió humildemente del grito, los seres humanos comenzaron a convertir en relato la trama de su existencia y de sus sueños.

Por supuesto de estos relatos extremadamente lejanos a las novelas de las Américas del Siglo xx, la conciliación de lo real con lo imaginario ha hecho progresos prodigiosos, en estrecha ligazón con las conquistas de la vida en sociedad. Pero a pesar de la evolución del arte novelesco, el perfeccionamiento continuo de las técnicas de la narración, los novelistas responden más que nunca a la vieja necesidad humana de vivir la solidaridad hasta en las fronteras ilimitadas del mundo real y del reino de las hadas.

Hoy en día, la América o el Caribe de donde vengo es objeto de una doble mutación de la literatura y de la vida. Por eso no hay que sorprenderse de que la revolución se haga igualmente en el reino de las hadas.

* Publicado en: "Diorama de la Cultura", con el título: "Descolonizar el reino de las hadas". *Excelsior*, 21 de mayo, 1978, pp. 5-6.

¿Cómo?

Digamos que los novelistas de este Continente Americano no escriben invariablemente en las mismas condiciones históricas, ni en los mismos contextos literarios o socio-culturales. Hay una América canadiense con las singularidades bien conocidas de Quebec, que se manifiestan en una novela que tiene sus propias líneas de fuerza. Tanto el Quebec cultural como el Quebec político están ahora en plena gestación histórica.

Cada espacio americano del arte novelesco posee su propia historia, o sus problemáticas específicas, sus líneas originales de identificación, en el marco de las múltiples literaturas nacionales de expresiones española, portuguesa, inglesa, francesa, criolla, guaraní, quechua, aymará, etc.

En la América que falsamente han llamado *latina*, la novela experimenta hoy un periodo de intensa creatividad. Ya no se da el caso de que los escritores produzcan obras aisladas para un público restringido, con modelo europeo o norteamericano. Desde hace varios años, el novelista latinoamericano, que ha logrado madurez, elabora con audacia sus propios estilos, su rigor creativo, en relación directa con la sociedad singular en la que vive. Su producción novelesca, lejos de ser gratuita o decorativa, lejos de ser un trabajo de distracción de los domingos, se inserta eficaz y bellamente en las realidades inmediatas o míticas de nuestros países, destinadas a un público que las reclama y comprende.

El escritor latinoamericano ya no es un valiente solitario que produzca para un cenáculo o una capilla. Estamos muy lejos de la época en que nuestro Rubén Darío aconsejaba al escritor que no tenía lectores cerrar sus ojos y cantar para los ruisseños de su reino interior.

Ahora, los ruisseños hacen causa común con los pueblos. En la mayor parte de nuestras sociedades el público ha aumentado y espera que los escritores produzcan obras en las que pueda reconocer sus realidades y sueños. El novelista de América Latina o el Caribe ya no busca un lenguaje ni una identidad prestada a las tradiciones lite-

rarias que le son ajenas. Ha encontrado los medios de enraizarse profundamente en su problemática nacional tanto por la elección de sus temas de narración como por su necesaria meditación en el lenguaje. La época del mimetismo colonial ha sido duramente reemplazada por la de la invención.

Al escritor de nuestras tierras ya se le hizo posible rebasar vigorosamente los límites del regionalismo, el indigenismo, el nativismo, el populismo, que durante tanto tiempo habían congelado los poderes de su imaginación. Y es así porque la mutación de la novela latinoamericana está articulada a un periodo de creatividad histórica que está llamada a descolonizar al mismo tiempo nuestras estructuras sociales y las facultades psicológicas y culturales de los espíritus.

Tenemos la oportunidad excepcional de crear en un momento en que nuestros pueblos están comprometidos irreversiblemente, con avances y retrocesos, en un proceso que debe hacer la síntesis de la liberación conómica y de la emancipación de las hadas de nuestro cosmos interior.

Por primera vez en la historia de América Latina y del Caribe desde 1959 comenzaron a surgir formas de existencia social en las que se estructuró una identidad fundada en la dignidad y solidaridad creadora de diversos tipos sociales (que la semiología colonial bautizó como negros, blancos, indios, mulatos) que pueblan nuestras regiones.

La formidable lucha, iniciada después del siglo pasado para *identificar* en la historia latinoamericana y antillana al campesino, obrero, intelectual, mujer y niño, en una condición humana que ya no será sufrida pasivamente, estableció en Cuba una *pedagogía de la revolución* que está en vías de romper los viejos circuitos emocionales que el egoísmo de clases, el racismo, el individualismo burgués habían implantado en la conciencia terriblemente desafortunada de nuestras poblaciones. La América nueva que comienza en Cuba, ve perfilarse por fin en sus horizontes la posibilidad concreta de alcanzar en su vida como en su

arte, un nivel elevado de conocimientos, de sabiduría de conciencia e identificación jubilosa con las líneas atormentadas de sus manos.

Cuba, donde tengo el honor de vivir desde 1959 es, al primer vistazo, el primer país americano en que esta mutación prosigue con fuerza y cohesión. Las estructuras de solidaridad, fraternidad, desarrollo, se perfeccionan sin cesar, en lugar de los escándalos y los arcaísmos repugnantes heredados de la colonización. Cuba propone a nuestra bella familia de sociedades una explosión de la vida social, una época de vitalidad contagiosa en todos los campos, en suma, un *Renacimiento Americano* que proporciona a la imaginación un campo ilimitado de expansión de todos sus poderes.

Ha llegado la hora de articular nuestra escritura al estado de incandescencia en que la revolución ha llevado a la sociedad. Es posible insertar las verdades y mitos que nos obsesionan en estructuras de comunicación refrescantes con nuestros semejantes. No hay lugar para nosotros de trasponer en nuestros contextos americanos las manifestaciones mórbidas de la crisis de la novela europea. No tenemos por qué participar en una empresa de destrucción de la novela. No somos novelicidas. Ante nuestros ojos, acostumbrados a amarrar los zapatos de las hadas, la experiencia vivida y la imaginada, conjugadas en la novela o la poesía, tienen ante sí todavía una fecunda y prodigiosa historia americana.

Soy originario del país más dramático de las tres Américas. Lo que ocurre desde hace veinte años en mi país haitiano es simplemente fantástico. Un día de abril de 1961, el novelista Jacques Stephen Alexis, que acababa de desembarcar, con las manos vacías, al noreste de nuestra isla, fue capturado por los tonton macoutes de Francois Duvalier. Le pican los ojos, lo meten en un saco y lo arrojan vivo al mar desde un helicóptero. En una sociedad del Caribe en que la realidad política se pone a delirar de esta horrible manera, casi no es posible que un escritor pueda interpretar los Hamlet ateridos de la historia.

El escritor haitiano, más que no importa cual otro de este Continente, tiene muchas cosas que gritar al mundo. Pero Haití no es una excepción de la *pesadilla americana* que tenemos que expresar.

Las imágenes de nuestros infortunios no son islas. Las podemos ver, seguir su pista sangrienta de uno a otro país: al venir a este encuentro a Montreal, me detuve durante 24 horas en México, para cambiar de avión. Esa tarde, mientras caminaba por esa radiante capital, vi en una banqueta soleada un espectáculo que ya no se ve en Cuba, pero que podemos ver lo mismo en Puerto Príncipe, La Paz, Asunción, Tegucigalpa, Managua, Río de Janeiro o en Santiago de Chile: un hombre acostado, en harapos, en estado de desnudez total, sobre la banqueta de una avenida muy transitada.

El hombre sonreía con una expresión que no olvidaré jamás: el hermano mexicano sonreía, con los ojos semi-cerrados, con su rostro avejentado prematuramente, con una expresión de frescura, de bondad e inocencia insostenible. Tal vez le sonreía a las imágenes jubilosas de su infancia, a un ruiseñor, a un árbol, una rosa, a una muchacha o a una mariposa perdida en las colinas saqueadas de su destino americano.

Bruscamente, al observarlo, lloré. No tuve vergüenza de llorar. Nunca me había ocurrido jamás en plena calle de América ni de ninguna parte. Me encontré completamente desolado en la multitud mexicana a las cinco de la tarde. Si yo hubiera sido un hombre del siglo XIX, me hubiera arrodillado tiernamente en la banqueta, ante la inmensidad de esta sonrisa de hombre. Pero ni Raskolnikof ni Hamlet podían venir a socorrerme.

Luego pensé en el poeta peruano César Vallejo quien una vez dijo que había que armar los sufrimientos de los hombres de la América de Toussaint Louverture, de Juárez, de Bolívar y de Martí. La novela es, seguramente, uno de los espacios de la vida en que nos podemos *armar* nuestros "Cien años de Soledad". ¿Acaso el modernismo

de la escritura me impide prestar la tierna sonrisa de mi hermano mexicano a la música de un personaje de novela?

Digo, creo, sé, que el escritor de América o el Caribe de donde vengo, no tiene el derecho de desviar los ojos del prodigio de sufrimientos y soledad que abate aún a la mayor parte de nuestras naciones. Hay que descolonizar el reino de las hadas.

LA FUNCIÓN DE LA LITERATURA EN LOS PAÍSES SUBDESARROLLADOS*

Eduardo Galeano

1

Uno escribe a partir de una necesidad de comunicación y de comunión con los demás, para denunciar lo que duele y compartir lo que da alegría. Uno escribe contra la propia soledad y la soledad de los otros. Uno supone que la literatura transmite conocimientos y actúa sobre el lenguaje y la conducta de quien la recibe; que nos ayuda a conocernos mejor para salvarnos juntos. Pero “los demás” y “los otros” son términos demasiado vagos; y en tiempos de crisis, tiempos de definición, la ambigüedad puede parecerse demasiado a la mentira. Uno escribe, en realidad, para la gente con cuya suerte, o mala suerte, uno se siente identificado, los malcomidos, los maldormidos, los rebeldes y los humillados de esta tierra, y la mayoría de ellos no sabe leer. Entre la minoría que sabe, ¿cuántos disponen de dinero para comprar libros? ¿Se resuelve esta contradicción proclamando que uno escribe para esa cómoda abstracción llamada “masa”?

* En: Eduardo Galeano, “Defensa de la palabra”, *Casa de las Américas*, No. 100. La Habana, Cuba, enero-febrero, 1977, pp. 33-39.

2

No hemos nacido en la luna, no habitamos el séptimo cielo. Tenemos la dicha y la desgracia de pertenecer a una región atormentada del mundo, la América Latina, y de vivir un tiempo histórico que golpea duro. Las contradicciones de la sociedad de clase son, aquí, más feroces que en los países ricos. La miseria masiva es el precio que los países pobres pagan para que el seis por ciento de la población mundial pueda consumir impunemente la mitad de la riqueza que el mundo entero genera. Es mucho mayor la distancia, el abismo que en la América Latina se abre entre el bienestar de pocos y la desgracia de muchos; y son más salvajes los métodos necesarios para salvaguardar esa distancia.

El desarrollo de una industria restrictiva y dependiente, que aterrizó sobre las viejas estructuras agrarias y mineras sin alterar sus deformaciones esenciales, ha agudizado las contradicciones sociales en lugar de aliviarlas. La habilidad de los políticos tradicionales, expertos en las artes de la seducción y la estafa, resulta hoy insuficiente, anticuada, inútil; el juego populista que permitía otorgar para manipular ya no es posible, o revela su peligroso doble filo. Las clases y los países dominantes recurren a la maquinaria represiva. ¿De qué otra manera podría sobrevivir sin cambios un sistema social cada vez más parecido a un campo de concentración? ¿Cómo mantener a raya, sin alambrada de púas, a la creciente legión de los malditos?

En la medida en que el sistema se siente amenazado por el desarrollo sin tregua de la desocupación, la pobreza y las tensiones sociales y políticas derivadas, se abre via el espacio disponible para la simulación y los buenos modales: en los suburbios del mundo el sistema revela su verdadero rostro.

¿Por qué no reconocer un cierto mérito de sinceridad en las dictaduras que oprimen, hoy por hoy, a la mayoría de nuestros países? La libertad de los negocios implica, en tiempos de crisis, la prisión de las personas.

Los científicos latinoamericanos emigran, los laboratorios y las universidades no tienen recursos, el *know how* industrial es siempre extranjero y se paga carísimo, pero, ¿por qué no reconocer un cierto mérito de creatividad en el desarrollo de una tecnología del terror? La América Latina está haciendo inspirados aportes universales en cuanto al desarrollo de métodos de tortura, técnicas del asentamiento de personas e ideas, cultivo del silencio, multiplicación de la importancia y siembra del miedo.

Quiénes queremos trabajar por una literatura que ayude a revelar la voz de los que no tienen voz, ¿cómo podemos actuar en el marco de esta realidad? ¿Podemos hacernos oír en medio de una cultura sorda y muda? Las nuestras son repúblicas del silencio. La pequeña libertad del escritor, ¿no es a veces la prueba de su fracaso? ¿Hasta dónde y hasta quiénes podemos llegar?

Hermosa tarea la de anunciar el mundo de los justos y los libres; digna función la de negar el sistema del hambre y de las jaulas —visibles o invisibles—. Pero, ¿a cuántos metros tenemos la frontera? ¿Hasta dónde otorgan permiso los dueños del poder?

3

Mucho se ha discutido en torno de las formas directas de censura bajo los diversos regímenes sociales y políticos que en el mundo son o han sido, la prohibición de libros y periódicos incómodos o peligrosos y el destino de destierro, cárcel o fosa de algunos escritores y periodistas.

Pero la censura indirecta actúa de un modo más sutil. No por menos aparente es menos real. Poco se habla de ella; sin embargo, en la América Latina es la que más profundamente define el carácter opresor y excluyente del sistema que la mayoría de nuestros países padece. ¿En qué consiste esta censura que nunca osa decir su nombre? Consiste en que no viaja el barco porque no hay agua en el mar: si un cinco por ciento de la población latinoamericana puede comprar refrigeradores, ¿qué porcentaje pue-

de comprar libros? ¿Y qué porcentaje puede leerlos, sentir su necesidad, recibir su influencia?

Los escritores latinoamericanos, asalariados de una industria de la cultura que sirve al consumo de una élite ilustrada, provenimos de una minoría y escribimos para ella. Ésta es la situación objetiva de los escritores cuya obra confirma la desigualdad social y la ideología dominante; y es también la situación objetiva de quienes pretendemos romper con ellas. Estamos bloqueados, en gran medida, por las reglas de juego de la realidad en la que actuamos.

El orden social vigente pervierte o aniquila la capacidad creadora de la inmensa mayoría de los hombres y reduce la posibilidad de la creación —antigua respuesta al dolor humano y a la certidumbre de la muerte— al ejercicio profesional de un puñado de especialistas. ¿Cuántos somos, en la América Latina, esos “especialistas”? ¿Para quiénes escribimos, a quiénes llegamos? ¿Cuál es nuestro público real?

Desconfiemos de los aplausos. A veces nos felicitan quienes nos consideran inocuos.

4

Uno escribe para despistar a la muerte y estrangular los fantasmas que por dentro lo acosan; pero lo que uno escribe puede ser históricamente útil sólo cuando de alguna manera coincide con la necesidad colectiva de conquista de la identidad. Esto, creo, quisiera uno: que al decir: “Así soy” y ofrecerse, el escritor pudiera ayudar a muchos a tomar conciencia de lo que son. Como medio de revelación de la identidad colectiva, el arte debería ser considerado un artículo de primera necesidad y no un lujo. Pero en la América Latina el acceso a los productos de arte y cultura está vedado a la inmensa mayoría.

Para los pueblos cuya identidad ha sido rota por las sucesivas culturas de conquista, y cuya explotación despiadada sirve al funcionamiento de la maquinaria del capita-

lismo mundial, el sistema genera una "cultura de masas". Cultura *para* masas, debería decirse, definición más adecuada de este arte degradado de circulación masiva que manipula las conciencias, oculta la realidad y aplasta la imaginación creadora. No sirve, por cierto, a la revelación de la identidad, sino que es un medio de borrarla o deformarla, para imponer modos de vida y pautas de consumo que se difunden masivamente a través de los medios de comunicación. Se llama "cultura nacional" a la cultura de la clase dominante, que vive una vida importada y se limita a copiar, con torpeza y mal gusto, a la llamada "cultura universal", o lo que por ella entienden quienes la confunden con la cultura de los países dominantes. En nuestro tiempo, era de los mercados múltiples y las corporaciones multinacionales, se ha internacionalizado la economía y también la cultura, la "cultura de masas", gracias al desarrollo acelerado y a la difusión masiva de los medios. Los centros de poder nos exportan máquinas y patentes y también ideología. Si en la América Latina está reservado a pocos el goce de los bienes terrenales, es preciso que la mayoría se resigne a consumir fantasías. Se vende ilusiones de riqueza a los pobres y de libertad a los oprimidos, sueños de triunfo para los vencidos y de poder para los débiles. No hace falta saber leer para consumir las apelaciones simbólicas que la televisión, la radio y el cine difunden para justificar la organización desigual del mundo.

Para perpetuar el estado de cosas vigente en estas tierras donde cada minuto muere un niño de enfermedad o de hambre, es preciso que nos miremos a nosotros mismos con los ojos de quien nos oprime. Se domestica a la gente para que acepte "este" orden como el orden "natural" y por lo tanto eterno; y se identifica al sistema con la patria, de modo que el enemigo del régimen resulta ser un traidor o un agente foráneo. Se santifica la ley de la selva, que es la ley del sistema, para que los pueblos derrotados acepten su suerte como un destino; falsificando el pasado se escamotean las verdaderas causas del fracaso histórico de la América Latina, cuya pobreza ha alimentado siempre la riqueza ajena: en la pantalla chica y en la pantalla gran-

de gana el mejor, y el mejor es el más fuerte. El derroche, el exhibicionismo y la falta de escrúpulos no producen asco, sino admiración; todo puede ser comprado, vendido, alquilado, consumido sin exceptuar el alma. Se atribuye a un cigarrillo, a un automóvil, a una botella de whisky o a un reloj, propiedades mágicas: otorgan personalidad, hacen triunfar en la vida, dan felicidad o éxito. A la proliferación de héroes y modelos extranjeros, corresponde el fetichismo de las marcas y las modas de los países ricos. Las fotonovelas y los teleteatros locales transcurren en un limbo de cursilería, al margen de los problemas sociales y políticos reales de cada país; y los seriales importados venden democracia occidental y cristiana junto con violencia y salsa de tomates.

5

En estas tierras de jóvenes, jóvenes que se multiplican sin cesar y que no encuentran empleo, el tictac de la bomba de tiempo obliga a los que mandan a dormir con un solo ojo. Los múltiples métodos de alienación cultural, máquinas de dopar y de castrar, cobran una importancia cada vez mayor. Las fórmulas de esterilización de las conciencias se ensayan con más éxito que los planes de control de la natalidad.

La mejor manera de colonizar una conciencia consiste en suprimirla. En este sentido también opera, deliberadamente o no, la importación de la falsa contracultura que encuentra eco creciente en las nuevas generaciones de algunos países latinoamericanos. Los países que no abren a los muchachos opciones de participación política —por la petrificación de sus estructuras o por sus asfixiantes mecanismos de represión— ofrecen los terrenos mejor abonados para la proliferación de una presunta “cultura de protesta”, venida de afuera, subproducto de la sociedad del ocio y el despilfarro, que se proyecta hacia todas las clases sociales a partir del anticonvencionalismo postizo de las clases parasitarias.

Los hábitos y símbolos de la revuelta juvenil de los años sesenta en los Estados Unidos y en Europa, nacidos de una reacción contra la uniformidad del consumo, son ahora objeto de producción en serie. La ropa con diseños sicodélicos se vende al grito de “¡Libérate!”; la música, los *posters*, los peinados y los vestidos que reproducen los modelos estéticos de la alucinación por las drogas, son volcados en escala industrial sobre el Tercer Mundo. Junto con los símbolos, coloridos y simpáticos, se ofrece pasajes al limbo a los jóvenes que quieren huir del infierno. Se invita a las nuevas generaciones a abandonar la historia, que duele, para viajar al Nirvana. Al incorporarse a esta “cultura de la droga”, ciertos sectores juveniles latinoamericanos realizan la ilusión de reproducir el modo de vida de sus equivalentes metropolitanos.

Originada en el inconformismo de grupos marginales de la sociedad industrial alienada, esta falsa contracultura nada tiene que ver con nuestras necesidades reales de identidad y destino: brinda aventuras para paralíticos; genera resignación, egoísmo, incomunicación; deja intacta la realidad, pero cambia su imagen; promete amor sin dolor y paz sin guerra. Además, al convertir a las sensaciones en artículos de consumo, encaja perfectamente con la “ideología de supermercado” que difunden los medios masivos de comunicación. Si el fetichismo de los autos y las heladeras no resulta suficiente para apagar la angustia y calmar la ansiedad, es posible comprar paz, intensidad y alegría en el supermercado clandestino.

6

Encender conciencias, revelar la realidad: ¿puede la literatura reivindicar mejor función en estos tiempos y estas tierras nuestras? La cultura del sistema, cultura de los sucedáneos de la vida, enmascara la realidad y anestesia la conciencia. Pero, ¿qué puede un escritor, por mucho que arda su fueguito, contra el engranaje ideológico de la mentira y el conformismo?

Si la sociedad tiende a organizarse de tal modo que nadie se encuentra con nadie, y a reducir las relaciones humanas al juego siniestro de la competencia y el consumo —hombres solos usándose entre sí y aplastándose los unos a los otros—, ¿qué papel puede cumplir una literatura del vínculo fraternal y la participación solidaria?

Hemos llegado a un punto en el que nombrar las cosas implica denunciarlas: ¿ante quiénes, para quiénes?

7

Nuestro propio destino de escritores latinoamericanos está ligado a la necesidad de transformaciones sociales profundas. Narrar es darse; parece obvio que la literatura, como tentativa de comunicación plena, continuará bloqueada de antemano mientras existan la miseria y el analfabetismo, y los dueños del poder sigan realizando impunemente su proyecto de imbecilización colectiva a través de los medios masivos de comunicación.

No comparto la actitud de quienes reivindican para los escritores un privilegio de libertad al margen de la libertad de los demás trabajadores. Grandes cambios, hondos cambios de estructura serán necesarios en nuestros países para que los escritores podamos llegar más allá de las ciudadelas cerradas de las élites y para que podamos expresarnos sin mordazas visibles o invisibles. Dentro de una sociedad presa, la literatura libre sólo puede existir como denuncia y esperanza.

En el mismo sentido, creo que sería un sueño de una noche de verano suponer que por vías exclusivamente culturales podría llegar a liberarse la potencia creadora del pueblo, desde temprano adormecida por las duras condiciones materiales y las exigencias de la vida. ¿Cuántos talentos se extinguen, en la América Latina, antes de que puedan llegar a manifestarse? ¿Cuántos escritores y artistas no llegan ni siquiera a enterarse de que lo son?

8

Por otra parte, ¿puede realizarse cabalmente una cultura nacional en países donde las bases materiales del poder no son nacionales, o dependen de centros extranjeros?

Si esto no es posible, ¿qué sentido tiene escribir?

No hay un "grado cero" de la cultura, así como no existe un "grado cero" de la historia. Si reconocemos una inevitable continuidad entre la etapa del dominio y la etapa de la liberación en cualquier proceso de desarrollo social, ¿por qué negar la importancia de la literatura y su posible función revolucionaria en la exploración, revelación y difusión de nuestra verdadera identidad o de su proyecto? El opresor quiere que el espejo no devuelva al oprimido más que una mancha de azogue. ¿Qué proceso de cambio puede impulsar un pueblo que no sabe quién es, ¿cómo puede saber lo que merece ser? ¿No puede la literatura ayudar, directa o indirectamente, a esa revelación?

En gran medida, pienso, la posibilidad del aporte depende del grado de intensidad de la comunión del escritor con las raíces, los andares y el destino de su pueblo. También de su sensibilidad para percibir el latido, el sonido y el ritmo de la auténtica **contracultura** en ascenso. Muchas veces lo que se considera "incultura" contiene semillas o frutos de "otra" cultura, que enfrenta a la cultura dominante y no tiene sus valores ni su retórica. Se la suele menospreciar, por error, como a una mera repetición degradada de los productos "cultos" de la élite o de los modelos culturales que el sistema fabrica en serie, pero a menudo es más reveladora y valiosa una crónica popular que una novela "profesional" y el pulso de la vida real se siente con más fuerza en ciertas coplas anónimas del cancionero nacional que en muchos libros de poesía escritos en el código de los iniciados: los testimonios de la gente que de mil modos expresa sus lastimaduras y sus esperanzas frecuentemente resultan más elocuentes y bellos que las obras escritas "en nombre del pueblo".

Nuestra auténtica identidad colectiva nace del pasado y se nutre de él —huellas sobre las que caminan pies, pasos que presienten nuestros andares de ahora— pero no se cristaliza en la nostalgia. No vamos a encontrar, por cierto, nuestro escondido rostro en la perpetuación artificial de trajes, costumbres y objetos típicos que los turistas exigen a los pueblos vencidos. *Somos lo que hacemos, y sobre todo lo que hacemos para cambiar lo que somos*: nuestra identidad reside en la acción y en la lucha. Por eso la revelación de lo que somos implica la denuncia de lo que nos impide ser lo que podemos ser. Nos definimos a partir del desafío y por oposición al obstáculo.

Una literatura nacida del proceso de crisis y de cambio y metida a fondo en el riesgo y la aventura de su tiempo, bien puede ayudar a crear los símbolos de la realidad nueva y quizá alumbra, si el talento no falta y el coraje tampoco, las señales del camino.

No es inútil cantar al dolor y la hermosura de haber nacido en América.

9

No siempre los datos de tiraje o venta dan la medida de la resonancia de un libro. A veces la obra escrita irradia una influencia mucho mayor que su difusión aparente; a veces responde con años de anticipación a las preguntas y necesidades colectivas, si el creador ha sabido vivirla previamente como dudas y desgarramientos dentro de sí. La obra brota de la conciencia herida del escritor y se proyecta al mundo: el acto de creación es un acto de solidaridad que no siempre cumple su destino en vida de quien lo realiza.

10

No comparto la actitud de los escritores que se atribuyen privilegios divinos no otorgados al común de los mortales, ni la actitud de quienes se golpean el pecho y rasgan

sus vestiduras clamando el perdón público por vivir al servicio de una vocación inútil.

Ni tan dioses ni tan insectos. La conciencia de nuestras limitaciones no es una conciencia de impotencia: la literatura, una forma de la acción, no tiene poderes sobrenaturales, pero el escritor puede ser un poquito mago cuando consigue que sobrevivan, a través de su obra, personas y experiencias que valen la pena.

Si lo que escribe no es leído impunemente y cambia o alimenta, en alguna medida, la conciencia de quien lee, bien puede un escritor reivindicar su parte en el proceso de cambio: sin soberbia ni falsa humildad, y sabiéndose pedacito de algo mucho más vasto.

Me parece coherente que renieguen de la palabra quienes cultivan el monólogo con sus propias sombras y laberintos sin fin; pero la palabra tiene sentido para quienes queremos celebrar y compartir la certidumbre de que la condición humana no es una cloaca. Buscamos interlocutores, no administradores; ofrecemos diálogos, no espectáculo. Escribimos a partir de una tentativa de encuentro, para que el lector comulgue con palabras que nos vienen de él y que vuelven a él como aliento y profecía.

11

Sostener que la literatura va a cambiar, de por sí, la realidad, sería un acto de locura o soberbia. No me parece menos necio negar que en algo puede ayudar a que cambie.

La conciencia de nuestras limitaciones es, en definitiva, una conciencia de nuestra realidad. En medio de la niebla de la desesperanza y la duda, es posible enfrentar las cosas cara a cara y pelearlas cuerpo a cuerpo: a partir de nuestras limitaciones, pero contra ellas.

En este sentido, resulta tan desertora una literatura "revolucionaria" escrita para los convencidos, como una literatura conservadora consagrada al éxtasis en la contemplación del propio ombligo. Hay quienes cultivan una literatura "ultra" y de tono apocalíptico, dirigida a un público reducido y que está de antemano de acuerdo con lo

que propone y transmite: ¿cuál es el riesgo que asumen estos escritores, por más revolucionarios que digan ser, si escriben para la minoría que piensa y siente como ellos y le dan lo que espera recibir? No hay, entonces, posibilidad de fracaso; pero tampoco de éxito. ¿De qué sirve escribir si no es para desafiar el bloqueo que el sistema impone al mensaje disidente?

Nuestra eficacia depende de nuestra capacidad de ser audaces y astutos, claros y atractivos. Ojalá podamos crear un lenguaje entrador y más hermoso que el que los escritores conformistas emplean para saludar al crepúsculo.

12

Pero no es solamente un problema de lenguaje. También de medios. La cultura de la resistencia emplea todos los medios a su alcance y no se concede el lujo de desperdiciar ningún vehículo ni oportunidad de expresión. El tiempo es breve, ardiente el desafío, enorme la tarea: para un escritor latinoamericano enrolado en la causa del cambio social, la producción de libros forma parte de un frente de trabajo múltiple. No compartimos la sacralización de la literatura como institución congelada de la cultura burguesa. La crónica y el reportaje de tiraje masivos, los guiones para radio, cine y televisión y la canción popular no siempre son géneros "menores", de categoría subalterna, como creen algunos marqueses del discurso literario especializado que los miran por encima del hombro. Las fisuras abiertas por el periodismo rebelde latinoamericano en el engranaje alienante de los medios masivos de comunicación, han sido a menudo el resultado de trabajos sacrificados y creadores que nada tienen que envidiar, por su nivel estético y su eficacia, a las buenas novelas y cuentos de ficción.

13

Creo en mi oficio; creo en mi instrumento. Nunca pude entender por qué escriben los escritores que mientras tan-

to declaran, tan campantes, que escribir no tiene sentido en un mundo donde la gente muere de hambre. Tampoco pude nunca entender a los que convierten a la palabra en blanco de furias o en objeto de fetichismo. La palabra es un arma, y puede ser usada para bien o para mal: la culpa del crimen nunca es del cuchillo.

Creo que una función primordial de la literatura latinoamericana actual consiste en rescatar la palabra, usada y abusada con impunidad y frecuencia para impedir o traicionar la comunicación. "Libertad" es, en mi país, el nombre de una cárcel para presos políticos y "democracia" se llaman varios regímenes de terror; la palabra "amor" define la relación del hombre con su automóvil y por "revolución" se entiende lo que un nuevo detergente puede hacer en su cocina; la "gloria" es algo que produce un jabón suave de determinada marca y la "felicidad" una sensación que da comer salchichas. "País en paz" significa, en muchos lugares de la América Latina, "cementerio en orden", y donde dice "hombre sano" habría que leer a veces "hombre impotente".

Escribiendo es posible ofrecer, a pesar de la persecución y la censura, el testimonio de nuestro tiempo y nuestra gente —para ahora y después—. Se puede escribir como diciendo en cierto modo: "Estamos aquí, aquí estuvimos; como así, así fuimos". Lentamente va cobrando fuerza y forma, en la América Latina, una literatura que no ayuda a los demás a dormir, sino que les quita el sueño; que no se propone enterrar a nuestros muertos, sino perpetuarlos; que se niega a barrer las cenizas y procura, en cambio, encender el fuego. Esa literatura continúa y enriquece una formidable tradición de palabras peleadoras. Si es más bella, como creemos, la esperanza que la nostalgia, quizá esa literatura naciente pueda llegar a merecer la belleza de las fuerzas sociales que tarde o temprano, por las buenas o por las malas, cambiarán radicalmente el curso de nuestra historia. Y quizá ayude a guardar para los jóvenes que vienen, como quería el poeta, "el verdadero nombre de cada cosa".

LA RESPONSABILIDAD DEL INTELLECTUAL CON SU PUEBLO*

Roque Dalton

En la sociedad prerrevolucionaria, que es el caso de los países de la América Latina, la situación no es radicalmente distinta desde el punto de vista de la formulación esquemática del tema, pero desde luego merece un examen especial de acuerdo con la etapa que transcurre. Ahí evidentemente el papel de las capas intelectuales en la tarea de llevar la teoría y la conciencia revolucionarias al seno de las clases explotadas se refiere a las tareas inclusive más elementales de la actividad revolucionaria. Hay lugares de la América Latina —muchos lugares, la mayoría de los lugares— en que ya el mero hecho de enseñar el idioma nacional a un cuadro indígena puede ser una labor de extraordinaria importancia: ni digamos la dilucidación de concepciones teóricas en discusión que puedan entorpecer —como se ha visto abundantemente en nuestros países— la actividad revolucionaria de toda una organización, de todo un movimiento revolucionario nacional. En la medida en que la Revolución latinoamericana está partiendo de un vacío de elaboración teórica profundo, en la medida en

* Conversaciones de varios escritores latinoamericanos con el tema cultura y política, efectuadas en el mes de mayo de 1969 en La Habana. Aparecen publicadas en: Roque Dalton *et al.*, *El Intelectual y la sociedad*. 2a. Edición. México, Siglo XXI Editores, S. A., 1969, pp. 21-26.

que nos encontramos en un momento de surgimiento de una nueva vanguardia revolucionaria en los países del continente (y hablo de una vanguardia *político-militar*) que instrumentará las necesidades de dirección de la vía de la Revolución latinoamericana, la lucha armada, y no de una vanguardia *literaria*, como entendieran los camaradas de *Rinascità* que habíamos dicho en el texto de la reciente *Declaración del comité de colaboración de la revista Casa de las Américas*, la labor de los intelectuales tiene un campo amplísimo en la labor revolucionaria general, *sobre todo porque en América Latina no existen los focos de prestigio político-moral-doctrinario que en Cuba han estado personificados en Fidel Castro, Ernesto Guevara, la dirección revolucionaria en general; sino más bien existe una crisis de dirección que da a la elaboración de principios, líneas y normas para la lucha revolucionaria el carácter de una tarea delicadísima, conflictiva, que deberá ser sustanciada con una lucidez alimentada del conocimiento más profundo de la realidad, en uso de un instrumental elaborativo científicamente motivado.* Si bien en Cuba y en la América Latina la adhesión a la Revolución admite de hecho innumerables grados y niveles de intensidad, la situación moral del intelectual latinoamericano que ha llegado a la comprensión de las necesidades reales de la Revolución sólo podrá ser resuelta en la práctica revolucionaria, en la militancia revolucionaria. Está obligado a responder con los hechos a su pensamiento de vanguardia so pena de negarse a *sí mismo*, en un continente donde la superioridad moral es una de las pocas tarjetas de presentación que exige el pueblo para escuchar a quienes le solicitan sus adhesiones. En la praxis revolucionaria, el intelectual, como categoría histórica incompleta ante el progreso y el ahondamiento de la complejidad social, se realiza como hombre nuevo, como hombre integral: unidad de teoría y de práctica revolucionarias. Creo que es justo plantear esta instancia básica del problema —aunque corramos el riesgo de parecer extremistas— pues si aceptamos esta perspectiva fundamental, luego podremos so-

lucionar adecuadamente el problema de las prioridades en los casos concretos: ¿debo darle más importancia al trabajo de terminar mi importantísima novela o debo aceptar esta tarea peligrosa que me plantea el Partido, la guerrilla, el Frente, y en ejecución de la cual puedo perder, no mi precioso tiempo de dos meses sino *todo* el tiempo que se supone me quedaba?, ¿debo hacer sonetos o dedicarme a estudiar las rebeliones campesinas?, ¿mi próxima novela será un prontuario de mis prácticas sexuales —reales o imaginarias— o una trabajada sátira que demuestre gozosamente los mecanismos de la penetración imperialista en mi país? Es decir, no queremos decir que un escritor es bueno para la revolución únicamente si sube a la montaña o mata al Director General de Policía, pero creemos que un buen escritor en una guerrilla está más cerca de todo lo que significa la lucha por el futuro, el advenimiento de la esperanza, etc., es decir, del rudo y positivo contenido que todos los rizos retóricos han ocultado por tanto tiempo, que quien se autolimita proponiéndose ser, a lo más, *el crítico de su sociedad* que come tres veces al día. Por eso es que en el Congreso Cultural de La Habana situamos al Che Guevara como nuestro ideal, ¿no? Entiendo que quien consciente y responsablemente afirme que el Che Guevara es su ideal no puede luego venir con mentirijillas sin terminar siendo un sinvergüenza. Es decir, cuando hablamos aquí de los intelectuales latinoamericanos, nos interesa situar un alto nivel de perspectiva: el de sus responsabilidades ante la gigantesca tarea de la Revolución latinoamericana. Una vez aceptada la perspectiva principal (que nos compromete directa o indirectamente con la única forma de lucha viable para tomar el poder político en la América Latina, o sea la lucha armada), podremos analizar los casos concretos, repito. Y considerar inclusive cómo vamos a ayudar a aquellos compañeros y amigos (nosotros mismos, muchas veces) que pretenden, o que pretendemos, seguir el curso de nuestra dantesca historia contemporánea con los criterios propios de nuestras viejas tías solteronas, que insisten en reparar los

viejos paraguas, que pecan cotidianamente al tomar una segunda copita de oporto, y que creían que Fidel Castro no podía de ninguna manera ser marxista-leninista, porque “es el vivo rostro de Nuestro Señor”.

Es obvio, o supongo que es obvio, que no quiero decir que los intelectuales cubanos y latinoamericanos no hayan cumplido *en absoluto* con sus deberes revolucionarios. En Cuba, los escritores y artistas estuvieron representados en Playa Girón, forman parte de las milicias nacionales revolucionarias, de los Comités de Defensa, del Ejército. Por regla general cumplen con su obligación frente al esfuerzo agrícola acelerado. Publican las revistas de pensamiento revolucionario más interesantes del mundo socialista. Pero no parece que hayan tenido en estos frentes múltiples la iniciativa que los nuevos tiempos reclaman, más bien se han quedado atrás, clamando de hecho por niveles excesivos de dirigismo. En la América Latina, el escritor es generalmente el *outsider* (sobre todo en el sentido político), mientras no es asimilado por la digestión del sistema. Independientemente determinadas vedettes que, incorporadas a la *industria de la enajenación*, cobran con su alto *status* social los dividendos del régimen, el escritor y artista latinoamericano promedio lucha en distintos niveles contra el régimen que lo discrimina, lo humilla, lo persigue: y más que el poeta y el escritor es subversivo, el perseguido, el preso, el torturado, comienza a ser el asesinado. Y el que combate con las armas en la mano, en consecuencia. Los nombres de Javier Heraud, Edgardo Tello, Otto René Castillo encabezan la lista. En mi país, El Salvador, apenas se puede encontrar un escritor interesante de menos de cuarenta años que no haya estado preso unas cuantas veces, que no haya sido exiliado otras tantas, que no haya tenido duras experiencias de clandestinidad. Por el contrario, se trata aquí de enfrentarnos a los problemas que surjan en este terreno con criterios elaborados en concreto, precisamente tomando en cuenta esa experiencia positiva. De lo que se trata es de no forjarnos coartadas con nuestras cárceles, con nuestros sudores o nuestras

cicatrices —y éste era el miedo que Régis Debray tenía a mi respecto cuando me miraba beber tanta cerveza en Praga— sino de dar, todos, un paso hacia adelante. Un nuevo paso hacia adelante.

BIOBIBLIOGRAFÍA

José Martí

Nació el 28 de enero de 1853 en La Habana. De padres españoles, desde muy joven se adhiere a la causa cubana y a su liberación del yugo español. El 21 de octubre de 1869 es encarcelado por reclamar, mediante una carta, el derecho de Cuba por su independencia. En enero de 1871 es desterrado a España; ha sufrido un año y meses de prisión y trabajos forzados.

Abandona España en 1874. Vivirá, en forma alternada, en México, Guatemala y Venezuela. En 1878 vuelve a Cuba, siendo deportado por segunda vez por sus actividades políticas. Fija su residencia en Nueva York hasta 1895; el vivir en "las entrañas del monstruo" le da la visión suficiente para avizorar al enemigo terrible, no sólo de Cuba y Latinoamérica sino del mundo entero. En los Estados Unidos prosigue su infatigable tarea conspirativa para liberar a Cuba del dominio español.

El 5 de enero de 1891 son aprobados en Cayo Hueso las Bases del Partido Revolucionario Cubano. El 11 de abril de 1895 llega con varios revolucionarios a tierra cubana, donde es nombrado mayor general. El 19 de mayo es sorprendido y herido mortalmente en Dos Ríos. Interroga Fernández Retamar: "¿Quién es este hombre que antes de sus dieciocho años, después de haber padecido presidio político, salió desterrado de su isla, y no vivió sino para ella, y regresó a los cuarenta y dos años a morir, peleando en la guerra que él organizara; y que, sin haber publicado libro, dejó millares de páginas escritas en la

mejor lengua española, y previó en política y en arte, y al que hoy citan los estadistas, los escritores y los hombres sencillos y lo reverencian todos?"

Mínimo botón de muestra de su magna obra: Cuaderno de versos, *Ismaelillo*, 1882; *La edad de oro*, 1889; *Versos libres*, 1891; *Flores del destierro*; *Nuestra América*, 1891.

Juan Marinello

Falleció el 27 de marzo de 1977. Poeta, ensayista, periodista. Toda su vida constituyó un compromiso con la lucha por la liberación del pueblo cubano. Formó parte del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y del Consejo del Estado; era diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular y miembro del Tribunal que adjudica en Moscú los premios Lenin por el fortalecimiento de la paz. Revolucionario e intelectual, "Irreprochable patriota, marxista-leninista cabal, amigo entrañable de la Unión Soviética, defensor enérgico de la España agredida por el fascismo y de la Guatemala y el Puerto Rico lacerados por el imperialismo" (La Habana, *Casa de las Américas*, No. 103).

Gabriela Mistral en airada carta que constituye a la vez un reproche, admiración y un sentido homenaje, increpa tiernamente a Marinello: "[...] Me da un dolor muy grande —casi gritado— el sólo temer que la política se lo lleve a Usted con arrastrada de torrente chileno. Sigo pensando en que su pasión de la política, que en la gente de categoría moral es pasión de bien y de limpieza del aire, puede coger un radio inmensamente mayor si usted escribe sobre política [...]. Sigo pensando que la literatura puede prestar a la política muchísimos hombres en la América —regalarlos también... Prestarlo o darlo a Usted no. ¿No andará en esto un embrujo de Martí sobre Usted? [...]"

La obra de Marinello constituye un gran testimonio sobre la personalidad de Martí y sus escritos políticos y literarios. Trabajó en una selección de las obras de Aníbal

Ponce. Numerosas intervenciones y escritos están por publicarse.

Raúl Roa

Nace en La Habana, Cuba, en 1908. Miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Vicepresidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular. Destacado intelectual revolucionario; durante más de quince años desempeñó la dirección del Ministerio de Relaciones Exteriores. Llamado por su pueblo "el canciller de la dignidad".

En su juventud se integró al movimiento antimperialista de los treintas. Participó también en actividades literarias con el grupo de los Minoristas. Fue admirador de José Antonio Mella, y conoció desde temprana edad textos de Marx y de Lenin. Estudió en la Universidad las carreras de Derecho y Filosofía y Letras; fundó el Directorio Estudiantil Universitario, dejándolo para integrarse posteriormente al Ala Izquierda, vanguardia revolucionaria de los estudiantes en esos años.

Revolucionario ejemplar, en relación a su obra escrita considera de sí mismo, ser: "un soldado flamígero de palabras en puro afán de servicio". Siendo ese servicio el de la revolución.

Se reúnen sus materiales, discursos, escritos, cartas en *Retorno a la Alborada*. Publicado en La Habana, Cuba.

Fidel Castro

Principal organizador y dirigente de la Revolución Cubana. Nació el 13 de agosto de 1927. Junto a un puñado de valerosos combatientes intentó tomar por asalto, el 26 de julio de 1953, el Cuartel Moncada. Frustrado este intento por el régimen de Batista, fue encarcelado y posteriormente liberado en 1956. Se traslada a México y organiza la lucha contra la tiranía de Batista. Desembarca en Cuba con un grupo de hombres, el 2 de diciembre de

1956. Tras ardua lucha de la guerrilla vinculada al pueblo, derrocan el régimen de Batista el 1o. de enero de 1959. Actualmente es Primer Ministro de la Cuba socialista.

Sobre su extensa obra aclara Fernández Retamar: "La teorización de la revolución se realizará, en el caso de Fidel, casi exclusivamente a través de discursos de variada índole, que apenas han encontrado todavía estudiosos, analistas [...] estos discursos van a dar a conocer a todo el pueblo la problemática y el proceso de desarrollo del pensamiento de la Revolución. [...] Una mirada carente de prejuicios no puede dejar de reconocer que el género en que, por excelencia, se ha expresado la literatura de la Revolución Cubana es la oratoria. Posiblemente en 1958 no había género literario más desprestigiado entre nosotros. La revolución ha subvertido también esta valoración [...]".

Ernesto Che Guevara

Genuino representante del quehacer revolucionario y de la generosa entrega a la lucha por la liberación de los pueblos dominados por el imperialismo yanqui. En este hombre superior las fronteras entre trabajo físico e intelectual se diluyen: preclaro exponente de la intelectualidad revolucionaria.

Nació en Buenos Aires en 1928. Estudió medicina. Ayudó con su genio militar y político, primero en la revolución cubana, después, al afianzamiento y la construcción del socialismo en Cuba. Fue asesinado en Bolivia en octubre de 1967. De él dijo Fidel Castro: "uno de los más familiares, uno de los más admirados, uno de los más queridos, y sin duda alguna, el más extraordinario de nuestros compañeros de revolución."

Obras: *La guerra de guerrillas*, 1960; *Pasajes de la guerra revolucionaria*, 1963; *El socialismo y el hombre en Cuba*, 1965; *Obra revolucionaria*, 1967; *El Diario del Che en Bolivia*, 1968.

Aníbal Ponce

Periodista, ensayista, pedagogo, eminente médico. Nace en Buenos Aires, Argentina, el 6 de junio de 1898, fallece el 18 de mayo de 1938 en México. Se considera a Ponce uno de los más entusiastas propagadores del marxismo en Latinoamérica. En 1923 publica una serie de ensayos psicológicos en la revista *Filosofía*, que fundara José Ingenieros, su maestro. La formación de Aníbal Ponce evoluciona gratamente, en 1934 aparece la primera obra en que el método del materialismo dialéctico es delineado con toda nitidez en *Educación y lucha de clases*. Se distingue en Argentina como militante antifascista; este hecho repercute en su vida, pues en 1936 la rescinden sus cátedras de psicología y su cargo en el hospicio Mercedes. Al año siguiente viene a México como exiliado. Aquí desarrollará una trascendente labor educativa como Rector y profesor de la Universidad de Morelia, Michoacán.

Juan Marinello comentó en alguna ocasión: "No fue la de Ponce una presencia trepidante y espectacular, de esas que ocupan, por algunos días, ancho espacio en periódicos y revistas y se diluyen después como las estrellas fugaces, sin dejar rastro. Fue la suya la influencia penetrante y raigal del que no transige con el más o menos, ni acepta la chabacanería, ni deja de decir a tiempo la reconvencción necesaria."

Obras: *La vejez de Sarmiento*, 1927; *Ambición y angustia de los adolescentes*, 1931; *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina*, 1932; *Viento en el mundo*; *Humanismo burgués y humanismo proletario*, 1935. Publica en México la revista *Dialéctica*.

Narciso Bassols

Figura ejemplar de la vida pública de la nación. Nace en Tenango del Valle, Estado de México, en 1897, y muere en 1959.

Entró en 1916 a la Escuela de Jurisprudencia, y se le consideró el alumno más distinguido de su generación. Im-

partió la cátedra sobre Garantía y Amparo; en 1925 es nombrado consultor de Salubridad y Secretario General del Estado de México, al lado de Riva Palacio. Se le encomienda formular la Ley de reglamentación del Art. 27 Constitucional. Aporta importantes argumentos en torno a la Ley Agraria.

En 1929 fue director de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, más tarde organiza la Escuela de Economía de la Universidad Nacional. Presenta ante el Congreso de la Unión las bases de la Autonomía universitaria. En 1931 ocupa el cargo de Secretario de Educación; en 1934 Secretario de Hacienda, puesto al que renuncia por sus convicciones políticas. Funda en 1937 la Editorial Revolucionaria, y en 1941 el periódico *Combate*. Participa en los actos de apoyo a la República Española y en contra del fascismo. En esos años va a Moscú como Embajador; a su regreso se le persigue y acusa de comunista y agitador. Se retira de los cargos públicos y realiza un trabajo independiente. Recogemos una declaración de Bassols, que da prueba de su valor, honestidad y solidez inquebrantable ante las amenazas de sus enemigos: "No sólo no estoy dispuesto a salir a la calle en tono compungido, a implorar lleno de miedo que se me quite el sanbenito de agente de Moscú, sino que en realidad lo que me alarmaría, obligándome a revizar a fondo mi conducta pública y privada sería precisamente lo contrario, es decir que se comenzara a clasificarme como un arrepentido, un hombre que al cumplir los sesenta años reconoce sus pecados de juventud, sienta cabeza y se prepara a bien morir renegando de todo lo que fue y lo que hizo en sus años de actividad viril. Nada de esto. En el bando en que estoy desde hace más de treinta años, voy a seguir estando y tan contento como el primer día."

Obra: *Narciso Bassols: Obra*.

Ezequiel Martínez Estrada

Poeta, ensayista, periodista. Nació en San José de la Esquina en Santa Fe, Buenos Aires, en 1895. Falleció el 4 de noviembre de 1964. Fue entusiasta presidente de la "Liga por los derechos del hombre" y de la Sociedad Argentina de Escritores. Viaja en 1962 a Cuba en donde termina su monumental obra sobre José Martí. De ella comenta a Retamar: "Los cuatro años últimos consagrados a Martí han sido para mí el tiempo mejor aprovechado. Me he purificado y he aprendido a estimar la sabiduría, la santidad, el heroísmo, la abnegación, todos los atributos esencialmente humanos." En esa época que menciona, Martínez Estrada se vincula a la experiencia y honda emoción, producto de su acercamiento a la joven revolución cubana. De él dijo Leonidas Bárletta: "Martínez Estrada respetó su conciencia y se desterró voluntariamente del engaño y la cautela en que viven gran parte de sus cofrades. Fue el ejemplo y quisieron señalarlo como el escándalo. Con qué alivio lo tildan de pesimista y riguroso, porque se obligó a declarar la verdad desnuda, sin esperar otra remuneración que la soledad, ni otro jornal que el que puede satisfacer la ignorancia que se ve batida y la mentira que se rinde."

Su extensa obra comprende poesía, narraciones y su cotidiano trabajo periodístico. Fue internacionalmente reconocido por su *Radiografía de la Pampa*. Su obra sobre Martí está dividida en: *La personalidad: el hombre*. *La doctrina social y política: el apóstol*. *La acción revolucionaria: el héroe*.

Jesús Silva Herzog

Destacado economista e historiador. Nació en San Luis Potosí el 14 de noviembre de 1892.

Fue profesor en la Escuela de Agricultura de Chapingo, impartió cátedras en la Universidad durante varios lustros, y fue de los fundadores del Instituto de Investigacio-

nes Económicas de dicha institución. Por su constante participación en labores docentes y de investigación se le nombró Profesor Emérito de la UNAM. En dos ocasiones recibió el título de "Doctor Honoris Causa": En Francia y en México, en 1978, por la Coordinación de Humanidades.

Ocupó en repetidas ocasiones cargos públicos, entre ellos el de Secretario de Hacienda.

Se ha distinguido siempre por su honestidad y firmeza de convicciones. Sobre su extensa e importante obra sólo mencionaremos algunos títulos: *El agrarismo y la reforma agraria. Historia de la expropiación de las empresas petroleras. Breve historia de la Revolución Mexicana.* (Esta obra ha sido reeditada muchas veces, y traducida al francés y al italiano.

Enrique Cabrera

Nace el 15 de julio de 1918 en la ciudad de México. Médico, investigador y doctor en cardiología. En 1943 ingresa al Instituto de Cardiología, que bajo la dirección del Dr. Chávez se convierte en uno de los más importantes de América Latina. Viaja a Francia becado por el I. F. A. L.; regresa a México un año después con una estela de triunfos y un conocimiento más sólido sobre electrocardiografía. En 1951 el Dr. Chávez lo nombra subdirector del Instituto de Cardiología, puesto que desempeña hasta 1954. Su honda raigambre humanista y su interés por los problemas sociales y políticos de su patria y del mundo lo llevan a ingresar al Comité Mexicano por la Paz, presidido por el Gral. Heriberto Jara.

Acepta orgulloso pronunciar el discurso de inauguración del Círculo de Estudios Mexicanos, donde conoce y se relaciona con intelectuales de la talla de Alonso Aguilar, Diego Rivera, Guillermo Montaña y Fernando Carmona; colaboró entusiastamente con ellos en el Movimiento de Liberación Nacional. Sus intervenciones públicas y su dedicado trabajo político le crean enemistades en el Instituto

de Cardiología. En 1962 la situación es intolerable y, en un ambiente preñado de anticomunismo, es despedido después de 18 años de entrega a su profesión. Ante este hecho incalificable acepta la invitación del presidente de Cuba, Osvaldo Dorticós, para trabajar en La Habana, hasta su lamentable fallecimiento el 9 de enero de 1964. Hoy el Hospital Nacional de La Habana lleva su nombre como reconocimiento a su labor desempeñada. Sobre él comentó Raúl Roa “[...] La culminación de la personalidad de Enrique Cabrera fue el revolucionario antimperialista, socialista, marxista-leninista. Integró en unidad superior, al médico, al investigador científico y al artista [...]”.

Obra: Escribió libros sobre electrocardiografía que se traducen a varios idiomas. Una antología de su obra científica, sobre su lucha revolucionaria, se publica en 1971 por la Editorial Nuestro Tiempo, bajo el título, *Enrique Cabrera: De la medicina social al socialismo*.

Alonso Aguilar Monteverde

Destacado investigador y científico social. Nace en Hermosillo, Sonora, en 1922. Estudia en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UNAM (1929-1934). Realiza cursos de post-grado en Economía en las Universidades de Columbia y Nueva York (1945-48). Trabaja como economista en varias instituciones de crédito y después se dedica a la investigación y trabajo independiente.

Ha sido profesor de la Escuela de Economía, e investigador en el Instituto de Investigaciones Económicas, en donde coordina el Seminario de Teoría del Desarrollo: Teoría del Imperialismo. Su aportación en torno al estudio del desarrollo del capitalismo en México ha sido de gran importancia.

Coeditó con Narciso Bassols la revista *Índice*. Fue presidente del Círculo de Estudios Mexicanos (1956 a 1958); coordinador del Movimiento de Liberación Nacional. En 1967, con otras personas, funda la Editorial Nuestro Tiempo. De su extensa obra se destacan: *Dialéctica de la Eco-*

nomía Mexicana. Teoría y política del desarrollo latinoamericano (1967); *Problemas estructurales del subdesarrollo* (1971); *Mercado Interno y acumulación de capital* (1973); *Teoría leninista del imperialismo* (1978). Con otros autores publica: *México, Riqueza y miseria. El milagro mexicano. La burguesía, la oligarquía y el Estado*.

Es parte de la Dirección Colectiva de la revista *Estrategia*, la cual lleva cuatro años consecutivos de esfuerzo independiente.

Fernando Carmona

Nació en Saltillo, Coahuila, en 1924. Terminó la licenciatura de Economía en 1948 e hizo estudios de postgrado en Londres (1949-1951). Es profesor de la Escuela de Economía e investigador del Instituto de Investigaciones Económicas, de donde fue director. Es miembro del Comité Editorial de la Revista *Problemas del Desarrollo*, y forma parte de la dirección colectiva de *Estrategia*, revista de análisis político. Participó en 1959 en el Círculo de Estudios Mexicanos; en el Comité de lucha por la paz, y más tarde en el Movimiento de Liberación Nacional.

Obra: *El drama de América Latina. El caso de México* (1967); *El milagro mexicano. México, Riqueza y miseria* (obras colectivas). *Dependencia y cambios estructurales*, 1971.

José Consuegra

Destacado científico social colombiano. Ha escrito varios libros y dictado conferencias. Su preocupación es el conocimiento profundo y científico de la realidad latinoamericana en el campo de las teorías sobre crecimiento de la población, salarios, inflación. Su vida ha sido siempre una constante lucha.

Jorge Ganem, Ex-Rector de la Universidad Nacional de Córdova, dice de él: “[...] así ha estado siempre su vida de compromiso y humanismo: en la trinchera de la lucha

por la justicia social, autenticidad ideológica, la liberación nacional, la organización socialista del mañana.”

Se recogen parte de sus ensayos en *Siempre en la trinchera*.

D. F. Maza Zavala

Nace en Venezuela. Economista destacado, considerado uno de los más lúcidos investigadores de la Venezuela actual. Estudioso del desarrollo del capitalismo en América Latina, se especializó en el problema de la dependencia y el subdesarrollo entendido como “característica esencial del no desarrollo.”

Conferencista, investigador, compromete su quehacer teórico con la lucha que libran los pueblos por lograr su verdadera independencia. Parte de su obra se publica en: *Los mecanismos de la dependencia* (conferencias y artículos).

José Carlos Mariátegui

Nació en Lima en 1895 y murió en 1930. Fue uno de los primeros intelectuales marxistas latinoamericanos. Dirigente político y escritor, toma parte en la fundación del Partido Comunista del Perú. Dice Mariátegui de sí mismo: “[...] Desde 1918 nauseando la política criolla, me orienté resueltamente hacia el socialismo, rompiendo con mis primeros tanteos de literato inficionado de decadentismo y bizantinismo finiseculares, en pleno apogeo [...] no soy un crítico parcial y objetivo. Mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones. Tengo una declarada y enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano [...]”.

Obra: De entre su extensa obra se destaca: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928). Obra en la cual de manera creadora y original se ofrece una interpretación marxista de la historia del Perú; *Defensa del marxismo* (1929); *El alma matinal y otras accio-*

nes del hombre de hoy (1950); *El proletariado y su organización*, serie de ensayos sobre problemas ligados a la clase obrera.

Mario Benedetti

Escritor y militante político comprometido con las luchas latinoamericanas. "La moral de los hechos aclara su palabra", título de un ensayo de Nils Castro que lo define de cuerpo entero.

Nació en Uruguay en 1920. Contribuyó junto con su generación a desmitificar el orden establecido por la oligarquía uruguaya en la llamada "Suiza de América".

Ha vivido exiliado en varios países latinoamericanos y en permanente zozobra ante las amenazas de los grupos paramilitares del corte de la Triple A argentina. En varias ocasiones ha figurado como jurado de Casa de las Américas. Actualmente colabora en esa institución cubana. Cultiva el ensayo, la crítica, el teatro, testimonio, reportaje y cuento. Dentro de su actividad política en Uruguay, integró la dirección del Movimiento de Independientes 26 de Marzo, a su vez este movimiento se integró al llamado Frente Amplio, que tuvo gran trascendencia en la vida política del país.

Obra: *Quién de nosotros. La tregua. Gracias por el fuego* (novelas). *El cumpleaños de Juan Angel* (prosa poética). Cuentos: *Esta mañana. El último viaje y otros cuentos. Montevideanos. La muerte y otras sorpresas. Con y sin nostalgia*. Ha escrito diez libros de poesía: el más reciente: *La casa y el ladrillo*. Numerosos ensayos.

Haroldo Conti

Periodista, narrador, ensayista y militante político de la sufrida Argentina. Nació en Chacabuco, provincia de Buenos Aires, en 1925. Claro ejemplo del intelectual que logra vincular y trascender su obra literaria, al través de una decidida militancia política, a planos exigidos a la litera-

tura latinoamericana: "un mensaje de aliento revolucionario a la vez que un alto nivel de elaboración estética." Ante la pregunta de que si bastaba la decisión del escritor para lograr una literatura revolucionaria, Conti a viva voz expresaba: "En todo caso si no lo consigue, al escritor le queda la oportunidad de ser un revolucionario a secas".

Haroldo Conti fue secuestrado hace dos años presuntamente por la Triple A, Argentina, sin que hasta la fecha se tenga noticia de su paradero.

Obra: *Sudeste* (1962); *Todos los veranos* (1964); *Alrededor de la jaula* (1966); *Con otra gente* (1967); *En vida* (1967) premio novela Seix Barral; *Mascaró el cazador americano*: novela premiada por Casa de las Américas en 1975. Prohibida su circulación en Argentina.

René Depestre

Poeta, narrador y ensayista. Nació en Jacmel, Haití, en 1925. Junto con otros patriotas haitianos fundó el periódico *La colmena*, el cual encabezó el movimiento democrático que en 1946 destituyó al dictador Elías Lescot. Su vigorosa pluma preludiaba el advenimiento del "Homo Papadocus" (François Duvalier) y sus tontons-macoutes.

Patriota cabal se exila en 1959 en Cuba, ante la brutal represión de Papa Doc hacia sus enemigos. Hoy Haití sigue padeciendo las infamias del sucesor de Duvalier, "Junior Doc" y sus leopardos, ante la mirada complaciente del imperialismo norteamericano.

Obras más conocidas: *Mineral negro*; *Un arco Iris para el occidente cristiano*; *El palo encebado*, 1975.

Eduardo Galeano

Narrador y periodista. Nació en Montevideo, Uruguay, en 1940. Jefe de redacción del semanario *Marcha*, de 1961 a 1964, y del diario *Época*, ambos del Uruguay; posteriormente *Marcha* fue clausurado por la fuerza militar en turno. Fundó en 1973 la Revista argentina *Crisis* y parti-

ció en ella hasta su prohibición en 1976. Actualmente vive en el exilio. Dirige en Barcelona dos colecciones de la editorial Granica.

Eduardo Galeano al través de su prosa ha emprendido varias tareas, una intenta vincular la experiencia revolucionaria con la amorosa, trastoca y da realce a estas actitudes que la ideología capitalista ha separado como estancos aparte. Otra tarea, relatar la historia de Nuestra América en un diálogo entrador y sencillo a un público no iniciado en las ciencias sociales y en el metalenguaje de los ya convencidos. Como él mismo aclara, al dar su opinión sobre *Las venas abiertas*: "este libro había sido escrito para conversar con la gente. Un autor no especializado se dirigía a un público no especializado, con la intención de divulgar ciertos hechos que la historia oficial, historia contada por los vencedores esconde o miente."

Obra: *Las venas abiertas de América Latina* (1971); *Vagabundo* (1973). Por su novela *La canción de nosotros*, recibió uno de los premios Casa de las Américas en 1975. A su libro *Días y noches de amor y de guerra*, se le otorga el Premio Testimonio Casa de las Américas, 1978.

Roque Dalton

Nació en 1935. Poeta salvadoreño, asesinado el diez de mayo de 1975. "Desde muy joven había vinculado su existencia a la revolución, y por ella sufrió cárcel, condena, clandestinaje, exilio. Una y otra vez volvió a su tierra para hacerla libre. Allí quedó enterrado no sabemos dónde, confundido con los millares de héroes y mártires, que han muerto por hacer un Salvador nuevo, una América nueva, un mundo nuevo" (C. F. Casa No. 94).

Obra: *La ventana en el rostro*; *El mar*; *El turno del ofendido*; *Las historias prohibidas del pulgarcito*; *Taberna y otros lugares*, premio Casa de las Américas.

SELECCIÓN DE FUENTES CONSULTADAS

1. Libros

- Aguilar M., Alonso. *Problemas estructurales del subdesarrollo*. México. UNAM I. I. E., 1971.
- Barán, Paul A. *El socialismo: única salida*. México. Editorial Nuestro Tiempo, 1971, 356 pp.
- Careaga, Gabriel. *Los intelectuales y la política en México*. 2a. Edición. México. Editorial Contemporáneos, 1974. 140 pp (col. a pleno sol).
- Carpentier, Alejo. *Literatura y conciencia política en América Latina*. Madrid, Alberto Corazón Editor. 142 pp.
- Castro, Fidel. *De Martí a Castro*. México, Editorial Grijalbo, 1970, p. 157 (colección 70).
- . *Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba: Informe Central*. 2a. Edición. La Habana, Cuba, Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, 1975. 1248 pp.
- Collazos, et al. *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*. México, Siglo XXI Editores (colección mínima, No. 35), 118 pp.
- Chomsky, Noam. *La responsabilidad de los intelectuales*. 3a. Edición. España, Editorial Ariel, 1974, 368 pp.
- Fernández Retamar, Roberto. *Calibán, apuntes sobre la cultura de nuestra América*. B. A. Argentina, Editorial La Pléyade, 1973, 157 pp.
- . *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. México, Editorial Nuestro Tiempo, 1977, 196 pp.
- Fediukin, S. *La gran revolución de octubre y los intelectuales*. Moscú, Editorial Progreso, 1976, 236 pp.

- Flores Magón, Ricardo. *Semilla libertaria* (artículos). México, Edición Grupo Cultural "Ricardo Flores Magón", 1923, 213 pp.
- Gramsci, Antonio. *La formación de los intelectuales*. México, Editorial Grijalbo, 1967, 159 pp. (colección 70).
- Hijar, Alberto. *Hacia un tercer cine*. México, 19. Cuadernos de cine No. 20, Editorial UNAM.
- Lenin, Mao Tsetung, Kelle. *Arte, literatura y prensa*. México, Editorial Grijalbo, 1973, 153 pp. (colección 70).
- Lunacharsky, A. V. *Sobre la literatura y el arte*. B. A. Argentina, Editorial Axioma, 1974.
- Marx, Carlos. *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. La Habana, Cuba, Ediciones Venceremos. Tomada de la versión Editorial Cartago, 1965, 556 pp.
- Portuondo, A. José. *Estética y Revolución*. La Habana, Cuba, Ediciones Unión-Ensayo, 1963, 103 pp.
- Sánchez Vázquez, Adolfo. *Las ideas estéticas de Marx*. México, Ediciones Era, S. A., 1967, 2a. edición, 282 pp.
- . *Estética y marxismo*. (2 tomos), México, Ediciones Era, 1970.
- Sartre. *Sartre Los intelectuales y la política*. (Compilación de B. Echeverría y G. Castro), 5a. Edición, México, Siglo XXI Editores, 1977, 107 pp. (colección mínima).
- Uricoechea, Fernando. *Intelectuales y desarrollo en América Latina*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, 1969 (col. Cuadernos latinoamericanos), 91 pp.
- Vitier, Cintio. *Ese sol del mundo moral*. México, Siglo XXI Editores, S. A., 1975, 200 pp.

2. Artículos

- Avilés Fabila, René. "Los escritores y la política en México". *Historia y Sociedad*, No. 12, 1976.
- Benedetti, Mario. "El escritor y la crítica en el contexto del subdesarrollo". *Casa de las Américas*, No. 107. (La Habana, Cuba, marzo-abril, 1978), pp. 3-21.

- . "El escritor es un trabajador como tantos" (reportaje por Juan Gelman). *Revista Crisis*, No. 19 (B. A. Argentina, noviembre de 1974), pp. 40-50.
- . "El escritor y la crítica en el contexto del subdesarrollo". *Arte, sociedad e ideología*, No. 3, México, D. F., octubre-noviembre, 1977), pp. 4-21.
- . "Palabras de esta América". *La semana de las artes*. INBA, No. 10, febrero 8, pp. 2-5.
- Carrión, Luis. "El escritor mexicano ante su sociedad". *Revista Estrategia*, No. 18, México, Publicaciones Sociales Mexicanas, pp. 80-94.
- Castro, Nils. "Benedetti: La moral de los hechos aclara su palabra". *Casa de las Américas*, No. 89 (La Habana, Cuba, marzo-abril, 1975), pp. 78-96.
- Collazos, Óscar. "Escritores, Revolución y Cultura en la América Latina". *Casa de las Américas*, No. 68 (La Habana, Cuba, septiembre-octubre, 1971), pp. 110-119.
- Droguet, Carlos. "El escritor y su pasión necesaria". *Casa de las Américas*, No. 68 (La Habana, Cuba, septiembre-octubre, 1971), pp. 60-68.
- Fernández Retamar, Roberto. "Desarrollo de la cultura, triunfo de la revolución". *La semana de las artes*, INBA, No. 10, febrero 8, pp. 8-9.
- García Canclini, Néstor. "Para una teoría de la socialización del arte latinoamericano". *Casa de las Américas*, No. 89 (La Habana, Cuba, marzo-abril, 1975), pp. 78-96.
- García Espinoza, Julio. "Intelectuales y artistas del mundo entero: ¡Desuníos!" *Casa de las Américas*, No. 80 (La Habana, Cuba, septiembre-octubre, 1973), pp. 148-162.
- Gorostiza, José. "Palabras al recibir el Premio Nacional de Letras". *Revista de Bellas Artes*, No. 26, México, marzo-abril de 1969).
- Jara, Víctor. "El artista como militante político" (entrevistado por Torge Meléndez). *Casa de las Américas*, No. 88 (La Habana, Cuba, enero-febrero, 1975), pp. 96-101.

- Otero, Lisandro. "Notas sobre la funcionalidad de la cultura". *Casa de las Américas*, No. 68 (La Habana, Cuba, septiembre-octubre, 1971), pp. 94-107.
- . "La literatura no es medio de escape". *La semana de las artes*, INBA, No. 10 (febrero 8), pp. 2-5.
- Orgambide, Pedro. "Literatura y represión en el Cono Sur". *Arte, sociedad e ideología*, No. 2 (México, octubre-noviembre, 1977), pp. 98-107.
- Oruondo, Francisco. "Vanguardia cultural y revolucionaria". *Revista Crisis*, No. 17 (Buenos Aires, Argentina, septiembre, 1974), pp. 36-37.
- Portuondo, José Antonio. "Mella y los intelectuales". *Casa de las Américas*, No. 68 (La Habana, Cuba, septiembre-octubre, 1971), pp. 60-68.

Se terminó de imprimir este libro el día 28 de marzo de 1979, en los talleres de la Editorial Libros de México, S. A., Av. Coyoacán 1035, México 12, D. F. La edición estuvo al cuidado de Ezequiel Maldonado. Su tiro consta de 3 000 ejemplares.

Nº 1827

Con nuestra revolución marchan los creadores dignos de formar en las filas militantes de la segunda guerra de independencia americana...

Juan Marinello

...Dentro de la revolución, todo; contra la revolución, nada, porque... el primer derecho de la revolución es el derecho a existir...

Fidel Castro

...La culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original: no son auténticamente revolucionarios...

Ernesto Che Guevara

Los días que vivimos son de prueba. No os engañen las calmas aparentes. No es posible una paz duradera mientras subsista el capitalismo...

Aníbal Ponce

La obra de arte no tiene, en el mercado burgués, un valor intrínseco sino un valor fiduciario. Los artistas más puros no son casi nunca los mejor cotizados...

José Carlos Mariátegui

Cuando el escritor revolucionario tiene claro ante sí mismo que lo primero es la revolución, curiosamente no se siente disminuido, como escritor, sino más realizado, quizá como consecuencia natural de que se siente más realizado como humano...

Mario Benedetti

...“Hay que descolonizar el reino de las hadas”.

René Depestre



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO